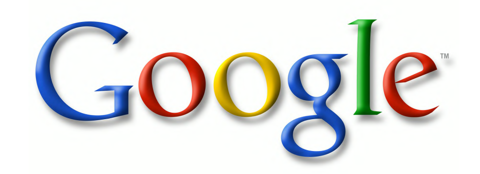
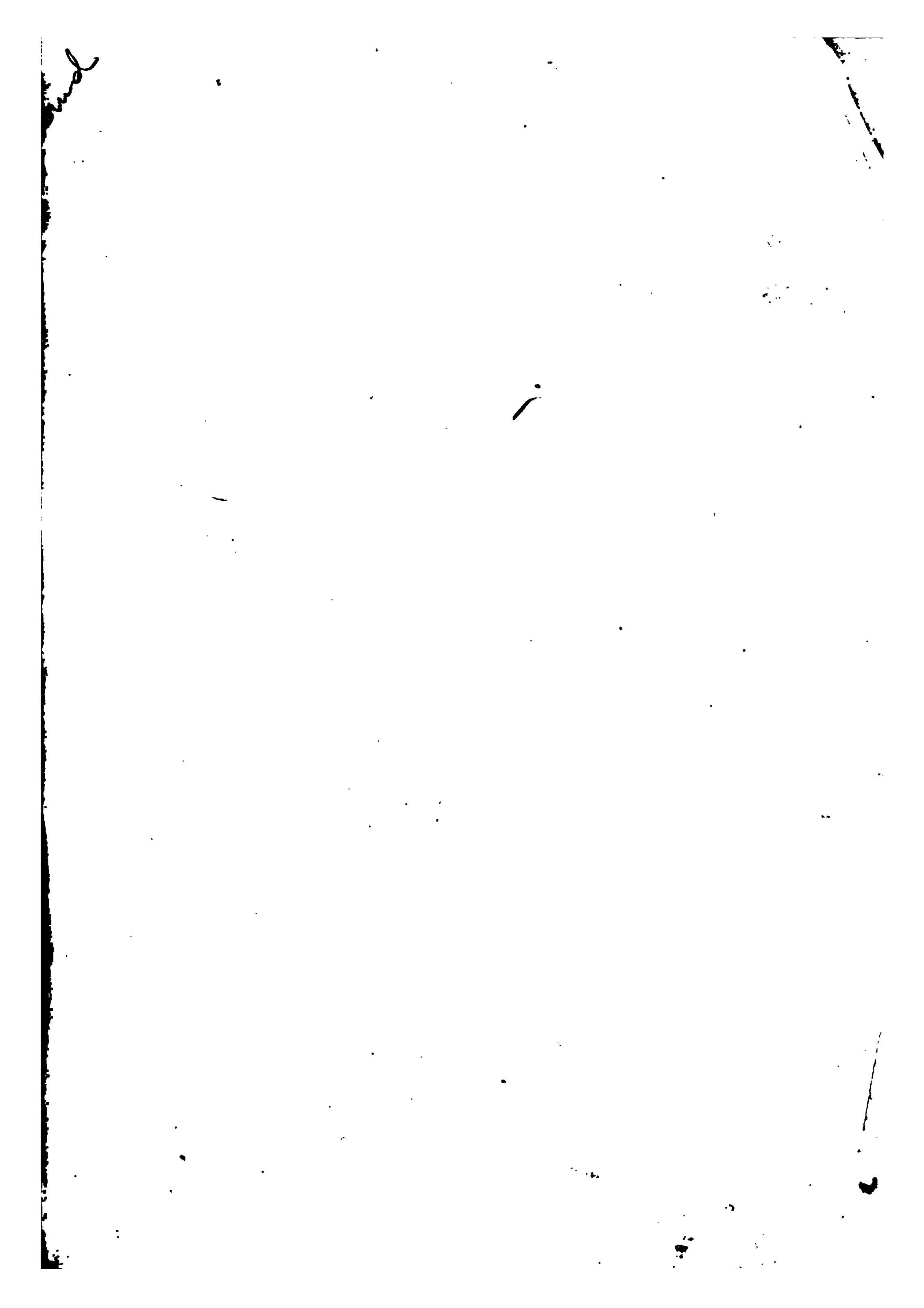




HISTORIA
DE LOS
FILIBUSTEROS

JAMES JEFFREY ROCHE

HISTORIA

DE LOS

FILIBUSTEROS

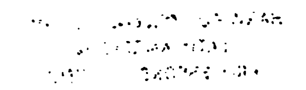
Versión castellana

de

MANUEL CARAZO PERALTA



Imprenta Nacional
SAN JOSE DE COSTA RICA
1908



INTRODUCCION

La guerra contra los filibusteros de Nicaragua ha sido la crisis más aguda de nuestra historia, sin exceptuar el movimiento de la independencia. Natural es por lo tanto que todo lo que á ella se refiere despierte en Centro América interés muy vivo. Desde este punto de vista el libro de James Jéffrey Roche merece ser conocido y estudiado entre nosotros. Es un documento importante á la vez que instructivo, porque revela el espíritu con que hoy se juzga en los Estados Unidos á Wálker y su obra fracasada.

Mientras subsistió en la gran república del norte el terrible conflicto de la esclavitud, las opiniones estuvieron divididas acerca del audaz filibustero, que tenía en su país partidarios entusiastas y enemigos encarnizados; pero una vez re-

suelta la cuestión por el argumento supremo de la fuerza, Wálker ha llegado á ser considerado como un héroe legendario y un precursor de la idea imperialista en los Estados Unidos. Se le admira, se le prodigan los elogios y los buenos patriotas se lamentan de su fracaso y maldicen á los que lo combatieron. En su despecho algunos llegan á extremos increíbles, como el escritor que no ha mucho manifestaba en una revista neoyorkina la esperanza de que algún norteamericano amante de la verdad, vuele con un cartucho de dinamita nuestro monumento conmemorativo de la guerra.

Con la admiración que en la época actual provoca en los Estados Unidos la memoria de Wílliam Wálker, contrasta de manera singular nuestra indiferencia por los hombres abnegados y heroicos que nos salvaron de la vergüenza de que se nos convirtiera en súbditos de un imperio de esclavos y de mendigos. El incurable escepticismo de nuestra raza ha venido á echar un velo sobre los laureles de nuestros padres, que ahora es de buen tono poner en tela de juicio y hasta escarnecer, unas veces por ignorancia y otras por ridícula presunción.

La mejor respuesta que puede darse á estos malos hijos de la patria es el testi-

monio de nuestros mismos adversarios. En todas sus relaciones, apasionadas é injustas como son y escritas siempre en tono jactancioso, confiesan la bravura y la constancia con que los centroamericanos supieron defender su libertad y morir por ella. Roche dice que en el combate de La Virgen las tropas nicaragüenses mostraron «un valor temerario»; que en Santa Rosa el ejército de Costa Rica peleó «con gran habilidad y valor, dando pruebas de ser un adversario formidable cuando estaba bien dirigido»; que en la batalla de Rivas los costarricenses «se portaron bizarramente, empleando sus armas de fuego con precisión y serenidad, y matando con fatal y exacta puntería á los jefes americanos». Tan bueno fué el comportamiento de nuestras tropas en estas ocasiones, que Wells y otros escritores filibusteros sostienen que entre ellas había numerosos soldados veteranos europeos, especialmente ingleses, porque su soberbia de raza no puede admitir que simples milicianos *grasientos* mostrasen tanto valor y disciplina. Hárding Davis dice que la campaña del Río de San Juan, que fué para Wálker el golpe de gracia, la hicieron norteamericanos pagados por Vánderbilt, cuando el único que en ella tomó parte fué Spéncer, que hacía oficios de

guía. El general Hénningsen afirma en sus memorias que los soldados de Wálker habrían podido luchar ventajosamente con las mejores tropas de la Guerra Civil en la proporción de uno contra cinco. Nuestros milicianos los vencieron en Santa Rosa y Rivas en la de dos contra uno y á veces con fuerzas iguales ó inferiores, como en el Castillo Viejo, donde treinta costarricenses pusieron en jaque á doscientos filibusteros.

Tan sólo medio siglo nos separa de aquella época gloriosa, aun viven actores de la tragedia memorable y sin embargo son muy pocos los centroamericanos que la conocen bien. Un comentario del historiador Montúfar ha bastado para infundir la duda sobre un hecho tan patente como el incendio del Mesón de Guerra por el soldado Juan Santamaría, el 11 de abril de 1856 en Rivas. En este camino se ha llegado hasta el punto de sostener que no hubo tal incendio, sin recordar que el mismo Wálker lo menciona en su historia de la guerra. «En la tarde—escribe—el enemigo incendió algunas casas ocupadas por los americanos...». El historiador nicaragüense don Jerónimo Pérez consigna el mismo incidente: «Los costarricenses se empeñaron en desalojar á los filibusteros de un gran edificio si-

tuado en la línea occidental de la plaza, y no pudiendo hacerlo por la fuerza, le prendieron fuego y las llamas produjeron su efecto. Este edificio era el Mesón de Guerra, llamado así del apellido de su dueño». El presidente don Juan Rafael Mora dice en su parte fechado el 15 de abril: «Los nuestros habían incendiado un ángulo del Mesón de Guerra y el fuego iba flanqueando ó encerrando ya á los enemigos».

Pues bien, si hay quien se atreve á negar un hecho tan público y notorio como el incendio del Mesón, ¿qué de raro tiene que se emitan dudas acerca de la acción heroica de Juan Santamaría, cuyo nombre no aparece en ningún papel oficial publicado hasta el año de 1865, en que el congreso de la República aumentó la pensión que le fué concedida á la madre del héroe en 1857, según documentos irrefutables que publicó el 14 de enero de 1900 *La Gaceta*, diario oficial de Costa Rica, documentos desentrañados de los Archivos Nacionales por don Anastasio Alfaro, director de esta institución en aquella época?

Aparte de esas pruebas escritas, que en el apéndice de este libro se reproducen, viven todavía testigos presenciales del acontecimiento en Costa Rica y en Nica-

ragua. Uno de ellos es el general don Víctor Guardia, decano de nuestro ejército, cuyo valioso testimonio puede leerse en ese mismo apéndice. El señor don José de Obaldía, á quien Montúfar atribuye la invención de *El Erizo*, residió en la ciudad de Alajuela, cuna del héroe, donde aun habitan los parientes de éste y se conserva siempre vivo su recuerdo. Allí obtuvo de boca de los compañeros de Santamaría el relato de su admirable sacrificio y lo juzgó digno de figurar en un discurso conmemorativo de la independencia. Como se ve, el señor Obaldía, ilustre estadista colombiano, no inventó nada; se limitó á consignar un hecho manifiesto, indiscutible é indiscutido hasta 1887, fecha de la publicación del libro de Montúfar *Wálker en Centro América*. Pero es indudable que si este autor, apasionado como se muestra por el documento oficial, que por desgracia no siempre dice la verdad ni todo lo que se debe decir, hubiera conocido los que descubrió más tarde el señor Alfaro, no habría escrito el comentario que ha dado margen á que se dude hasta de la existencia de Juan Santamaría.

En Centro América, donde la historia de la guerra contra Wálker se conoce poco y mal, existe la creencia bastante generalizada de que el famoso filibustero

fué ayudado por el gobierno central de los Estados Unidos. Esto es un error. Wálker nunca tuvo el apoyo directo de las supremas autoridades federales, aunque éstas en muchos casos se mostraron débiles y cerraron los ojos para no ver los manejos de los esclavistas, entonces poderosos y partidarios ardientes de la empresa filibustera dirigida contra Nicaragua y toda la América Central. Pero lo que no deja lugar á duda es que la gran mayoría de la opinión pública en los Estados Unidos se mostraba favorable á Wálker, por espíritu de raza y de nacionalidad. El descalabro de Santa Rosa causó profundo disgusto en todas las clase sociales y enardeció los ánimos; y más tarde, en 1857, la ciudad de Nueva York, antiesclavista, recibió en triunfo á Wílliam Wálker que luchaba por establecer un imperio de esclavos en Centro América. En Nueva Orleáns se verificaron manifestaciones públicas en favor de los filibusteros; de todos los puertos de los Estados Unidos salían armas y reclutas para Nicaragua á vista y paciencia de las autoridades; el representante oficial de los Estados Unidos, Mr. Whéeler, mereció bien el calificativo de «ministro filibustero» que le daban en la hermana república, y tan sólo la influencia poderosa

de Cornelius Vánderbilt, cuyos intereses habían sido lesionados por Wálker, su antiguo aliado, logró crear dificultades de carácter oficial á los filibusteros. Sea como fuere y tuvieran éstos ó no la intención de anexar las repúblicas centroamericanas á los Estados Unidos ó á una nueva confederación esclavista del Sur, es lo cierto que nuestra independencia corrió en aquella época el mayor de los peligros, y que sólo el gran conflicto de la guerra de Secesión nos salvó de nuevas invasiones filibusteras norteamericanas, después de la muerte de Wálker.

El libro de Jéffrey Roche contiene numerosos errores y está escrito con pasión y prejuicios de raza. Sus apreciaciones sobre Nicaragua son una diatriba virulenta encaminada á justificar los atropellos y crímenes de Wálker, el hombre que redujo á escombros una ciudad que ya no podía defender, que decretó el restablecimiento de la esclavitud en Nicaragua y el despojo de los terranientes del país en provecho de los individuos de habla inglesa, todo lo cual hizo en nombre de la libertad y de la civilización! Esa diatriba no es tan sólo contra Nicaragua. Lo mismo habría escrito su autor de cualquier país hispanoamericano hollado por las botas del filibustero. Es la manifestación

del odio y del desprecio que siente el yanki por el *gréaser* que aun posee la mejor parte del suelo del Nuevo Mundo. De Costa Rica dice que ha defraudado á Inglaterra hasta del último peso de los empréstitos que levantó en aquella nación, como si no supiéramos que los Estados Unidos repudiaron trescientos millones de dólares que debían los confederados y que desde antes de la guerra varios estados de la Unión habían hecho lo mismo, sin motivo alguno justificable. Costa Rica en ningún tiempo ha desconocido su deuda y sólo ha suspendido el pago de los intereses por dificultades financieras insuperables.

En el prefacio de su libro Jéffrey Roche enumera los autores consultados para la formación del mismo. Es de notarse que entre ellos no cita á Húbert Howe Báncroft (*), de cuya obra ha sacado indudablemente numerosas é importantes noticias; pero es el caso que Báncroft, aunque norteamericano, no es favorable á Wálker y se muestra además verídico é imparcial en sus juicios sobre la guerra de Nicaragua. Sin embargo, Jéffrey Roche no es como Wells, Hárding Davis y otros autores, admirador incondicional de Wálker. Su obra contiene algunas confe-

(*) History of Central America.

siones sinceras é instructivas, entre ellas la de que el filibustero norteamericano de antaño ha sido suplantado por el especulador, sin que visiblemente la moral del mundo haya ganado nada en el cambio.

La traducción de la *Historia de los Filibusteros* de James Jéffrey Roche que hoy ofrece al público centroamericano el laborioso y erudito investigador don Manuel Carazo Peralta, no está completa. Abarca solamente la parte de la obra que para nosotros tiene un interés directo, es decir, lo que se refiere á Wálker y á su intervención en Centro América. Por este motivo el traductor prescindió de los cuatro primeros capítulos y de algunos trozos de los subsiguientes. En esa primera parte de su obra el autor reseña las remotas piraterías de los vikings; incluye á Hernán Cortés entre los filibusteros de los tiempos modernos, por cuanto invadió un país extranjero sin la debida autorización de su rey, y dice que según el sentido moderno de la palabra, filibustero es todo aquel que hace la guerra á un país que está en paz con el suyo, para invadirlo y ocuparlo, «no tan sólo con el mero objeto de robar y saquear».

Habla en seguida de los filibusteros y bucaneros que azotaron las colonias españolas, especialmente durante el siglo

XVII, y de la primera expedición de índole filibustera que salió de los Estados Unidos, que fué la del general Miranda para atacar á Venezuela en 1805. Continúa relatando la intentona de Aarón Burr, que pretendía hacer la conquista de Méjico, la del general Espoz y Mina en 1817 contra este mismo país, los ataques á Tejas en 1836 y á la ciudad de Mier en 1842; y después entra de lleno á tratar del auge del filibusterismo norteamericano, que empezó con la expedición de Narciso López á Cuba en 1850.

El capítulo IV lo consagra el autor en entero al famoso conde de Raousset-Boulbón, filibustero francés, que después de haber fundado en 1852 una colonia en Sonora, de acuerdo con el gobierno mejicano y para contener los avances de los Estados Unidos, pretendió apoderarse de ese territorio; pero fué vencido y hecho prisionero en Guaymas, donde murió pasado por las armas en 1854.

Esta desastrosa aventura del audaz y noble conde, despertó en el ánimo del más temible de los filibusteros norteamericanos la ambición de hacerse dueño de la América Central y de fundar en ella un imperio esclavista. Pudo haber logrado su objeto, si no hubiéramos tenido en aquel entonces un verdadero grande hom-

bre, que mediante su clarividencia, su patriotismo á toda prueba, su energía invencible y constancia inquebrantable, nos libró de caer bajo el látigo del capataz de esclavos. Ese hombre se llamaba don Juan Rafael Mora, presidente de Costa Rica.

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA

PREFACIO DEL AUTOR

El auge y la caída de los filibusteros americanos pertenecen á la historia del siglo XIX. De tarde en tarde sus hechos han sido relatados por actores de aquellos dramas emocionantes, por escritores contemporáneos é incidentalmente por viajeros que han estado en la América española y que por un momento fijaron la atención en la romántica leyenda de los modernos vikings.

Entre otras obras que he consultado para la formación de este volumen, citaré la *Historia de la tentativa de Miranda para promover una revolución en la América del Sur*, por uno de sus oficiales; la *Historia de Tejas* de Yokum; la narración de Green sobre la expedición de Mier, y la de Kéndall sobre la que se hizo á Santa Fe; la *Vida de Raousset-Boulbón* por Henrí de la Madelaine; el relato de Wells acerca de las expediciones de Wálker á Sonora y Nicaragua; la *Historia de la guerra de Nicaragua* por Wálker, y las diversas obras escritas sobre este último país por Squier, Schérzer, Stout, el capitán

Pim, el caballero Belly, M. Nicaisse y otros muchos viajeros.

De todas estas fuentes, así como también de las publicaciones periódicas, de los documentos oficiales, de los testimonios hablados y escritos de testigos presenciales de la más reciente de todas esas tragedias, he recogido los acontecimientos que se relatan en las siguientes páginas. No ha sido poco ardua la tarea de separar las partículas de verdad de la montaña de fábulas, prejuicios é invenciones bajo la cual han permanecido por largo tiempo sepultados los hechos de los filibusteros.

Treinta años ha, en medio de la caldeada atmósfera del conflicto de la esclavitud, habría sido poco menos que imposible tratar este asunto con filosófica imparcialidad. Hoy ya podemos estudiar al filibustero sin pasión, porque pertenece á las especies extintas. Ha sido suplantado por el especulador, sin que se note que la moralidad del mundo haya ganado nada en el cambio. El nombre mismo de *filibustero*, transformado en verbo y degradado, no se aplica sino á usos políticos. Ya es tiempo de escribir la historia y el epitafio de aquellos hombres valientes, generosos y sin ley, que eran una anomalía en el concierto de la civilización.

Boston, Estados Unidos, marzo de 1891.

Capítulo V

WÍLLIAM WÁLKER.—SU JUVENTUD Y EDUCACIÓN.—MÉDICO, ABOGADO Y PERIODISTA.—EMIGRA Á CALIFORNIA.—ASPECTO PERSONAL Y RASGOS CARACTERÍSTICOS DE WÁLKER.—SALE CON UNA EXPEDICIÓN PARA SONORA.—SU PROCLAMA DE GOBIERNO.—ESTRICTA DISCIPLINA.—SE RETIRA DE SONORA.—RECIBE MALAS NOTICIAS EN SAN VICENTE.—LOS AVENTUREROS CRUZAN LA FRONTERA.—VUELVE WÁLKER Á SER PERIODISTA.

Cuando Boulbón se hallaba en San Francisco, descansando de su infructuosa victoria de Hermosillo y en espera de un cambio favorable en los asuntos de México, se le hizo el ofrecimiento de un puesto subalterno, que rehusó, en una expedición que se proyectaba llevar á cabo á las órdenes del más famoso de los filibusteros modernos.

Wílliam Wálker era hijo de un banquero escocés, que emigró á Ténnessee en 1820, donde contrajo matrimonio con una dama de Kentúky, de apellido Nórvell. Wílliam, primogénito de esta unión, nació en la ciudad de Náshville, el 8 de mayo de 1824. Sus padres deseaban darle una profesión y de preferencia la de clérigo; y si bien sus inclinaciones lo llevaron por otros rumbos, conservó la gravedad puritana y le interesaron siempre las

especulaciones teológicas. Aunque de espíritu romántico y aventurero, en su niñez se distinguió por su comedimiento é inclinación al estudio. Su nombre figura en la lista de los alumnos graduados en la Universidad de Náshville en 1838. Los programas de esa institución abarcaban numerosas materias, incluyendo, además de las que corresponden á la educación corriente, cursos de matemáticas, astronomía, química, navegación, literatura, geología, filosofía mental y moral, lógica, economía política, derecho internacional y constitucional, oratoria, teología natural, estudio de los clásicos y muchas otras materias. Como puede verse, si Wálker no llegó á ser una eminencia en el arte de gobernar, como lo fué en el de la guerra, no puede culparse á su ***alma máter*** por ello. Los desafíos, el porte de armas y toda clase de luchas estaban vedados por los estatutos del colegio. Las riñas de gallos eran objeto de una prohibición especial. El costo de la enseñanza y del alojamiento variaba entre doscientos cincuenta y trescientos dólares anuales. Con todas estas ventajas, no vemos la razón para dudar de que la Universidad de Náshville, "facultada para conferir títulos como los confiere ó puede conferir cualquiera universidad ó colegio en Europa y en los Estados Unidos de América," no fuera capaz de dar á un joven y ambicioso estudiante todos los elementos de una sólida educación. La dirección moral de la juventud parece haber sido allí objeto de acertadas providencias, y en los reglamentos se nota un sano deseo de contrarrestar el despilfarro en materia de gastos personales.

Habiendo mostrado afición por el estudio de la medicina, el joven Wálker fué enviado á Edimburgo, donde siguió los cursos de esta ciencia. Después viajó durante dos años por Francia, Alemania é

Italia, adquiriendo bastantes nociones acerca de las leyes y lenguas de estos países.

De su competencia en el arte de curar poco sabemos, pues sólo practicó algunos meses en Filadelfia y Náshville. Encontrando esta profesión inadecuada á su salud, decidió pasar á Nueva Orleans para estudiar derecho. Recibido en el foro de dicha ciudad, no perseveró largo tiempo en su nueva carrera y obtuvo un puesto en la redacción del diario *Crescent*, entregándose con todo el entusiasmo de un novicio á la tarea del periodismo. Que un hombre ensayara sus habilidades en tres profesiones tan diferentes, como son la medicina, la jurisprudencia y el periodismo, antes de llegar á los treinta años, no es caso muy extraordinario en los Estados Unidos de América. Tampoco es cosa rara, dado el carácter de los hombres de 1849, el que abandonara su último capricho para unirse á la hueste de aventureros que dirigían sus pasos á California. Habiendo llegado allí en 1850, se convirtió en uno de los editores del *San Francisco Hérald*, afiliándose á la facción de la cual era jefe David C. Bróderick. Su estilo literario se adaptaba bien al periodismo de la época y del lugar, y el abogado Wálker se vió pronto en la necesidad de defender á Wálker editor de periódico, en el proceso en que se le acusaba por infracción de la ley. Pero el abogado no pudo salvar al editor de la pena de algunos días de prisión y de una multa de quinientos dólares que le fué impuesta. Sus tendencias belicosas también lo envolvieron en una disputa de más serio cáracter con un tal Wílliam Hix Gráham de Filadelfia, debido á la cual tuvo que apelar al desafío.

Encontráronse los combatientes en un banco de arena, fuera de los linderos de la ciudad. Hiciéronse dos disparos sin resultado aparente; los pa—

drinos se preparaban ya á dar nuevamente la voz de fuego, cuando uno de ellos notó un pozo de sangre á los pies de Wálker. El impávido duelista, herido en un pie, había amontonado arena con el otro sobre la herida, para poder así tirar otra vez sobre su adversario. Los padrinos, sin embargo, decidieron que el honor estaba satisfecho y aquí terminó el desafío. Después de esto, Wálker abandonó el periodismo y durante corto tiempo volvió á ejercer la abogacía en Márysville, con bastante buen éxito para quien quisiera conformarse con exponer leyes en vez de dictarlas.

En 1852 contaba Wálker veintiocho años de edad. La Naturaleza no había sido pródiga con un hombre que aspiraba á nada menos que á la conquista de un imperio. Era de pequeña estatura, aunque bien proporcionado. Medía menos de cinco y medio pies y nunca llegó á pesar más de ciento treinta libras. El cabello corto era fino y casi blanquizco; la cara pecosa y lampiña tenía un aspecto pueril; la parte inferior fea, casi vulgar; pero en cambio la frente espaciosa y grandes ojos zarcos eran de una singular hermosura. Cuando su frialdad ordinaria se alteraba con las emociones de la ira ó del acaloramiento, dilatábansele los ojos, brillando con un fulgor gris, así como los de las aves de rapiña; el labio superior, corto y delgado, se comprimía, y la voz, de ordinario baja y lenta, se hacía aguda y breve. Jamás se le vió dar otras señales de emoción, dice alguien que lo conoció bien; pero éstas eran suficientes para reducir al bandido más feroz á una sumisión tan abyecta como la que muestra un loco delante de su guardián. Añádase á esto un lenguaje sumamente comedido, una moralidad de asceta y notoria templanza en los hechos y en las palabras, y sabremos del hombre ex-



William Wálker

terior tanto como los millares de subordinados que lo amaron, temieron y murieron por él.

Urgiéndolo su carácter ismaelita para que volviese á viajar, su "destino," como él decía, lo condujo á Sonora en momentos en que la primera expedición de Boulbón se aproximaba á un desenlace fatal. No siendo ya abogado, ni médico, ni editor de periódico, regresó á California con ensueños de marciales glorias, todavía en embrión, pero que á este hombre de indómito valor parecían vaticinios seguros de grandes proezas. Ya se hablaba del *coronel* Wálker. La concesión de grados militares, fundada tan sólo en la cortesía popular, era un curioso flaco de los caballeros del Sur, que pertenecían á la antigua escuela. No se sabe si este título precedió á su ascenso en la carrera militar efectiva ó si coincidió con él. Sea como fuere, la cosa es de poca importancia. Los varoniles colonos de California no examinaban los títulos ni se preocupaban de los antecedentes de sus compañeros. El que pretendía poseer un grado militar debía sustentar con hechos tangibles sus pretensiones, y así debía acreditar Wílliam Wálker el suyo. El triunfo momentáneo obtenido por De Boulbón hizo converger la miradas de Wálker y de algunos de sus amigos hacia el mismo campo de operaciones. Un agente llamado Federico Emory había sido enviado á Sonora en 1852, con la mira de obtener un contrato semejante al que se había otorgado á la compañía francesa. No habiendo tenido efecto estas negociaciones, Wálker y uno de sus socios, Henry P. Watkins, las reanudaron personalmente. No parece que tuvieran mejor suerte ni que los celosos y desconfiados naturales los estimulasen en manera alguna. No obstante, Wálker y unos pocos amigos resolvieron emprender la conquista de los

estados occidentales de México, á despecho de tan ostensibles dificultades, suficientes para descorazonar aún á hombres más atrevidos. El gobierno de los Estados Unidos se mostraba resueltamente hostil á toda empresa filibustera. Sonora, de seguro, no acogería con benevolencia á libertadores cuya ayuda no había solicitado. La singular mala voluntad (ya notada antes por De Boulbón) de los capitalistas americanos para suplir el nervio de la guerra ilegal, persistía en los círculos financieros, formados por gentes poco aficionadas á románticas aventuras. No obstante, en otros círculos sociales tenía Wálker amigos entusiastas, especialmente entre los naturales de los estados del Sur. Wálker era un partidario sincero y hasta fanático de la esclavitud.

Conquistar nuevos territorios y por el mismo hecho "extender el área" de la esclavitud, eran proyectos que debían ser mirados con simpatía en todo el Sur. La admisión de nuevos territorios en el Norte amenazaba destruir la supremacía de los estados del Sur en el gobierno nacional. Preocupaciones de grupo ó de partido, intereses personales y quebrantos políticos fueron las causas que llevaron á los estados esclavistas á preocuparse de la nueva y creciente amenaza. Iguales sentimientos, avivados por largos años de inferioridad política, movían á los estados del Norte. Por lo que hacía á los del Sur y tratándose del mantenimiento de la esclavitud, estaba en sus intereses extenderla.

De otro modo, el aumento rápido del número de los abolicionistas, unido al próximo cambio de gobierno, había de causar en breve su ruina. Así pensaban al menos, y no sin razón, los partidarios de la esclavitud en aquellos tiempos de sombrío encarnizamiento.

El conflicto era inminente y merecía el califica-

tivo de "inevitable" que se le daba entonces. Largos años de acaloradas discusiones habían hecho imposible un arreglo; pero los jefes más inteligentes y juiciosos de ambos partidos, esquivaban resolver el conflicto por medio de las armas. La división de los estados era apenas considerada como una teoría por las masas populares, cuando de pronto surgió como un hecho tangible. Sólo los charlatanes fanáticos hablaban de guerra, y éstos mismos fueron los que continuaron perorando cuando ya hombres de más sangre fría habían comenzado la pelea

Entonces pudo invocar Wálker, con toda confianza, la simpatía de los ricos é influyentes propietarios de esclavos, en favor de una cruzada que tenía por objeto extender su sistema favorito. Pudo hacer un llamamiento á los atrevidos aventureros de todas clases, alucinándolos con la peligrosa fascinación de su proyecto, particularmente á los californianos, en virtud de la hostilidad hereditaria de éstos contra los mexicanos y del desdén que les inspiraban. Por otra parte, ofreció á los que emigrasen á Sonora una recompensa de quinientos acres de tierra por cabeza y un salario de cuatro pesos diarios por sus servicios militares. Se adquirieron armas y municiones y se presentaron emigrantes de facha muy poco pastoril. Contratóse un bergantín y se fijó el día de la salida. Así las cosas, la autoridad embargó la nave. Esto ocurrió en julio de 1853. Tres meses después los expedicionarios, aleccionados por la experiencia, dieron sus pasos con tanto sigilo que lograron embarcarse en número de cuarenta y cinco, contando á Wálker y á Emory, y zarparon en la barca *Caroline*, yendo á desembar car al cabo de San Lucas en la Baja California, el 28 de octubre. Permanecieron allí corto tiempo antes de continuar su viaje á la Paz. El 3 de no-

viembre se apoderaron de esta población, así como de su gobernador Espinosa. Tres días después llegó un buque con el coronel mexicano Rebolledo, sucesor de Espinosa, que también fué hecho prisionero. Wálker, dueño del gobierno y de los archivos, convocó á elecciones, en las cuales resultó electo presidente. No dice Wálker en su informe si tuvo ó no algún competidor para el honroso cargo.

Diez de los aventureros fueron nombrados para el despacho de los negocios civiles, militares y *navales*. Treintaidós conservaron el carácter de simples ciudadanos, por no haber más destinos. "Nuestro gobierno —escribía el presidente,—se ha instalado sobre base sólida y segura." Por absurdos que nos parezcan estos procedimientos, juzgándolos por las consecuencias, para Wálker significaban la solemne iniciativa de instituciones libres y de un glorioso porvenir. Se lanzó una pomposa proclama, junto con una declaración de independencia. Dos meses después Wálker anexó en el papel la provincia limítrofe de Sonora, y cambió el nombre de la República por el de *Sonora*, incluyendo en ella el estado de este nombre y el de la Baja California. Todo esto sin haber puesto los pies en esta parte de sus nuevos dominios.

Entretanto sus amigos de California se movían con actividad. En San Francisco se abrieron oficinas de enganche adonde acudieron los desesperados, los aventureros, los perdidos de todas partes del mundo. El gobierno federal no pudo dar activos pasos para contrarrestar la recluta, ó por lo menos no lo hizo. Fueron enganchados dos ó trescientos hombres y se les tomó pasaje en la barca *Anita*. El nombre del bajel y la fecha en que debía zarpar se conservaron secretos; sólo los conocieron los jefes de la expedición.

La tarde del 7 de diciembre de 1853 fué la fecha fijada para reunirse en el "cuartel general." Los caballos y carros estaban listos y pronto estuvieron á bordo de la *Anita* las provisiones y pertrechos de guerra. Antes de media noche terminó el embarque y la nave salió. Un remolcador lo condujo fuera del puerto. Varios marineros de la *Anita* se metieron furtivamente en el remolcador, antes de soltar las amarras, y su deserción no se notó sino cuando ya la barca navegaba airosamente en aguas del Pacífico. Un escritor benévolo califica á los aventureros de gente de la vida airada. Celebraron su partida con alegre francachela, en tanto que la barca cabeceaba en el océano y el capitán renegaba de su tripulación desleal y bullicioso cargamento. Luego sopló viento. Una ola poderosa barrió la cubierta, llevándose una docena de barriles de carne de puerco y causando una fuerte avería en el costado del barco. Los aventureros despertaron al día siguiente con la cabeza fresca, pero mareados. Algunos de ellos, que habían sido marineros, prestaron su ayuda, que fué bien necesaria: la nave había arrastrado el ancla y bastantes brazadas de cable durante toda la noche, porque los desertores no se cuidaron de levantarla. Los filibusteros se consolaron pensando que no habían nacido para morir ahogados.

A su llegada á San Vicente, donde acamparon, y mientras recibían la orden de marcha, se entretuvieron saqueando los ranchos dispersos del lugar. Por medio de requisas forzosas se procuraron caballos, pagándolos con los prometedores vales de la *República*. Allí ejerció Wálker por primera vez su terrible disciplina, tan temida después por hombres que no tenían miedo á nada, ni divino ni humano. Una docena de los más audaces forajidos del campamento urdieron el proyecto de volar

el almacén de la pólvora en la noche y huir en seguida con todo el botín que pudiesen recoger durante la confusión del momento. Sujetóse el caso á un improvisado consejo de guerra, que condenó á dos de los cabecillas á ser fusilados, sentencia que fué inmediatamente ejecutada. Otros dos fueron azotados en público y á tambor batiente arrojados del campamento. En seguida pasó Wálker revista á sus gentes, les habló al alma y mandó que todos los que deseaban seguir bajo sus órdenes levantasen los brazos. Los cuarenta y cinco voluntarios asintieron á ésto, junto con algunos de los pasajeros de la *Anita*; los otros se echaron el rifle al hombro y se preparaban á dejar el campamento. Wálker se encaró con los desleales, mandándoles con calma que entregasen las armas, orden que obedecieron después de corta vacilación. Ya desarmados, se les permitió largarse. Dióse en seguida orden de emprender la marcha hacia Sonora por los senderos montañosos que rodean la cabecera del golfo de California. Las armas y municiones de los desertores fueron enterradas en lugares ocultos. Dos hombres más desertaron durante la marcha y se unieron á los indios que hostilizaban la pequeña tropa á cada paso.

En balsas cruzaron el río Colorado. Las enfermedades y la deserción aclararon las filas; los heridos morían por falta de cuidados, pues no tenían una sola caja de instrumentos de cirugía. Extraíanse las puntas de las flechas con las baquetas de los fusiles. Todas las mañanas se notaban nuevas bajas. No había más provisiones que unos cuantos barriles de carne de cerdo. Dos soldados se disputaron un puñado de maíz tostado, y uno de ellos mató al otro en la contienda. Las ropas se habían convertido en harapos. El presidente de Sonora, con

con un zapato en un pie y en el otro una bota, no lo pasaba mejor que sus compañeros. Reunido un consejo de guerra, se resolvió regresar á San Vicente. Los mexicanos los acosaban por los flancos y á retaguardia. ultimando á los rezagados. De regreso, al cruzar las montañas, estuvieron á punto de ser exterminados en un desfiladero, que tenía en el centro una planicie de media milla de ancho, con una estrecha entrada en ambos extremos. En la mitad de la llanura se presentaron los indios por los flancos y de frente, haciendo un fuego graneado. En tan apurado trance demostró Wálker su calma y competencia militar. Habiendo dejado á retaguardia, cubiertos por espeso jaral. doce hombres al mando del teniente P. S. Véeder, joven sereno que se distinguió después en Nicaragua, Wálker retrocedió hacia la entrada del valle con el resto de la fuerza. Aquel paso estaba ya cerrado por el enemigo, que recibió á los que se retiraban con una descarga mal dirigida de balas y flechas Al propio tiempo, los que guardaban la otra entrada vinieron á juntarse con sus amigos para atacar á los americanos por el flanco. Al pasar por la emboscada de Véeder, éste les hizo una mortífera descarga á quemarropa, sin desperdiciar una bala Entretanto Wálker, con certera puntería, les hizo otra descarga tan terrible que huyeron despavoridos y abandonaron sus posiciones. Ambos destacamentos unidos pasaron entonces por el desfiladero, antes de que los atónitos naturales pudieran rehacerse para volver á la carga. Desde aquel día los mexicanos tuvieron que renunciar al soborno de sus aliados indios, porque no hubo cohecho de aguardiente que fuera bastante para decidirlos á enfrentarse otra vez con los rifles americanos. Se limitaron á seguir la marcha como coyotes, rondando

los campamentos abandonados y desenterrando á los muertos para robar la manta, única mortaja del pobre filibustero que caía en los campos de Sonora.

En San Vicente, donde en el mes de marzo había dejado Wálker un piquete de dieciocho hombres para custodiar el cuartel, no encontró ni uno solo. Doce habían desertado; los demás, inconscientes del peligro, habían sido sorprendidos por una patrulla de jinetes mexicanos, lazados y torturados hasta la muerte. Tantos reveses fueron causa del fracaso final de la expedición. Aguardar refuerzos de California, aun dado el caso de poder obtenerlos, de nada habría servido, pues ya Wálker sólo contaba con treintaicinco hombres. Estos carecían de todo, excepto de armas y de municiones de guerra, que les sobraban. En varios lugares habían enterrado cajas de carabinas y pistolas; ocho cañones fueron clavados en San Vicente, cien cuñetes de pólvora tenían escondidos en las riberas del río Colorado. Años después, los pastores de las tribus de indios errantes de Cucupa, solían encontrar esqueletos humanos en los vericuetos de la montaña, sin cruz, ni túmulo, ni epitafio, ni más señales de su procedencia que un occidado revólver de Colt, que proclamaba la nacionalidad y oficio del difunto, única reliquia de los pretendidos conquistadores del siglo XIX.

El estólido indígena que había jurado lealtad á las efímeras instituciones de la república, con amenaza de prisión si rehusaba dar su voto, olvidó su juramento en cuanto el odiado *gringo* volvió las espaldas. El ranchero, á quien no quedaba más recuerdo de la República de Sonora que los bonos que había tenido que recibir bajo pena de prisión, á cambio de sus ganados y caballos, vió con pesar que éstos no le servían ni para jugarlos en la mesa de monte

ó en la cancha de gallos. Los americanos del Norte habían invadido como la peste sus hogares, del mismo modo que los bucaneros de antaño. De unos y otros no quedaba ya nada, salvo la ambición chasqueada de los primeros y el desastre de los últimos.

Este atentado fué una verdadera tropelía sin excusa admisible de ningún género Pronto echó de ver Wálker que su intervención era mal recibida por los hijos del país; tampoco tardó en darse cuenta de que sólo con un fuerte ejército de ocupación, respaldado por una gran potencia, le sería posible hacer que su querido ensueño de conquistar á México pasara de los límites de las vanas soñaciones de la fantasía.

Descorazonado, pero sin que le faltara la serenidad de que nunca se departió, condujo su hambrienta y cansada tropa hasta la frontera de California. Poca fué la resistencia que le presentaron los naturales en la retirada Una soldadesca indisciplinada y tan sólo temible por el número de los combatientes, guardaba las alturas de la montaña; los indios sus aliados debían estorbar el paso de los llanos. El coronel Meléndez, comandante de las fuerzas mexicanas, envió cuatro indios con bandera de paz al campamento de los filibusteros, ofreciéndoles protección y paso franco á todos, excepto al jefe, mediante entrega de las armas y municiones. La propuesta habría sido rechazada, aun ante la perspectiva de una muerte segura, por hombres que conocían bien la fe púnica del español. Acostumbrados como estaban á seguir sin vacilación las órdenes de su capitán al través de tantos peligros, hambres y dificultades, y ya en momentos en que podían ver la bandera de los Estados Unidos flameando sobre el campamento militar del otro lado

de la frontera, rechazaron con sarcástica ironía la proposición. Meléndez, en vista de la negativa, se dirigió al comandante de la tropa de los Estados Unidos, solicitando su intervención para obligar á los filibusteros á deponer las armas, súplica á la cual no podía acceder sin violar la neutralidad del territorio mexicano y que fué denegada. A tres millas de distancia acampaba la guarnición fronteriza de los Estados Unidos. Wálker, para poder pasar y como único lance de salvación, ocurrió á la estrategia. Dejó media docena de sus mejores rifleros escondidos tras de las rocas para que le cubriesen la retirada. Los naturales, debido al saludable respeto que les infundía el rifle de los americanos, se mantenían á respetuosa distancia de ellos y cayeron en el garlito. Habiendo divisado seis caballos sin jinetes, Meléndez y sus mexicanos se lanzaron á todo galope, dejando á los indios aliados el cuidado de seguirlos como mejor pudieran. Los filibusteros perdieron sólo un hombre, víctima de su propia torpeza, pues quiso valerse de la táctica del enemigo, fortificando su valor con exceso de aguardiente.

Así terminó la última batalla de la República de Sonora, si darse puede este nombre á la inútil escaramuza en que pelearon un puñado de hombres por un lado y por el otro un centenar de salvajes ignorantes. Treintaicuatro hombres harapientos, casi desnudos y famélicos, que representaban el presidente, gabinete, ejército y marina de Sonora pasaron la frontera y se rindieron en calidad de prisioneros de guerra al mayor Mackínstry, del ejército de los Estados Unidos, en San Diego, California, el día 8 de mayo de 1854. Así celebró Wálker el trigésimo aniversario de su nacimiento.

Los prisioneros empeñaron su palabra de presentarse para ser juzgados ante el general Wool, en

San Francisco. Firmado por todos este compromiso, se les permitió seguir su camino. Entre aquellos hombres hambrientos, heridos, supervivientes llenos de cicatrices de varios meses de cruel miseria, hubo por lo menos seis que por amor á su jefe ó por su osadía invencible, se lanzaron doce meses después en busca de nuevos peligros y glorias, á las órdenes del mismo caudillo.

Wálker regresó de Sonora vencido, pero no descorazonado. Había dado pruebas de ser un conductor de hombres, aun en campo tan pequeño. Desde entonces y hasta que la estrella de su destino fué eclipsada por la muerte, su solo nombre valía por mil combatientes, doquiera que la encarnizada lucha hacía necesaria su presencia. Debe también decirse en su favor que jamás usó de las artimañas de los demagogos, con la mira de captarse los favores de la popularidad. Tanto en los campamentos como en la batalla, mostró siempre ser un jefe sereno, valeroso, inflexible en materias de disciplina, sobrio de palabras y pródigo de hechos. Supo granjearse la obediencia respetuosa de sus más revoltosos compañeros con el ejemplo de su conducta. Su voz de mando no era la de *Id*, sino *Venid conmigo*: el talismán napoleónico. Tan sólo con los más jóvenes de sus secuaces parece haberse departido de su huraña dignidad. El nombre de uno de éstos, muchacho de quince años llamado Wílliam Pfaff, aparece entre los firmantes del compromiso de San Diego. Con dificultad se pudo impedir á éste que siguiera los destinos de su jefe, acompañándolo á Nicaragua. Cuatro años sirvió en las filas de los confederados durante la guerra civil; pero ni los peligros ni las privaciones sufridas en esa guerra pudieron borrar de su imaginación la campaña de Sonora. Con verdadera hipérbole californiana de-

cía que la rebelión del Sur no era más que un *pic nic* comparada con la campaña de Sonora.

La acusación presentada contra el jefe de los filibusteros por violación de las leyes de neutralidad de los Estados Unidos, no duró mucho tiempo y pronto fué absuelto de toda culpa. Wálker volvió á ocupar la silla editorial del *San Francisco Commercial*, órgano de este hombre público tan desgraciado. Dejemos ahora al filibustero en su isla de Elba y hagamos un ligera reseña del país destinado á ser el teatro de su efímera gloria, de su derrota y de su muerte.

Capítulo VI

NICARAGUA.— "EL PARAÍSO DE MAHOMA".—VISITAS DE LOS BUCANEROS.—RINGROSE Y DE LUSSAN.—NELSON DERROTADO POR UNA DONCELLA.—LA HEROÍNA APÓCRIFA DE SAN CARLOS.

Al derramar tan pródigamente sus dones sobre Nicaragua, la Naturaleza dejó una tarea muy limitada al hombre. País tropical de clima templado, la mitad de su territorio se encuentra á una altura más ó menos de 5,000 pies sobre el nivel del mar. Esta región privilegiada no parece haber participado de la maldición del pecado original. Allí donde la Naturaleza provee á todas las necesidades, el hombre no ha menester trabajar ni desea nāda. Los frutos de la tierra crecen con la profusión de los trópicos y el vestido es algo superfluo que juiciosamente se considera como tal. Doscientas cincuenta mil almas ocupan un territorio tan extenso como el de la Nueva Inglaterra. Estas gentes son tan pobres en riqueza acumulada, como los más infelices campesinos europeos; en cambio, como no conocen ninguna necesidad que no puedan satisfacer, son tan ricos como millonarios. Pe—

ro Nicaragua es un país propio para inspirar dudas acerca de la doctrina de la supervivencia de los más aptos. Los descubridores españoles lo llamaron el "Paraíso de Mahoma", nombre apropiado á una tierra de felicidad sensual. Para el nicaragüense su país no tiene pasado, ni presente, ni porvenir. Vive con el día, seguro de que no le faltará el alimento de mañana, ni el vestido, ni el albergue. No se cuida del mañana, porque sabe que será igual á hoy, que en nada se diferencia de ayer; que la semana próxima, el año y siglo venideros lo hallarán, así como á sus descendientes, comiendo frijoles, bebiendo *tiste*, meciéndose en la hamaca, ignorante, mal gobernado, revoltoso, sin grandes virtudes ni grandes vicios. La tierra se lo suministra todo sin afán ni sudor. Llegada la hora de la muerte, sus huesos irán á abonar unos cuantos pies del rico seno de la madre tierra y su cuenta estará cancelada. El jaguar y la boa hacen otro tanto en provecho del mundo. Relevado el hombre de la necesidad de luchar por la existencia, de combatir contra la Naturaleza y sus acólitos el hambre y el frío, que sólo representan la mitad de la batalla en nuestra vida moderna, era lógico esperar que alcanzara á la perfección material y moral. Pero los naturales de los trópicos, á semejanza de los árboles de sus selvas, viven cubiertos de parásitos que los estrangulan: la pereza, la ignorancia, la perfidia y la anarquía, que son como una túnica de Neso legada por el despotismo.

La terrible equidad con que la Naturaleza reparte el bien y el mal se ve rara vez en Nicaragua. Otros países tropicales tienen también hermosas flores en cuyos aromosos cálices se anidan mortíferos insectos; lucientes frutas que envenenan el labio que las prueba; suaves brisas cuyas alas aca-

rrean enfermedades. En otros países de sol resplandeciente la aleta del tiburón corta la ola cristalina, el tigre y la cobra se esconden en sus magníficos vergeles; pero aunque en Nicaragua no son desconocidas las fieras ni las serpientes dañinas, éstas son pocas y tímidas y huyen del hombre. Solamente los insectos abundan y fastidian. El rey de la Creación y los bichos más pequeños son las plagas de Nicaragua.

Allí el hombre cosecha sin sembrar y la cosecha nunca falta. Con sólo extender la mano puede regalarse con primores que pocas veces adornan la mesa de los reyes: la cidra, la lima, el limón, la naranja (de las cuales se ven con frecuencia 10,000 en un solo arbol), el banano, el aguacate, el mango, la papaya, el árbol de pan, el tamarindo, el café, la caña de azúcar, el tabaco y todo cuanto crece y puede cultivarse en climas tropicales ó templados. La mitad del año puede pasarla el nicaragüense en su hamaca, á la sombra de los árboles. En la estación lluviosa se provee de unos cuantos estacones, de hojas de palmera é improvisa su rancho. Las plantas medicinales abundan por todas partes, para alivio de las pocas dolencias á que está sujeto. Aves de brillantes plumas, flores de bellísimos matices son recreo de sus ojos en todas partes. En los bosques soberbios en que los pinares y palmeras crecen al lado de los ceibas, de las mimosas y de los gallardos cactos, rivaliza con los esplendores del arco iris el plumaje de los loros, guacamayos, colibrís, tucanes y de la bellísima criatura alada que lleva el nombre imperial de Montezuma. Esta es sin duda la región más nueva del globo y lleva impresa en su faz la divina irradiación de la juventud. Es tan nueva que los fuegos de la Naturaleza no han muerto aún en ella. El volcán, irguiéndose á mi-

llares de pies, todavía humea y despide llamas, y la tierra tiembla á cada instante á los golpes de las fraguas de los Titanes. El glorioso Ometepe levanta su cima hacia las nubes, y en ellas la oculta con pudor á una elevación de cinco mil pies sobre el nivel de las ondas del plácido lago; el de Madera, su hermano gemelo, sólo tiene unos ochocientos pies menos de elevación. El Momotombo, el Mombacho, el Viejo y los dos preciosos conos asentados á la entrada de la bahía de Fonseca, parecen flamígeras espadas guardianas del Edén, al cual, como en tiempos remotos, ha ingresado la serpiente tentadora provista de humana lengua.

Poco aprecio hace el nicaragüense de los múltiples favores de la Naturaleza, cuyos grandiosos misterios apenas despiertan en él un lánguido *¿quién sabe?*, á la vez que sus más triunfantes argumentos los contesta con un *no hay tiempo*, más lánguido aún, palabra que sirve de eterna disculpa á su indolencia. Tan sólo el uno por ciento de la población total aparenta estudiar. ¿Para qué van ellos á correr tras la educación, cuando todas las necesidades de la vida pueden satisfacerlas con sólo pedir? No ha de ser de seguro para amontonar riquezas. Hasta de esto se cuida la Naturaleza, porque el dinero lo provee la vegetación de Nicaragua; su fértil suelo alimenta árboles que producen la moneda necesaria para las transacciones menudas, en forma de granos de cacao. Cada grano corresponde á la cuadragésima parte de medio real de plata. Ni vale gran cosa la instrucción en un país donde la ignorancia no es obstáculo para prosperar en las carreras civil ó militar, y donde, especialmente cuando mandan los serviles, un bandido iletrado puede llegar tan alto como el abogado más pillo. En los días del presidente Chamorro los rufianes

más notorios desempeñaban altos puestos y se arrendaban las rentas del estado bajo un sistema que hoy sólo practican los pueblos más bárbaros del Asia. El peculado era tan común, que en los estados vecinos, donde no escasean los tejados de vidrio, se decía que en Nicaragua "ni en el vientre de la vaca está el ternero á salvo de ladrones".

No tenía Nicaragua tan mala fama en tiempos pasados. Años antes de que el español cubierto de su armadura trajera el azote de la civilización al través del Atlántico, el sencillo indígena construía en las cumbres de los cerros sus altares para adorar al sol. Durante siglos, antes de que llegara el azteca, floreció en Nicaragua una raza semicivilizada, cuya historia está escrita con jeroglíficos de una lengua perdida y olvidada, raza que no ha dejado descendientes. Los pocos fragmentos históricos de los aztecas que pudieron salvarse del fanatismo de los conquistadores, son las únicas fuentes de que se han podido sacar algunas noticias acerca de la civilización de los aborígenes centroamericanos. Su cultura, muy notable para aquel tiempo, estaba destinada, como la del Imperio Romano, á despertar la codicia de una raza más audaz y á sucumbir, después de un conflicto inútil, bajo el peso del mayor número y la superioridad de la fuerza física. Sea como fuere, los godos y vándalos aztecas invadieron el istmo, y cuando llegaron los españoles sólo encontraron el vasto reino mal gobernado de los súbditos de Montezuma.

La religión de Nicaragua, antes de la conquista española, era una idolatría sanguinaria. Se cree que los antecesores de los aztecas eran de índole apacible, pero inferiores en valor á éstos.

Los españoles encontraron un pueblo de adoradores del sol, degradado por los sacrificios hu-

manos y devoto del canibalismo. Entre este pueblo y el lejano Anáhuac, del cual dependía, estaban las espesas selvas é infranqueables pantanos de Yucatán. En la actualidad el viaje por tierra entre ambos lugares es largo y penoso. Sin embargo, Cortés proyectó y llevó á cabo una expedición á Honduras, hasta que sus desanimados veteranos se negaron á continuar marchando con dirección al sur.

Pedro Arias de Avila, gobernador de Panamá, emprendió desde el sur la exploración del país en 1514 (*). Nueve años más tarde se decidió á mandar una fuerza para subyugarlo, al mando de Francisco de Córdoba, el cual logró someter al cacique Nicarao ó Nicaya. Los conquistadores dieron al país el nombre de este cacique.

Fundaron á León y á Granada, que son todavía las ciudades principales del país. Nicaragua suministró algunos soldados á Pizarro. Felipe II, con mezquina previsión, envió comisionados á inspeccionar el istmo, para ver si se prestaba para la apertura de un canal interocéanico. El informe fué favorable y se eligió la vía de Panamá. Tan favorable fué que reveló las ventajas que tendría la obra para el comercio internacional. España no quería semejante liberalidad y Felipe decretó pena de muerte contra el que en adelante intentase poner en comunicación los dos océanos. Pero así como las tarifas exageradas fomentan el contrabando, la prohibición del comercio da nacimiento al corso. Los bucaneros aparecieron para disputar á España el monopolio del tráfico americano. El istmo padeció

(*) Pedrarias llegó al Darién en 1514; pero no fué sino en 1524 cuando envió á Hernández de Córdoba á Nicaragua, país descubierto dos años antes (1522) por Gil González Dávila.

mucho con sus depredaciones. Panamá era entonces, como ahora, la ciudad más importante de la costa y el depósito de los reales tesoros procedentes de las minas de Cana. Drake la saqueó en 1586; después fué robada en diferentes ocasiones por Morgan, Sharpe, Ringrose y Dampier. Sufrió tres incendios de 1670 á 1680, y finalmente fué abandonada por la nueva ciudad del mismo nombre, construida á tres millas hacia el interior.

La disciplina más estricta y el valor indómito fueron la clave del triunfo de las empresas de los bucaneros. Estos observaban entre sí los principios de la más recta justicia. Todo el botín se repartía dando á cada uno la parte proporcionada á sus méritos, su rango y el número de sus heridas. Las presas eran de tanta importancia que muy bien podían ser generosos y justos. Sir Francis Drake apresó un galeón en el cual, si hemos de dar crédito á su biógrafo, se encontraron doscientas cuarenta toneladas de vajilla de plata y 720 botijos de oro acuñado.

Estos piratas á menudo hacen alarde en sus narraciones de un extraño espíritu de moralidad y aun de fanática devoción. El capitán Sawkins, bucanero inglés, guardaba el domingo con ejemplar fervor y tiraba al mar los dados de los tripulantes que sorprendía jugando en ese día. Drake edificó y dotó una iglesia en el río Loa, con la parte que le cupo en el saqueo de Puertobelo. En cuestiones de menor importancia eran tal vez menos escrupulosos. En Chepillo, por ejemplo, el capitán Ringrose y sus camaradas "creyeron conveniente" asesinar á sangre fría á todos sus prisioneros españoles. De Roque Brasiliano dice su biógrafo que mientras fué un simple marinero su conducta era tan ejemplar que supo ganarse la vo-

luntad de todos los piratas sus compañeros. Pero á pesar de tan buenas recomendaciones, era tal su aversión por los españoles, que mandó "fuesen empalados y asados vivos todos los prisioneros, por no haberle indicado los chiqueros donde podía robar los cerdos."

No menos edificantes é instructivas son las memorias del señor Raveneau de Lussán, alférez francés que sirvió tres años en calidad de filibustero y regresó á su país con una parte muy considerable de botín de guerra, á la que daba el curioso nombre de "mis compras." Una atmósfera de piadosos sentimientos se nota en la relación de sus aventuras. En todas sus victorias ve la mano protectora de la Providencia. Oraba antes de empeñar la lucha y después celebraba sus triunfos con acciones de gracias, con tanto fervor religioso y tanta confianza en la justicia de su causa, como sienten los guerreros provistos de parlamentaria declaratoria de guerra y que están al amparo del "Dios de los Ejércitos." Este espíritu aparece notoriamente cuando relata el apuro que pasaron los bucaneros al cruzar el istmo de Panamá, viendo que á muchos de ellos faltaban armas, hasta que mediante el hundimiento providencial de sus canoas en el Río Grande, "Dios se sirvió disponer de la vida de algunos de nuestros compañeros, cuyas armas sirvieron para los que habían perdido las suyas." Más adelante el respetable señor de Lussán no puede menos que maravillarse del triunfo obtenido contra una fuerza naval española, superior en número. "Debo confesar, dice, sin menoscabo de los nuestros, que fué cosa extraña y casi un milagro." La controversia religiosa más ridícula de que se tiene noticia—y esto es mucho decir—ocurrió con motivo de las disensiones puramente sectarias que agi-

taron y al fin fueron la causa de la separación de las flotas bucaneras inglesa y francesa. Lussán y sus compatriotas se dirigieron á Nicaragua, y allí recibieron la bienvenida que merecían de sus correligionarios españoles.

Nicaragua, buena para correrías y depredaciones, no era bastante rica para distraer á los bucaneros de mejores presas. El cabo de Gracias á Dios, situado en su frontera nordeste, era su punto de reunión; pero la costa atlántica tenía menos atractivo que la del Pacífico para los piratas. Las narraciones de los bucaneros poco hablan de ella. Su nombre de Costa de Mosquitos parece bien adecuado. Lussán habla con horror del calamitoso insecto "que se siente antes de ser visto."

Los bucaneros desaparecieron, pero dejaron un legado. La Gran Bretaña, en 1742, reclamó las islas de la bahía de Honduras, por haberse posesionado de ellas los piratas ingleses un siglo antes. Con este pretexto Inglaterra declaró la guerra á España, guerra que se terminó sin ventaja material para ninguno de los beligerantes. Por el tratado de 1763 Inglaterra renunció á sus pretensiones en Centro América y evacuó todo el territorio en disputa, menos la isla de Roatán, situada cerca de la costa hondureña del Atlántico. Esta deslealtad motivó la renovación de las hostilidades. En 1780 el coronel Polson fué enviado con instrucciones de invadir á Nicaragua. Con este intento desembarcó en San Juan del Norte doscientos hombres entre soldados y marinos, subió embarcado en botes río arriba, apoderándose fácilmente de la media docena de puestos fortificados que había en las riberas del San Juan. En la cabecera del río, punto donde recibe las aguas del lago de Nicaragua, la expedición se encontró con las amenazadoras baterías del fuer-

te de San Carlos, que entonces como ahora defiende la entrada del lago.

Al llegar aquí, la historia y la tradición se confunden. La primera afirma, de acuerdo con autoridades históricas y biográficas inglesas, que Horacio Nelson, que sólo era entonces un simple y desconocido capitán que mandaba las fuerzas navales, se apoderó del fuerte, infligiendo severo castigo al enemigo, hecho lo cual regresó victorioso á sus naves. La tradición cuenta una historia más bonita.

Cuando la flotilla se acercó á tierra y se preparaba á combatir, reinaba el silencio y no se oía más ruido que el del movimiento de los remos y el murmullo de las aguas. Ni un solo soldado se descubría en las murallas, pues los cobardes lacayos de la guarnición, aprovechándose de la enfermedad del comandante habían huído á los bosques en cuanto asomó el enemigo. Al valeroso hidalgo que mandaba el fuerte no le quedó más compañero que su linda hija; pero ésta era una verdadera hija de militar, con el corazón de una heroína. Los botes se acercaron rápidamente á tierra; los remos brillaban al sol de la mañana; los artilleros, con las mechas encendidas, esperaban la voz de fuego; Nelson se puso de pie para ordenar el ataque. De pronto salió un fogonazo de una tronera del fuerte y el estampido de un cañón rompió el silencio del lago y de la selva. En seguida dejaron oír sus voces todos los cañones, uno tras otro; pero el primero había hecho ya el oficio de un ejército derribando á Horacio Nelson. Los ingleses se pusieron rápidamente fuera del alcance de las balas, vencidos y descorazonados; y aquí no pararon sus reveses, porque los españoles los hostilizaron de tal modo en su retirada, que de los doscientos hombres con los cuales se habían presentado ante el fuerte de San

Carlos, sólo diez regresaron sanos á San Juan de Nicaragua. La herida causó á Nelson la pérdida de un ojo, y él, que nunca había vuelto las espaldas al enemigo, huyó ante los cañonazos disparados por una muchacha de dieciséis años. La hija del comandante, doña Rafaela Mora, era quien había puesto fuego á la batería y salvado á Nicaragua. La heroína del fuerte de San Carlos fué condecorada por el rey de España y agraciada con el despacho de coronela de los reales ejércitos de Su Majestad y una pensión vitalicia.

Tal es la tradición aceptada como auténtica por los nicaragüenses y que apoya el testimonio de viajeros fidedignos. Ninguno de los biógrafos de Nelson menciona á la heroica joven. Según estos historiadores, Nelson subió por el río hasta el fuerte de San Juan (probablemente hasta el Castillo Viejo), del cual se apoderó después de un largo sitio y de muchas bajas en sus fuerzas. En cuanto á la pérdida del ojo de Nelson, dicen que le ocurrió durante el sitio de Calvi, en la isla de Córcega. Sin embargo, el capitán Bédford Pim, de la marina real inglesa, en su libro de viajes por Nicaragua, da entero crédito á la leyenda del país, que también ha sido aceptada por otros autores ingleses que deben estar bien informados de la vida y hechos de Nelson. Tan firmemente creen en Nicaragua en esta tradición, que fundándose en la eficacia de esta gloria heredada, el general Martínez, nieto de la heroína, fué elegido presidente del estado en 1857, á pesar de que en aquel entonces existía un presidente electo en debida forma, que reclamaba el puesto con títulos legales; argumento éste bastante para acallar las más capciosas críticas respecto de la veracidad de la tradición. En una época iconoclasta sería un acto de inútil crueldad despo-

jar al pobre nicaragüense del único acto heroico que registran los anales de su historia. Es posible que los biógrafos de Nelson hayan suprimido un incidente que no redunda en provecho de la gloria de su héroe; puede ser también que Su Majestad Católica fuese engañada, ó que la tradición de la doncella de San Carlos no sea más que otro mito solar transplantado. *¿Quién sabe?* (*)

(*) El autor, siguiendo las huellas de muchos otros que han escrito sobre este asunto, confunde la expedición inglesa dirigida en 1762 contra el castillo de la Concepción, llamado hoy Castillo Viejo, con la que en 1780 atacó la misma fortaleza á las órdenes del coronel Polson y de la cual formaba parte Nelson. La heroína de 1762 se llamaba Dª Rafaela de Herrera, doncella de diecinueve años, que disparó con sus propias manos los primeros cañonazos, con tan buena fortuna que logró matar al comandante inglés y echar á pique una de las tres balandras que traía. Su padre, el castellano D. Pedro de Herrera, acababa de morir cuando se presentó el enemigo; de la guarnición no quedaba más que un sargento; los demás habían huído. El combate duró cinco días y terminó con el completo descalabro de los ingleses y el triunfo de la doncella, que fué recompensada después por el rey con una pensión vitalicia en 1781.

Capítulo VII

INTRIGAS INGLESAS EN EL ISTMO.—MORAZÁN Y LA CONFEDERACIÓN.—LA DINASTÍA DE MOSQUITIA.—BOMBARDEO DE SAN JUAN DEL NORTE.—CASTELLÓN LLAMA Á LOS EXTRANJEROS.—DOUBLEDAY Y SUS VOLUNTARIOS.—APRUEBA WÁLKER EL CONTRATO DE COLE.

Durante el tiempo que Centro América fué provincia española, la política de Inglaterra consistió en palabras de paz y actos de hostilidad. Comprometida por tratados sucesivos á renunciar á todas sus pretensiones sobre el país, mantuvo y extendió su dominación en varios puntos, tales como Roatán, Belice y las islas del golfo de Honduras, que dominan la entrada del de México y fueron siempre su presa favorita. Cualquier cláusula equívoca, cualquier pretexto frívolo ó agravio imaginario, el legado de un bucanero, la concesión otorgada por un rey negro, se alegaban como pretexto, á falta de cosa mejor, para una intervención armada. Las malhabidas posesiones de España comenzaban á dar el fruto acostumbrado. Por fin, en 1821 las colonias del Istmo oyeron el grito de libertad del Norte, contestado por otro en el Sur. La América española

sacudió la cadena á que por siglos había estado sujeta, rompió sus débiles eslabones y surgió libre ante el mundo. Pero los hierros habían hecho su efecto. Los entumecidos miembros no podían moverse; los ojos, hechos á la penumbra del calabozo, pestañearon deslumbrados á la súbita luz meridiana. El cuerpo era de un hombre libre, pero el alma de un esclavo. Cuando una nación recibe prematuramente la libertad, tiene que sufrir de nuevo penas y quebrantos, antes de poder apreciar debidamente sus generosos dones.

Una desunida unión de pocos años, una parodia de imperio bajo el cetro de cartón de Iturbide; separación, nueva unión, discordia, revolución. Los anales de Centro América son en la Historia un calendario de Newgate. (*) Con todo, en la lista de los innobles é infames gobernantes centroamericanos, hay un hombre digno de que se le consagre una página limpia, porque tuvo mejor estrella. Don Francisco Morazán, primer presidente de la Unión de los cinco estados, está lejos de merecer el título de Wáshington de Centro América; pero fué un hombre capaz, valiente y patriota, aunque vengativo y cruel con sus opositores. Electo presidente de la Federación en 1831, desempeñó su cargo durante nueve años, al cabo de los cuales sus gobernados se habían cansado de sus civilizadoras innovaciones, tan inadecuadas á su falta de cultura, como lo eran los angostos vestidos de la época á sus miembros flexibles. No tuvo Morazán, por desgracia, el tino necesario para conformarse con la elección que hizo el pueblo de un demagogo reaccionario que satisfacía sus gustos, y por esta causa comenzó una serie de intrigas contra la administra-

(*) Newgate es un presidio.

ción de su sucesor, que lo obligaron á huir á la América del Sur. Dos años después desembarcó con sólo trescientos soldados en Costa Rica y se apoderó de la capital. Pero el jefe de este estado pronto juntó una fuerza de cinco mil hombres, con la cual puso sitio al invasor, quien después de una brillante resistencia tuvo que rendirse. Fué juzgado, declarado culpable de conspiración contra los estados confederados y condenado á muerte, junto con sus generales, el 15 de septiembre de 1842. (*) Guatemala puso fin á la contienda sobre gobierno representativo, eligiendo en 1851 al mestizo Rafael Carrera presidente vitalicio.

Los estados de Centro América, divididos por luchas intestinas, malgastaban sus escasos recursos en guerras inútiles y volvían á caer rápidamente en un estado de barbarie más triste que el que reinaba en los tiempos en que Nicarao dobló la cerviz al yugo español. Exentas de sangre extranjera, las tribus de indios insumisos mostraban ser superiores á los descendientes mestizos de Córdoba y de Pedrarias Dávila. Los indios del Darién y los de la región de Río Frío, en las montañas septentrionales de Costa Rica, conservan todavía su libertad, mientras que Nicaragua y Costa Rica han estado pugnando, año tras año, por el vano honor de llamarse naciones soberanas.

A esta tierra, que el hombre ha hecho aborrecible, la dotó Naturaleza ricamente, y por esto ha sido codiciada por varias naciones poderosas, aun-

(*) Para el lector centroamericano no es menester rectificar los errores que contiene esta relación respecto de Morazán. Este invadió a Costa Rica con 500 salvadoreños. El dictador D. Braulio Carrillo envió contra él un ejército de 2,000 hombres al mando del general Villaseñor, antiguo oficial de Morazán. Al avistarse los beligerantes en El Jocote, Villaseñor y Morazán conferenciaron y concluyeron un pacto, que fué consentido por las tropas de Costa Rica por odio al despotismo de Carrillo. Morazán fué proclamado entonces jefe del estado y su caída fué obra de un levantamiento popular posterior.

que ninguna se ha atrevido á posesionarse de ella con sus solas fuerzas. El lago, ó mar interior, que cubre una superficie de cinco mil millas, á una altura de ciento siete pies del promedio de la marea del océano, forma un estanque natural, con un desaguadero de noventa millas de largo: el río de San Juan. Si se canaliza este desaguadero haciéndolo navegable para navíos de gran porte, trabajo relativamente fácil, y se abre un canal de dieciséis millas y un tercio al través de la garganta ístmica que existe entre el lago y el Pacífico, se tendrá otra gran vía de comunicación interoceánica, cuyos enormes beneficios para el comercio del mundo es difícil calcular. Esta noble empresa merece que la acometan el mundo civilizado y hombres de la talla de Bolívar y de Morazán. Húmboldt la proclamó; Luis Napoleón, prisionero en Ham, se entretuvo escribiendo un folleto en que demostraba la posibilidad de ejecutarla y lo necesaria que era. Considerada desde el punto de vista comercial, su conveniencia es indiscutible; como cuestión política sus ventajas serán de gran importancia para el engrandecimiento nacional de la potencia marítima que abra al mundo tan importante comunicación interoceánica. La nación que se posesione del canal puede aspirar á convertirse en dictadora de América; pero esta nación no será ni puede ser aquella que á semejanza del otomano enervado tiene tan sólo la ventaja de la posición geográfica. La potencia que detiene la llave del Mediterráneo y estuvo pronta á echar mano al istmo de Suez, volvió ávidamente los ojos hacia Nicaragua. Muchas y plausibles fueron las secretas pretensiones de Inglaterra sobre el territorio de su débil enemiga. Durante años ha ejercido un protectorado nominal sobre la costa del este, conocida con el nombre de Reino de Mosquitia.

Los monarcas de Mosquitia eran negros ignorantes, que gobernaban una tribu diseminada de salvajes, descendientes de un cargamento de esclavos náufragos arrojados á la costa en el siglo XVII (*). Diferentes veces fueron nombrados por capitanes de barcos de guerra británicos y sus amos los ponían y quitaban á su antojo. Aunque Nicaragua no ha reconocido nunca la autoridad de estos reyezuelos, le ha faltado la fuerza suficiente para hacer valer sus derechos en la costa oriental, que son para ella de poca utilidad, y sólo ha tratado de ejercer su soberanía en el río y puerto de San Juan del Norte. En 1839 el monarca reinante de Mosquitia, S. M. Roberto Carlos Federico I, canceló una deuda, procedente de diversas compras de licores y otros artículos que necesitó su real persona, con una concesión de tierras que llegaba á veintidós millones y medio de acres ó más. Los agraciados fueron Pedro y Samuel Shépard, y éstos traspasaron la concesión á la Compañía americana de colonización de Centro América, incorporada en los Estados Unidos. Este fué el ostensible pretexto que se tomó para organizar la expedición llamada de Kínney.

La descendencia de la real familia de Mosquitia puede clasificarse entre las dinastías infortunadas del mundo. El primer monarca, cuyo nombre se ha perdido para la historia, murió borracho, asesinado en una orgía; su medio hermano y sucesor fué destronado por un capitán inglés, el cual colocó en

(*) En 1641 un navío negrero portugués naufragó en la costa atlántica de Nicaragua. Una tercera parte de su cargamento de esclavos africanos pudo ser recogida; los demás se metieron en las selvas habitadas por los indios caribes, con los cuales sostuvieron cruda guerra. Al fin triunfaron los negros, que se propagaron con las mujeres de los vencidos caribes. De aquí el nombre de zambos mosquitos dado á sus descendientes.

el trono vacante á un pariente lejano de aquél llamado Jorge Federico. Su reinado fué de corta duración. Sucedióle su hijo, el festivo monarca Roberto Carlos I, "escandaloso y pobre." Este cedió sus derechos á los Shépards, á cambio de una ración de ron de Jamaica y de algunos pantalones de algodón. Su hijo, Jorge Wílliam Clárence, reinaba en 1850.

La mayor velocidad de los buques americanos permitió á los Estados Unidos quitar la delantera á los ingleses sus rivales, para apoderarse de California. Inglaterra se desquitó ocupando en 1848 la isla del Tigre, en la costa ístmica del Pacífico, y San Juan del Norte en la costa del Atlántico; á este puerto dióse el nombre de Greytówn, en honor de Grey, uno de los gobernadores de Jamaica. Así se hizo dueña Inglaterra de las llaves del istmo. El canal, sin entrada ni salida seguras, escaparía así de las manos de la potencia que quisiera tener la gloria estéril de construirlo. Aunque parezca extraño, los Estados Unidos tenían en aquel entonces un hábil diplomático á su servicio en Centro América, el honorable E. G. Squier, quien por otros méritos más sólidos tiene adquirida mayor fama que la que proporcionan los triunfos en el ingrato servicio público. Sin perder tiempo, Squier secundó la protesta de Honduras contra el robo incalificable de la isla del Tigre, que era parte de su territorio. El gobierno de los Estados Unidos terció en la cuestión y la isla fué devuelta, aunque de mala gana.

Al propio tiempo los Estados Unidos protestaron formalmente contra la ocupación de San Juan del Norte. Después de muchas controversias terminó el asunto mediante el tratado Clayton-Búlwer. Este fué prácticamente un triunfo para la Gran Bretaña, por cuanto los Estados Unidos se comprometieron á "no tener nunca dominio exclu-

sivo sobre dicho canal, á no construir ni mantener fortaleza alguna que lo dominase ni tampoco en su vecindad; á no ocupar, colonizar ni asumir ó ejercer dominio alguno en Nicaragua, Costa Rica, las costas de Mosquitia ó cualquiera otra parte del territorio de Centro América." La Gran Bretaña, con aparente equidad, se obligaba á lo mismo. La diferencia estribaba en que los Estados Unidos debían abstenerse de dar los pasos necesarios para dominar la única ruta entonces posible entre los estados del oriente y del occidente de la Unión, quedando así colocados en el mismo pie que las naciones europeas que no tenían tan vitales intereses en el istmo. Por su lado la Gran Bretaña se obligó á dar pasos, que no sólo eran peligrosos é inexcusables, sino también de dudosa posibilidad. Hubo otra desigualdad notoria, y fué que los Estados Unidos cumplieron lo pactado y la Gran Bretaña rompió con sus compromisos á los catorce meses de haberlos contraído. El tratado se firmó y fué sancionado el 5 de julio de 1850. En agosto del siguiente año, el capitán Jólly de la real armada británica, anexó solemnemente la isla de Roatán á la colonia de Belice, la cual, á despecho del tratado, había continuado como dependencia nominal de la Gran Bretaña. En julio de 1852, Augusto Federico Gore, secretario de la colonia de Belice, declaró que "Su Graciosa Majestad la Reina había tenido á bien formar con las islas de Roatán, Bonaca, Utila, Barbarat, Elena y Morat, una colonia que debía llevar el nombre de Colonia de las Islas de la Bahía." Esto era la resurrección del legado de los bucaneros.

Ninguna coyuntura más favorable para aplicar la siguiente teoría proclamada por un presidente de los Estados Unidos hacía más de treinta años: "Que

los continentes americanos, por la libre é independiente posición que habían asumido y ejercían, no podrían considerarse en adelante como territorios colonizables por ninguna potencia europea." Tal es el extracto del séptimo mensaje anual del presidente Monroe, fechado el 2 de diciembre de 1823, que se conoce con el nombre de "Doctrina de Monroe." Esta manera tan arrogante de asumir el protectorado sobre dos continentes, no era más que la opinión particular de su autor, no apoyada por la acción oficial, ni dentro ni fuera de los Estados Unidos; pero cayó como una bomba en los círculos diplomáticos del mundo. Fué criticada, escarnecida y repudiada por todas las naciones europeas; sin embargo, les inspiró secreto temor y no fué abiertamente desacatada por ninguna, aun durante las muy agrias discusiones respecto de Centro América. Inglaterra sostuvo con mucho tacto sus pretensiones sobre el codiciado territorio, alegando el hecho de su antigua posesión. Inútil es decir que aun cuando la "Doctrina de Monroe" hubiese estado incorporada á la constitución americana, no habría sido atendida un solo instante como válida en el alto tribunal de las naciones, á no ser en los casos en que el derecho debe ceder ante la fuerza.

La Gran Bretaña dejó de reclamar para sí ó sus fantoches de Mosquitia el dominio del puerto de San Juan del Norte. Con todo, el barco tradicional, situado á un día de distancia de cualquier parte del mundo, siguió apareciendo en el Caribe. Los vapores de la compañía del Tránsito hacían regularmente su carrera entre Nueva York y San Juan. En mayo de 1854 el capitán de uno de estos vapores mató á un negro de un tiro en las calles de San Juan, y para no ser aprehendido fué á refugiarse en el consulado de los Estados Unidos. El ministro

americano Bórland rehusó entregar al fugitivo á las autoridades nicaragüenses. El pueblo rodeó el consulado y durante el tumulto consiguiente el ministro recibió en la cara un botellazo. El cónsul Fabens, que se hallaba á bordo del *Northern Light*, mandó un bote á tierra en busca del ministro y de su huésped criminal, el capitán Smith. Antes de que el vapor zarpara con el ministro á su bordo, fué armada una guardia de 50 americanos, destinada á proteger las propiedades de la compañía del Tránsito en Punta de Castilla, al frente del puerto de San Juan. Sobre el bote que conducía al ministro Bórland al vapor, hicieron una descarga de fusilería los naturales, pero según parece sin resultado fatal. Con todo, el ultraje inferido al representante de una gran nación clamaba venganza. En cuanto se supo la noticia en Wáshington, se despachó la corbeta de guerra *Cyane*, al mando del capitán Hollins. Al llegar éste al puerto de San Juan, encontró allí el inevitable barco de guerra británico, anclado entre su corbeta y la costa. En seguida notificó Hollins á las autoridades nicaragüenses su propósito de bombardear la ciudad, que fué evacuada sobre la marcha. El capitán del barco de S. M. B. *Expréss* rehusó quitarse de en medio, hasta que los cañones del *Cyane*, apuntados á su cubierta, amenazaban barrerla. Hízose entonces á un lado de mala gana, protestando que tan sólo la superioridad de armamento del barco americano le impedía arreglar el asunto con el último argumento de los reyes y de los capitanes. Es digna de lamentarse la disparidad del armamento, en vista de toda la fastidiosa y vana diplomacia que después se empleó en una cuestión, que sólo podía ser finalmente arreglada por la fuerza ó por la demostración de tenerla.

En tanto que los cañones de la *Cyane* malgastaban su pólvora contra las frágiles cabañas de San Juan, á falta de mejor blanco, Nicaragua estaba demasiado absorta en sus eternas luchas intestinas para sentir el ultraje del extranjero. Don Fruto Chamorro había sucedido á Pineda en calidad de presidente en 1851; terminado su período de mando, resolvió reelegirse para el siguiente. Chamorro era el jefe de los legitimistas ó serviles, como los llamaban sus adversarios; Francisco Castellón el caudillo de los liberales demócratas. En la elección bienal de 1853, ambos partidos se proclamaron victoriosos. Como sucede siempre en esta clase de disputas, la posesión era el mejor título legal. Chamorro se declaró debidamente electo y fué instalado en Granada, ciudad principal de la facción servil. León, la ciudad más grande y próspera del país, sostenía la causa de Castellón. Chamorro se apresuró á prender á su rival, así como á varios otros de sus partidarios, y todos ellos fueron desterrados. Refugiáronse en Honduras, cuyo presidente Cabañas les dió hospitalaria acogida. Chamorro, para consolidar mejor su poder, se hizo proclamar presidente por dos períodos de cuatro años, el 30 de abril de 1854. Esta audaz usurpación dió un resultado contraproducente.

Una semana después de esta declaratoria desembarcó Castellón en el Realejo con treintaiséis de sus partidarios. Los leoneses acudieron en su ayuda, arrojaron á los serviles del departamento, obligándolos á concentrarse en la fortaleza del servilismo, la ciudad de Granada. Poco después se hicieron dueños del lago y del río y pusieron sitio á Granada. El sitió duró nueve meses, sin ventaja material para ninguna de las partes beligerantes. Castellón fué declarado director provisional por su

partido. Chamorro murió el 12 de mayo de 1855, sucediéndole en el mando D. José María Estrada, débil sustituto de su valiente, popular y ambicioso predecesor. Así fué que cada bando político tenía un presidente *de facto*. El general José Trinidad Muñoz, uno de los veteranos del general Santa Ana, que á semejanza de este héroe infortunado estaba plenamente convencido de ser fiel trasunto, físico y moral, del gran Napoleón, mandaba las fuerzas de Castellón. El jefe de los serviles era D. Ponciano Corral, hombre inteligente pero sin escrúpulos, qué para reforzar su partido contaba con el decidido apoyo militar prometido por los estados vecinos.

Tal era la situación política de Nicaragua en agosto de 1855, cuando un americano llamado Byron Cole se presentó á Castellón con un proyecto original. Cole, que había sido antes editor en Boston, era á la sazón propietario del periódico que dirigía en San Francisco el expresidente de Sonora. La fe que tenía en el genio militar de su editor, no había sido en nada disminuida por el terrible fracaso de la expedición á Sonora. Habiéndose presentado en el campo de los demócratas cuando ya los triunfos del primer momento se iban desvaneciendo y había sido preciso levantar el largo sitio de Granada, sin esperanza de tomar la ciudad, la proposición de Cole fué acogida con entusiasmo por Castellón y sus partidarios.

Ya éstos habían tenido oportunidad de apreciar el mérito de los rifleros auxiliares americanos. A principios de la guerra civil un explorador aventurero de California, C. W. Doubleday, llegó á San Juan del Sur, punto terminal de la vía del Tránsito en el Pacífico. Regresaba á su hogar después de cuatro años de ausencia; de paso hizo amistades con varios jefes demócratas y no fueron menester

muchas persuasiones para decidirlo á renunciar á su billete, que tenía pagado hasta Nueva York, y convertirlo en apóstol de la ideas democráticas, que á bordo predicó á sus compañeros de viaje. Con tanta eficacia lo hizo, que treinta de éstos se engancharon en calidad de voluntarios, bajo su mando, y fueron en seguida á unirse al ejército que sitiaba á Granada. Todos ellos eran intrépidos combatientes, que miraban la guerra centroamericana como un mero pasatiempo. Con todo, y á pesar de haber sido reforzados de vez en cuando con reclutas americanos de ocasión que llegaban al país de paso para California, habían quedado reducidos á cuatro por obra de la guerra y de las enfermedades, desde antes de que se levantara el sitio de Granada. Doubleday organizó entonces con la flor del ejército del país un cuerpo de buenos tiradores, con el cual cubrió la retirada á León, en la que perdió casi toda su compañía; pero logró infundir á la soldadesca nicaragüense una opinión favorable del valor temerario de los americanos.

El plan de Cole para traer al país un contingente americano formidable en apoyo de la causa demócrata, surgió en momentos en que la ayuda extranjera no podía ser mejor acogida. Los aliados hondureños de Castellón habían sido llamados repentinamente para repeler una invasión de Guatemala á su país. Los serviles, posesionados del lago y del río, se aproximaban lentamente, pero con paso firme á León. Los refuerzos que los leoneses pudieran recibir de los estados demócratas vecinos, los necesitaban éstos en su propia casa para defenderse de sus enemigos los aristócratas y también contra las astutas intrigas de agentes europeos, que siempre estaban alerta.

Así fué que Byron Cole, en octubre de 1854,

celebró un contrato con el gobierno de Castellón para reforzar el ejército demócrata con trescientos americanos, en calidad de "colonos sujetos al servicio militar." Estos colonos tenían derecho á una concesión de 52,000 acres de tierra y gozaban del privilegio de naturalizarse mediante una declaratoria formal en este sentido. Cole se metió su contrato en el bolsillo y se embarcó para California para recabar la ratificación de su jefe, que le fué otorgada.

Capítulo VIII

COMPRA DEL *Vesta*.—EL 4 DE MAYO DE 1855.—EMBARQUE DE LOS «CINCUENTA Y SEIS INMORTALES».— LA FALANGE AMERICANA.— PRIMERA BATALLA DE RIVAS. — CASTIGO DE UN FORAJIDO.—DESACUERDO EN EL GABINETE DE CASTELLÓN. —BATALLA DE LA VIRGEN.—MUERTE DE CASTELLÓN.

Wálker sometió el contrato, redactado en forma legal, á la autoridad civil y militar de San Francisco, y tuvo la satisfacción de saber que en nada violaba las leyes del país en materia de neutralidad. El general Wool, el mismo á quien Wálker se había rendido á su regreso de Sonora, se declaró satisfecho; el fiscal del distrito no le puso ninguna tacha; pero todos sabían en San Francisco que Wálker se preparaba á colonizar á Nicaragua con filibusteros y sonreían maliciosamente al oir hablar de aquel proyecto ficticio de colonización pacífica. Vencidas las dificultades legales, quedaba por resolver la cuestión más ardua de allegar fondos. Para colmo de males Wálker cayó enfermo y hasta fines de abril no le fué posible procurarse los pocos miles de pesos que necesitaba para fletar y cargar un

barco. Entretanto el general Jerez, que mandaba en León el ejército democrático, había celebrado uno ó dos contratos más con otros americanos, á excusas de sus superiores. También los granadinos, para no quedarse atrás de sus rivales los demócratas, enviaron á don Guadalupe Sáenz á California, con el encargo de contratar reclutas para su partido. Pero nada de esto dió resultado, y los leoneses, acorralados en su propio departamento, ansiaban la llegada de Wálker. A la postre pudo éste reunir escasamente el dinero necesario para comprar la embarcación destinada á transportar á los nuevos argonautas.

En el registro del movimiento marítimo de la aduana de San Francisco se consigna, entre las salidas del 21 de abril de 1855, la del bergantín *Vesta*, capitán Briggs, con destino al Realejo y cuarenta y siete pasajeros. No salió, sin embargo, con todo y que cincuenta ó sesenta hombres se instalaron á bordo. A última hora surgió un nuevo obstáculo. No encontrando nada mejor, y á pesar de que era un barco viejo y lento con treinta años de servicio, Wálker había comprado ya el *Vesta* cuando supo que estaba respondiendo por varias deudas contraídas por los propietarios anteriores. Fué embargado por el alguacil y para mayor seguridad despojado de sus velas que se pusieron en depósito en un almacén. Luego se presentaron nuevos acreedores con reclamos antiguos, dispuestos á poner otros embargos en cuanto se levantara el primero. Todo el que tenía un reclamo, real ó ficticio, contra el infortunado bergantín, se apresuró á presentarlo, sabiendo que Wálker no podría dejar de pagar sin correr el riesgo de meterse en un fastidioso litigio, y para él la demora significaba la muerte de sus esperanzas. Un

cúter aduanero se situó á la par del bergantín, listo para impedir cualquier intento de fuga. Los expedicionarios se impacientaron, pero Wálker los calmó con la promesa de una pronta salida. Buscó al acreedor que había puesto el embargo y pudo convencerlo de que lo levantase en buenas condiciones; pero tuvo que echar mano del último dólar para pagar los extravagantes honorarios del alguacil, que subieron á trescientos pesos. El último pago se hizo el 3 de mayo y Wálker obtuvo permiso para pedir al cúter aduanero que le ayudase en la tarea de colgar las velas, lo que se verificó de noche y de prisa. Pero aunque ya había salido de manos de los agentes del gobierno, el *Vesta* seguía detenido á causa de un proceso civil y un guarda estaba instalado á bordo. Ne atreviéndose el capitán á correr los riesgos de un paso ilegal, un nuevo comandante, M. D. Eyre, fué contratado sobre la marcha. Se presentó éste á bordo hacia media noche, después de haber alquilado un remolcador para que sacase el bergantín mar afuera, y hacia la una de la madrugada del 4 de mayo de 1855, el representante de la ley fué transbordado al remolcador, se soltaron las amarras y cincuenta y seis filibusteros se hicieron á la vela para un viaje de 2,700 millas en un bergantín desvencijado, con rumbo á un puerto hostil. Se cuenta que en el momento de hacerse á la mar, Wálker invitó al guarda á que pasase á su camarote y en pocas palabras le dijo lo siguiente: "Señor, aquí tiene V. cigarros y vino; también hay grilletes y esposas. Escoja V." Conforme á este cuento, que parece apócrifo, el guarda resultó ser hombre de mundo y el *Vesta* salió.

Wálker respiró con más libertad cuando el Golden Gate desapareció en el horizonte y el remolcador *Resolute*, último tentáculo del pulpo de la

ley, se fué convirtiendo en una nubecita de humo sobre el agua. Asediado con pequeños procesos, lo mismo que Hernán Cortés, iba también como éste hacia un nuevo destino, acompañado de unos pocos hombres escogidos. Confiaba en la superioridad de la civilización sobre la barbarie y en la certidumbre de que tendría el apoyo de su patria, tan pronto como la victoria coronara sus armas, porque el triunfo acarrea el perdón aun de culpas más graves que la guerra ilegal. En cuanto á las consecuencias de un fracaso, Wálker no las tomaba en cuenta. El esforzado cazador que penetra en la guarida de un león, no se pregunta lo que sucedería si llegara á faltarle la fuerza ó el acero al enfrentarse con su colérico adversario. A pesar del resultado final, hay algo que conmueve en la historia de los cincuenta y seis hombres que salieron una noche fugitivos á la conquista de un imperio ¡y fracasaron! Porque las empresas de esta naturaleza no se deben juzgar por el número de los actores ni la cantidad de sus recursos, sino por los hechos de los aventureros. Bien dice Prescott que "no es el número de los combatientes lo que hace la importancia de un conflicto, sino sus resultados, el talento y el valor de los actores. Cuanto más limitados son los medios de que se dispone, tanta mayor ciencia se necesita para emplearlos debidamente".

La expedición navegó por las costas del Pacífico. El viaje fué largo y borrascoso. Después de haber tocado en la isla del Tigre para tomar un piloto, echó anclas el bergantín en el puerto nicaragüense del Realejo el 16 de junio. El antiguo Realejo, término del viaje del *Vesta*, fué en otros tiempos asiento de una próspera ciudad española y es buen puerto, abrigado y profundo; pero con tanta frecuencia lo saquearon los bucaneros, que los

habitantes tuvieron que abandonarlo para construir una población del mismo nombre á cinco millas aguas arriba del río, que sólo es accesible para embarcaciones de poco calado. Los aventureros se reembarcaron en canoas ó bongos, cavados en troncos de ceiba, y hacia las cuatro de la tarde del mismo día hicieron su entrada en Nuevo Realejo. Castellón y sus ministros estaban en León, la capital demócrata, para donde salieron Wálker y el mayor Cröcker al siguiente día, escoltados por el coronel Ramírez y el capitán Doubleday del ejército nicaragüense El director provisional recibió calurosamente á su nuevo aliado, y en seguida fueron incorporados los inmigrantes en el ejército de Nicaragua. Formóse con ellos un cuerpo independiente con el nombre de *La Falange americana*, que se puso bajo el mando inmediato de sus propios oficiales. El 20 de junio Wálker recibió el grado de coronel, Aquiles Kewen el de teniente coronel y Timoteo Cröcker el de mayor. En el acto se les dió la orden de seguir por agua á Rivas, ciudad de 11,000 habitantes, situada en el departamento meridional, que estaba en poder del enemigo. Doscientos hombres, á las órdenes del coronel Ramírez, fueron destacados para apoyar á la Falange; pero tan sólo la mitad de éstos respondieron al llamamiento cuando se pasó lista en el Realejo, el 23 de junio, en el momento de levantar anclas el *Vesta*.

Wálker había visto ya lo bastante para convencerse de que su ambición nada tendría que temer de sus nuevos amigos. Castellón era un caballero amable é irresoluto; Muñoz un ambicioso vano, pero incapaz; la soldadesca mal disciplinada y veleidosa: el espíritu de bandería había apagado hasta la última chispa de patriotismo en el pecho de los que la formaban. Unos pocos centenares de

éstos, que llevaban el orgulloso título de *veteranos*, habían respirado la pólvora y eran capaces de enfrentarse al enemigo, aun después de una marcha de cuarenta millas bajo los rayos del sol de los trópicos. Vestían elegante uniforme y llevaban fusil y morral.

Pero los cien reclutas de Ramírez eran un cuerpo *falstafiano* (*) é indolente de alegres truhanes, que dedicaban al juego y la chismografía todo el tiempo que no les tomaban las escaramuzas. Conforme al proverbio de su país "eran capaces de jugarse el sol antes de amanecer". Notable contraste era el que presentaban con estos hijos de la Naturaleza los hombres de California, dotados de nervios de acero y valor indómito, en cuyo carácter el vicio perdía mucha de su vileza, por carecer de todo móvil mezquino; hombres para quienes "no había crimen, ni calamidad ni vicio tan detestables como la cobardía". En su índole varonil no cabía la traición, la perfidia ni otras pasiones más bajas aún, hijas de una sociedad en que la ley, único remedio contra el mal, amenudo se convierte en el escudo más fuerte del malhechor. Una vez hecha la condensación de sus virtudes en las dos que se llaman valor y lealtad, poco se puede añadir en su favor; tampoco ellos aspiraban á más ni la justicia estricta podría concederles mayor galardón.

Audaz era el proyecto de atacar al enemigo en su guarida. Rivas y sus vecindades son las partes más pobladas de Nicaragua. En la ciudad viven 11,000 almas; el departamento de este nombre y el oriental, fronterizo, tienen 20,000 habitantes el primero y 90,000 el segundo. Cuatro días después de haber salido del Realejo, la expedición, compuesta de

(*) Alusión á Falstaff, tipo del soldado glotón, bebedor, cobarde, jactancioso y desvergonzado, creado por Shákespeare.

165 hombres, desembarcó en un punto de la costa cerca de Brito, dirigiéndose inmediatamente á Rivas á marchas forzadas. A media noche los sorprendió un fuerte aguacero, en medio de un país desconocido, pero siguieron caminando con trabajo y paciencia por profundos barrizales, haciendo lo posible para impedir que se mojasen las preciosas municiones. En la segunda noche de su marcha, el mal tiempo se mostró aliado útil permitiéndoles sorprender y capturar un piquete enemigo en el pueblo de Tola. A la mañana siguiente fueron recompensados con la primera aparición del lago de Nicaragua, de sin rival belleza. Wálker, que había contemplado las magnificencias de Suiza, Italia y California, abre un paréntesis en la narración de sus peligrosas aventuras, para consignar los encantos del paraíso terrenal á donde había venido á desencadenar los horrores de la guerra. Entre él y el lago estaban seiscientos legitimistas, acuartelados en Rivas y en espera del ataque.

No se perdió tiempo al formar el plan de asalto. Correspondió á la Falange el puesto de honor, debiendo apoyarla, en calidad de reserva, los soldados de Ramírez. Kewen y Cröcker mandaban á los americanos, quienes avanzaron sin vacilar, recibiendo el fuego del enemigo con la serenidad de una tropa veterana y reservando el suyo para cuando resultara más eficaz. Hicieron luego una descarga, y dando un alarido se lanzaron sobre la avanzada de los serviles, rechazándola por las estrechas calles hasta la plaza. Aquí presentó el enemigo obstinada resistencia. Cröcker recibió dos heridas graves; una bala de fusil le rompió el brazo derecho, pero tomando su pistola con la mano izquierda siguió haciendo fuego contra el enemigo, hasta que una tercera bala lo tendió muerto en el

suelo. Wálker, que había acompañado á sus compatriotas en la carga, acudió entonces á las reservas para decidir el lance; pero no parecieron por ninguna parte. Aquellos haraganes habían huído al oir el primer tiro. Notada por el enemigo la deserción, apretó de tal modo á la desamparada Falange, que se vieron compelidos los americanos á buscar refugio en algunas casuchas de adobes, detrás de cuyas paredes se sostuvieron durante tres horas; pero el juego era desigual, porque cada hombre fuera de combate equivalía á tres adversarios. Aquiles Kewen fué el segundo oficial que cayó; el audaz explorador Doubleday recibió una bala en la cabeza, pero sin fatales consecuencias. Viendo que tenía seis muertos y doble número de heridos, Wálker dispuso una salida. Los enemigos habían perdido 150 hombres, entre muertos y heridos, y el general Bosque que los mandaba creyó más prudente no estorbar la retirada de los americanos. Con cobarde ferocidad mataron los serviles á los heridos que habían quedado en la plaza y celebraron su victoria quemando los cadáveres. La fatídica hoguera brilló sobre la ciudad cuando el rendido filibustero hizo alto en su retirada, cerca del camino del Tránsito que conduce á San Juan del Sur. A la mañana siguiente continuaron su marcha hacia esta ciudad, á donde llegaron al anochecer del 30 de junio, en el estado más desastroso. Algunos habían perdido los zapatos, otros las botas y todos estaban extenuados por la batalla. Todo el espíritu del filibusterismo está resumido en el hecho de haber ingresado en aquel momento dos reclutas en las filas de la Falange. "El tejano Hárry McLeod y el irlandés Péter Burns", merecen que sus nombres se mencionen por esta prueba de audacia característica.

El *Vesta* cruzaba en frente de la costa, en espera de órdenes de Wálker, quien le mandó apresar la goleta costarricense *San José* para el transporte de su tropa al Realejo, disculpando su proceder con el argumento de que ese mismo barco había servido ya para llevar de Honduras á Nicaragua al general Guardiola con una misión hostil, violando así los deberes que le imponía la neutralidad. Esta goleta fué confiscada un año más tarde por Wálker, porque navegaba con registro falso; y habiendo sido armada en guerra, con el nombre de *Granada*, desempeñó un papel de gran importancia en el punto culminante de la tragedia.

En este momento crítico de su vida, la entereza de Wálker fué puesta duramente á prueba. Una pareja de americanos disolutos, que habían estado viviendo durante algún tiempo en San Juan, ya fuera por efecto de borrachera, ya por malevolencia ó con intento de robar, incendiaron el cuartel, poniendo toda la ciudad en peligro de ser destruida. Previendo Wálker que este hecho iba á ser atribuido á sus soldados, tomó las medidas necesarias para castigar á los delincuentes. Uno de ellos escapó de las manos del piquete que se había enviado para fusilarlo. El otro, un tahur llamado Dewey, se refugió en un botecito que estaba amarrado á la popa del *San José*. El bribón estaba bien armado y cualquier intento de capturarlo habría tenido fatales consecuencias para uno ó más de sus agresores. Wálker pasó toda la noche custodiando el bote con una guardia, listo para matar al pícaro ó cogerlo si trataba de escaparse. Al amanecer, la goleta se hizo á la vela, remolcando el bote en que yacía Dewey, amparado detrás de una pobre mujer nicaragüense, su triste querida. El tahur, como era bien sabido á bordo, tenía una pun-

tería infalible; por otra parte, sus perseguidores luchaban con el temor de herir á la mujer al hacer fuego. Por fin se levantó para cortar la amarra del bote y en el mismo instante una bala de rifle puso término á su carrera. La pobre mujer fué herida también, pero no de muerte. Wálker se afana en relatar con minuciosidad los detalles de este incidente, para vindicar el carácter de sus satélites. Un castigo tan severo no fué lección perdida para los que pudieran haber tenido acerca del filibusterismo un concepto más lato que el de su jefe.

El mismo día encontraron el *Vesta* en el mar, y habiéndose pasado al viejo bergantín, llegaron al Realejo el 1º de julio. Wálker estaba justamente exasperado por la deserción de sus aliados en Rivas y con firmeza rehusó continuar en el servicio militar demócrata, si no se le daba, en caso de emergencia, un auxilio mejor garantizado que el que podía esperarse de la rivalidad de los jefes nicaragüenses. La Falange permaneció varios días en León, donde sólo la energía de su comandante pudo evitar un conflicto con las tropas de Muñoz, que había fomentado la desconfianza contra los recién llegados. Viendo por fin que el gabinete no podía ponerse de acuerdo acerca de una política determinada, Wálker se llevó su tropa para el Realejo, á pesar de haber hecho un nuevo contrato, conforme al cual la Falange debía ser incorporada al ejército de Nicaragua en número de trescientos hombres y recibir cien dólares mensuales para cada uno y quinientos acres de tierra por cabeza al término de la guerra. Llegado al Realejo embarcó sus gentes en el *Vesta*, con el aparente propósito de irse á Honduras y ponerse al servicio del presidente Cabañas. Nada, sin embargo, estaba tan

lejos de sus intenciones. El departamento meridional, que dominaba la vía del Tránsito era el punto á cuya adquisición tendían invariablemente sus deseos. Bien sabía él que para mantenerse en Nicaragua era preciso conservar abierta sus comunicaciones con los Estados Unidos y los reclutas, que vendrían entonces de seguro en tropel á ponerse bajo su bandera.

Castellón se hallaba perplejo, igualmente temeroso de separarse de sus valiosos aliados como de disgustar á Muñoz deteniéndolos. Los azares de la guerra decidieron la cuestión. Los legitimistas, al mando de Corral y de su aliado Guardiola, se iban acercando mucho á León. Santos Guardiola, cuyo nombre se pronuncia todavía como una maldición en todo el istmo, era un hondureño que se unió á los enemigos guatemaltecos de su país y que por sus crueldades, no igualadas, con jóvenes y viejos, hombres y mujeres, adquirió el temido apodo de "Tigre de Honduras". Había surgido de la cepa que produce las nueve décimas partes de los asesinos y ladrones de la América Central: la amalgama indoafricana conocida con el nombre de *zambos*.

Un enemigo mortífero, el cólera, comenzaba también á ejercer sus estragos en el departamento demócrata. Muñoz avanzó con 600 hombres al encuentro de las fuerzas de Corral y hubo un violento combate en el Sauce. El enemigo fué rechazado, pero Muñoz pereció en la refriega. La pérdida de este jefe impresionó más á Castellón que aquella victoria pasajera y continuó pidiendo á Wálker que regresase; pero ya éste se había asegurado la cooperación de un partidario influyente, D. José María Valle, quien después de enganchar ciento sesenta hombres para la expedición contra

el departamento meridional, propuso á Wálker, con la típica lealtad de su tierra, que se pronunciase contra Castellón, proclamando un gobierno independiente. Wálker tuvo la suficiente honradez para rechazar la poco grata sugestión, aunque no vaciló nunca en desobedecer las órdenes del director provisional, cuando éstas contrariaban su política personal. De consiguiente, el 23 de agosto zarpó el *Vesta*, otra vez con rumbo al departamento meridional, y llegó á San Juan del Sur el 29. Al acercarse el barco huyeron los legitimistas. Estando los americanos en el puerto pasó el vapor que venía de San Francisco, llevándose á su regreso, en calidad de agente reclutador, á Párker H. French, que andando el tiempo se hizo notable.

Después de una permanencia de cuatro días en el puerto, Wálker salió con dirección á Rivas, donde Guardiola y 600 serviles estaban esperando la ocasión de recuperar los laureles perdidos en el Sauce. Al cabo de algunas horas de marcha, los americanos hicieron alto para almorzar en la bahía de La Virgen, sobre el lago, y fueron atacados inmediatamente por todas las fuerzas de Guardiola, que después de haber ido á marchas forzadas hasta cerca de San Juan, regresaron á La Virgen en pos de los americanos. Atacado de frente y por los flancos, Wálker dispuso bien su pequeña fuerza. Habíale enseñado la experiencia que no bastaba la superioridad de la disciplina, de la pericia y del valor, para contrabalancear la ventaja numérica de ocho contra uno en campo raso. Ahora se le presentaba la oportunidad de hacer un ensayo en la proporción de uno contra cinco, con el terreno á su favor. La Falange, como de costumbre, resistió el embate de la batalla; pero los nicaragüenses, mejor dirigidos, pelearon bien. Guardiola fué re-

chazado por todas partes, á pesar de que sus tropas mostraron un valor temerario, de que fueron prueba los 60 cadáveres que allí dejaron. Pero no había bravura que pudiera resistir á la mortal puntería de los americanos, quienes ya fuera con rifle ó con revólver no desperdiciaban tiro. El combate, que está lejos de merecer el nombre de batalla, duró sólo dos horas; pero fué bastante largo para infligir al enemigo una pérdida de 60 muertos y 100 heridos. Al terminar, Guardiola rehizo sus desmoralizadas fuerzas, replegándose á Rivas. Wálker, Doubleday y algunos otros resultaron heridos; pero sólo murieron tres de los aliados nicaragüenses.

Wálker regresó á San Juan del Sur, donde se le agregaron algunos reclutas, pasajeros americanos que regresaban de California. Supo allí también la muerte de Castellón, víctima del cólera. Don Mariano Escoto, sucesor de éste, felicitó calurosamente á Wálker por el triunfo alcanzado en La Virgen y le ofreció ayudarlo. Informado Wálker, por cartas de las autoridades de Granada que habían sido interceptadas, de que esta ciudad estaba casi indefensa, resolvió atacar la ciudadela de los legitimistas sin esperar el avance de Corral, que había reemplazado á Guardiola en el mando del ejército. Para mostrar el desprecio que le inspiraba aquel jefe, remitió la correspondencia interceptada al cuartel general legitimista, y no fué poca su sorpresa cuando le llegó un atento acuse de recibo de Corral, junto con un documento cubierto de jeroglíficos, que resultaron ser signos masónicos. Un francmasón de la Falange, llamado De Brissot, los interpretó en el sentido de una proposición para entrar en negociaciones secretas. No se le dió ninguna respuesta.

Siguieron viniendo reclutas al campo demó-

crata. El coronel Charles Gilman, veterano de Sonora que no tenía más que una pierna, llegó con 35 hombres de California. Los aliados nicaragüenses eran ya cerca de 250. Consiguiéronse dos pequeños cañones y fueron debidamente montados. Hacia el 11 de octubre, Wálker lo tenía ya todo listo para dar el más audaz de sus golpes, la toma de Granada, ciudad que los legitimistas querían tanto, especialmente sus orgullosos habitantes, como los moros de la vieja España á la que allí ostenta el mismo nombre.

Corral estaba concentrando sus fuerzas en Rivas, con la esperanza, no exenta de temor, de encontrar al enemigo en el camino del Tránsito. No parece haber tenido sospecha alguna de que se proyectase un ataque contra la capital. Abundaban las disensiones en el campo legitimista, donde Guardiola y Corral se disputaban el mando en jefe. Por otra parte, los demócratas nicaragüenses, cualesquiera que fuesen los celos que les inspiraran sus aliados extranjeros, disimulaban cuidadosamente sus sentimientos bajo la capa de una gran cordialidad. Wálker estableció la más severa disciplina, sin distinción de nacionalidades, sazonándola á veces con rachas de buen humor. Habiendo disputado toda una noche dos oficiales nicaragüenses acerca de una querella, vieja ó nueva, recibieron orden de zanjar la cuestión á la mañana siguiente por medio de un desafío; pero al amanecer ya se había evaporado su coraje y no se oyó hablar más del asunto.

Por fin, el 11 de octubre, el ejército demócrata, compuesto de cerca de 400 hombres, salió hacia La Virgen por el blanco camino del Tránsito. La Falange marchaba alegremente por la polvorienta carretera. Casi todos los que la formaban eran

jóvenes, altos, robustos y animosos. Su uniforme, si así puede llamarse, consistía en una cinta roja atada en torno del negro sombrero gacho. Llevaban camisa de lana, roja ó azul, toscos pantalones metidos dentro de las pesadas botas, con un revólver y un cuchillo en el cinturón y un precioso rifle al hombro. En las filas se veían muchas caras nuevas y se echaban de menos algunas de las antiguas, que habrían de hacer falta para cualquier tarea de confianza ó de peligro. Diez de los primitivos cincuenta y seis habían caído en el campo de batalla: Kewen, valiente veterano de México y de Cuba, Cróцker, McIndoe, Cótam, Báiley, Hews, Wilson, Wílliam y Frank Cole, y Estabrook. Algunos estaban ausentes con licencia, entre ellos el explorador Doubleday, que se había vuelto á su tierra disgustado por una reprimenda inoportuna de su jefe. El enojo no duró mucho; pronto se hastió Doubleday de la vida pacífica y fué bien recibido por Wálker cuando volvió al servicio activo.

Capítulo IX

UNA VICTORIA SERVIL EN EL NORTE. — WÁLKER EN LA CIUDADELA DEL ENEMIGO.— FUSILAMIENTO DE MAYORGA. — RIVAS ELECTO DIRECTOR PROVISIONAL.—TRAICIÓN Y CASTIGO DE CORRAL.—NARRACIONES DE LA PRENSA.

Corral se hallaba en Rivas con el grueso del ejército legitimista, vigilando cuidadosamente los movimientos de su enemigo por medio de escuchas y espías. Uno de éstos, que se cogió en el campo demócrata, fué juzgado por un consejo de guerra y fusilado sumariamente. Imaginábase Corral haber cogido á sus adversarios en una trampa, y de acuerdo con esta idea ponía todo empeño en impedirles la retirada hacia San Juan, para cortar así los refuerzos que les llegaban de California. En verdad, la situación de los demócratas parecía desesperada. En el norte acababan de ser derrotados los leoneses por el general Martínez en Pueblo Nuevo, y el vencedor tan sólo se había detenido de paso en Granada, para recibir una espléndida ovación antes de venir á Rivas á tomar parte en el exterminio de los filibusteros.

Aquel había sido un día de gala en Granada. Desde el amanecer hasta media noche sus diez mil ciudadanos alborotaron calles y plazas con francachelas y congratulaciones. Salvas de artillería dieron la bienvenida á los vencedores, las campanas tocaron alegremente todo el día, y en bombas y cohetes se desperdició en su honor una pólvora preciosa. El aguardiente corrió como si fuese agua, á extremo de que los valientes soldados suplicaban que no se acabase con Wálker antes de que hubiera visto las caras de los héroes de Pueblo Nuevo. La grandiosa fiesta, prolongándose durante gran parte de la noche, no concluyó hasta que el último borracho bullicioso fué á esconderse en su casa ó se tendió en la calle á soñar con renovada felicidad al siguiente día. El rezagado novio se había despedido ya á los acordes de la guitarra; en la plaza principal la guardia cabeceaba en torno del fuego, en tanto que de las lejanas avanzadas llegaba con intervalos el largo y nasal ¡alerta! de los centinelas, grito melodioso, tan distinto del rápido ¿quién vive? del soldado francés, como de los duros monosílabos del inglés.

Ya Granada se había entregado al sueño cuando un vaporcito, con las luces y fuegos cubiertos, avanzaba despacio á lo largo de la costa. Ningún ruido turbaba la quietud del lago, excepto el susurro del agua ó el chapoteo del caimán sorprendido. El jaguar que rondaba los naranjales de la ribera dió la voz de alarma, repetida por las aves nocturnas; pero el aviso no fué oído por los centinelas amodorrados. Dormitaron éstos á la par de los agonizantes fuegos, hasta que la claridad gris de la mañana surgió sobre las montañas y las campanas de las iglesias y conventos renovaron sus alegres toques. Uno que otro centinela perdido contestó

con un disparo; se oyó un tiro, luego otro y otros; de pronto, una descarga seca y breve, como nunca sonaron las de los fusiles de cañón liso, atronó el espacio. Los alegres toques de las campanas se trocaron en rebato, al entrar corriendo á la plaza un centinela que venía del arrabal del sur gritando despavorido: "¡El enemigo! ¡Los filibusteros!" Detrás de él apareció el desbandado piquete, perseguido por la avanzada de los americanos, con Wálker y Valle que galopaban siguiéndoles la pista.

Pasado el primer momento de pánico, la sorprendida guarnición se rehizo y presentó una corta resistencia en la plaza, hasta que fué barrida por una impetuosa carga de los invasores. En menos tiempo del que ha sido necesario para contarlo, ciento diez filibusteros tomaron por asalto á Granada, sin perder un solo hombre, literalmente hablando, porque la única víctima de su lado fué un niño que tocaba el tambor.

La sorpresa fué completa y las consecuencias de suprema importancia para Wálker, quien desde la ciudad capital de los serviles podría en adelante imponer condiciones á Centro América. Corral había sido completamente burlado, porque sólo Wálker y sus ayudantes de confianza, Valle y Hórnsby, conocieron el objeto de la expedición al salir de la bahía de La Virgen.

Tan pronto como hubo organizado un gobierno provisional y convencido á sus aliados nicaragüenses, mediante severas disposiciones, de que la ciudad conquistada no padecería el saqueo y violencia de costumbre, Wálker mandó una delegación para negociar con Corral. Los enviados recibieron una atenta negativa, á la vez que Mr. Whéeler, ministro de los Estados Unidos que los había

acompañado en carácter de pacificador, fué reducido á prisión y amenazado con otros castigos, lo que motivó después mucha correspondencia diplomática y gran derrame de tinta oficial.

Entretanto la esperanza de un arreglo pacífico fué seriamente comprometida por la insensatez de uno de los nuevos reclutas de Wálker, Párker H. French. Había venido éste de San Juan con una tropa procedente de California, y después de cruzar el Tránsito se apoderó de uno de los vapores del lago, con intención de tomar el castillo de San Carlos, situado á la entrada del río San Juan, el mismo fuerte que en los días de su grandeza había sido la llave de la vía del Tránsito y de la navegación del lago. French fué rechazado con facilidad y se vino á Granada á dar cuenta de sus desventuras. Habiendo llegado á Rivas la noticia de su atentado, algunos soldados legitimistas, por vía de represalias, atacaron y mataron á seis ó siete californianos que estaban aguardando en La Virgen una oportunidad para trasladarse á la costa del Atlántico. Poco después el comandante del fuerte de San Carlos hizo fuego contra un vapor que se dirigía al oeste, matando algunos pasajeros, que eran tan inocentes del crimen de complicidad con French ó los filibusteros, como las otras víctimas de La Virgen. La protesta del ministro americano habiendo sido tratada con desdén, Wálker, con justicia muy discutible, se desquitó ordenando que el secretario de estado legitimista don Mateo Mayorga, que había sido hecho prisionero en la toma de Granada, fuese juzgado por un consejo de guerra. Hacer responsable á un ministro de los actos de su gobierno en semejante forma, equivalía á ampliar con la venganza los principios del gobierno constitucional. El consejo de guerra, compuesto de compatriotas del

ministro, lo declaró culpable y Mayorga fué fusilado en caliente. (*) Aunque se abstuvo de intervenir personalmente en el asunto y sancionó de mala gana la sentencia de muerte, es evidente que Wálker había comenzado ya á aprender la manera de guerrear en Centro América. Pero la ejecución de esta sentencia, si bien moralmente injustificada, fué un acto juicioso desde el punto de vista político. Corral consintió inmediatamente en tratar de la paz y en tener una entrevista con Wálker el 23 de octubre en Granada.

De nuevo se tocaron alegremente las campanas en esta ciudad y el veleidoso populacho celebró la fiesta, así significara paz ó guerra. La Falange, que ya contaba con unos doscientos hombres, se unió á la soldadesca nicaragüense para dar militarmente la bienvenida á sus enemigos de la víspera.

Al acercarse Corral, Wálker, acompañado de su estado mayor, salió á caballo hasta más allá de los suburbios para encontrarlo. Ambos jefes se saludaron con gravedad cordial y entraron á la ciudad, cabalgando estribo con estribo; fueron á la parroquia, en donde el padre Vigil, cura de Granada, celebró una misa mayor y se cantó un *Te Déum.* Tampoco olvidó el buen padre demostrar en su sermón las ventajas que su querida patria obtendría acogiendo en su seno á los extranjeros americanos del Norte. Al revés de muchos de su oficio, el padre era un demócrata ferviente y se mostró durante toda su vida amigo caluroso de los americanos. Era éste un hombre de una inteligencia singularmente despejada y previsora, que miraba los intereses del país de preferencia á los de partido,

(*) Mayorga fué fusilado sin forma de juicio alguna. Su muerte debe considerarse como un asesinato cometido á sangre fría.

colocando la fraternidad humana por cima de las diferencias de cuna ó de credo: tipo bastante raro, aun en naciones más tranquilas y menos impulsivas.

El hermoso Corral era el niño bonito de los granadinos. Poseía los rasgos superficiales que procuran la popularidad: fachenda, prodigalidad, belleza física y carácter risueño; pero era débil y vanidoso, y por lo mismo indigno de confianza. Ya lo hemos visto coqueteando con Wálker cuando mandaba las fuerzas legitimistas; tratando acerca de la paz y poniendo presos á sus emisarios. Al venir ahora á Granada para terminar las negociaciones, traicionó los derechos del llamado presidente Estrada, celebrando un pacto sagrado con los leoneses, cuyos actos fueron sancionados por el presidente nominal de éstos.

Conforme á los términos del convenio, don Patricio Rivas fué nombrado presidente *pro témpore*, con el siguiente gabinete: Máximo Jerez, ministro de relaciones exteriores; Fermín Ferrer, ministro de crédito público; Párker H. French, ministro de hacienda; Ponciano Corral, ministro de la guerra. Wálker recibió el nombramiento de generalísimo del ejército, el cual se componía de 1,200 hombres diseminados por todo el país en pequeñas guarniciones. En León se estacionaron 500 hombres y los restantes en La Virgen, Granada, Rivas y otras plazas fuertes. Al general en jefe se le designó un sueldo de 500 dólares mensuales, debiendo gozar en proporción sus subordinados de una buena paga, ó cuando menos de promesas de paga. Siete cirujanos y dos capellanes estaban agregados al ejército; el oficio de los primeros no era una canonjía.

Durante el curso de las negociaciones Corral, con la menuda sutileza de los políticos en miniatu-

ra, había tratado de hacer caer á Wálker en varias trampas, tales como la exigencia de que prestase juramento sobre un crucifijo y otros puntillos referentes al ceremonial, que dada su condición de protestante Wálker podía haber objetado; pero se abstuvo de hacerlo en su calidad de hombre de juicio. Pensó con rectitud que era de mayor importancia el respeto de un juramento que la forma en que se presta; y en esto se diferenciaba de Corral que fué detenido pocos días después de haberse formado el gobierno, por corresponder traidoramente con los estados vecinos. Un correo nicaraguense engañó al felón y puso en manos de Wálker las fatales cartas que contenían pruebas indiscutibles del crimen del que las escribió.

A Xatruch, refugiado legitimista, había escrito nueve días después de la firma del tratado, para pedirle que fomentase la hostilidad contra la nueva administración. En el mismo sentido escribió á Guardiola, el jefe servil hondureño, exhortándolo á que levantase los elementos legitimistas en todas partes contra los americanos intrusos y decía: "Nicaragua está perdida; perdidas están Honduras, San Salvador y Guatemala si dejan que esto prevalezca. Que vengan pronto si quieren hallar auxiliares." (*) El general Martínez, comandante de Managua, resultó también comprometido, pero fué avisado á tiempo para poder huir del país.

En el acto Wálker convocó al presidente y su gabinete y les demostró la evidencia de la culpabilidad de Corral. Se reunió un consejo de guerra,

---

(*) El texto original de este fragmento de la carta de Corral es el siguiente: "Nicaragua es perdida, perdida Honduras, San Salvador y Guatemala, si dejan que esto tome cuerpo; ocurran breves, encontrarán auxiliares."

cuyos miembros eran todos americanos, según pa rece por complacer los deseos del acusado, quien sabía que de sus compatriotas no era posible esperar misericordia. Por el mismo motivo no negó su culpa, entregándose á merced de sus jueces, con exceso de confianza en la generosidad de que hasta aquel entonces habían dado pruebas los americanos. Fué sentenciado á morir fusilado á las doce del día 7 de noviembre; pero después se pospuso la ejecución de la sentencia para las dos de la tarde. Los amigos del condenado hicieron cuanto fué posible por salvarle la vida, ayudándoles en esta piadosa tarea los más notables hombres públicos y en particular el padre Vigil, el benévolo apóstol de la paz; pero aunque Wálker estaba muy conmovido y pre veía perfectamente de qué manera odiosa sus enemigos iban á explotar el hecho, se negó con firmeza á acceder á la súplica. La traición era demasiado flagrante, el ejemplo, por desgracia, demasiado necesario, y el perdón de un traidor semejante ha bría sido una injusticia para con todos los hombres leales del país.

Corral murió á la hora señalada y la lección no fué del todo inútil para sus cómplices. Wálker ha sido censurado con acritud por este acto de severa justicia, especialmente en los Estados Unidos, en donde se le desfiguró presentándolo como el hecho de un tirano suspicaz, que así había querido deshacerse de un rival peligroso. Pero no existe la menor razón para considerar la muerte de Corral, sino como el castigo bien merecido de un villano que carecía totalmente de escrúpulos. Toda su conducta durante la última guerra concuerda con su última y fatal traición. Los mismos nicaragüenses, á pesar de su relajo moral en materia de lealtad política, confesaban, lamentando la mala suerte del hermoso

Ponciano, que éste merecía llamarse *coral*, nombre de la bellísima pero mortífera serpiente del país.

La evidencia de que Wálker procedió en esta ocasión movido por un sentimiento de imparcialidad justiciera, la tenemos en un hecho que ocurrió el mismo día en que Corral participaba su traición á Xatruch y á Guardiola. Pátrick Jordan, un soldado de la Falange, disparó, hallándose en estado de embriaguez, contra un muchacho nicaragüense, hiriéndole mortalmente. Jordan fué juzgado por un consejo de guerra y condenado á muerte. El padre Vigil y muchos otros, inclusive la madre del muchacho asesinado, pidieron en vano la gracia del delincuente. El 3 de noviembre, tres días después de cometido el crimen, Jordan murió fusilado al amanecer. Los detractores de Wálker comentaron característicamente este hecho, pintando al juez imparcial cual otro Mokanna (*), que igualmente se complacía en el dolor del amigo y del enemigo. El historiador que investiga en las tinieblas del periodismo contemporáneo los hechos históricos admitidos como ciertos, se hunde á cada paso, cuando estos hechos afectan las llamadas tendencias políticas del momento, en ciénagas de falsedades ó arenales movedizos se tergiversaciones. Por desgracia, el mal no está limitado á una sola época ni á un solo país. Siendo Wálker, como era, campeón, y lo que es más, campeón fanático de un partido, sufrió las consecuencias inevitables de esto; es decir, que fué elogiado y vilipendiado con igual exageración, según los prejuicios políticos de sus críticos.

El ministerio vacante de la guerra se dió á don Buenaventura Selva. El representante de los Esta-

---

(*) Atha ben Akem, llamado Mokanna, impostor musulmán que murió el año 780.

dos Unidos reconoció la nueva administración. Los estados vecinos de tendencias liberales enviaron afectuosos testimonios de calurosa amistad; pero aquellos en que dominaba el partido servil guardaron silencio diplomático. La paz reinó en todos los ámbitos de Nicaragua; pero aquella era la paz de sus volcanes adormecidos.

Capítulo X

El filibusterismo en el exterior.—La expedición de Kínney.—Los filibusteros y sus aliados.—Una aristocracia de cuero.—Pierce y Márcy.—Rompimiento con los Estados Unidos.—Costa Rica declara la guerra.—Fracaso de Schléssinger.—Aventureros cosmopolitas.—Retiro de los vapores.—Historia de la compañía del Tránsito.—Vánderbilt proyecta su venganza.—La imprenta en el campo de batalla.

En los Estados Unidos, y especialmente en California, el pasmoso triunfo obtenido por Wálker fomentó un género de filibusterismo que se diferenciaba del que produjo la primera expedición de López á Cuba en que era de un carácter más pujante. Francia é Inglaterra contemplaron con espanto esta solución del problema centroamericano. No menos alarmados se mostraban los elementos conservadores de Hispano América, donde los más reaccionarios hablaban con exaltación de ponerse bajo un protectorado europeo y de romper las relaciones comerciales con los norteamericanos. México, Cuba, el Ecuador y Centro América estaban bajo la amenaza de expediciones filibusteras,

en momentos en que Nicaragua era objeto de una invasión por la costa atlántica. Recordaráse que la concesión hecha por el rey de Mosquitia á los Shépards, había sido transferida á una compañía colonizadora de los Estados Unidos. En virtud de esta concesión, Hénry L. Kínney, de Filadelfia, procedió á ocupar su propiedad; pero tropezó con muchas dificultades en el camino. La concesión había sido revocada por Su Majestad en un momento lúcido; la Gran Bretaña, en su calidad de protectora del reino, repudió el contrato; Nicaragua se negó invariablemente á reconocer los derechos que sobre su territorio alegaban una y otra parte, y para colmo de males la autoridad federal arrestó al aventurero en momentos en que se preparaba á llevar á sus posesiones tropicales el primer destacamento de colonos. Para no relatar el fastidioso litigio que de esto se originó, baste decir que habiendo conseguido embarcarse la expedición de Kínney, naufragó poco después en la isla del Turco, llegando por fin á San Juan del Norte en el estado más lamentable. Allí la esperaban nuevas desazones. La mayor parte de los colonos militares se fueron embarcados río arriba para compartir la fortuna más halagüeña de Wálker, al cual el mismo Kínney, desesperanzado de llegar á sus fines por falta de ayuda, hizo proposiciones de alianza ofensiva y defensiva. Pero su emisario halló á Wálker bien atrincherado en el poder y en su carácter de miembro del gobierno resuelto á considerar cualesquiera reclamos sobre el territorio de la Costa de Mosquitos, como meras usurpaciones. Si otras hubieran sido las circunstancias, habría dado tal vez una respuesta menos perentoria que la siguiente amenaza: "Diga V. á Mr. Kínney, al coronel Kínney ó como se llame, que si

lo encuentro en territorio de Nicaragua, lo ahorco como hay Dios". El nuevo elemento que se había introducido en la política de Nicaragua no dejaba de mantener con ardor la soberanía del país, aunque en esta tarea le faltara á veces la discreción. Wálker era quisquilloso en materias de dignidad y no dejó nunca de exigir el debido respeto á su per sona, á su cargo y á su bandera. Un comerciante inglés del Realejo, que después de negarse á pagar una contribución forzosa, había izado el *Union Jack* (*) con la sublime desenvoltura de su raza, recibió una invitación irónica de Wálker para que bajase el emblema ó mostrara el permiso que tenía de su gobierno para enarbolar la bandera de un representante oficial. "Si rehusa hacerlo—dijo Wálker,—echad la bandera al suelo, pisoteadla y poned un par de grilletes al individuo". El inglés sabía lo bastante de leyes para comprender que carecía de autoridad para desplegar aquel pedazo de estameña, y por lo tanto lo dobló, pagó el impuesto y maldijo al abogado yanki que le había dado una lección. Wálker era versado en derecho de gentes; mas por desgracia no tomaba en cuenta que leyes tan sabias han sido forjadas para poner á raya á naciones poderosas cuando tratan con otras igualmente fuertes. Pues no basta tener el derecho de su parte, ó conciencia del que á uno le asiste, si no se dispone de la fuerza necesaria para mantenerlo. Este curioso aventurero conservó siempre un flaco abogadil por el derecho técnico.

El éxito deslumbrador obtenido por la Falange hizo olvidar los desastres de Kínney y muchas

---

(*) *Union Jack* se llama la bandera especial que enarbolan los agentes diplomáticos y consulares de la Gran Bretaña.

partidas de audaces aventureros trataron de igualar sus proezas. Durante algún tiempo se pudo creer que en la tierra descubierta por Eric el Rojo se había evocado y hecho revivir el espíritu de los vikings. En la costa del Pacífico esas incursiones tomaron, como se ha visto, proporciones formidables. Sonora, Arizona, la Baja California y aun las islas Sándwich fueron los puntos á que endererezaron sus pasos los ambiciosos aventureros, algunos de los cuales nunca lograron realizar sus proyectos; otros, como el coronel Crabbe, hicieron temibles pero breves campañas, tan sólo para morir inútilmente, víctimas de la crueldad española.

Lo que impulsaba á los filibusteros á jugarse la vida y la libertad, no era de ningún modo un amor abstracto por la independencia de sus aliados, ni tampoco una afección desinteresada por éstos. Mostrábanse al contrario bastante inclinados á convertir en provecho propio los frutos de la victoria caramente adquirida. Su fracaso lo causó la falta de carácter de sus aliados, quienes siempre los desampararon en los momentos de apuro, dejando que el extranjero se salvara como pudiese (*). Así sucedió en Cuba, Sonora y Nicaragua, por más que hubo honrosas excepciones en todas partes. El desconocimiento que tenían del carácter hispanoamericano y el desdén que les inspiraba, amenudo mal disimulado, no contribuyeron á hacer la alianza más sincera. En Nicaragua, por lo menos en lo que se refiere al tiempo á que ha llegado esta

(*) No parece por demás citar aquí las siguientes palabra de Wálker:. "Al mismo tiempo que los americanos se mostraban falsos hacia sí mismos y sus compatriotas, los nicaragüenses nativos estaban dando en Rivas un ejemplo de fidelidad y grandeza de alma dignas de la raza que se había naturalizado entre ellos". William Wálker, *History of the War in Nicaragua.*

narración, la gratitud era más fuerte que las prevenciones y el partido favorable á los americanos poderoso y entusiasta. El pueblo bajo les fué siempre fiel; los que odiaban al extranjero eran los *calzados*, las clases alta y media que componían el partido conservador, y los odiaban porque sentían su superioridad: de aquí su mayor inquina. Los *calzados* eran los que llevaba zapatos, distinguiéndose en esto de la plebe que iba con los pies desnudos. Una aristocracia basada en tan relevante mérito debía mostrarse, como es natural, celosa de sus prerrogativas.

En casi todos los vapores procedentes de California llegaban partidas más ó menos numerosas de reclutas. Entre los que arribaron al principio estaba un hermano de Aquiles Kewen, muerto en la primera batalla de Rivas. E. J. C. Kewen fué uno de los miembros más distinguidos del estado mayor de Wálker, en el cual sirvió durante toda la guerra. Como hecho bien característico de aquel tiempo, puede citarse el relato que los diarios de San Francisco hicieron de un desafío verificado en esta ciudad, en que el coronel Kewen sirvió de padrino la víspera de embarcarse para Nicaragua. Los negocios antes que el placer.

Durante los cuatro meses que siguieron á la formación del nuevo gobierno, Wálker reunió una fuerza compuesta de americanos y otros extranjeros, que llegaba á mil doscientos hombres. Procedían éstos de todo el territorio de los Estados Unidos, pero mayormente de los estados del Sur y de los del Pacífico. En San Francisco se habían abierto oficinas de enganche, cuyos agentes penetraban en los campamentos de mineros y las ciudades del interior, sin que las autoridades gubernativas se dieran por entendidas ni les pusiesen embara-

zos (*). Siempre que surgía alguna dificultad, los voluntarios compraban un billete hasta Nueva York, deteniéndose en Nicaragua para gozar de un poco de filibusterismo En los estados del Este las autoridades tomaban más severas precauciones, aunque con poco resultado, porque como los colones eran invitados por el gobierno nicaragüense, no podían ser legalmente detenidos.

Entre los aventureros había muchos hombres de carácter perezoso y temerario, que llegaban atraídos por visiones de belleza y de saqueo, en medio de la vida ampliamente licenciosa de un campamento de piratas. Para esta clase de gentes la revelación de la realidad fué terrible; en vez de la relajada disciplina de una tropa de guerrilleros, encontraron un sistema de gobierno militar que podía competir por lo inflexible de sus leyes con el del Gran Federico. A la sobriedad de Wálker se añadía la virtud, mucho más rara en hombres de su clase, de una absoluta castidad personal en los pensamientos, las palabras y los hechos. Detestaba la borrachera, el libertinaje y la blasfemia. Al que sorprendían vendiendo licor á un soldado, se le castigaba con una multa de 250 pesos, y el bebedor sufría un arresto de diez días. Teniendo que pagar dos y medio dólares por una botella de pési mo whísky,y con el temor que inspiraban tan fuertes penas, la embriaguez era cosa rara en Granada. En las avanzadas la disciplina era menos severa, porque oficiales y soldados se aprovechaban del alejamiento de su jefe para evadir sus órdenes. Por otra parte, los que observaban buena conducta eran

(*) El ministro de Costa Rica en Wáshington, D. Luis Molina, protestó enérgicamente contra la inercia de las autoridades de California; inercia que se parecía mucho á complicidad; sin embargo, Mr Márcy, secretario de estado, contestó con fecha 2 de abril de 1856, negando rotundamente los cargos hechos á su gobierno. O Mr. Márcy estaba mal informado ó no dijo la verdad.

muy agasajados y recibían regularmente su paga de cien dólares, según dicen unos, ó la cuarta parte de esta suma, según otros, y además un derecho eventual sobre quinientas hectáreas de tierra.

Sólo faltaba ya que se asegurase la paz para que Nicaragua se convirtiera en el verdadero "Paraíso de Mahoma", nombre que le dieron los conquistadores españoles. Pero no había tal seguridad ni esperanzas de obtenerla. Aunque Wálker hubiese querido contentarse con los maravillosos triunfos que había logrado, no se lo habrían permitido para poner un freno á su ambición. Sus enemigos eran demasiado numerosos, potentes é implacables. La Gran Bretaña, que había estado violando durante medio siglo, secreta ó abierta mente, los derechos de las débiles repúblicas hispanoamericanas, no podía consentir en que una presa tan buena pasara á manos del odiado yanki. Suplió dinero, hombres y armas á los estados vecinos, valiéndose de toda clase de pretextos para levantar una cruzada contra los americanos.

Enemigos igualmente encarnizados, pero menos poderosos para ofender á cara descubierta, influenciaron el gobierno de Wáshington. El secretario de estado Wílliam L. Márcy era un político que ha dejado memoria por la enunciación de la famosa máxima de que "á los vencedores corres ponden los despojos de los vencidos". Márcy no abrigaba mala voluntad personal contra Wálker ó los amigos políticos de éste; pues no era hombre capaz de sentir inquinas ni rencores violentos; pero llevó al alto puesto que ocupaba todas las aspiraciones, todas las simpatías, prejuicios y alianzas de un perfecto politiquero. Para él las tradiciones de su país, la dignidad de su alta posición, el honor de la República eran ideas secundarias. Lo que

pudiera decir su partido, la crítica que harían de sus actos en Albany ó en Wall Street, eran los pensamientos que influían en su ánimo y gobernaban su conducta. Como jefe y como hombre, Franklin Pierce era de una mentalidad tan baja como la de su secretario. Así fué que habiendo presentado sus credenciales en Wáshington un ministro plenipotenciario de Nicaragua y protestado los demás ministros residentes contra su recepción, el presidente y su secretario se sintieron terriblemente consternados. El ministro anterior Marcoleta, á pesar de haber sido retirado por el gobierno de Nicaragua, se negó resueltamente á deponer sus funciones. Los demás ministros extranjeros hicieron causa común con Marcoleta, y el secretario de estado cometió la estupidez pasmosa de discutir seriamente el caso con estos oficiosos caballeros. Interpelado el coronel Whéeler, ministro de los Estados Unidos en Nicaragua, confirmó los títulos del gobierno de Rivas, que eran *de facto* y *de jure*, añadiendo, como prueba de la tranquilidad de que gozaba la nación, el hecho sosprendente de "no haber en toda la República un solo prisionero, cosa antes nunca vista en el país".

A Mr. Márcy no le quedaba más remedio que aceptar las credenciales, cuando el descubrimiento de uno de los solemnes disparates de Wálker lo salvó de esta humillación. Respecto del ministro no podía hacerse ninguna objeción oficial; pero desgraciadamente para éste, se formularon contra el particular cargos bastantes graves para que el fiscal del distrito de Nueva York se sintiera autorizado á mandarlo prender con motivo de una causa criminal (*). Este sujeto era Párker H. French,

(*) El arresto de French fué motivado por los trabajos que hizo para enviar refuerzos á Wálker.

aquel mismo héroe manco cuyo fracaso en el ataque del castillo de San Carlos había desacreditado la Falange y provocado la matanza de La Virgen. Wálker supo, cuando ya era tarde, los malos antecedentes de su enviado, cuya conducta en Nicaragua bastaba para desacreditarlo; pero considerando su arresto como una violación de los privilegios diplomáticos, lo retiró, despidió al ministro americano en Nicaragua y cortó las relaciones oficiales con los Estados Unidos. Pasados algunos meses, y después de haberse negado el gobierno americano á recibir un segundo ministro, D. Fermín Ferrer, Wálker envió un tercer representante, el buen padre Vigil, que fué aceptado en Wáshington, tanto por la elevación de su carácter, como por las noticias que llevó de habèr derrotado Wálker á sus enemigos de Costa Rica y repelido á los serviles del norte. Franklin Pierce no era hombre que volviese las espaldas á un amigo en la prosperidad; sin embargo, Mr. Márcy no participaba de sus buenos deseos. El ministro nicaragüense fué recibido en debida forma, pero tropezó con tan estudiada descortesía de parte del secretario de estado y de sus subalternos, que aquel culto y amable caballero regresó con placer, después de breve permanencia en Wáshington, al seno de la sociedad más urbana de Nicaragua.

Pero ya la conducta veleidosa del presidente Pierce y de su gabinete había mostrado á los perspicaces enemigos de Wálker en Centro América y en Europa el punto débil de su armadura. El filibustero, que estaba ya tan lejos de poder contar con el apoyo de su país natal, no tenía ningún amigo aparente allí. Los cónsules y capitanes de barcos de guerra ingleses comprendieron que podían aplastar impunemente al aventurero y restau-

rar la supremacía de la influencia europea en el istmo. Todos los partidarios de los serviles en los estados vecinos y los legitimistas desafectos en Nicaragua, se unieron para expulsar al elemento extranjero. El cónsul general de Costa Rica en Londres, escribió al presidente D. Juan Rafael Mora, en carta que cayó en manos de Wálker, que el gobierno de la Gran Bretaña estaba dispuesto á vender á Costa Rica dos mil fusiles á precio nominal, para "sacar á Wálker y los suyos de Nicaragua á puntapiés." La amistad británica no era del todo desinteresada, ni procedió tan sólo por vía de odio contra los americanos. Diecisiete millones de dólares, invertidos por los capitalistas ingleses en bonos de Costa Rica, fueron la base sustancial de esta simpatía (*). Causa pena meditar sobre el hecho de haber sido defraudados más tarde estos bonos hasta el último dólar.

Una diputación que Nicaragua envió á Costa Rica á negociar un tratado de paz, fué expulsada ignominiosamente del territorio de este último país. También Guatemala, San Salvador y Honduras se negaron á reconocer la nueva administración.

El 26 de febrero de 1856 Costa Rica declaró la guerra á Nicaragua, con el expresado propósito de expulsar á los invasores extranjeros del territorio de la América Central. El lejano Perú simpatizó con los cruzados, enviando un préstamo de 150,000 pesos para ayudar á la justa campaña. El presidente Mora reunió en el acto un ejército de 9,000 hombres y se preparó á marchar á Guanacaste. Inmediatamente lanzó Rivas una contra declaración de guerra. Wálker, en su ca-

---

(*) Los empréstitos levantados por Costa Rica en Inglaterra, no lo fueron hasta los años de 1871 y 1872.

rácter de general en jefe, convocó á los suyos para que se reuniesen en la plaza de Granada, y habiéndoles hecho leer la proclama de guerra, pronunció una arenga conmovedora, terminando con frases bien adecuadas á sus oyentes: "Les enviamos la rama de olivo y nos devolvieron un cuchillo. Bien está. Les daremos guerra á muerte y les hundiremos el cuchillo hasta la empuñadura".

Por desgracia, el oficial escogido para dirigir el avance sobre Costa Rica, resultó ser un cuchillo más peligroso para la mano que lo esgrimía que para el pecho que se le presentaba. El coronel Luis Schléssinger recibió el mando de la tropa, en parte como compensación del mal trato que le habían dado en Costa Rica cuando fué allí en calidad de comisionado de paz. Otro de los comisionados, llamado Argüello, se había pasado al enemigo; el tercero, el capitán W. A. Sútter, hijo del famoso descubridor de oro en California, fué el único que dió pruebas de habilidad y honradez. Wálker no tenía suerte en la elección de sus funcionarios civiles; pero debe considerarse que no había mucho donde escoger. Los estadistas de inspiración divina no acuden en manadas al sostenimiento de causas tan peligrosas como la suya.

Si Schléssinger era malo como diplomático, como soldado era peor todavía. Habiendo salido con una fuerza de 200 hombres (*), pasó la frontera de Guanacaste el 19 de marzo. Cinco compañías de 40 hombres cada una habían sido formadas conforme á la nacionalidad ú origen de los combatientes, de la siguiente manera: una compañía francesa, al mando del capitán Legaye; una alemana,

(*) Wálker en su *History of the War in Nicaragua* dice que eran 240, y *El Nicaragüense*, órgano del mismo Wálker, al dar cuenta de la batalla hace subir el número de esta fuerza á 280 hombres.

á las órdenes de Prange; una de Nueva Orleans, capitaneada por Thorpe; una de Nueva York, mandada por Creighton, y otra de California cuyo jefe era Rúdler. Las compañías americanas estaban compuestas de hombres de todas las naciones de lengua inglesa, "que habían reventado de las cuatro partes del mundo". Esta diferencia de nacionalidades, de que un jefe hábil habría sabido sacar provecho suscitando una generosa rivalidad, sólo fué manantial de flaqueza en manos del incompetente Schléssinger, que á más de no ser americano era mal querido de su tropa.

El primero y último encuentro ocurrió en la hacienda de Santa Rosa, situada á doce millas de la frontera, en el Guanacaste. Schléssinger se dejó sorprender. El enemigo, al mando de un experto oficial, el barón prusiano von Bulow, lo atacó con 500 soldados de línea, derrotándolo fácilmente (*). Schléssinger no hizo la menor resistencia y huyó al primer tiro, seguido de las compañías francesa y alemana. El capitán Rúdler y el mayor O'Neill hicieron frente valerosamente con las compañías de California y de Nueva York, hasta que habiendo sido muertos unos cincuenta hombres, los demás se salvaron como pudieron. Tan sólo un pobre tamborcito se quedó tocando la caja con infantil alegría, hasta que cayó muerto en su puesto. Todos los heridos y los prisioneros fueron matados por orden del presidente Mora, que había proclamado la guerra sin cuartel contra todo filibustero que se tomase con las armas en las manos. Así terminó la batalla de Santa Rosa, el 20 de marzo de 1856.

A su regreso, Schléssinger fué juzgado por un

(*) El barón von Bulow no se halló en la batalla de Santa Rosa ni los 500 costarricenses eran soldados de línea, sino simples milicianos.

consejo de guerra, declarado culpable de cobardía y sentenciado á muerte; pero se libró del castigo quebrantando su palabra durante el juicio y huyendo á Costa Rica. Más de veinte años después lo vemos reaparecer ante los tribunales de este país, pidiendo una recompensa por el servicio prestado en la ocosión que se acaba de narrar.

El carácter heterogéneo de las filas filibusteras, aun á principios de la campaña, se puede ver por la lista de los prisioneros sacrificados después de la batalla de Santa Rosa, de los cuales seis habían nacido en los Estados Unidos, tres en Irlanda, tres en Alemania, uno en Italia, uno en Corfú, uno en Samos, uno en Francia, dos en Prusia y uno en Panamá.

Tan inesperada fué la derrota, que los vencedores, temerosos de un ardid, no se aprovecharon de su ventaja para perseguir. Los descorazonados fugitivos regresaron en grupos dispersos, algunos de ellos sin armas, otros con las ropas hechas jirones y todos con las orejas gachas y desonrados. Para encubrir su vergüenza exageraban el número y la hazaña del enemigo, el cual se había portado verdaderamente con gran habilidad y valor, dando pruebas de ser un adversario formidable cuando estaba bien dirigido.

Durante algunos días reinó el pánico en el cuartel general demócrata. La situación era crítica. Los legitimistas nicaragüenses, siempre desafectos en secreto, se apresuraron á propalar la noticia de la derrota entre sus amigos del norte. Honduras y las repúblicas vecinas se afirmaron en su propósito de no reconocer el gobierno de Rivas, y Guardiola comenzó á concentrar sus hordas de salvajes en las fronteras de León. La desmorailzación cundió entre los mismos americanos. Oficiales

poco antes sedientos de gloria, se sentían desfallecer y comenzaron á suspirar por volver á la patria y á pedir licencia. Wálker se agitaba en la cama, enfermo de fiebre, en tanto que sus enemigos conspiraban contra él y los amigos de los días prósperos se convertían en desertores. Pero entre sus fieles veteranos había muchos corazones de bronce, hombres que amaban el peligro como el tahur los albures del juego, y que despedían á sus apocados compañeros con un desdén tan fino como el del viejo Carvajal, teniente de Pizarro, que cantaba: (*)

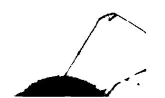
Los mis cabellitos, maire,
uno á uno se los llevó el aire.
¡Ay pobrecicos
los mis cabellicos!

Otra desventura ocurrió en este momento á los filibusteros. Los vapores de la compañía del Tránsito fueron retirados repentinamente del servicio y se suspendió toda comunicación con California; y aunque esto detuvo la deserción, también impidió la llegada de nuevos reclutas. Este procedimiento de la compañía era el resultado de una mala inteligencia que venía de muy atrás. Conforme á la carta de privilegio que le fué otorgada, la compañía contrajo la obligación de pagar al gobierno de Nicaragua la suma de 10,000 dólares anuales y el diez por ciento de su beneficio neto. La compañía sostenía haber pagado con alguna regularidad los 10,000 dólares, cosa que por su parte negaba el gobierno de Nicaragua, pero mediante un procedimiento de teneduría de libros,

(*) Francisco de Carbajal, llamado por sus crueldades *El Demonio de los Andes*, se puso á cantar este villancico famoso, al ver cómo lo iban abandonando sus compañeros en la batalla de Saxsahuamán contra el licenciado Gasca, el 9 de abril de 1548.

bien conocido de los financieros, las cuentas nunca arrojaron un balance de beneficio neto sobre el cual se pudiera cobrar el diez por ciento adicional. Contra este engaño protestaron tímidamente alguna que otra vez lo débiles y efímeros gobiernos de Nicaragua. Los agentes de la compañía contestaban con bravatas y embustes, ó empleaban el cohecho para callarlos, é hicieron clavos de oro hasta la inauguración del gobierno de Rivas. Cornelius Vánderbilt manejaba en aquel entonces los negocios de la compañía en Nueva York, á la vez que sus intereses del oeste estaban á cargo de Morgan y Gárrison en San Francisco. Vánderbilt, hombre de ambición sin límites y de pocos escrúpulos, pronto se hizo dueño de los arbitrios de la compañía. Hasta que Wálker tomó en sus manos la dirección de los negocios, Nicaragua no había desafiado nunca al autócrata de Wall Street. Uno de sus primeros pasos fué nombrar una comisión para que examinase los libros de la compañía. Esta comisión informó que el gobierno había sido defraudado de manera flagrante y sistemática durante años, y que legalmente se le debían 250,000 dólares. Vánderbilt se negó perentoriamente, tanto á reconocer la deuda como á pagarla, repitiendo las vagas amenazas con que estaba acostumbrado á amedrentar á los pequeños funcionarios de otros tiempos.

Así las cosas, el exabogado de California mandó á las autoridades que embargasen las propiedades de la compañía para garantizar la deuda, revocando al propio tiempo la antigua concesión y otorgando una nueva á los señores Rándolph y Crittenden. Esto ocurrió el 28 de febrero. El último acto de la antigua compañía había sido el transporte de 250 reclutas procedentes de San



Francisco, el importe de cuyos pasajes fué pagado por Vánderbilt algunos días después, cuando aun ignoraba el embargo de sus propiedades. El dictador de Wall Street se encolerizó mucho, y mientras le llegaba su turno envió tranquilamente una letra de cambio por una suma mucho mayor, pagadera á la orden de D. Juan Rafael Mora, presidente de Costa Rica. Hizo entonces una protesta formal y acudió al secretario de estado Márcy, pidiendo el apoyo de los Estados Unidos. Sin embargo, Márcy era un político demasiado marrullero para indentificarse á cara descubierta con los intereses mal olientes de la compañía del Tránsito, corporación cuya historia, según ha dicho el ministro Squier, es "una infame carrera de engaños y fraudes". Márcy aquietó á su amigo Vánderbilt con promesas que fueron cumplidas por desgracia demasiado bien. La venganza del rey del dinero no se contentó con atizar á los enemigos de Wálker. Sólo la ruina del filibustero era capaz de apaciguar el orgullo herido de Vánderbilt. El hombre de los millones no era un poder despreciable en los asuntos comerciales y políticos de los Estados Unidos; y cuando resolvió poner en juego todos sus recursos contra un aventurero que se hallaba en el exterior casi sin un cuarto, se demostró que el dinero será todo lo malo que se quiera, pero que sí es omnipotente.

En diciembre Kewen fué enviado á California á colocar un millón de dólares en bonos del estado de Nicaragua. Recibió instrucciones de no venderlos por menos del 90 por ciento de su valor nominal, y no parece haber dispuesto de ninguno á inferior precio. En estas ó mejores condiciones fueron colocados unos pocos.

Hacia este mismo tiempo vemos aparecer

otro rasgo de la fisonomía de un gobierno estable. En las primeras invasiones españolas, los auxiliares religiosos seguían siempre la estela del ejército. Ahora, dada la diferencia de circunstancias, era natural que la imprenta acompañase al filibustero. En Nicaragua había ya dos periódicos en plena actividad: *El Nicaragüense*, de Granada y el *Hérald* de Masaya. A semejanza de los improvisados clérigos militantes de Fernando el Católico, los editores é impresores de Nicaragua no eran estrictamente hombres de paz. Cuando lo exigían las circunstancias trocaban la pluma por la espada. Por este motivo sus noticias de la guerra debieran haber sido más auténticas, porque las más de las veces las escribían y publicaban en el campo de batalla. John Tábor, editor y propietario de *El Nicaragüense* fué dos veces herido en el cumplimiento de sus nuevos deberes; pero vivió para acompañar á Wálker en su segunda invasión de 1857, cuando su imprenta ¡ay! no tuvo que publicar la crónica de ninguna gloriosa victoria.

Capítulo XI

Los costarricenses invaden a Nicaragua.—Segunda batalla de Rivas.—El enemigo encuentra un nuevo adversario.—Rivas convoca á elecciones.—Candidatura de Wálker.—Traición de Rivas.—Asesinato de Estrada.—Coalición de los estados centroamericanos del norte contra Nicaragua.—Wálker electo presidente. Inauguración de su gobierno, que es reconocido por el ministro de los Estados Unidos.—Tradición del «hombre de los ojos zarcos».

A Wálker le preocupaban menos sus enemigos de los Estados Unidos que los que tenía más cerca, aunque nunca cometió el error de menospreciar á un adversario peligroso ni tuvo la debilidad de perdonarlo. Tres mil costarricenses habían cruzado la frontera, invadiendo la parte sur del departamento de Rivas. No era el momento de tener fiebre en el cuerpo ni en la mente. Wálker se levantó de la cama é hizo un llamamiento á sus tropas para que diesen un golpe vigoroso en favor de sus derechos. El presidente Rivas se hallaba en León vigi-

lando y aguardando. Había proclamado la ley marcial en los departamentos del sur, dando al general en jefe poderes omnímodos. Wálker dejó de oponerse á la marcha del enemigo hacia la ciudad de Rivas, porque habiendo sido retirados los vapores, ya no tenía necesidad de conservar el Tránsito. De consiguiente, todas las tropas americanas que estaban en Rivas y La Virgen fueron reconcentradas á Granada con el ostensible propósito de emprender inmediatamente la retirada hacia León. Cuando el enemigo entró en La Virgen sólo encontró allí los habitantes nicaragüenses y unos pocos empleados extranjeros de la compañía del Tránsito. Sin dar una palabra de aviso hizo fuego sobre estos últimos y mató á unos nueve ó diez servidores inermes de Mr. Vánderbilt (*), y con un celo que para este caballero había de ser muy poco grato, quemó todas las propiedades de la compañía, muelles y almacenes que pudo encontrar. Terminada la obra de destrucción marchó sobre Rivas, donde el presidente Mora fijó su residencia para observar con precaución los movimientos de Wálker. Este disimuló tan bien su designio, que nadie supo si intentaba retirarse á León ó dejar definitivamente el país. Lo último parecía lo más probable, porque el vapor del lago *San Carlos* había estado transportando durante algunos días hombres y municiones á los fuertes de San Carlos y Castillo Viejo, al través del lago. Algo se traslució de estos movimientos, cuando el teniente Green, con sólo quince hombres, sorprendió una fuerza de 200 costarricenses en la

(*) Al entrar las tropas de Costa Rica el 7 de abril de 1856 á La Virgen, los americanos dispararon sobre ellas algunos tiros desde la casa de la compañía del Tránsito y la de D. Evaristo Carazo, hiriendo á dos soldados y un sargento que murió después. Como es natural, los nuestros contestaron el ataque. V. Montúfar, *Wálker en Centro América*, p. 294.

boca del Sarapiquí, matando á 27 y poniendo en fuga á los demás (*).

Por último, en la mañana del 9 de abril, Wálker salió de Granada á la cabeza de 500 hombres, (**) de los cuales las cuatro quintas partes eran americanos, y marchó rápidamente al sur en dirección á Rivas, donde Mora acampaba con el prusiano von Bulow y tres mil soldados de línea. Varios ingleses, franceses y alemanes servían en el ejército de Costa Rica, unos voluntariamente y otros en calidad de mercenarios. A las ocho de la mañana del día 11, las fuerzas de Wálker entraron á Rivas, divididas en cuatro columnas por otros tantos caminos. El orden de batalla era el de un asalto simultáneo, debiendo reunirse las distintas columnas en el centro de la ciudad. Esto se ejecutó al pie de la letra, aunque los costarricenses, reponiéndose pronto de la sorpresa que les causó el ataque, se portaron bizarramente, empleando sus armas de fuego con precisión y serenidad, y matando con fatal y exacta puntería á los jefes americanos. El combate duró cuatro horas. Al terminar, Wálker había tomado posesión de la plaza y de la parroquia, pero á costa de 50 hombres, entre muertos y heridos.

(*) Se refiere probablemente á la acción de El Sardinal, que se verificó el 10 de abril de 1856. Según Wálker, el capitán Baldwin era quien mandaba á los filibusteros. El parte oficial del jefe costarricense, teniente coronel Orozco, que tomó el mando al caer herido el general D. Florentino Alfaro, dice que las fuerzas de Wálker huyeron derrotadas; este parte está fechado en el muelle de Sarapiquí, el mismo 10 de abril, lo que prueba que los costarricenses conservaron sus posiciones. Los heridos por nuestra parte fueron 7 y sólo hubo un muerto. Los filibusteros tuvieron 4 muertos en tierra, fuera de los que perecieron ahogados en el río.

(**) Wálker dice que llevaba 550 hombres, á los cuales se agregó cerca de Nandaime la columna nicaragüense que mandaba el coronel cubano Machado y constaba de doscientos. Los costarricenses que defendían á Rivas el 11 de abril de 1856, no llegaban á 1,500, porque la guarnición se había debilitado con las tropas que se enviaron á resguardar á San Juan del Sur, La Virgen y otros puntos.

Los enemigos tuvieron cerca de 200 muertos y doble número de heridos. Estuvieron recibiendo refuerzos durante el combate, pero no se aventuraron á salir de sus paredes de adobes para renovar la contienda. Habiendo incendiado las casas vecinas de la plaza, mantuvieron con intermitencias un fuego violento desde los edificios adyacentes. Los americanos improvisaron un hospital en la parroquia, de la cual se sacaron los heridos al amanecer, bien custodiados por sus camaradas (*). Mora no se opuso á su salida, sintiéndose muy contento de verse libre de tan molesta visita.

Wálker perdió muchos oficiales. Al comenzar el combate, el coronel Machado, que mandaba los soldados nicaragüenses, cayó mortalmente herido. Cinco capitanes y seis tenientes perecieron también y fueron heridos doce oficiales más. Del estado mayor de Wálker sólo quedó con vida el capitán Sútter. Esta mortalidad se debió no tanto á la buena puntería del enemigo como al valor temerario de las víctimas, que tuvieron á honra ofrecerse voluntariamente para toda clase de aventuras insensatas. En una ocasión, diez oficiales, armados tan sólo de revólver, cargaron sobre una barricada, de la cual desalojaron más de cien rifleros enemigos.

Por este tiempo el aspecto material de las cosas había cambiado y la situación del ejército invasor era muy peligrosa. Mora, que esperaba que se le unieran los legitimistas para expulsar á los usurpadores americanos, encontró que aquéllos eran pocos y estaban descorazonados; por otra parte, la insolencia desenfrenada de los costarricenses, les había enajenado cualesquiera simpatías que hubie-

(*) Wálker dejó abandonados en la iglesia una buena parte de sus heridos.

sen podido hallar en las clases más pobres. En una palabra, el rechazo de Wálker de Rivas, si puede llamarse rechazo á una retirada sin oposición, fué para Mora la señal de la derrota (*). Incapaz de reducir á un enemigo que sólo contaba con la sexta parte de la fuerza que él tenía, y no atreviéndose á correr los riesgos de una batalla campal y mucho menos los de un sitio á Granada, permaneció en Rivas extenuado é impotente. Sólo era menester que lo atacase otro enemigo para que su caída fuera completa. Este enemigo, siempre poderoso bajo el sol de los trópicos, hizo su aparición.

Los cuerpos de 200 costarricenses habían sido arrojados en las letrinas y pozos de Rivas, junto con los de unos 50 filibusteros (**). Centenares yacían en los miserables hospitales con heridas ulceradas y mal asistidos. El soldado costarricense no se distinguía por su limpieza ni buena manera de vivir. La disciplina era estricta; pero un día pasó por las avanzadas un Enemigo que no fué interpelado por el vigilante centinela. La patrulla que debía gritar ¿quién vive? cayó muerta al golpe de una mano silenciosa. El soldado en la mesa de monte, el oficial en su hamaca, el satélite del ejército en los barrios bajos y el oficial de estado mayor en palacio, todos, jóvenes y viejos, sin distinción de jerarquías, sucumbieron ante el temido adversario. El cólera, ese azote más terrible que una legión de filibusteros, había penetrado en Rivas. Con el cólera entró la deserción: el presidente Mora dió el ejemplo; la no-

(*) Las tropas de Costa Rica no tuvieron conocimiento de la fuga de Wálker, hasta el amanecer del 12 de abril. El general Cañas y otros jefes militares opinaron por que se le persiguiese; pero se cometió el error de no hacerlo.

(**) Los muertos del ejército costarricense fueron todos enterrados el 12 de abril. Los filibusteros fueron quienes arrojaron los cadáveres de los suyos á los pozos del Mesón.

ticia de que había disturbios en Costa Rica apresuró su fuga hacia el sur. El general Cañas se quedó al frente del ejército, hasta que supo el arribo á Granada de algunos centenares de reclutas que había enganchado el veterano Hórnsby en los Estados Unidos, y que trajo al país por la vía del río de San Juan.

Previendo con acierto que Wálker tomaría pronto la ofensiva Cañas abandonó apresuradamente sus heridos y huyó á Guanacaste. Su marcha fué larga y penosa; durante leguas se podía seguir la huella de los fugitivos por los huesos de sus compañeros. Para el que caía herido por el cólera, no había mano fraternal que lo levantase. A Costa Rica entraron alrededor de 500 desbandados, rendidos de fatiga, restos de la bizarra hueste que había venido á Nicaragua para echar á los filibusteros á la mar. Con ellos iba la simiente de la peste, la que propagándose rápidamente por el país barrió diez mil de sus habitantes.

Tampoco estuvo exento Wálker de calamidades durante este período. Muchos de sus amigos más queridos fueron víctimas de la plaga, entre otros su hermano menor James, á quien quería muy tiernamente á su modo, poco efusivo. La situación política no era satisfactoria. Según parece, al presidente Rivas, que se había quedado con sus ministros en León, habíale inspirado mayores temores una invasión posible de los estados del norte que la que efectuaron los costarricenses. Era hombre débil, con el que fácilmente jugaban personas intrigantes que habían logrado hacerlo desconfiar de Wálker, cosa que hasta aquel momento, por lo menos, era del todo infundada. Los distritos del nordeste del país habían sido asediados durante algún tiempo por cuadrillas errantes de bandoleros, que

se decían ó eran realmente legitimistas, cuyas depredaciones llegaron á ser una verdadera molestia. Contra estas guerrillas envió Wálker un cuerpo de caballería, al mando de Domingo Goicouría, quien pronto restableció el orden en el distrito (*).

Las elecciones para presidente, verificadas en mayo, se hicieron con tanta irregularidad, que el presidente Rivas resolvió que se practicaran otras en junio. Los dos opuestos candidatos, Salazar y Jerez, consintieron en ello. Ambos pertenecían, lo mismo que Rivas, al partido leonés ó liberal. Así fué que los granadinos ó legitimistas, temiendo la influencia de sus rivales, se convinieron entre ellos para designar un candidato poderoso que representara sus intereses. No habiendo ningún legitimista bastante popular para que fuera viable, escogieron á Wálker, prefiriendo un extranjero neutral antes que á uno de sus compatriotas hostiles. A nadie se ocultó que Wálker resultaba un candidato *di primo cartello* para el partido legitimista, que todavía era poderoso. El efecto inmediato de esto fué la unión de los opuestos pretendientes leoneses. Rivas, apoyado por Salazar y Jerez, demoró la convocatoria para elecciones, acogiendo con beneplácito la idea que le fué sugerida para que el número de los americanos auxiliares se redujera á doscientos, en el momento mismo en que otros tantos reclutas desembarcaban del vapor procedente de California. Los vapores habían vuelto á emprender su carrera bajo la gerencia de una compañía favorable á la *inmigración.*

Wálker se fué á León á conferenciar con Rivas, recibiendo en el camino una ovación popular que lo

---

(*) Goicouría era un entusiasta patriota cubano, que fué fusilado muchos años después en la Habana por los españoles.—N. del A.

animó á sostener con firmeza sus derechos. A la propuesta que se le hizo para que disolviese sus tropas, replicó que sus gentes estaban listas á dejar el país tan pronto como recibiesen la paga estipulada, cosa que él bien sabía que el tesoro público no estaba en condiciones de hacer. Sin embargo, para no poner en apuros al erario, prendió á Salazar bajo la inculpación de haber defraudado al gobierno de los derechos sobre una partida valiosa de palo de mora, y de haberla vendido al mismo gobierno con un beneficio pocas veces visto. Este hecho implicaba infracción de una antigua ley del país, que rara vez era aplicada. El arresto no tenía sin duda más objeto que hacer comprender á Salazar que no le era lícito conspirar impunemente contra su vigilante aliado, porque no fué sometido á juicio. Rivas, Jerez y Salazar se decidieron entonces á pronunciarse contra su formidable rival; pero con la duplicidad del país disimularon su intento, y el presidente emitió un decreto el 10 de junio para que se procediese á elecciones generales el cuarto domingo de este mes. Al día siguiente Wálker se fué á Granada, y Rivas y Salazar huyeron inmediatamente de León y declararon traidor á Wálker. Fueron á refugiarse á Guatemala, donde el general Carrera organizaba un ejército para invadir á Nicaragua (*).

Wálker, en su calidad de general en jefe de un país perturbado por una revolución interna y amenazado de una invasión extranjera, tenía que ser el jefe del gobierno en ausencia del gobernante civil; por lo menos no había nadie que le disputase el puesto. De consiguiente nombró á D. Fermín

---

(*) Rivas huyó con Jerez y no con Salazar; no fueron á Guatemala sino á Chinandega. Motivó su fuga el aviso que les dieron de que Wálker había dado orden de prenderlos. Wálker llegó á León con 300 hombres de los cuales dejó una parte allí á las ordenes de Nátzmer.

Ferrer director provisional, mientras estuvieran pendientes las elecciones que debían practicarse dentro de pocas semanas.

En estas elecciones tomaron parte todos los distritos, excepto los del nordeste, que se hallaban revueltos por la presencia de un ejército invasor en sus fronteras y la de dos pretendientes á la presidencia en su territorio. Uno de ellos era Rivas; el otro, el ya casi olvidado maniquí legitimista de Corral, D. José Estrada. Este último hizo pocas cosas de carácter oficial, fuera del lanzamiento de proclamas de que nadie se cuidaba; sin embargo, como un pretendiente es siempre, lo mismo en una monarquía que en una república, un elemento poderoso de que puede aprovecharse un invasor astuto, los partidarios de Rivas temieron que Carrera echase mano de tan pobre pretexto para traicionar sus intereses. Estrada fué asesinado á sangre fría por una partida de rufianes leoneses. Con él pereció el último de los pretendientes estrictamente legitimistas. Para asegurar en lo venidero sus intereses personales, Rivas y sus amigos nombraron al general Ramón Belloso comandante en jefe del ejército invasor. Las fuerzas aliadas provenían de Guatemala, Honduras y San Salvador, y se consideró prudente elegir para el mando en jefe á un ciudadano de este último estado, el más pequeño de todos, por creerlo el menos capaz de usurpar el poder después de la victoria.

La falta de representación del distrito del nordeste en las elecciones era de poca importancia, por ser la parte menos poblada del país y porque sus votos no habrían influido en el resultado final. La votación fué completamente libre y se verificó sin que ocurriese disturbio alguno. En Nicaragua todo hombre mayor de dieciocho años, excepto los cri-

minales, tiene derecho á sufragar. Los diputados, los senadores y el presidente los elige un colegio electoral, que á su vez es nombrado por el voto popular. Tal era por lo menos la ley en aquel tiempo.

Cuando se hizo el escrutinio resultaron 23,236 papeletas, de las cuales tuvo Wálker en su favor dos tantos más que todos sus rivales juntos, es decir, 15,835. Rivas obtuvo 867, Salazar 2,087 y Ferrer 4,447. Por lo tanto Wálker fué declarado electo, y el 12 de julio de 1856 tomó posesión formal de la presidencia de Nicaragua. Merece la pena hacer constar que fué electo por la mayor votación verificada en todo tiempo en el país, y que su permanencia en el poder fué más larga que la de todos sus predecesores, si se exceptúa á Pineda y á Chamorro. El primero ejerció la presidencia durante un mes más que Wálker, y el segundo durantedos. En seis años había habido no menos de quince presidentes efectivos. Nicaragua necesitaba de urgentes reformas, aunque éstas las hiciera el filibusterismo.

Desde el punto de vista legal, los títulos de Wálker eran tan sólidos como los de cualquier príncipe ó presidente de cualquier parte del mundo. Sólo faltaba que el mundo los diese por buenos. El primero que los reconoció, sin saber lo que hacía, fué su enemigo el secretario Márcy. Este estadista, después de meditar mucho el caso, había dado instrucciones al coronel Whéeler, ministro de los Estados Unidos, cuya suspensión sólo fué temporal, para que reconociese el gobierno que existía en Nicaragua, suponiendo que Rivas estaba siempre en el poder. Esto se obtuvo mediante las razonables gestiones del padre Vigil. Mr. Whéeler, dándose cuenta tal vez de lo muy cómico de la situación, pero en obediencia estricta de sus instrucciones, presentó á

Wálker las felicitaciones del gobierno de los Estados Unidos. Mr. Márcy no perdonó nunca al instrumento de su humillación, y uno de sus últimos actos oficiales fué pedir al presidente Pierce, como un favor personal, el retiro del ministro Whéeler. La moribunda administración se mostró lo bastante despreciable para acceder á esta solicitud.

Wálker había llegado á la cumbre de su gloria como gobernante legal de un país cuya posición geográfica y recursos naturales hacían de él una presa digna de ser ambicionada por todas las potencias de Europa y América. Además de un poderoso partido en el país, tenía á sus espaldas un ejército compuesto de más de mil de sus compatriotas, una línea de vapores bajo su dominio—porque los agentes de la compañía del Tránsito en California eran amigos suyos por comunidad de intereses,—y un partido fuerte en los Estados Unidos, que simpatizaba con su acariciado proyecto de extender la esclavitud. Parecía confirmarse, cuando menos en parte, la tradición popular que, según afirma Crowe en su *Gospel in Central America* (*), existía entre los indios de Nicaragua y conforme á la cual "un hombre de ojos zarcos vendría del norte para derrocar el dominio español y regenerar la raza indígena."

La ceremonia de inauguración del nuevo presidente se verificó con gran pompa en la capital, el 12 de julio. El director provisional, D. Fermín Ferrer, tomó el juramento á Wálker, estando éste de rodillas. El presidente electo vestía su traje civil de costumbre, decorosamente negro, que formaba un contraste sorprendente con los gayos atavíos de los naturales, que habían acudido en masa á presenciar

(*) *El Evangelio en la América Central.*

la ceremonia. La inauguración se celebró en una vasta plataforma construida en la plaza y adornada con banderas nicaragüenses, norteamericanas, francesas y de la República de Cuba, que no había nacido aún. La fórmula del juramento, que fué tomado por Ferrer después de un discurso muy encomiástico, fué la siguiente:

"—¿Prometéis y juráis solemnemente gobernar al país libre de Nicaragua y sostener su independencia é integridad territorial, haciendo justicia en todos vuestros juicios según los principios republicanos y de piedad?

"—Lo prometo y juro.

"—¿Prometéis en cuanto estuviere en vuestro poder mantener la ley de Dios, la verdadera profesión del Evangelio y la religión del Crucificado?

"—Lo prometo y juro.

"—¿Por Dios y los santos Evangelios juráis cumplir y hacer guardar todo lo que habéis prometido?

"—Sí juro".

Al finalizar esta ceremonia, Wálker pronunció un discurso inaugural del género prosaico á que pertenecen esta clase de composiciones. Al presidente no le faltaban esperanzas de poder entablar relaciones amistosas con las grandes potencias, y uno de sus primeros actos fué el envío de ministros á Inglaterra y Francia. Ninguno de estos enviados llegó á su destino, ó tal vez no pudieron obtener que se les reconociese, porque las memorias de gobierno de aquellos países no hacen mención alguna de relaciones diplomáticas con el gabinete del filibustero. Las naciones de Europa, cegadas por la envidia que les inspiraba la influencia americana, no quisieron ó no pudieron comprender que los propósitos de Wálker, en caso de verse realizados, ha-

brían de ser un obstáculo invencible para la verdadera expansión americana que ellos temían. El plan que tenía de formar una fuerte confederación de estados esclavistas, que fuera capaz de competir con los poderosos estados abolicionistas del Norte, fué el principal sino el único motivo de la simpatía que mostraron por Wálker los estados del Sur y del auxilio que le dieron. Al oponerse á este proyecto y frustrarlo, la Gran Bretaña se prestó inconscientemente á servir los intereses del partido unionista de los Estados Unidos, debilitando así la causa de la secesión del Sur, que después favoreció.

El sagaz observador inglés Láwrence Oliphant, que escribió en 1860 sus recuerdos personales con el título de *Patriotas y Filibusteros*, hace ver el error en que cayó su gobierno, "no por simples consideraciones de moralidad", como lo dice él francamente, sino por no haber comprendido cuales eran sus verdaderos intereses. Wálker nunca pretendió que la América Central llegara á ser parte de los Estados Unidos. A semejanza de Aharón Burr quería guardar los frutos de sus conquistas para su gloria y grandeza personales (*); pero era sincero cuando hacía ver á sus compatriotas que el establecimiento de un poderoso imperio esclavista situado al sur de los Estados Unidos, tendría ventajas incalculables para el partido que sostenía la esclavitud en esta nación.

(*) Aharón Burr, militar y hombre público norteamericano, que tomó parte en la guerra de la independencia en compañía de Wáshington, del cual fué después enemigo. Fué vicepresidente de la Federación de 1801 á 1805. Después intentó fundar un estado al sur de los Estados Unidos y á expensas de México, según se dijo, con miras de engrandecimiento personal.

Capítulo XII

Administración del presidente Wálker.—Los aliados avanzan hacia Granada.—Victoria naval —Revista del ejército filibustero.—Los filibusteros y sus aliados.—Asalto de Masaya.—El gobierno civil.—El decreto de la esclavitud.— Lógica anticuada.

Wálker, procediendo con acierto, dió los puestos más importantes del gobierno á sus partidarios nicaragüenses. Sus fieles amigos don Fermín Ferrer y Mateo Pineda fueron respectivamente nombrados ministros de relaciones exteriores y de la guerra; don Manuel Carrascosa recibió la cartera de crédito público y la de hacienda se confirió al cubano Domingo Goicouría. De California y de los estados del Atlántico continuaron viniendo centenares de reclutas; también los aliados recibieron importantes refuerzos de los departamentos del norte, y hacia el 1º de julio ocupaban sin disputa á León, esparciéndose pronto por el país y molestando á las partidas de forrajeadores que salían de Granada á buscar ganados en el distrito de Chontales. Un destacamento de caballería que Wálker envió contra ellos, fué rechazado cerca del río Tipitapa y muer-

to Byron Cole, uno de los que lo mandaban (*). Este Cole era el mismo antiguo amigo de Wálker y el negociador del contrato en virtud del cual vinieron á Nicaragua los filibusteros. Belloso, reforzado por un cuerpo importante á las órdenes del general Martínez, se envalentonó á marchar sobre Masaya, que ocupó y fortificó, convirtiendo esta ciudad en base de sus operaciones contra Granada, que está á quince millas de distancia.

Xatruch, Jerez y Zavala ayudaban á los enemigos de su patria (**); Rivas no pesaba mucho en el ánimo de sus amigos problemáticos; Salazar, que tanto había contribuido á provocar la invasión, fué capturado en la costa de Nicaragua por el teniente Fayssoux, traído á Granada, donde se le juzgó por traición, declarado culpable y pasado por las armas.

Fayssoux, único jefe de la armada de la efímera república, era un espléndido ejemplar del marino filibustero. Habiendo nacido en Luisiana, sirvió en Cuba con López y Píckett. Confiscada por Wálker la goleta costarricense *San José* por navegar con registro falso, la armó con algunos cañones, poniéndola bajo el mando de Fayssoux. Su primera hazaña fué un combate contra el bergantín costarricense *Once de Abril*, que tenía un armamento tres veces mayor y una tripulación seis veces superior en número á la de la *Granada*, nom-

(*) Se refiere aquí el autor á la batalla de San Jacinto, verificada el 14 de septiembre de 1856. El teniente coronel Byron Cole con 65 ó 70 hombres, según Wálker; con 120, según D. Jerónimo Pérez, atacó en la hacienda de San Jacinto á 160 nicaragüenses legitimistas mandados por el coronel Dolores Estrada. Los filibusteros sufrieron un descalabro completo y esta acción de guerra tuvo muy grandes consecuencias, porque alentó á los aliados á la vez que desmoralizó mucho á los filibusteros.

(**) Xatruch era hondureño y Zavala guatemalteco.

bre que se dió á la goleta *San José.* El barco costarricense fué volado después de dos horas de combate, y la *Granada* se quedó dueña de las aguas del Pacífico, hasta que llegó un antagonista más temible (*).

La posición de los aliados estaba bien escogida. Era un nido de águilas, colgado á mil pies de altura, en la cresta de un levantamiento volcánico. Hacia la mitad de su falda yace la laguna de Masaya, prisionera entre sus muros de diamante; al sur el desierto de lava, bien llamado Infierno de Masaya, cierra el camino de Granada.

Desde aquella posición dominante Belloso debía precipitarse sobre pequeños destacamentos de forrajeadores filibusteros, ó descargar rápidos y mortales golpes sobre las solitarias aldeas sospechosas de adhesión á la causa liberal. No necesitaba Wálker ejercer dominio sobre los distritos del nordeste y habría dejado gustoso á Masaya y sus estériles despeñaderos en poder de los audaces jinetes de Belloso, si no hubiera sido por las diarias é irritantes molestias que causaban á sus forrajeadores y el prestigio que con esto perdía en el ánimo de los conquistados leoneses. De acuerdo con su modo de ser, optó por el atrevido plan de atacar al enemigo en su guarida, sin tomar en cuenta las enormes desventajas con que tenía que luchar. Salió de

(*) El armamento del *Once de Abril* consistía en cuatro cañones de bronce de 9 y su tripulación era de 110 hombres. Según Wálker, la *Granada* tenía sólo 2 carronadas de 6 y 28 hombres á su bordo. Sin embargo, uno de los testigos presenciales de la batalla asegura que eran 33 y que de éstos quedaron 18 fuera de combate. Fayssoux dice en su parte, publicado por Wálker, que tuvo un muerto y 8 heridos, de los cuales uno mortalmente. La victoria de la *Granada* sólo se debió al incendio y voladura de la santabárbara del *Once de Abril*, pues cuando esto sucedió ya su adversario carecía de municiones. El combate duró seis horas, de las cuatro de la tarde á las diez de la noche, momento en que voló el *Once de Abril* con sus heroicos defensores.

Granada en la mañana del 11 de octubre, á la cabeza de 800 hombres, por la carretera de Masaya.

Hubo antes una brillante revista del pequeño ejército, que se sentía orgulloso de sus nuevos y gallardos uniformes y de sus flamantes estandartes, ante las miradas de esposas, hermanas y novias, de las cuales no pocas habían seguido la bandera al campo de batalla, porque los filibusteros se jactaban de «haber venido para quedarse». No se sabía hasta donde alcanzaban sus ambiciones para lo futuro, pero algo de esto dejaba traslucir la divisa que tenía la bandera del primer batallón de rifleros mandado por el coronel Sanders, viejo militar ceñudo y batallador, que no tenía más que una pierna. Esta bandera llevaba en vez de los cinco volcanes y de la piadosa leyenda de antaño, la roja es trella filibustera de cinco puntas y la empresa *Five or None* (*), escrita en lengua sajona, cortante como una espada, empresa que era una indirecta para los aliados y presagio de una nueva alianza más sólida en lo futuro.

El ejército marchó despacio y sin interrupción durante todo el día. Hacia las diez de la noche hizo alto cerca de los suburbios de Masaya, puso avanzadas y acampó. Era una espléndida noche tropical; la tarde había sido brumosa, y al caer la noche sin el lento crepúsculo de las zonas templadas, los rayos de la luna llena iluminaron con todo su esplendor un paisaje digno del pincel de Salvator Rosa. En frente del campamento de los filibusteros aparecía la laguna de Masaya, que reflejaba los fuegos de guardia de la ciudad; á lo lejos se alzaba en forma de torre el cono del mon-

(*) Cinco ó Ninguno.

te de Masaya envuelto en espesas nubes de humo y del todo indiferente á los preparativos bélicos de los insectos que por ahí andaban, dispuestos á remedar sus truenos al siguiente día. Agrupados en torno de las hogueras descansaban aquellos filibusteros, flor y nata de la perdida raza que se conoce con el nombre de «los del 49» (*). Fumaban tranquilamente sus pipas y bebían uno que otro sorbo de aguardiente; pero la ración era moderada, porque el general estaba cerca y ¡ay! del desgraciado que la víspera de la temida batalla se pusiera en estado de no poder cumplir con su deber. Hablaban mucho del pasado, poco del presente y nada del porvenir, excepto de lo relativo á proyectos de minería; porque aquellos estrambóticos aventureros creían á pie juntillas que al venir á Nicaragua habían obedecido á una inspiración maravillosamente sensata; que se trataba de un negocio práctico, y que si para llevarlo á cabo era preciso pelear un poco de paso, esto no era más que uno de tantos tropiezos en el camino de la fortuna. Así era que no malgastaban su tiempo en Nicaragua; antes bien y hasta donde se lo permitían sus obligaciones, habían visitado todos los riachuelos y todos los cerros y hablaban con conocimiento de causa de *señales*, *color* y otros tecnicismos de la materia. Como se consideraban activos hombres de negocios, aunque un tanto atrevidos, habrían tomado á ofensa cualquier pulla enderezada á presentar su ocupación actual como temeraria y novelesca.

Su lenguaje lacónico y conciso era la desesperación de sus aliados. Ollendorf no suministra al estudiante español ningunos términos equivalentes á los del asombroso vocabulario de California.

(*) The « 49-ers ».

El nicaragüense, que no emplea más de una quinta parte de las palabras de su gloriosa herencia castellana, estaba verbalmente á merced del hombre que poseía toda una mina de frases desconocidas para los lexicógrafos, y que miraba con lástima y fino desdén al miserable ignorante, natural del país ó extranjero, que no entendía la jerigonza de los campamentos de mineros. No contento con esto, introducía mejoras en el lenguaje del país cuando se dignaba emplearlo, cambiando alguna palabra familiar como la de *nigua*, por la más expresiva de *jígger*, sin olvidar de ponerle por delante el santo y seña anglosajón que la humanidad entera conoce, el vocablo de cuerpo de guardia que durante centenares de años fué causa de que diesen á los soldados ingleses, en las ciudades extranjeras, el apodo encantador de *goddáms*. El prefijo no era inadecuado, porque la *jígger* es el insecto más nocivo de todos los de su raza y una espina viviente en la carne de su víctima. En cuanto á los verbos españoles, tales como *buscar*, *pasear* etc., los disfrazaban con terminaciones y tiempos compuestos que eran otras tantas maravillas filológicas. Los sonoros nombres propios de los naturales también se refinaban al pasar por la fragua del lenguaje californiano. «Don José de Machuca y Mendoza», verbigracia, era un género de nomenclatura demasiado excelso para lenguas democráticas, que encontraban más fácil y mucho más campechano pronunciar *Gréaser Joe* (*). Cualquiera que fuese el resultado futuro de aquella alianza incongruente, en aquel entonces había un contacto espontáneo, una comunidad de valor que vinculaba á las partes en los pensamientos y en los hechos. El natural del

(*) Pepe el grasiento.

país, amigo ó enemigo, no era cobarde. Se mostraba tan resistente como su rival el hombre del norte, aunque carecía de la fuerza física y del empuje indómito de los exploradores de California (*). La misma escena que se veía aquella noche en el campamento establecido delante de Masaya, se reprodujo en veinte más.

El enemigo, que había estado tiroteando á ratos durante la noche, se presentó al amanecer con fuerzas numerosas, á distancia de unos pocos centenares de yardas. Wálker comenzó el ataque con un avance general sobre la ciudad, apoyado por un fuego bien dirigido de su batería de cañones Hówitzer. En poco rato el 1º de rifleros echó al enemigo de la plaza principal, que fué inmediatamente ocupada por la totalidad de la fuerza asaltante. La posición no podía ser mejor; pero en poder del enemigo estaban todavía dos plazas y las casas intermedias, y el pretender desalojarlo habría costado mayor número de vidas que el que era posible sacrificar. Así fué que se trajo la artillería y se destacaron gastadores para abrir boquetes en en las paredes de adobes de las casas. El trabajo se llevó adelante con despacio, pero sin interrupción, haciendo converger las líneas de sitio hacia el punto más fuerte ocupado por el enemigo. En estas obras de ingeniería y alguna que otra escaramuza por las angostas calles se fué todo aquel día.

Mientras pasan la noche sobre las armas los combatientes, en espera del próximo día que iba á presenciar la caída de la ciudad en manos de los invasores, veamos lo que estaba sucediendo en

---

(*) «Los leoneses peleaban con la misma decisión que las demás tropas. Muchos quedaron en los campos de batalla y varios de sus jefes merecían ascensos y menciones honoríficas por su arrojo».—Wálker, *Historia de la Guerra de Nicaragua.*

Granada. Zavala, con 800 serviles de tez morena, había ocupado á Jalteva á mediodía del 12 de octubre, después de una marcha forzada desde Diriomo. Una pequeña guarnición de 150 hombres, la mayor parte inválidos, era todo lo que había en Granada para resistirles; y Zavala, seguro de alcanzar una victoria fácil, dispuso sus fuerzas de modo que la pequeña tropa quedase envuelta. Estaba ésta distribuida en la iglesia, el cuartel y el hospital, á donde acudieron también todos los civiles que pudieron llegar, por la poca confianza que les inspiraba su carácter de neutrales. El coronel Fry, comandante de la guarnición, se apercibió rápidamente para una resistencia desesperada. Tenía dos ó tres piezas de campaña que se situaron lo mejor posible, manejadas por el capitán Swingle, ingenioso experimentador que tenía ojo á las campanas de iglesia y otras materias primas.

Grande fué la sorpresa de Zavala al verse rechazado por todas partes, después de varias horas de combate violento. En su rabia resolvió vengarse en aquellos residentes neutrales que habían tenido más confianza en su propia índole pacífica ó en la protección de su gobierno, que en los rifles de la guarnición filibustera. La casa del ministro americano sufrió un asalto, pero no la pudieron tomar; tres de sus compatriotas, un comerciante y dos misioneros, fueron asesinados á sangre fría. El padre Rossiter, capellán del ejército, que conocía á sus paisanos, tomó valerosamente un fusil para defender su vida; el juez Basye de la corte suprema hizo lo mismo; el honrado padre Vigil optó por un término medio, huyendo discretamente á un pantano mientras pasaba la tormenta. Tampoco la misión civilizadora del apreciable editor de *El Nicaragüense* fué obstáculo para que éste no se buscase la

libertad espada en mano. Después volvió á su escritorio, que era lo mejor que podía hacer un hombre con un muslo quebrado.

Así duró el sitio veintiuna largas horas, durante las cuales los asaltantes recibieron refuerzos y la pequeña guarnición luchó valientemente con terrible desventaja. A las amenazas y promesas del enemigo, sólo contestaban los filibusteros con palabras de desconfianza y el grito de «¡Los americanos nunca se rinden! ». El renegado Hárper, que servía de intérprete, les aseguró que Wálker había sido aniquilado en Masaya y que Belloso marchaba con 4,000 hombres sobre Granada; que si tardaban más en rendirse no se les daría cuartel; pero con todo no se rindieron. Los enfermos del hospital llegaban cojeando á las ventanas y en ellas apoyaban sus rifles; las mujeres y los niños los proveían de cartuchos. A la noche se despachó á toda prisa un correo á Masaya, el cual, burlando los piquetes del enemigo, anduvo hasta encontrar la vanguardia de las fuerzas de Wálker que ya venían de regreso. Las noticias del movimiento de Zavala habían llegado á Masaya, poniendo la lealdad de un soldadado ambicioso á la más dura de las pruebas. Abandonar la victoria que tenía asegurada por salvar las vidas de cien ó doscientos no combatientes, equivalía casi á un sacrificio; pero Wálker no vaciló un momento. Los sagrados lazos de compañerismo eran muy fuertes en los corazones de aquellos hombres rudos, que emprendieron la marcha hacia Granada casi sin esperar la voz de mando.

En pocas horas llegaron á Jalteva, donde fueron detenidos y durante algún tiempo rechazados por una potente batería que cerraba el camino, bien manejada por el enemigo. La vanguardia

retrocedió en desorden porque la posición estaba escogida con talento para defender un camino angosto. En los momentos de confusión Wálker acudió á caballo y señalando hacia la bandera de la Estrella Solitaria que todavía flameaba sobre la iglesia, pidió voluntarios para ir á socorrer á los camaradas sitiados; la respuesta fué un viva y una furiosa carga, mandada por el jefe en persona, ante la cual huyó disperso el enemigo. Aprovechando su ventaja, los americanos avanzaron hacia la plaza, frente á la iglesia, donde se hallaban Zavala y sus fuerzas, que á su vez estaban ahora á la defensiva; pero la intrépida resistencia de la guarnición, seguida de la toma de la batería, desmoralizó totalmente á los serviles que apenas si dispararon un tiro en su defensa. Huyeron de la ciudad con terror pánico, tan sólo para encontrarse en los suburbios con un destacamento que se había colocado allí para cortarles la retirada.

Del ejército de Zavala escasamente la mitad se libró de la muerte y de ser capturada. Masaya no había sucumbido, pero Wálker alcanzó una victoria mayor, infligiendo además grandes pérdidas á los aliados. Cuatrocientos cayeron en el asalto de Masaya y se suponía que otros tantos habían perecido en Granada; las bajas de Wálker en ambos combates no llegaban á cien hombres, entre muertos y heridos (*). El teniente coronel Lainé, joven cubano ayudante del general, fué hecho prisionero en Masaya y fusilado por los aliados, que se negaron á un canje. Wálker se exasperó de tal manera con esto, que al día siguiente y por vía de represalias mandó pasar por las armas á dos de

(*) Wálker confiesa que tuvo en estas ocasiones 120 muertos y 85 heridos.

los prisioneros que tenía, un coronel y un capitán, é hizo decir á Belloso que en lo futuro haría pagar más caro aún cualquier acto de atrocidad.

Con estos combates terminaron por entonces las hostilidades y el enemigo se hizo más prudente en sus movimientos.

Durante el curso de las operaciones militares no se había descuidado lo relativo al gobierno civil. Fué llevado á la práctica el proyecto que había de revisar la constitución y de reformar las leyes del país, en las cuales se introdujeron modificaciones de una importancia extrema. Wálker se complace en hablar de las leyes de su gobierno, especialmente de las que afectaban los derechos de propiedad y el derecho más vital aún de libertad. Ya sea que se mire con simpatía ó reprobación su conducta sobre este punto, es imposible excusar actos que para él no sólo eran justos sino hasta dignos de ala banza. Se emitió una ley que declaraba «igualmente válidas todas las escrituras públicas, ya estuviesen en inglés ó en español». Los residentes americanos que supieren las dos lenguas estarían así en condiciones de enredar á los naturales del país, con el objeto recomendado por Wálker «de hacer caer la propiedad de las tierras del estado en manos de los que hablasen inglés». Persiguiendo el mismo fin se decretó que los vales con que se pagaba á los militares fueran recibidos en pago de tierras baldías vendidas en pública subasta; y siempre con igual propósito emitió una ley que establecía un registro general de escrituras públicas, institución hasta aquel momento desconocida en el país y que «es ventajosa para los que están acostumbrados á inscribir sus propiedades en el registro». Los españoles de California habían tenido buenos motivos para lamentarse de esta costumbre de sus ve-

cinos los norteamericanos. Estos actos no obedecían á ningún móvil ni más elevado ni más digno que el que confiesa su autor, es decir, la confiscación de hecho de las tierras baldías en beneficio de sus partidarios. Por último, el 22 de septiembre, «el presidente de la República de Nicaragua, en virtud del poder de que está investido y considerando el decreto en que la asamblea constituyente de 30 de abril de 1838 dispuso que los decretos federales anteriores á esa fecha quedasen vigentes, con tal que no se opusiesen á las disposiciones del mismo decreto; considerando que varios de dichos decretos no convienen á la presente situación de la República y son contrarios á su bienestar y prosperidad, decreta:

«Artículo 1º—Todos los actos y decretos de la asamblea federal constituyente, lo mismo que del congreso federal, se declaran nulos y de ningún valor.

«Artículo 2º— Ninguna de las disposiciones aquí contenidas podrá afectar los derechos poseídos hasta el día en virtud de los actos y decretos que por el presente quedan derogados».

El principal decreto que con esto se quería anular era la ley de la asamblea federal constituyente de 17 de abril de 1824, que abolía la esclavitud é indemnizaba á los propietarios de esclavos en los estados de la América Central, confederados en aquella época.

Así fué restablecida en Nicaragua, sin ningunas restricciones, la institución de la esclavitud. Wálker, lejos de negar que éste fuera el propósito del decreto, lo confiesa expresamente cuando dice: «Por esta ley debe juzgarse la administración de Wálker. Si el decreto de la esclavitud, como se

ha dado en llamarle, era un desacierto, razón tuvieron Cabañas y Jerez al pretender servirse de los americanos con el único fin de levantar un partido deprimiendo á otro. Sin la obra á que abría el camino este decreto, los americanos sólo hubieran desempeñado en Centro América el papel de la guardia pretoriana en Roma ó el de los jenízaros en el Oriente, y para prestar servicios tan degradantes como éstos, estaban mal preparados por las costumbres y tradiciones de su raza». Conviene en que la anexión á los Estados Unidos no entraba en el programa de los aventureros de Nicaragua, por cuanto sabían que no era posible efectuarla constitucionalmente después de la promulgación de una ley que restablecía la esclavitud.

Extraños nos parecen hoy los argumentos empleados por Wálker en defensa de la institución de la esclavitud; pero al través de la nebulosa que envuelve sus palabras, se trasluce algo del agudo y rabioso conflicto que por entonces existía entre partidarios y enemigos de la esclavitud. En cada línea asoma su desprecio por el partido abolicionista, mientras que su defensa del anticuado sistema de indecible injusticia, parece tan pueril como los ensayos hondamente sinceros de un Máther sobre los males de la hechicería. Admira «la sabiduría y excelencia de la economía divina al crear la raza negra», y la previsión de haber dejado el Africa intacta hasta que el descubrimiento de América ofreciese la oportunidad de aprovechar la materia prima de la esclavitud. Ningún oficioso dragomán teológico ante la corte celestial ha mostrado tanto desembarazo en la interpretación de los sentimientos de la Providencia, como Wálker cuando pregunta piadosamente: «¿Y no es acaso en esta forma como una raza asegura para sí la libertad y

el orden, á la vez que otorga á la otra el bienestar y el cristianismo?».

¿Miraría el autor de semejantes teorías el asunto al través de una lente convexa sólo por un lado, que le mostraba todos los objetos invertidos? ¿Era incapaz de distinguir los colores del bien y del mal, ó sería que voluntaria y deliberadamente presentó las cosas por el lado innoble y opuesto á la verdad? A esto responderemos que era perfectamente sincero. Wálker no era ni mejor ni peor que las nueve décimas partes de sus compatriotas de los estados del Sur, quienes honradamente creían en el derecho divino de tener esclavos y prob..ron sus convicciones haciendo el sacrificio voluntario de sus vidas y haciendas. Cuando un error está vencido, muerto y enterrado, se hace visible á los ojos más ciegos; pero falta saber si los que ahora lo condenamos sin apelación, podríamos percibir tan claramente su atrocidad en caso de que el resultado de la guerra hubiera sido otro. Es esta una especulación tan ociosa como todas las suposiciones en materia de historia.

Los severos castigos aplicados á los aliados en Masaya y Granada los tuvieron en jaque durante algún tiempo. Pocos días después de estos combates llególe á Wálker un aliado de lo más valioso en la persona del general Carlos Federico Hénningsen, oficial competente que había servido con distinción en muchas otras partes.

Capítulo XIII

HÉNNINGSEN.—SIRVE POR PRIMERA VEZ Á LAS ÓRDENES DE ZUMALACARREGUI.—HACE UNA CAMPAÑA CON EL PROFETA DEL CÁUCASO.—SE UNE Á KOSSUTH.—SU LLEGADA Á AMÉRICA.—OMETEPE.—BIZARRA DEFENSA.—WALTERS TOMA LAS BARRICADAS.

Hénningsen era un inglés de origen escandinavo, que poseía toda la audacia y el ardor de esta antigua raza del norte. A la edad de diecinueve años, en 1834, salió de su casa para entrar al servicio de Don Carlos; se le dió un empleo en el estado mayor del viejo y vigoroso guerrillero Zumalacarregui, en cuya ruda escuela de guerra obtuvo el grado de coronel y una ejecutoria de nobleza, únicas recompensas de que podía disponer el pretendiente. No fué tan generosa su rival con el pobre Narciso López, cuyo valor y talento contribuyeron tanto á la derrota de los carlistas. Diecisiete años después, una reina agradecida le confirió la orden del collar de hierro del garrote en la plaza del mercado de la Habana. Cuando estuvo de regreso en Inglaterra, Hénningsen publicó dos volúmenes de me-

morias personales, que todavía ocupan un buen lugar en la literatura. Su narración está escrita en un estilo sencillo y claro, que revela notable habilidad literaria, pero había entonces en el mundo demasiado movimiento para que una inteligencia activa se contentase con pensar ó relatar. El profeta Schamyl había desplegado su bandera en el Cáucaso, arrojando el guante al mismo zar. Su causa era suficientemente justa y su situación lo bastante desesperada para provocar la simpatía del joven caballero andante inglés, que pronto estuvo batallando á la par de fieros montañeses en las nieves caucásicas, para completar la educación que había comenzado en los cerros cubiertos de viñas de España. Terminada la guerra, aprovechó sus ocios para escribir dos ó tres libros sobre la vida rusa, que aumentaron su reputación literaria, sin que esto lo indujera á dedicarse á las letras. Encontrando las restricciones de la civilización demasiado fastidiosas, huyó á los desiertos del Asia Menor, donde lo fueron á buscar las noticias de la sublevación de Hungría contra el despotismo ruso y austriaco. Llegó al teatro de las hostilidades demasiado tarde y sólo pudo tomar parte en su triste desenlace. La traición de Gorgey, si en realidad hubo traición, había hecho inclinar la balanza en perjuicio de los patriotas. Hénningsen sometió un plan de operaciones á Kossuth, pero éste resolvió que ya era tarde para tomar la ofensiva. No le quedaba más que poner su espada al servicio de aquella causa irremisiblemente perdida y así lo hizo. Su ofrecimiento fué aceptado con júbilo y marchó á reunirse con Bem en la última trinchera de Komorn, ayudando no poco á la intrépida defensa de esta plaza.

Cuando ocurrió el fracaso lastimoso, Hénningsen

fué uno de los caudillos á quienes pusieron fuera de la ley y por cuyas cabezas se ofreció pagar premio. Estuvo en un tris de ser capturado y de sufrir la consecuencia inmediata de esto: la muerte. En una ocasión le salvó la vida el ingenio de una señora, pariente de Kossuth, la cual, cuando la policía buscaba un retrato del fugitivo, hizo de manera que encontrase el de un extraño sobre el que había escrito rápidamente: «De su amigo, C. F. Hénningsen». Al ser interrogada aseguró que aquel retrato no era de Hénningsen, pero lo hizo con tan aparente turbación que la policía creyó lo contrario. Así fué que se sacaron copias del retrato y se distribuyeron con pregón, para mayor provecho del fugitivo. Otra vez, al llegar á la frontera de Turquía, le dió caza tan de cerca una partida de la tropa de sabuesos que mandaba Haynau, que creyendo su captura inevitable preparó una dosis de veneno, que siempre llevaba consigo, para tomársela en el momento de caer prisionero. La experiencia adquirida en el Cáucaso le había enseñado que no se debe esperar misericordia de los cosacos victoriosos; pero con mejor fortuna que muchos de sus compañeros logró esquivar á sus enemigos, escapando por la frontera para ir á reunirse con Kossuth. En compañía de éste atravesó el Atlántico para no volver nunca á Europa, y en los Estados Unidos compartió las distinciones políticas y sociales dispensadas á su jefe.

A la sazón tenía Hénningsen treinta años. Era de elevada estatura, notablemente bien parecido y poseía todo el refinamiento y la educación de un hombre de mundo y de un letrado. En Wáshington conoció á una hermosa dama del Sur y de ella se enamoró en la época en que la sociedad sudista llevaba la batuta en la capital. La dama, que era viuda y sobrina del senador Berrien de Georgia, corres-

pondió á su amor y se casó con él después de un breve cortejo.

Atravesaban en aquel tiempo los Estados Unidos por un período crítico. Reinaba el rey Pierce el Irresoluto, al que pronto sucedió el rey Buchanan el Negligente. Por virtud de su alianza matrimonial, Hénningsen penetró en la sociedad de los partidarios de la esclavitud, empapándose en sus opiniones. Los esclavistas diéronse cuenta de que en el campo de la política iban perdiendo terreno; los más previsores comprendieron que su causa sólo podía favorecerla «la extensión del área de la libertad» como ellos decían. Por estas razones los filibusteros adquirieron nueva importancia á los ojos de amigos y enemigos en los Estados Unidos.

La mujer de Hénningsen, con la entereza de una matrona romana, dió heroicamente la venia que le pedía su paladín para marchar voluntario á combatir en favor de una causa que, á falta de otros motivos, habría ganado sus simpatías tan sólo por sus riesgos extremados. Su reputación como militar estaba bien sentada; había introducido el rifle Minié en el ejército de los Estados Unidos y pasaba por una autoridad en materias de artillería. A Nicaragua no fué con las manos vacías. Llevó armas, equipos militares y pertrechos de guerra por valor de 30,000 dólares, comprados con dineros suyos y de su mujer, además de una generosa oferta de George Law y otros partidarios del filibusterismo para una suma igual. Wálker le dió inmediatamente de alta en el servicio de las armas con el grado de general de brigada.

Acababa Hénningsen de hacerse cargo de sus funciones, cuando recibió orden de limpiar el camino del Tránsito de las partidas de merodeadores costarricenses que en gran número acababan de des-

fibio Kanaka fué nadando hasta el vapor y encontró en él á Wálker con tres ó cuatrocientos reclutas que venían de los Estados Unidos.

El coronel John Waters recibió orden de salir en el acto con 160 hombres al socorro de la sitiada fuerza de Hénningsen. Al desembarcar, Waters tropezó con la fuerte resistencia que le opusieron los aliados que guardaban el muelle y las trincheras adyacentes; pero los californianos, lanzando un alarido, cayeron como una avalancha sobre la barricada y la tomaron. Hénningsen oyó el lejano fuego, y reconociendo el sonido agudo del rifle americano hizo una salida contra la posición más cercana del enemigo. El fuego duró toda la noche, porque Belloso estaba frenético con la idea de que la presa que había codiciado tanto, estaba á punto de escapar de sus garras. Viendo Waters lo muy fuerte que estaba el enemigo, dió un rodeo para entrar á Granada por el camino del noroeste y envió un correo á Hénningsen noticiándole su acercamiento. Ya era de día cuando el socorro llegó á la ciudad, después de haber tomado cuatro líneas de fuertes barricadas durante la marcha y de batir un número de aliados tres veces superior al suyo. Tan pronto como se juntaron las dos fuerzas, el enemigo renunció á seguir oponiéndose á la retirada de los filibusteros y dejó expedito el camino del lago. La evacuación de la iglesia de Guadalupe se verificó en completa paz en la mañana del 14 de diciembre de 1856.

Cuando los aliados estuvieron dentro de la plaza sólo encontraron un campo de ruinas humeantes en el sitio que había ocupado la ciudad que adoraban los serviles y los leoneses odiaban. Estos se regocijaron secretamente y aquéllos se lamentaron en altas voces de la pérdida de la población más

orgullosa del istmo. En la plaza principal hallaron un recuerdo sarcástico de su destructor, una lanza plantada en tierra que sostenía un cuero sin curtir sobre el cual estaba escrita la leyenda: *¡Aquí fué Granada!*

Trescientos hombres, incluyendo los de Waters, se embarcaron en el vapor del lago y salieron para la bahía de La Virgen. En las tres semanas del sitio de Granada murieron las tres cuartas partes de su guarnición. Los aliados habían sufrido más todavía; de los seis mil que llegaron á Masaya sólo quedaban ya dos mil (*); pero fueron reforzados nuevamente con la llegada del general Cañas y los costarricenses, quienes al aparecer Wálker y Hénningsen en La Virgen evacuaron á Rivas y se dirigieron al norte (**). Belloso y Zavala tuvieron que entregar el mando de las tropas aliadas á Cañas, por cuanto el buen éxito obtenido por los costarricenses en otra región les había dado una superioridad moral sobre sus amigos menos afortunados. La importancia del triunfo que lograron los costarricenses, sólo pnede ser apreciada mediante la narración de los efectos que tuvo sobre los destinos de Wálker.

(*) Los aliados nunca tuvieron más de 3,100 hombres en Masaya.

(**) Las tropas de Cañas llegaban apenas á 400 hombres.

Capítulo XIV

VÁNDERBILT ENCUENTRA LA COYUNTURA DE VENGARSE.—CHASCO DE TITÚS.—SITIO DE RIVAS.—LA DESERCIÓN.—EL CAPITÁN FAYSSOUX Y SIR RÓBERT MCCLURE.—BATALLA DE SAN JORGE.—ASALTO DE LOS ALIADOS Á RIVAS.—HAMBRE Y LEALTAD.—EL COMANDANTE DAVIS INTERVIENE EN FAVOR DE LA PAZ.

El presidente Pierce había reconocido el gobierno de Rivas y de Wálker para hacer una concesión barata á los partidarios de los filibusteros en los Estados Unidos, porque Pierce aspiraba á ser reelecto en la próxima convención. No hay ningún partido, por débil que sea, al que un aspirante á la presidencia no procure echar el anzuelo. El nombramiento no recayó en él, pero ya era tarde para anular el acto amistoso. Como antes se ha visto, el reconocimiento de la administración de Wálker no fué más que un acto involuntario de cortesía, que Mr. Márcy estaba dispuesto á revocar en la primera oportunidad. Los amigos de Wálker comprendieron que para que el poder de éste se estableciera de manera firme, era preciso ayudarle con liberalidad y sin tardanza; así fué que los bonos de la república se sacaron al mer-

cado y muchos se vendieron en distintas plazas. En las ciudades del Sur se recogieron muchos miles de dólares que se gastaron en la compra de municiones de guerra y en el transporte de reclutas; todos los vapores llegaban con gran número de hombres y cargamentos de material de guerra. Para la provisión de combatientes se podía contar siempre con California; pero los elementos de guerra era necesario adquirirlos en «los Estados». Vánderbilt aprovechó esta circunstancia para vengarse, cortando la base de los abastecimientos, y buscó el hombre adecuado para el caso.

En las personas de Wébster y Spéncer encontró los instrumentos voluntarios que necesitaba. Eran éstos dos aventureros de carácter audaz y de antecedentes discutibles; Wébster fraguó un plan de operaciones que fué aprobado por Vánderbilt y cuya ejecución se confió á Spéncer. Este Spéncer era un sujeto de buena familia; su padre había sido secretario de la guerra; su hermano murió ahorcado en un penol de la fragata *Somers* en 1842, por causa de un motín, único ejemplo de un oficial americano que haya cometido semejante infamia. Spéncer se trasladó á San José, capital de Costa Rica, de donde salió con 120 hombres escogidos, dirigiéndose á las cabeceras del río San Carlos, que desemboca en el San Juan (*). Llegados allí construyeron balsas y bajaron en ellas hasta la boca del Sarapiquí, donde sorprendieron una fuerza americana; continuaron río abajo hasta San Juan del Norte y pronto se hicieron dueños de los vapores de la compañía del Tránsito. Con estos vapores

(*) En esta expedición llevaban el mando de la fuerza costarricense el coronel D. Pedro Barillier y el sargento mayor D. Máximo Blanco. El teniente coronel D. Joaquín Fernández la acompañó para servir de intérprete á Spéncer, cuya misión secreta ignoraban los demás expedicionarios.

y un refuerzo de 800 costarricenses, mandados por un hermano del presidente Mora, tomaron rápidamente todos los puntos fortificados del río y los dos vapores del lago (*). Habiéndose apoderado así del río y del lago, sólo le faltaba á Mora atravesar el distrito de Chontales para reunirse con los aliados en Granada (**).

El enemigo había cortado de hecho las comunicaciones de Wálker con los estados del Atlántico de la Unión americana. California continuaba abierta para él, hasta tanto que los agentes de la línea en San Francisco, cuya amistad estaba por supuesto supeditada á sus propios intereses, considerasen útil seguir corriendo los vapores.

Vánderbilt había triunfado. Anticipándonos á los acontecimientos, podemos decir que la obligación contraída por el presidente Mora para con el magnate de Wall Street, le enseñó á respetar el poder absoluto del dinero. Pero antes de que pasasen muchos años, la confianza que depositó en otro amigo rico fué recompensada con una traición que lo derrocó del poder y le acarreó el destierro, la desgracia y la muerte. Dieciocho días después del fusilamiento de Wálker en Trujillo, Juan Rafael Mora y el general Cañas murieron pasados por las armas, con motivo de una tentativa abortada para reconquistar el poder. Se dice que el rico ingrato que había traicionado á Mora, murió poco

---

(*) No pasaban de 500 hombres los que al mando del general D. José Joaquín Mora se situaron en el fuerte de San Carlos y éstos no tomaron parte en la sorpresa de los vapores del río ni de San Juan del Norte, todo lo cual se hizo con sólo los 200 de Barillier y Blanco.

(**) El autor pasa sobre esta admirable campaña del río San Juan como si fuera pisando brasas. Lo mismo le sucede cuando habla de las batallas de Santa Rosa, de San Jacinto y demás descalabros de Wálker.

después de una extraña enfermedad, de osificación del corazón!

Durante los meses de enero, febrero, marzo y abril de 1857, se hicieron muchas tentativas para recobrar la perdida vía del río de San Juan. Varias expediciones procedentes de Nueva Orleans y de Nueva York desembarcaron en San Juan del Norte, en donde se hallaban concentrados ocho barcos de guerra ingleses para vigilar las operaciones. La intervención de estos barcos, aunque molesta, no era abiertamente hostil, por más que fué lo bastante aparente para afectar de modo serio la fortuna de las expediciones. El comandante inglés fomentaba la deserción propagando entre los reclutas rumores acerca de los terribles peligros que habrían de correr en la navegación del río; así fueron inducidos muchos europeos á pedir la protección británica, que les fué concedida con gusto por más que la pérdida de esta clase de desertores fuera para Wálker una calamidad muy discutible. Una expedición poderosa (*), al mando de un tal coronel Titus de Kansas, hombre muy vanidoso, con ribetes de rufián, logró salir por el río hasta el Castillo Viejo y estuvo á punto de apoderarse de esta llave de la situación; pero el jefe filibustero, por debilidad, se dejó engañar y chasquear por el comandante del fuerte (**). Viendo éste el apuro en

(*) Esta expedición constaba de 400 filibusteros.

(**) El joven coronel inglés Cauty, que servía en calidad de voluntario en el ejército de Costa Rica, era el comandante del Castillo Viejo, cuya guarnición se componía de sólo 30 hombres. Doscientos filibusteros atacaron el Castillo Viejo el 16 de febrero de 1857. La pequeña guarnición, siguiendo el heroico ejemplo de Cauty, del teniente coronel Faustino Montes de Oca y del capitán Rafael Rojas, se detendió con indecible bravura hasta el día 18, en que Cauty aceptó el armisticio que le propuso el enemigo, que perdió en este combate más de 70 hombres. El 19 en la mañana llegaron unos 80 rifleros enviados por el general D. José J. Mora al socorro de Cauty. Estos atacaron por la retaguardia á los filibusteros, poniéndolos en completa derrota.

que se hallaba, solicitó una tregua de 24 horas para rendirse, que le fué concedida; mientras tanto pidió refuerzos y cuando terminó el armisticio estaba ya en situación de poderse reir de la candorosidad de sus antagonistas.

El error era irreparable. Por culpa de la incompetencia de Titus y de Lóckridge, la llave que abría las puertas de Nicaragua estaba perdida, tal vez para siempre. Con el camino del Tránsito en su poder, Wálker habría podido traer al país una multitud de reclutas y desafiar á toda la América española. No pudiéndolo hacer, la labor de varios años estaba perdida y el conquistador obligado á ponerse á la defensiva. Ignorando completamente los desastres que habían sobrevenido á sus armas en el río, estuvo Wálker durante largas semanas esperando con impaciencia el socorro que no debía llegarle nunca.

Hacia últimos de enero los aliados avanzaron sobre El Obraje, á nueve millas de Rivas, y en seguida ocuparon á San Jorge, situado á menos de una legua de las fortificaciones exteriores americanas. Rivas, la ciudad rodeada de naranjos y cacaoteros, se vió poco á poco envuelta por las trincheras de los aliados, que ya llegaban á siete mil hombres (*). A pesar de repetidos esfuerzos para desalojarlos, se mantuvieron en San Jorge y El Obraje. No queriendo Wálker malgastar las vidas de los suyos en ataques sin utilidad, se contentaba con hacer correrías de vez en cuando, mientras que Hénningsen perfeccionaba las defensas, economizando sus escasas municiones. Con el auxilio del in-

---

(*) Las tropas de los aliados concentradas en San Jorge formaban un total de 2 450 hombres. Véanse en el capitulo XV los detalles de estas fuerzas.

genioso capitán Swingle recogió cuantos pedazos de hierro viejo pudo haber y echó mano de las campanas de bronce y de plata de las iglesias para fabricar balas de cañón.

El camino del Tránsito entre San Juan del Sur y La Virgen estaba aún en poder de los filibusteros, y casi todos los vapores procedentes de San Francisco traían una pequeña partida de reclutas, cuya llegada era acogida con gritos de júbilo; pero las ventajas que resultaban de estos refuerzos estaban lejos de compensar las pérdidas causadas por la deserción y la muerte. Esta última había hecho estragos lamentables en las filas de los aguerridos veteranos. En febrero, el mayor Calvin O'Neill fué muerto en una escaramuza con los aliados. Era éste uno de los oficiales favoritos de Wálker, que se había distinguido en casi todos los combates de la campaña; su hermano pereció en la evacuación de Granada, y desde entonces Calvin O'Neill se jugaba la vida de modo temerario. Cuando murió no tenía más que veintiún años, pero el instinto militar y el valor del irlandés, suplían en él á la falta de experiencia de la juventud. En los pocos meses siguientes cayeron otros bravos oficiales. Cónway, Hígby, Dusenberry y unos veinte veteranos más, que eran la flor del ejército. Los sobrevivientes de la Falange se veían rodeados de caras extrañas; los valientes morían y los pusilánimes desertaban. Desgraciadamente el mal no se limitó á la pérdida de combatientes despreciables; el ejemplo dado por éstos tuvo un efecto pernicioso en el ánimo de otros hombres buenos, pero temerarios, que de otro modo habrían permanecido fieles. No estaba en la débil naturaleza humana el contentarse con limitadas raciones de carne de mula y plátanos, cuando más

allá de las avanzadas se hacía alarde de la cómoda traición, acompañada de abundante comida y agradable holganza. Para el centinela hambriento la vista de sus compañeros de ayer era una tentación, y un vituperio los sonidos de una charanga que habiendo desertado una noche en masa, soplaba ahora en los instrumentos comprados con el dinero de la república, seductoras habaneras y melodías serviles, en vez de los leales acordes del himno *Azul, blanco y azul.* Tal vez asomaba entonces á su mente confundida la sospecha de que la Nicaragua que había venido á ver y á disfrutar desde una distancia de millares de millas, antes bien podría encontrarla en las ollas repletas de carne del ejército aliado, que en el campamento filibustero donde reinaba el hambre. No es extraño por lo tanto que el infeliz se olvidara de sus deberes, siguiendo el ejemplo que tenía delante.

A principios de febrero la monotonía del sitio fué interrumpida por el arribo á San Juan del Sur del barco de guerra americano *St. Mary's*, al mando del comandante C. H. Davis. Siguiendo su estela no tardó en llegar también el vapor británico *Esk*, cuyo capitán era sir Róbert McClure. Estos dos barcos formidables anclaron en el puerto á poca distancia uno de otro. Al día siguiente de su arribo, sir Róbert despachó un bote á una pequeña goleta anclada cerca de tierra, para preguntarle el significado del pabellón que ondeaba en su palo mayor. Era una hermosa bandera compuesta de tres franjas horizontales, de color azul, blanco y azul; en la franja del centro, que era de anchura doble, se veía una estrella roja de cinco puntas. Era el pabellón de la nueva República de Nicaragua, y el barco, según la cortés respuesta de su comandante Fayssoux, la goleta de guerra nicaragüense

Granada. Entonces sir Róbert le ordenó que viniese á bordo del *Esk* y trajera su nombramiento consigo; á lo que el intrépido luisianiense, en cuyas venos bulló al oir esta impertinencia la sangre de sus revolucionarios antepasados, contestó que no estaba en disposición de hacerlo ni tampoco nada que á esto se pareciese; y cuando el capitán inglés lo amenazó con dispararle una andanada, el comandante nicaragüense mandó tocar á zafarrancho de combate—tenía veinte hombres á bordo,—cargó sus dos carronadas de seis libras y esperó que lo hicieran trizas, con tanta frescura como si tuviere debajo de los pies la cubierta de un barco de 74 cañones. Pero sir Róbert, ya fuera por temor de cometer un abuso de autoridad, ya porque partiendo de una suposición ilusoria creyese que al capitán de la *St.Mary's* podía no agradarle la idea de ver despedazar á sus compatriotas, suavizó la demanda convirtiéndola en una invitación para una visita amistosa, visita que el capitán Fayssoux no tuvo inconveniente en hacerle. Es posible que un móvil mas noble motivara la determinación de sir Róbert, porque era un marino respetuoso de las tradiciones de honor de su país, que merecían haber sido consignadas en las instrucciones del oficial americano; pero este último nunca pudo olvidar el terrible ejemplo que en otros tiempos se hizo con el comodoro Pórter, que fué juzgado por un consejo de guerra y expulsado del servicio activo, por haber exigido una satisfacción á ciertos vagabundos españoles, que habían puesto preso á un oficial americano que visitó á Puerto Rico con bandera de parlamento.

Cuando sir Róbert fué algunos días después á Rivas, á pedir una explicación de la conducta de Fayssoux, Wálker le disparó esta severa frase á

quemarropa: «Presumo, señor, que V. ha venido á excusarse del ultraje inferido á mi bandera y al comandante de la goleta de guerra *Granada*». Fué tal la sorpersa que al bizarro marino causaron estas palabras, que olvidando su ira satisfizo como convenía la dignidad herida del jefe que mandaba mil hombres y una goleta. «Si hubiesen tenido otra goleta—dijo sir Róbert—creo que habrían declarado la guerra á la Gran Bretaña». Pero si el inglés hubiera tenido conocimiento de la misión confiada á la *St Mary's*, es posible que su conclusión habría sido distinta; porque las instrucciones del comandante Davis, que fueron cumplidas fielmente, le mandaban auxiliar á los aliados para obligar á Wálker y los suyos á rendirse ¿Por qué? Según Wálker, porque el comodoro Mervin que había impartido las órdenes, era amigo íntimo del secretario Márcy, razón bastante plausible, puesto que el poder de Márcy era absoluto en la dirección de las relaciones exteriores de importancia secundaria. De acuerdo con lo que dice Davis, porque los principios de humanidad lo obligaban á salvar á Wálker, aun á pesar de sí mismo, razón que quizás es tan buena como la primera. El lector puede investigar el verdadero motivo, ya que los informes oficiales, faltando á su misión, no hacen más que obscurecer la verdad.

Habiendo recibido el enemigo grandes refuerzos, pudo concentrar dos mil hombres en San Jorge, que eran allí un peligro y una molestia constantes. Wálker resolvió desalojarlos, y el 16 de marzo se puso en persona al frente de 400 hombres y marchó contra el enemigo que tenía 2,500. Hénningsen, con dos cañones de seis libras, uno de doce y cuatro morteros, partió á la vanguardia para despejar el camino; Swingle se quedó

custodiando á Rivas con el resto de la batería; y fué acertado, porque una fuerza costarricense importante dió un asalto vigoroso á la ciudad, tan pronto como Wálker se perdió de vista, y no fué repelida sino al cabo de varias horas de combate. Retiróse por el camino de San Jorge y unos doscientos hombres se situaron detrás de las paredes de adobes de la casa de una hacienda, para esperar el regreso de Wálker (*).

Este llegó antes de amanecer á los suburbios de San Jorge y mandó abrir inmediatamente un fuego vivo sobre la población; pero los enemigos estaban alerta y salieron como un enjambre de abejas irritadas por calles y senderos, acosando la batería y lanzando sobre ambos flancos partidas de guerrilleros, que abrieron un fuego irritante sobre la caballería americana. Así las cosas, Hénningsen descargó una lluvia de metralla sobre los platanares, á derecha é izquierda, barriendo á los guerrilleros, en tanto que Wálker cargaba con el grueso de su fuerza sobre el centro de la ciudad. El enemigo que disputaba el terreno palmo á palmo, retrocedió hasta una distancia de trescientas yardas antes de llegar á la plaza, en donde su inmensa superioridad numérica y el abrigo que le proporcionaban las paredes de adobes y las torres de las iglesias, lo hicieron inexpugnable. No obstante Wálker pidió cuarenta voluntarios para dar un asalto á la plaza; sólo quince se presentaron, y con este puñado de hombres cargó intrépidamente, peleando con desesperado aunque inútil arrojo, porque la desventaja era tremenda; le mataron dos caballos y recibió un ba-

(*) Alude el autor á los 500 hombres de los diferentes ejércitos aliados, que al mando del general D. Máximo Jerez se situaron en la hacienda de las Cuatro Esquinas. Esta columna salió de San Jorge una hora después de empeñado el combate, con la misión de cortar la retirada á Wálker.

lazo leve en la garganta. Sus filibusteros hicieron prodigios de valor, pero viéndolos cansados de una lucha tan prolongada y siendo ya escasas las municiones, Wálker dió por fin la orden de retirarse á Rivas. En buen orden dejaron el campo, donde habían peleado desde el amanecer hasta casi la puesta del sol. Wálker cabalgaba al frente de la columna y Hénningsen cubría la retaguardia con sus cañones. No se opuso resistencia á su partida, y hasta que la cabeza de la columna llegó frente á la casa de la hacienda de las Cuatro Esquinas, no tuvieron conocimiento los filibusteros de que allí estaban 200 costarricenses que habían sido rechazados en la mañana por Swingle (*).

Al pasar Wálker con su estado mayor por la obscura y silenciosa casa, la llamarada de una descarga de fusilería iluminó la fachada á menos de treinta yardas de distancia. Afortunadamente la puntería fué mala y sólo una media docena de caballos quedaron sin jinetes; pero entró el desorden en la columna durante un rato; algunos retrocedieron, en tanto que otros se quedaron inmóviles de espanto, hasta que una segunda descarga los hizo salir á galope aterrados. Wálker, con la invencible serenidad de que nunca se departía, refrenó el caballo, sacó el revólver y descargó los seis tiros dentro de la casa; luego, espoleando su corcel, siguió su camino, erguido como si estuviese en la parada, en medio de una lluvia de balas. El mayor Dolan, un californiano melenudo que cabalgaba en pos de Wálker, siguiendo el ejemplo de su comandante, descargó su revólver hasta el último tiro y lanzó después el arma dentro de la casa con una imprecación, al caer de la silla acribillado á balazos. Sus ro-

(*) **Véase la nota anterior**

pas quedaron prendidas en los arreos de la silla y el caballo lo sacó de la refriega, pudiendo así salvar la vida y volver á pelear andando el tiempo. El resto de la fuerza escapó como pudo; muchos murieron en una tentativa inútil para tomar la casa por asalto; la retaguardia, con la artillería, dió un rodeo, perdió el camino y no llegó á Rivas hasta la mañana siguiente. Tan sólo á la mala puntería del enemigo se debió el corto número de bajas de los filibusteros en San Jorge y la emboscada de las Cuatro Esquinas; los muertos y heridos no pasaron de sesenta ó setenta (*).

Una semana más tarde (**) todas las fuerzas de los aliados, guiadas por un desertor, hicieron un ataque combinado á Rivas, al amanecer, por distintos puntos. Fueron rechazadas con terrible carnicería, habiendo dejado 600 muertos en el campo de batalla (***). El ataque más serio se verificó en la parte norte de la ciudad, donde situaron una pequeña batería para enfilar las líneas americanas. Estaba manejada con destreza y bravura por un artillero italiano (****), el cual, aunque se hallaba expuesto á una granizada de balas que le disparaban los excelentes tiradores americanos, seguía cargando y tirando con la mayor resolución, haciendo avanzar un poco su pieza después de cada disparo. Hénningsen, que era devoto de la misma arma, observaba con admiración, subido so–

(*) Wálker confiesa que tuvo 13 muertos y 63 heridos, de los cuales cuatro mortalmente.

(**) El 23 de marzo de 1857.

(***) Las bajas de los aliados llegaron á 200 hombres en este combate.—MONTÚFAR, *Wálker en Centro América*, pág. 979.

(****) Fabio Carnevallini.

bre el parapeto, el comportamiento de su calmoso adversario; y mientras arrollaba y fumaba cigarrillos dirigía la maniobra de un cañoncito que los artilleros americanos manejaban con menos habilidad que de costumbre; hasta que por fin perdió la paciencia, se puso de un salto en la tronera, y graduando él mismo la puntería pegó una bala de seis libras á la pieza contraria, desmontándola, matando á seis artilleros é hiriendo al capitán italiano. Este fué hecho prisionero y las baterías enemigas dejaron de molestar á los sitiados por algún tiempo, hasta que habiéndose escapado el bizarro artillero pudo reasumir sus funciones.

En este asalto los sitiados sólo tuvieron bajas insignificantes, porque los muros de adobes los ponían á cubierto de cualquier esfuerzo de los enemigos, por grande que fuese. Cuando éstos llevaron las trincheras demasiado cerca de los muros de Rivas, los sitiados les quemaron sus guaridas con balas rojas. Poco importaba á Mora prodigar las vidas de sus infelices reclutas, que morían á centenares, con tal de que los americanos, que no podían ser reforzados, cayesen por docenas y los aliados pudieran cortarles los víveres y las municiones. Por desgracia para Wálker, un enemigo más terrible que la muerte y el hambre asediaba á Rivas: La deserción, que había comenzado á ejercer sus estragos en los recién venidos de ánimo poco esforzado, se fué propagando como la peste, hasta el punto de no saberse ya en quien se podía tener confianza. En algunas ocasiones desertaron compañías enteras; hubo piquetes que abandonaron sus puestos; partidas de forrajeadores enviadas á buscar víveres para la guarnición hambrienta no volvieron nunca. Ya en el mes de octubre una compañía de batidores, que se había mandado al distri-

to de Chontales, desertó con sus equipos, haciendo una tentativa desesperada para salir á la costa atlántica por el río de Blewfields. No llegaron nunca á la costa, porque algunos colonos franceses, á quienes intentaron saquear, cayeron sobre ellos matando hasta el último (*).

El hambre amenazaba á Rivas. En toda la ciudad no había una onza de pan; las tropas se alimentaban de cortas raciones de carne de caballo y de mula, sazonada con azúcar en vez de sal; el hospital estaba repleto de heridos y de enfermos de fiebre. Hénningsen decía en broma que antes de rendirse se comerían los prisioneros. Alguna vez se susurró en las filas que Wálker y Hénningsen, para el caso de que Rivas cayera en poder del enemigo, habían preparado una mina destinada á volar la ciudadela en el momento de la derrota, con amigos y enemigos. Este rumor no era más que una imbécil falsedad, pero hizo tanta impresión en ciertos ánimos exaltados que, según lo refirió el mismo general Hénningsen al autor de este libro, hubo siete hombres que solicitaron de él el privilegio de dar fuego á la mecha. Wálker no estaba reducido todavía á tan apurada situación; aun le quedan tres lances extremos: la llegada de Lóckridge con refuerzos por el San Juan, un socorro de California, y en último caso la fuga al norte para refugiarse á bordo de la *Granada*. Los refuerzos jamás llegaron, porque Lóckridge, derrotado en el

---

(*) Este hecho no ocurrió en el mes de octubre, sino en agosto de 1856. Una compañía de 25 hombres de caballería, mandada por Túrley, recibió orden de ir á Managua para explorar la costa sudoeste del lago hasta Tipitapa. Esta compañía desertó con dirección al Atlántico y de paso fué saqueando los pueblos; pero los vecinos del pueblo de Acoyapa se levantaron en armas para defenderse de los forajidos, lograron derrotarlos el 8 de agosto y los persiguieron hasta la montaña de Potrero Cerrado, donde los mataron á todos, menos á uno qué fué hecho prisionero. En todo este asunto no aparecen más franceses que los que ha creado la imaginación del autor.

Castillo Viejo, había desistido de la irrealizable empresa; el segundo arbitrio fracasó al negarse Morgan á cooperar con su socio Gárrison para seguir corriendo los vapores de San Francisco. De la *Granada* dependía por consiguiente la última esperanza de poder efectuar una retirada honrosa. Sin embargo Wálker aun no tenía conocimiento de que la primera y la segunda esperanzas eran perdidas.

El 11 de abril los aliados dirigieron otro ataque contra la ciudad y fueron de nuevo rechazados, con mayores pérdidas aún que en el anterior (*). El comandante Davis, que había estado negociando con los aliados, mandó un recado á Wálker el 23 de abril, ofreciéndole un salvoconducto para que las mujeres y los niños se trasladasen de Rivas á San Juan del Sur, oferta que fué aceptada con gratitud.

Desembarazado de los no combatientes, Wálker creyó que ya no había ningún obstáculo para evacuar la ciudad cuando lo juzgase conveniente y retirarse á bordo de la goleta. Fayssoux no había dejado de vigilar cuidadosamente los movimientos del enemigo desde San Juan, impidiéndole construir fortificaciones ó hacer cualquier otra cosa que fuera obstáculo para que Wálker pudiese ocupar el puerto. Encontrando el comandante Davis, que hacía de pacificador entre las partes beligerantes, que este oficio era muy peligroso y delicado para un diplomático novel, y obedeciendo aparentemente á secretas instrucciones, precipitó la crisis de manera inesperada, proponiendo á Wálker que se rindiese á las autoridades de los Estados Unidos.

(*) He aquí el detalle de las pérdidas de los aliados el 11 de abril de 1857, según el historiador D. Jerónimo Pérez: «Los costarricenses tuvieron más de 60 bajas; los guatemaltecos 90; los setentrionales 20; los nicaragüenses de la división de Jerez 150, casi todos dispersos.

En ningún tiempo un oficial subalterno de marina se atrevió á hacer tan pasmosa proposición al presidente de un gobierno amigo. Fué inmediatamente rechazada con indignación. Entonces Davis garantizó á Wálker la veracidad de dos rumores que habían llegado á Rivas. El primero relativo á que Lóckridge había desistido de su intento de recuperar la vía del Tránsito; el segundo tocante á que no vendrían más vapores de San Francisco. Convencido Wálker de que ambas cosas eran ciertas, contestó que estaba resuelto á mantenerse en la ciudad hasta tanto que durasen sus provisiones y pertrechos, después de lo cual se proponía llevar su fuerza á bordo de la goleta de guerra nicaragüense *Granada*, para irse donde más le conviniese (*). A lo que Davis replicó que «su intención irrevocable» era apoderarse de la goleta antes de que zarpase de San Juan; que sus instrucciones sobre este punto eran claras y terminantes, y que nada, salvo una contra orden, podía hacerlo desistir de este propósito. El enemigo había hecho con anterioridad una oferta de cinco mil dólares á Fayssoux para que rindiese la goleta; pero lo que no se pudo conseguir por la fuerza ó el soborno, se logró á menos costo por medio de la conducta extraordinaria de un oficial encargado de una misión y representante de la potestad de los Estados Unidos. A Wálker se le acusó de ingratitud por haber protestado de la intervención de Davis. Se dijo que los Estados Unidos salvaron del exterminio á los filibusteros;

(*) Lo que Wálker manifestó al teniente Huston de la *St. Mary*, el el 23 de abril, fué «que consideraba su posición en Rivas inexpugnable para las fuerzas de que disponía el enemigo mientras tuviese víveres; que si Lóckridge no verificaba su reunión con él enRivas antes de que se le acabasen las provisiones, abandonaría la ciudad para ir á juntarse con las tropas en el río de San Juan, considerándose completamente en aptitud de realizar este movimiento». La retirada de Wálker hacia el puerto de San Juan del Sur habría sido una empresa imposible.

pero no hubo un solo hombre en Rivas que no rechazara con todas sus fuerzas esta alegación espuria. ¡Hijos ingratos aquéllos, que habían acariciado un ideal muy distinto acerca de lo que debe ser la madre patria!

Capítulo XV

Ultimátum del capitán Davis.—Evacuación de Rivas.—Estadística de la campaña.—Opinión de Hénningsen sobre los filibusteros.—Anécdotas características.—Fréderick Ward.—Apoteosis de un filibustero.

El ultimátum de Davis, respaldado por los cañones de la *St. Mary's*, desvaneció la última ilusión de Wálker para mantenerse en Nicaragua. Esto sucedió cuando la rueda de la fortuna parecía dar una vuelta en su favor. Perdida toda esperanza de tomar la ciudad por asalto, los aliados, impacientes por llegar á sus fines, resolvieron ponerle sitio en forma. El formidable ejército de siete mil hombres que había cercado á Rivas en enero (*), había quedado reducido en dos meses, por obra de la muerte y de la deserción, á una fuerza relativamente pequeña de dos mil combatientes, de los cuales las dos terceras partes eran de Costa Rica ó de los otros estados centroamericanos. Para colmo

(*) En el cerco de Rivas los aliados no tuvieron nunca más de 3,000 hombres.

de males, este ejército se hallaba escaso de pólvora, amenazado por el cólera y la estación lluviosa, y tan reducido que no podía guarnecer debidamente las obras del cerco, al través de las cuales pasaban los espías americanos libremente cuando les daba la gana. En las filas de los filibusteros la deserción había hecho estragos. A Wálker le quedaban todavía 260 de sus mejores combatientes, gran can tidad de armas y municiones, y víveres para tres días. Abrirse paso por las líneas enemigas y llegar á su goleta, habría sido una hazaña mucho menos ardua que la evacuación de Granada por Hén ningsen. Wálker jamás habló de capitular ni lo pensó, ni el comandante Davis había insinuado su propósito de apoderarse de la *Granada*, hasta que la posesión de esta goleta se hizo de vital importancia para los sitiados.

Los leoneses en el norte habían comenzado á murmurar de los gastos y de la miseria que causaba una guerra tan larga y estéril, cuyos frutos, dado caso que triunfasen los aliados, habrían de recogerlos gentes á quienes querían todavía menos que á los americanos del Norte. Si á Wálker se le hubiese permitido embarcar á sus combatientes en salvo, es de suponerse que habría logrado despertar en el corazón de sus antiguos amigos los leoneses una nueva y más sólida amistad, renovando la lucha contra los serviles desde el Realejo, que había sido su punto de partida. La posesión de más de cien prisioneros que podía llevar consigo en calidad de rehenes, hubiera sido garantía suficiente para la salvaguardia de los enfermos y heridos que hubiese tenido que dejar en Rivas. Tales son, por lo menos, los argumentos contenidos en la protesta de Hénningsen, y los hechos aceptados por todas las autoridades en la materia justifican sus conclu-

siones. Pero la mitad de los pertrechos de Wálker estaban á bordo de la goleta y sin estos elementos habría sido una locura intentar un cambio de base de operaciones en presencia del enemigo.

Convencido Wálker de que la determinación de Davis era firme, envió al general Hénningsen y al coronel Waters al cuartel general de los aliados, para que ajustasen los términos de la capitulación con el autócrata naval. Se redactó un arreglo que fué sometido el 30 de abril á Wálker, pero éste se negó á firmarlo, porque no contenía ninguna disposición que garantizase las vidas y haciendas de sus partidarios nicaragüenses que tendrían que permanecer en el país. Entre éstos había muchos hombres entusiastas, que fueron fieles á Wálker en todas circunstancias y sobre los cuales caería la rabia del enemigo tan pronto como salieran de Nicaragua los temidos filibusteros. Al día siguiente se convino en un nuevo arreglo, que aceptaron ambas partes y cuyos términos fueron éstos:

«Rivas, 1º de mayo de 1857.

«El general Wálker, por una parte, y el comandante C. H. Davis de la marina de los Estados Unidos por la otra, han convenido en las siguientes condiciones:

«1ª—El general Wálker y dieciséis oficiales de su estado mayor saldrán de Rivas con sus espadas, pistolas, caballos y equipaje personal, bajo la garantía de dicho capitán Davis de la marina de los Estados Unidos, sin ser molestados por el enemigo y siéndoles permitido embarcarse á bordo del buque de guerra de los Estados Unidos *St. Mary's* en el puerto de San Juan del Sur, obligándose el capitán Davis á transportarlos en salvo en la *St. Mary's* á Panamá.

«2ª—Los oficiales del ejército del general Wálker saldrán de Rivas con sus espadas, bajo la garantía y protección del capitán Davis, que se obliga á transportarlos en salvo á Panamá, bajo la custodia de un oficial de los Estados Unidos.

«3ª—Los soldados, oficiales subalternos, ciudadanos y empleados de los departamentos, heridos y sanos, rendirán sus armas al capitán Davis ó á uno de sus oficiales, y serán conducidos en embarcación separada de la que llevará á los desertores de las filas, de modo que no estén en contacto los unos con los otros.

«4ª—El capitán Davis se compromete á obtener las garantías necesarias en virtud de las cuales garantiza á su vez á todos los hijos de Nicaragua ó de la América Central que actualmente se hallan en Rivas y se han entregado bajo la protección del capitán Davis, que se les permitirá vivir en Nicaragua y serán protegidos en sus vidas y propiedades.

«5ª Está convenido que á todos aquellos oficiales que tengan mujeres é hijos en San Juan del Sur, se les permitirá quedarse bajo la protección del cónsul de los Estados Unidos, hasta tanto que tengan oportunidad de embarcarse para Panamá ó San Francisco.

«6ª—El general Wálker y el capitán Davis se comprometen uno y otro á que este convenio sea ejecutado de buena fe».

Tal es el texto del tratado concluido entre el representante de los Estados Unidos y su prisionero. La lenidad sin precedentes en los anales de las guerras centroamericanas con que los aliados trataron á hombres cuyo exterminio habían jurado, demuestra lo mucho en que valoraban los servicios del capitán Davis. El hecho de no haber cumplido

su promesa de misericordia para con los prisioneros naturales del país, los cuales fueron perseguidos conforme á las buenas prácticas de antaño tan pronto como el galante capitán levantó anclas, no quita nada al mérito de su promesa, porque habrían prometido cualquier cosa con tal de verse libres del importuno filibustero.

Nada se estipuló respecto de la entrega de las armas y pertrechos de los sitiados. Así fué que Hénningsen, antes de que comenzase la evacuación de la ciudad, puso manos á la obra con sus subalternos y destruyó toda la artillería y las municiones, que consistían en un cañón de bronce de seis libras, tres de cinco, dos de doce y tres de seis, cuatro morteros de hierro de doce libras, 55,000 cartuchos, 300,000 fulminantes y 1,500 libras de pólvora. Para una guarnición que carecía de pan, no era esta mala cantidad de salitre.

El número total de la fuerza que se rindió llegaba á 463 hombres, incluyendo 170 heridos y enfermos. Ciento dos prisioneros tomados á los aliados fueron devueltos. Cuarenta nicaragüenses que habían permanecido fieles á Wálker hasta el último instante, dijeron un adiós lleno de tristeza al jefe de los ojos zarcos, en la clara mañana de mayo que fué la última que vió brillar en Rivas.

Altivos y resueltos salieron de la ciudad los filibusteros. Al frente de la columna cabalgaba Wálker, espada y pistola al cinto y con el mismo semblante impávido con que habría subido al trono ó al cadalso. Detrás de él venía Hénningsen, alto, de marcial apostura y aspecto franco, barbado como un panduro y no exento de manchas de pólvora, huellas de su trabajo matutino. El flaco Hórnsby, quijote septentrional de cuerpo y cara, cabalgaba á la par del flemático Bruno von Nátzmer, ex-

abanderado de húsares prusianos, que fué amigo del barón Bulow hasta que ciertas querellas respecto de cambio de nacionalidad les pusieron las armas en la mano el uno contra el otro; pero más afortunado que el barón costarricense, Nátzmer vivió para volver á pelear más tarde; Hénry y Swingle, los dos bravos artilleros, iban regocijándose de que sus adorados cañones, para cuyas delicadas gargantas habían guisado amenudo ricas golosinas con el metal de las campanas de las iglesias, escaparían al fin de las garras del odiado *grasiento* (*); Waters—el coronel Jack,—el mismo que llevó el socorro á Granada; Wílliamson, West y una docena más de hombres valerosos y leales acompañaban al caudillo. A la sombra de los naranjos de Rivas, de Granada, de San Jorge y veinte campos más de ruda batalla, dormían á centenares otros hombres igualmente valerosos y leales, que nunca debían volver á seguir la bandera de un filibustero ni á despertar al toque de una trompeta hasta el día en que la de Gabriel toque la diana en el valle de Josafat.

Wálker y dieciséis de sus oficiales debían salir para Panamá en la *St. Mary's*, para de allí continuar su viaje á los Estados Unidos. Emocionante y en cierto modo heroica fué la escena de la despedida de Wálker de sus camaradas, fieros y estrambóticos, pero leales. Comenzó por no decir adiós, sino *hasta la vista*, á los 250 soldados y sargentos que se dirigían á la bahía de La Virgen, bajo la custodia de un teniente de los Estados Unidos, que iba renegando de su misión, para de allí seguir á sus hogares por el camino más largo que pudiesen

(*) *Gréaser* amable apodo con que los yankis distinguen á los hispanoamericanos.

hallar; igual cosa dijo al triste contingente de enfermos y heridos que debían volver á sus casas por otro rumbo; y por último echó una mirada de lástima y desprecio al batallón de los desertores apóstatas, que para seguridad de sus personas iba á despachar el capitán Davis por una tercera vía.

Hecho esto salieron de Rivas en pos cada cual de su estrella: Wálker á contemplar desde la cubierta de la *St. Mary's* su querida goleta *Granada*, que Davis había capturado según lo prometiera y que devolvió á los costarricenses, conforme también á la promesa secreta que les hizo á este respecto. Ahora mandaba la goleta—no sin gran pompa ni mucha gloria—un negro de Jamaica: secuela horriblemente satírica del decreto de la esclavitud que debía regenerar á Centro América. El comandante Davis, el más respetable de los magnates navales, recibió un ascenso bien ganado en Rivas, principalmente á fuerza de longevidad, y murió con el grado de almirante, sin que durante su larga vida hiciera nada meritorio, salvo el derrocamiento del jefe filibustero.

La bandera azul, blanca y azul había flameado por última vez sobre el territorio de Nicaragua(*), si se exceptúan los cortos momentos en que fué izada de nuevo para caer delante del pabellón «listado y estrellado» en el puerto de San Juan del Norte. Tantas y tan diferentes son las historias que se han contado acerca del número de hombres que pelearon y murieron bajo sus pliegues, que no carece de interés hacer un resumen de las fuerzas que dominaron á Nicaragua durante veinte meses.

Los que calculan basándose en conjeturas, es-

(*) El autor ignora sin duda que estos mismos son y han sido siempre los colores de la bandera de Nicaragua. Lo que dejó de existir el 1º de mayo de 1857, fué la estrella roja de cinco puntas que la deshonraba.

timan que en Nicaragua murieron 5,000 americanos; es decir, cinco séptimas partes de las bajas que hubo en la guerra de la independencia de los Estados Unidos, contando muertos y heridos. También se ha dicho que Wálker tuvo de veinte á treinta mil hombres bajo su mando. Estas conjeturas se han cristalizado seriamente en verdades históricas, cuando la Historia se ha dignado darse por entendida del asunto. Los registros del ayudante general P. R. Thompson demuestran que durante todo el tiempo de la campaña sólo se alistaron 2,843 hombres en las filas filibusteras. Sin embargo, á éstos hay que agregar los voluntarios del país, los civiles que ingresaron de buen grado en el ejército y otros á quienes se obligó á prestar servicio temporal. Entre todos pueden formar un total de 3,500 hombres más ó menos (*).

A este núcleo de combatientes se opuso una fuerza total de 21,000 serviles nicaragüenses, costarricenses, hondureños, guatemaltecos y salvadoreños, y no menos de 10,000 indios auxiliares. Los aliados confiesan una pérdida de 15,000 hombres en todas sus campañas (*). Quizás una tercera

(*) Todos los que han escrito sobre la guerra de Nicaragua han observado la tendencia de Wálker á ocultar el verdadero número de sus fuerzas, que siempre presenta reducido.

(*) Las cifras que da el autor sobre las fuerzas centroamericanas que combatieron á Wálker son completamente fantásticas. Los datos oficiales nos dirán la verdad. A fines de marzo de 1856, un ejército de 2,500 costarricenses invadió á Nicaragua. Este ejército regresó á Costa Rica después de la batalla de Rivas. En el curso del mismo año de 1856 llegaron á León 500 guatemaltecos y 800 salvadoreños que, unidos á 500 nicaragüenses, formaron el primer ejército aliado, cuyo total era por consiguiente de 1,800 hombres. Más tarde llegaron refuerzos de Guatemala y El Salvador y 200 hombres de Honduras. En noviembre de 1856 el total de las tropas aliadas en Masaya era de 3,100 hombres. En enero de 1857 había en San Jorge: 1,300 guatemaltecos al mando de Zavala; 500 costarricenses, nicaragüenses y salvadoreños, á las órdenes de los generales Cañas y Jerez; 450 nicaragüenses mandados por Chamorro, y 200 hondureños con Xatruch, que formaban un total de 2,450. Había además 700 costarricenses en el castillo de San Carlos y el río de San Juan. Tam-

parte de los americanos que entraron á Nicaragua murieron allí. A falta de una estadística oficial me atengo á las aseveraciones del general Hénningsen sobre este punto. Del comportamiento de los filibusteros puede dar alguna idea el informe de los cirujanos, del cual resulta que la proporción de heridas fué de 137 por cada cien hombres. Los que no eludían el cumplimiento de su deber, tuvieron que sacar más de una cicatriz, cuando lograron salir con vida, para compensar la inmunidad de los cobardes y desleales. No parece exagerado decir que más ó menos 1,500 fueron los constantes y fieles.

La mayor parte de éstos eran californianos, cuando el nombre de californiano significaba individuo de una raza de gigantes, que vinieron de todas partes del mundo á buscar oro y que después emprendían otra jornada de 2,500 millas en busca de aventuras. Las nueve décimas partes eran norteamericanos pertenecientes á todas las clases sociales, graduados en todo género de institutos, desde el colegio hasta la prisión, y que se jactaban de que «California era la flor del mundo y ellos la flor de California»; pero tampoco armaban querella con el que modificaba la frase así: «California es la cloaca del mundo y nosotros el albañal de California». Nicaragua ejercía sobre los jóvenes sudistas una atracción tan grande como el mar sobre los del Norte. Un hijo y un sobrino del senador Báyard se escaparon del colegio para unirse á los filibuste

---

bién se hallaban en León tropas de El Salvador y Nicaragua; pero estas fuerzas no estaban en el campo de operaciones. En el sitio de Rivas no tomaron parte más de 3,000 hombres.

En cuanto á los 10,000 indios auxiliares son completamente mitológicos. Al escribir este dato el autor debe de haber pensado en la Baja California que conoció Wálker en 1853. Todos los soldados centroamericanos que pelearon en Nicaragua en 1856 y 1857, eran más ó menos civilizados, pero ninguno de ellos podía calificarse de salvaje.

ros y quizás habrían añadido alguna gloria militar al nombre de su familia, si éstos no los hubiesen enviado á sus casas á solicitud del departamento de estado. El primer ayudante de Hénningsen era un joven de diecinueve años llamado Búrbank, que se había escapado del instituto militar de Virginia y que en caso de haber vivido pudo haber heredado un capital de 100,000 dólares, suma que en aquellos tiempos representaba un capital. Un sargento que no valía gran cosa recibió una herencia igual y fué llamado para disfrutarla, pero de propósito deliberado perdió el vapor y murió en Nicaragua.

Todos los hombres de índole fiera y estrambótica, para quienes la misma California se había hecho demasiado apacible, se sentían naturalmente arrastrados hacia el campamento de los filibusteros. «Una vez oí— refiere Hénningsen—á dos soldados mugrientos disputando acerca de la correcta interpretación y de los méritos comparativos de Esquilo y Eurípides. En otra ocasión vi á un soldado que estaba de guardia emborronando tiras de papel, que resultaron ser una hermosa traducción en verso de la *Divina Comedia*».

Este mismo jefe atestigua el heroísmo invencible y la fortaleza de aquellos hombres: «Muchas veces los vi marchar con un brazo roto ó entablillado y servirse del otro para disparar su rifle ó su revólver. Los que caían con un muslo fracturado ó con heridas que les impedían andar, amenudo—y al principio de la guerra siempre—se saltaban la tapa de los sesos para no caer en manos del enemigo». Y luego añade: «Hombres de este temple no se encuentran en el comercio ordinario de la vida, ni espero volver á ver á ningunos que se les parezcan. Estuve con los confederados en muchas de las batallas más sangrientas de la última guerra, y

digo que si al terminar esta contienda me hubiera sido lícito escoger cinco mil de los más valientes soldados que pude ver, federales ó confederados, y por otra parte resucitar y oponerles mil de los hombres que duermen á la sombra de los naranjos de Nicaragua, tengo la certeza de que estos mil habrían derrotado y puesto en fuga á los cinco mil en el término de una hora (*). No hay ciencia militar que valga cuando se tienen en frente adversarios que asaltan con revólver y no vacilan en cargar sobre una batería pistola en mano». En la segunda batalla de Rivas diez hombres, oficiales todos, cargaron sobre una batería defendida por más de 100 costarricenses y la tomaron, habiendo sido muertos cinco de estos oficiales en la heroica acción (**).

El testimonio de sus enemigos confirma el espléndido valor de los filibusteros y su imperturbable sangre fría delante del pelotón que debía fusilarlos, pues esta era la suerte que les tocaba casi siempre cuando caían prisioneros. El caballero Belly cuenta de un filibustero que habiendo sido capturado con una pierna rota y condenado á muerte, contestaba con brevedad á las preguntas oficiosas que se le hacían acerca de la causa de su venida á Nicaragua, de si creía en una vida futura, etc.;

(*) Según el testimonio de Hénningsen, que es una autoridad en la materia, los filibusteros de Wálker habrían podido derrotar fácilmente á las mejores tropas norteamericanas de la Guerra Civil, en la proporción de uno contra cinco. Ahora bien, estos mismos filibusteros lucharon contra los costarricences en Santa Rosa y en Rivas en la proporción de uno contra dos y fueron vencidos en ambas ocasiones. Debe considerarse, además, que nuestros soldados eran simples milicianos que peleaban por primera vez.

(**) Sin que por esto se menoscabe el valor bien probado de los filibusteros, conviene restablecer la verdad histórica. Según ésta, la batería que tomaron en Rivas á los costarricenses se reduce á un cañoncito, defendido tan sólo por cuatro artilleros y que cayó en su poder en el primer momento de la sorpresa. V. MONTÚFAR, *Wálker en Centro América*, págs. 317 y 325. Wálker dice que era un pequeño cañón de bronce,

hasta que perdiendo la paciencia exclamó: «¡Ea, basta ya de majaderías! Si lo que ustedes pretenden es que haya funerales, que vengan los sepultureros y acabemos de una vez».

Hombres dotados de genio militar, que en un campo más vasto habrían adquirido fama y fortuna, reposan en ignoradas sepulturas; porque allí donde peleaban el valor y la pericia sólo servían para aumentar las probabilidades de muerte. Hombres de las mejores familias, que poseían la más esmerada educación y muchas riquezas, yacen á la par de felones y de escapados de presidio. Algunos sobrevivieron para seguir su carrera de aventuras, otros muchos para morir en la guerra civil de los Estados Unidos. Uno de éstos, Fréderick Tównsend Ward, del más puro abolengo puritano y natural de Sálem, Massachussetts, se graduó en la escuela filibustera y fué á parar á la remota China en momentos en que estallaba la revuelta de los taipíngs. Entró á servir en el ejército imperial, cuyo mando en jefe llegó á obtener. Con tanto acierto puso en práctica el denodado filibustero las lecciones aprendidas en Nicaragua, que no tardó en llegar á ser uno de los más grandes hombres del Celeste Imperio y fué colmado de honores y de riquezas, hasta la suma de dos millones de dólares, según se dice, pues sus albaceas chinos no presentaron la cuenta del activo de la sucesión. Pudo haber subido á cualquiera altura en aquel reino ultraconservador, tal vez hasta el mismísimo trono y empleo de virrey de los cielos, si una maldita bala no hubiera cortado su carrera en el sitio de Ning Po, enviándolo á gozar de los más estupendos honores que se hayan tributado nunca á un yanki, ni vivo ni muerto. Porque los paganos agradecidos erigieron dos templos en su honor, inscribiendo solemnemente su nombre

en la lista de los dioses de su país. Hoy todavía mantienen en su tumba un lirio inmaculado en flor, emblema de no sé qué cosa, del que cuidan devotas manos y que tal vez seguirá siendo objeto de los mismos cuidados durante siglos, cuando ya los tai píngs y el filibustero no sean sino oscuras y decrépitas tradiciones para las olvidadizas y atareadas gentes que no viven en el Celeste Imperio. China recuerda los servicios de Ward; pero *álter túlit honores* y un inglés tiene la gloria de haber sofocado la revuelta de los taipíngs. El joven californiano Joaquín Míller pertenecía á un tipo diferente; éste vivió para celebrar en verso heroico la memoria de su jefe, aunque de fijo Wálker, sencillo y austero, no habría admirado mucho la vestidura pomposa con que lo disfraza.

Para los más ignorantes de sus secuaces, los designios ulteriores de Wálker eran por supuesto inexplicables. Creían que sus propósitos eran puramente los de un pirata. De aquí nació la leyenda de que había reunido un gran tesoro, que como el del capitán Kidd (*) yace aún bajo tierra, en espera de un afortunado descubridor. Muchos años después de su muerte, un pariente de un tal Samuel Lyons, uno de los filibusteros que quedaron con vida, contó la siguiente historia:

«Por su valentía y pericia militar, Samuel llegó ser uno de los hombres de más confianza de Wálker y fué uno de los cuatro oficiales que le ayudaron á enterrar su tesoro. Había cinco mulas cargadas de oro y plata en moneda acuñada y barras, junto con muchas riquezas, fruto del saqueo de iglesias, capillas y casas particulares. En una noche de luna, Wálker y cuatro oficiales enterraron el te-

(*) William Kidd, famoso pirata inglés que murió ahorcado en 1701.

soro á las once, debajo de un árbol grande, cerca de la cumbre de un cerro. Oí referir á Samuel cómo removieron las hojas del suelo antes de cavar el hoyo. Yo mismo tengo una idea bastante clara del lugar, pero Samuel lo conoce con exactitud y puede dar con él, aunque el árbol haya sido derribado. El tesoro fué enterrado muy poco antes de los dos últimos combates que dieron en tierra con las esperanzas de Wálker. El primero de estos combates ocurrió en la mañana siguiente de aquella excursioncita á la luz de la luna y en él fueron muertos dos de los oficiales que habían enterrado el tesoro. Después de este combate, el ejército—si así puede llamarse—vivió sólo de plátanos durante dos semanas y pasó muchos trabajos. Entonces se verificó el último combate, en el cual Wálker, Samuel y los demás fueron hechos prisioneros. De los cuatro oficiales que acompañaron á Wálker en el entierro del tesoro, sólo de uno no se da cuenta; pero como no se supo más de él después del último combate, Samuel ha creído siempre que fué muerto en esta ocasión ó fusilado con los prisioneros. Con seguridad no se hallaba entre los que milagrosamente escaparon con Samuel y que, según creo, fueron los únicos que salieron con vida de la refriega. Si ha muerto, ó mejor dicho, si murió entonces, Samuel es el único que conoce el secreto».

Los aficionados á lo maravilloso podrían declararse satisfechos con este precioso cuento de tesoro y sangre; pero hay otro «sobreviviente» dotado de imaginación más robusta aún, que con la seriedad del caso corrige el relato anterior así:

«El que esto escribe sabe algo de ese tesoro y lo examinó personalmente. En vez de las cargas correspondientes á cinco mulas, había *cinco toneladas*. Es cosa bien sabida que el capítulo más ho-

rrible de esta guerra, la más horrible de todas las guerras, fué el incendio y saqueo de Granada por el general Hénningsen, obedeciendo á órdenes de Wálker, en noviembre de 1856. Las iglesias, que eran unas treinta é inmensamente ricas en objetos de plata y joyas, fueron sistemática y secretamente saqueadas, y este gran botín se ocultó en lugar seguro, á bordo de uno de los vapores del lago de Nicaragua, antes de que la ciudad condenada á muerte fuese entregada al saqueo. El paradero de este inmenso tesoro fué un secreto y así lo consideraron los filibusteros en aquel tiempo. *Valía millones.* Para alejar sospechas acerca de su verdadero destino, Wálker hizo circular el rumor de que lo había enviado á Nueva Orleans para ser vendido allí por cuenta de su gobierno y su producto empleado en la compra de material de guerra. El tesoro fué enterrado y, según me consta, el oficial á quien se le confió y que mandaba la escolta que lo custodiaba, vive ahora en San Bernardino. Me ha referido éste, y amenudo hemos discutido el asunto, que bajo la vigilancia personal de Wálker, él y otros cuatro oficiales con unos veinte hombres enterraron el tesoro en la aldea de San Jorge, bajo el piso de la casa en que el botín estaba guardado con el mayor sigilo. Wálker les exigió juramento solemne de que guardarían el secreto y los recompensó generosamente, prometiéndoles á todos futuras remuneraciones si cumplían fielmente su promesa de no revelar el sitio donde se hallaban los despojos de las iglesias de la ciudad incendiada. Antes de un mes todos los que estaban en el secreto, menos el amigo que me ha dado estos informes y dos ó tres de los oficiales que habían jurado, fueron enviados á una expedición fingida, acusados de deserción y perseguidos por una gran fuerza de caballería que

los mató á todos por orden de Wálker. Poco después, en una terrible batalla librada en San Jorge el 16 de enero de 1857, el último de los que asistieron al entierro del tesoro, si se exceptúa á mi amigo de San Bernardino, fué muerto y en tal forma que mi informante se acabó de convencer de que á todos los habían matado por orden de Wálker, y de que la intención de éste era llegar á ser el único dueño del secreto del tesoro oculto. Y aunque mi amigo era un oficial de confianza y fiel, á quien Wálker estimaba en alto grado, el pronto y trágico fin de sus compañeros y partícipes en el terrible misterio le causó tal impresión que desertó en el acto. Se llevó el secreto y todavía lo posee, y es el único hombre sobre la tierra que sabe donde está escondido el botín de Granada, y sin embargo *no lo sabe.* ¿Por qué? Por esto, porque el tesoro fué enterrado en diciembre; en enero el enemigo se apoderó de San Jorge haciendo una marcha forzada; Wálker se situó en Rivas, á tres millas de distancia, y durante los tres meses siguientes acabó totalmente con su ejército en vanos esfuerzos para recuperar la insignificante aldea que contenía aquella inmensa riqueza. En los terribles conflictos que hubo con este motivo, la aldea fué completamente arrasada. Esto lo sabe bien el que suscribe, por haber peleado en todas esas luchas».

A esta detallada narración nada le falta para ser exacta, salvo la verdad. Este, así como la mayor parte de los cargos inverosímiles hechos á Wálker, emanó de los desertores, que son los que más han contribuido á infamar su memoria.

Capítulo XVI

REGRESA WÁLKER Á LOS ESTADOS UNIDOS.—NUEVAS TENTATIVAS DE ÉSTE.—LA EXPEDICIÓN Á SAN JUAN DEL NORTE.

A su regreso á los Estados Unidos, Wálker fué recibido en Nueva York como un conquistador. La ciudad estaba engalanada como para un día de fiesta; inmensa multitud se reunió para ver al héroe; Bróadway estaba cubierto de banderas como si se tratara de un festejo nacional; se celebraron reuniones públicas para darle la bienvenida y manifestarle simpatía. Wálker recibió el homenaje con modesta dignidad y confesó resueltamente su determinación de recobrar el poder perdido en la primera coyuntura. En su carácter de presidente legal de Nicaragua, protestó contra el proceder de los Estados Unidos, que él consideraba como una potencia extranjera, al expulsarlo de su país. Fué á Wáshington á presentar ante el departamento de estado su queja contra el comandante Davis, y lo recibieron con diplomática cortesía; pero el caso se sometió á la consideración del Congreso, donde fué sepultado bajo una montaña de palabrería. En seguida hizo un viaje por el Sur, donde lo recibieron

y festejaron con mayor entusiasmo aún que en el Norte. En Nueva Orleans se dejó ver por primera vez en público, en un palco de uno de los teatros de la ciudad. Cuando los espectadores se enteraron de su presencia, olvidáronse de la ficción que tenían delante, para volver como un sólo hombre los ojos hacia el héroe real, cuyas hazañas hacían palidecer los más atrevidos vuelos de la fantasía, y los vivas brotaron uno tras otro desde la platea hasta la cazuela. Wálker fué aclamado como un héroe y un mártir y hasta sus enemigos más encarnizados tuvieron que callarse por el momento, cuando Hénningsen, de quien aguardaban, no se sabe por qué, que vilipendiase á su jefe, no sólo frustró esta esperanza sino que que por todas partes fué haciendo elogios del carácter y de los principios del gran filibustero. También presentó Hénningsen ante el secretario Cass una protesta indignada contra el ultraje inferido á una nación amiga, cuya única ofensa para los Estados Unidos estribaba en el hecho de que su presidente tenía la desgracia de haber nacido ciudadano americano. En principio la queja de los filibusteros estaba bien fundada; pero la demanda de reparación no fué atendida. Al presidente de los Estados Unidos no le importaba nada que el título del presidente de Nicaragua fuera desde el punto de vista legal tan bueno como el de James Buchanan. Wálker no tardó en convencerse de que éste no era hombre capaz de echar una nueva rama de espinas en su lecho de abrojos, ya tan doloroso, y el audaz filibustero resolvió buscar fuera del imperio de la ley lo que dentro de él se le negaba (*).

. . . .

(*) Refiere en seguida el autor la expedición de Hénry A. Crabbe á Sonora en 1857.

Con la expulsión de los filibusteros terminó la guerra en Nicaragua durante algún tiempo. Los estados aliados establecieron una especie de protectorado sobre la república, después de haberse indemnizado, conforme á la moda establecida por las grandes potencias, con una buena parte de los frutos de la victoria. Costa Rica fué remunerada con la posesión del Guanacaste y una faja de terreno á lo largo del lago y de la ribera sur del río San Juan, compensación bastante mezquina por los gastos hechos en la guerra, que había acarreado la muerte de 4,000 hombres, mujeres y niños, segados por el cólera (**). Al «Tigre de Honduras» se le dió auxilio material para aniquilar á los partidarios de Cabañas. El general Martínez, descendiente de la heroína apócrifa de San Carlos, fué nombrado presidente de Nicaragua y en el acto envió un ministro á Wáshington, que fué recibido sin dificultad. Mr. Buchanan encontró en esto una excusa plausible para rechazar las reclamaciones de Wálker. El nuevo ministro, señor Irisarri, negoció otro tratado para la construcción del canal, cuyos términos no se consideraron favorables para Costa Rica, y esta república y la de Nicaragua estuvieron á punto de irse á las manos.

A pesar de la vigilancia de las autoridades de los Estados Unidos, Wálker siguió fraguando planes para volver á tomar la ofensiva en territorio de Nicaragua. Arrestado bajo la inculpación de ha-

(**) El autor ignora que el tratado Cañas-Jerez de 1858 no dió á Costa Rica nada que no fuera suyo. El Guanacaste le pertenecía desde 1820, año en que fué agregado á su territorio por el gobierno español para que pudiese elegir un diputado á cortes. Verificada la independencia en 1821 el pueblo guanacasteco manifestó por medio de un plebiscito, en 1824, su voluntad de seguir perteneciendo á Costa Rica. Este plebiscito fué sancionado por un decreto del congreso federal de 1825. En cuanto á la faja de territorio á lo largo del lago y del río San Juan, pertenece á Nicaragua, según estipulación del tratado de 1858.

llarse organizando una expedición ilegal, fué absuelto tan sólo para reanudar sus preparativos. Trece días después de su absolución en Nueva Orleans, apareció frente á San Juan del Norte á bordo del vapor *Fashion*, pero no se detuvo en este puerto hasta después de haber echado á tierra al coronel Anderson con 50 hombres en la boca del río Colorado, un brazo del San Juan situado al sur de este río. De aquí regresó el *Fashion*, ancló audazmente en la bahía de San Juan del Norte bajo los cañones de la fragata norteamericana *Saratoga*, y desembarcó su cargamento de material de guerra y sus ciento cincuenta pasajeros (*). Los oficiales y la mayor parte de los soldados eran antiguos veteranos de la guerra de Nicaragua, entre los cuales estaban los distinguidos militares Hórnsby, von Nátzmer, Swingle, Túcker, Hénry, Hoof, Fayssoux, Cook, McMullen, Haskins, Búttrick y otros. El capitán Chátard de la *Saratoga* despachó un bote al *Fashion*, pero los pasajeros desembarcaron antes de que el teniente que lo mandaba pudiera impedírselos. Lo único que este oficial se creyó autorizado á hacer, fué ordenar á los filibusteros que respetasen las propiedades americanas comprendidas en la zona ocupada por la compañía del Tránsito, orden que fué obdecida por Wálker después de protestar contra esta violación de sus derechos como presidente de Nicaragua, que había otorgado los privilegios de que gozaba la compañía.

Wálker estableció en el acto su campamento y se puso á esperar los refuerzos que debían llegarle de un momento á otro de los Estados Unidos. El coronel Anderson, después de subir por el Colora-

(*) Esto sucedió el 25 de noviembre de 1857.

do y el San Juan, apareció de pronto frente al Castillo Viejo y lo tomó sin dificultad, cosa que el incompetente Titus y Lóckridge no babían podido hacer con fuerzas ocho veces superiores en número. Se apoderó también de tres ó cuatro vapores del río y estaba ya en camino de hacerse dueño absoluto de la vía del Tránsito, cuando la llegada á San Juan del comodoro Híram Páulding y de la fragata *Wábash* de los Estados Unidos, en el mes de diciembre, imprimió un nuevo rumbo á los acontecimientos.

No contento el capitán Chátard con ejercer una especie de superintendencia de policía sobre el puerto de San Juan, inició una serie de pequeñas molestias, que si hubiesen tenido por objeto provocar un conflicto entre las fuerzas de Wálker y las de los Estados Unidos, no habrían sido mejor escogidas. A la vez que el capitán norteamericano pretendía conservarse enteramente neutral, no dejaba de dar órdenes á los expedicionarios y mandaba sus botes á tirar al blanco en lugares donde los filibusteros de servicio estaban expuestos á recibir una bala, á menos de abandonar sus puestos. Sus oficiales insistían en bajar á tierra y en penetrar en el campamento de Wálker sin salvoconducto; y cuando éste, con más dignidad que discreción, amenazó con hacer fuego sobre cualquier persona que fuera encontrada dentro de sus líneas, el capitán Chátard le contestó una nota, que fué remitida por Wálker al comodoro Páulding, en la cual le aseguraba que ejercería represalias. «Las niñadas» del capitán Chátard, como las califica Wálker, no habiendo logrado provocar un conflicto, el comodoro Páulding intimó imperativamente á Wálker que se rindiese, el día 7 de diciembre. Resistir á una orden semejante, respaldada por dos fragatas de

guerra y un complaciente capitán inglés que se ofrecio á dar auxilio á Páulding para aniquilar á los filibusteros americanos, habría sido una locura. Al día siguiente el comodoro Páulding echó á tierra una fuerza de 350 hombres en lanchones hówitzer y los formó en orden de batalla, á la vez que los cañones de la *Saratoga* amenazaban el campamento. El capitán Engle se presentó en la tienda de campaña del general Wálker intimidándole la rendic ión y añadió: «General, siento mucho verle á V. aquí. Un hombre como V. merece mandar otra clase de gentes». Wálker respondió en pocas palabras que sus gentes probarían su mérito, si tuvieran siquiera la mitad del número y del armamento de los que los tomaban presos.

La bandera de los filibusteros fué arriada y los prisioneros se enviaron á bordo de la *Saratoga* para ser transportados á los Estados Unidos. Wálker aprovechó el ofrecimiento que se le hizo para tomar la vía de Aspinwall y regresó á sus expensas. Al enterarse el coronel Anderson de la captura del campamento, se rindió con las fuerzas que tenia en el río y se fué á Nueva Orleans Al llegar á Nueva York, Wálker se entregó á las autoridades de po licía de los Estados Unidos, en cumplimiento de la palabra que había dado al comodoro. Páulding, y fué enviado á Wáshington en calidad de prisionero de guerra; pero el presidente Buchanan no estaba en modo alguno dispuesto á apoyar el proceder de su subordinado naval y se negó en absoluto á aceptar la rendición ó á reconocer que Wálker se hallaba bajo la custodia del gobierno. En un mensaje dirigido al congreso hizo análisis extenso de la conducta del comodoro Páulding, que declaró ilegal, pero citó la aprobación del gobierno *de facto* de Nicaragua, como una justificación de los hechos.

En una palabra, Páulding había violado los derechos de esta nación mediante un acto de hostilidad cometido contra su presidente en su territorio; pero de acuerdo con el razonamiento de Mr. Buchanan, ya que los enemigos de Wálker, que ahora mandaban en Nicaragua, no hacían reclamación alguna á este respecto, el proceder del comodoro Páulding no era vituperable. No obstante, había sido un grave error y si no se le aplicaba una censura había de constituir un precedente peligroso. Fundándose en la consecuencia lógica de esta opinión, Wálker pidió al gobierno de los Estados Unidos que lo indemnizase de sus pérdidas y que mediante el transporte gratuito de una nueva expedición restableciera el *status quo ante*. Por demás está decir que esta petición no fué atendida, y Wálker entabló entonces un juicio civil contra Páulding por daños y perjuicios, con motivo del arresto ilegal, juicio que se demoró en los tribunales y en el que nunca recayó sentencia.

El *Fashion* fué condenado por haber salido de Mobila con registro falso y la autoridad lo vendió en doscientos dólares. Su cargamento, traído á los Estados Unidos por las fragatas *Saratoga* y *Wábash*, demostraba que los filibusteros se habían preparado ampliamente para el equipo de una fuerza suficiente para hacer la reconquista del país, si hubiesen podido asegurarse una base de operaciones. Nunca soñaron con que sus compatriotas habrían de ser la causa de su fracaso. Antes de su partida de los Estados Unidos, Wálker estaba convencido de que no padecería ningún daño si conseguía salir sin tropiezo, y lo que menos se imaginaba era ser molestado en territorio extranjero. La prueba de que Páulding excedió sus poderes al capturar la expedición, se hizo demasiado tarde y

cuando ya era inútil. No es difícil adivinar la causa de su enemistad. El destino parece complacerse en una especie de crueldad irónica, ya sea cuando lanza sobre un Napoleón un tábano como Hudson Lowe, ó frustra la ambición de un Wálker por medio de la ridícula petulancia de un fantoche naval. Esto es como si César, al pasar el Rubicón, hubiese pillado un catarro que le causara la muerte. Páulding y otros potentados navales de pacotilla se aprovecharon de las circunstancias para vengarse de la manera poco respetuosa con que Wálker, simple aventurero sin despacho oficial, se había expresado del comandante Davis. Tomaron la cosa como un insulto dirigido á la marina de guerra americana, y cuando los incidentes ocurridos después con el capitán Chátard se sometieron al conocimiento del comodoro, la indignación de éste no tuvo límites. El hombre que amenazaba con matar al oficial de marina que penetrase dentro de sus líneas sin un salvoconducto, no podía ser más que un pirata fuera de la ley; y por lo tanto Páulding mandó prender al filibustero, aunque le permitió con encantadora inconsecuencia irse á Nueva York bajo palabra de honor.

Pero el daño irreparable estaba hecho y Wálker encontró muy poco consuelo en la suspensión de su perseguidor del servicio activo, y en el litigio interminable que le siguió por daños y perjuicios, venganza esta última que entraña siempre el castigo correspondiente.

Capítulo XVII

Historia de la guerra de Nicaragua escrita por Wálker.—Desembarco de éste en Roatán y toma de Trujillo.—Se retira ante las fuerzas inglesas.—Su rendición.—Fusilamiento del último de los filibusteros.

Durante los dos años siguientes, Wálker continuó haciendo esfuerzos por recuperar el poder en Nicaragua, y sus amigos conservaron la ciega confianza que tenían en su triunfo final y en su *estrella*, que tan malas pasadas le había jugado en los últimos tiempos. El 30 de octubre de 1858 el presidente Buchanan creyó necesario lanzar un manifiesto en que llamaba la atención del público acerca de ciertos proyectos de compañías de emigración para colonizar á Nicaragua, cuyo principal promotor era Wílliam Wálker. «Este sujeto—decía,—que ha roto los lazos de lealtad que lo ligaban con los Estados Unidos y aspira á la presidencia de Nicaragua, ha notificado al administrador de la aduana del puerto de Mobila que dos ó trescientos emigrantes estarán listos para embarcarse y salir de ese puerto hacia mediados de noviembre»; y el presidente advertía á los futuros emigrantes que no les sería permitido llevar á cabo su proyecto.

Con todo, y á pesar de este manifiesto, una partida de 150 filibusteros, mandados por el coronel Anderson, se embarcaron hacia el 1º de diciembre en la goleta *Susan*, en el puerto de Mobila. El viaje terminó bruscamente con un naufragio en la costa de Honduras, donde los expedicionarios fueron recogidos por un navío de guerra inglés que los repatrió. Doubleday describe de la siguiente manera la treta de que se valieron los aventureros para engañar á las autoridades federales y fugarse de Mobila:

«Ningún funcionario de aduana nos molestó mientras estuvimos atracados al muelle; pero cuando hubimos llegado á la parte ancha de la bahía, la sombra de un barco se nos atravesó por la proa en la penumbra, y al pasar nos gritaron de á bordo que era un cúter aduanero de los Estados Unidos, mandado por el capitán Morris; que para el caso de que persistiéramos en zarpar con la carga que llevábamos, tenía órdenes de echarnos á pique tan pronto como estuviésemos á una legua marítima de tierra, distancia que en el lenguaje de los marinos se considera alta mar. Sin discrepancia convinimos todos en que esto era desagradable. El cúter tenía pesados cañones y nosotros ninguno; además, ni el mismo Wálker estaba todavía bastante preparado para hacer la guerra á los Estados Unidos.

«El capitán Hárry Máury, que mandaba nuestra goleta, conocía al dedillo todas las profundidades de la bahía de Mobila, ciudad que lo vió nacer, y era un lobo marino y la encarnación de la tan decantada caballerosidad del Sur. Tenía además bastante intimidad con el capitán Morris del cúter.

«Así fué que accedimos en el acto á la pro-

puesta que nos hizo de poner en juego sus talentos diplomáticos para ver de sacarnos de nuestra desagradable situación, porque nos aseguró que Morris era hombre muy capaz de cumplir sus instrucciones al pie de la letra.

«Cuando el cúter se volvió á poner al habla, Máury pidió permiso para ir á bordo con uno ó dos amigos para discutir el caso, y como se le contestó invitándolo cordiálmente á que fuese con tantos amigos como quisiera, el coronel Anderson y yo lo acompañamos.

«Como apenas soplaba viento, los dos barcos se mantuvieron casi juntos durante el tiempo que permanecimos en el cúter. Máury observó que para hombres que estaban tan cerca de vérselas con Plutón, un vaso de grog no estaría por demás.

«Morris, que era inclinado á la hospitalidad, hizo traer champaña y brindó fraternalmente con los que un penoso deber lo obligaba á inmolar; y como tras una botella venía otra, comprendí que aquello no sería ya más que una cuestión de solidez de cabeza.

«Reinó la más perfecta cortesía y Máury, para no ser menos, invitó á Morris á que viniese á la goleta á probar nuestro vino, ofreciéndose él mismo en calidad de rehén como garantía de que habría de volver sano y salvo á bordo del cúter. No sé cual pudiera haber sido la resolución de Morris una hora antes, pero cuando se le hizo la invitación la aceptó sin vacilar, siguiéndonos en su propio bote.

«La francachela siguió á bordo de la goleta, y cuando Morris se despidió, Máury le dijo que no quería poner á tan buena persona en el caso de perseguirnos en medio de la obscuridad y que por lo tanto iba á echar el ancla y á esperar que ama-

neciese, agregándole que tuviera cuidado de no echarse sobre nosotros cuando dejásemos caer el ancla.

«La noche se había hecho sumamente obscura, y en el momento en que Morris llegó al cúter, el capitán Máury lo interpeló para recomendarle que no se viniese sobre nosotros cuando levantásemos al ancla al día siguiente.

«Al propio tiempo se dió en alta voz la orden de anclar, pero mediante una treta convenida de antemano, la cadena que se largaba por un portalón se iba recogiendo por el otro.

«Creyendo Morris, por el chirrido de la cadena, que habíamos echado el ancla, dejó caer la suya, y entonces comenzó la parte más difícil del asunto.

«Máury tomó en cuenta la diferencia de calado de nuestro barco y del cúter, que era de seis pulgadas, y además su mejor conocimiento de las profundidades de la bahía, para sacarnos á la mar, como si dijéramos, á campo travieso. Había preparado su maniobra de modo que coincidiese con nuestra llegada al lugar donde quería hacer la tentativa.

«Así fué que dirigimos la proa directamente al través del canal, y Morris, comprendiendo en seguida la treta de que había sido víctima, se puso á seguirnos tan pronto como pudo levantar el ancla. Este pequeño retardo bastó sin embargo para que le tomásemos la delantera y para privarlo, gracias á la obscuridad, del placer de pilotearnos. Después supimos que á poco trecho había encallado y tuvo que aguardar la pleamar para salir del atolladero» (*).

(*) Doubleday, *The Filibuster War in Nicaragua.*—N. del A.

Poco después de la salida de la *Susan*, el administrador de la aduana del puerto de Mobila detuvo un vapor con una partida de trescientos *emigrantes*, que tuvieron que desistir de su propósito de colonizar á Centro América. Wálker no intentó nada más hasta el mes de septiembre de 1859, en que los cañones de una fragata de los Estados Unidos, apuntados al vapor *Philadelphia* en Nueva Orleans, obligaron á los pasajeros á desembarcar. Hacia esta misma época lord Lyons, ministro británico, notificó á la secretaría de estado americana que su gobierno había resuelto intervenir para repeler por la fuerza cualquier atentado futuro de Wálker contra Nicaragua. Una escuadra de navíos de guerra ingleses fué estacionada en San Juan del Norte, á la vez que otra igualmente poderosa custodiaba la entrada del Pacífico. Los Estados Unidos situaron también una fuerza importante en el mar Caribe, destinada á vigilar los movimientos del presidente desterrado. Para las dos poderosas naciones que le dispensaban el honor de vigilarlo con tanto esmero, Wálker era una pesadilla casi tan desagradable como lo fué Napoleón para la Santa Alianza.

Entretanto el filibustero empleaba sus ocios forzados en escribir una historia de sus hechos en Nicaragua, la que se publicó en la primavera de 1860. El libro, escrito en tercera persona como los Comentarios de César, vale sobre todo como reflejo del carácter del autor. Su modestia es extremada cuando alude á sus propias hazañas; pero no vacila en declararse campeón ardiente de la esclavitud y consagra muchas páginas á una exposición de argumentos que nunca fueron lógicos y ahora resultan lúgubres y ridículos. Su sinceridad es indiscutible. Wálker era hombre dispuesto á

vivir ó morir defendiendo sus convicciones y demasiado sincero para triunfar en ninguna empresa en que fuera menester emplear la duplicidad. Buena prueba de su honradez impolítica la tenemos en el hecho de que por este tiempo se convirtió á la religión católica, paso que tenía que ser igualmente ingrato para amigos y enemigos. Se ha dicho por error que hizo su conversión cuando fué nombrado presidente de Nicaragua, cosa que habría sido un buen golpe de habilidad política; pero el hecho es que mantuvo con vigor su libertad de pensamiento hasta tanto que la convicción penetró en su mente, aun á riesgo de indisponerse con el partido clerical nicaragüense. Colocado en el lugar de Napoleón, Wálker no se habría puesto el turbante ni hubiera procurado la reconciliación con el Pontífice, aun tratándose del imperio del mundo.

La imposibilidad evidente de arrojar el guante á los cruceros ingleses y americanos en el mar Caribe, hizo que Wálker tomara la determinación de buscar un nuevo camino que lo llevase al país de sus ilusiones, y le pareció que lo hallaría por la costa oriental de Honduras. Parece ser que por este tiempo la isla de Roatán, tierra fértil, con una población de 1,700 almas, no se hallaba bajo el mando del eterno capitán de barco de guerra británico, sino que dependía nominalmente de la República de Honduras. Aceptando la invitación que para estos casos tenían siempre lista los habitantes de la isla, Wálker se preparó á tomarla como base de operaciones contra su antiguo enemigo el presidente Alvarez (*), y de punto de partida para llegar á su verdadero objeto. De consiguiente,

(*) El general D. Mariano Alvarez no era más que comandante de Yoro; Guardiola continuaba en el poder en Honduras.

en los primeros días de agosto de 1860, después de haber hecho arreglos para que importantes refuerzos vinieran á juntársele en Trujillo, zarpó de Mobila en la goleta *Clifton*, con cerca de cien hombres, entre los cuales estaban los veteranos Rúdler, Hénry, Dolan y Anderson, y llegó á Roatán el 15 del mismo mes. Allí lanzó la siguiente proclama al pueblo de Honduras, la cual es una confesión explícita de sus propósitos y deseos:

«Hace más de cinco años varias personas y yo fuimos llamados á la República de Nicaragua y se nos prometieron ciertos derechos y privilegios, á cambio de los servicios que debíamos prestar al estado. Nosotros prestamos los servicios que se nos pidieron, pero las actuales autoridades de Honduras entraron en una combinación para expulsarnos de Centro América. En el curso de los acontecimientos, los habitantes de las Islas de la Bahía se encuentran casi en la misma situación en que estaban los americanos en Nicaragua en el mes de noviembre de 1855. La misma política que llevó á Guardiola á hacernos la guerra, lo induce ahora á echar de Honduras á los habitantes de las Islas. El conocimiento de este hecho hizo que algunos vecinos de las Islas llamasen á los ciudanos adoptivos de Nicaragua, para que les ayuden á mantener sus derechos personales y los de propiedad; pero tan pronto como unos pocos ciudadanos adoptivos de Nicaragua respondieron á este llamamiento de los residentes en las Islas, deteniéndose á dar carena en Roatán, las autoridades hondureñas, temiendo por su seguridad, pusieron obstáculos para el cumplimiento del tratado de 28 de noviembre de 1859. Guardiola retarda el recibo de las Islas por hallarse en ellas unos pocos

hombres á quienes ha hecho daño; así es que por conveniencias de partido, no solamente perjudica los intereses territoriales de Honduras, sino que frustra por el momento uno de los objetos cardinales de la política de Centro América. Los habitantes de las Islas de la Bahía no pueden incorporarse á la República de Honduras sino mediante sabias concesiones, hechas en debida forma. Las autoridades que hoy existen en Honduras han demostrado con su conducta pasada que no harán las concesiones requeridas. La misma política que Guardiola siguió para con los nicaragüenses naturalizados, le impide ahora adoptar el único camino por el cual Honduras podría llegar á conservar las Islas. Por consiguiente, está en el interés común de los nicaragüenses naturalizados y de los habitantes de las Islas de la Bahía, el llevar al gobierno de Honduras aquellos hombres que estén dispuestos á otorgar los derechos que legalmente reclaman ambos estados. De esta manera los nicaragüenses tendrán asegurado el regreso á su país adoptivo, y los isleños de la Bahía obtendrán plenas garantías del poder soberano del cual deben depender conforme al tratado de 28 de noviembre de 1859. Con todo, para conseguir el objeto que buscamos, no haremos la guerra al pueblo hondureño sino tan sólo contra un gobierno, que no solamente se opone á los intereses de Honduras, sino de toda Centro América. Los hondureños pueden contar por lo tanto con toda la protección que hayan menester sus derechos, personas y propiedades (*).

«Wílliam Wálker»

(*) Para mejor inteligencia de esta proclama conviene recordar que en aquella fecha las islas de la bahía de Honduras estaban para ser devueltas á este país por Inglaterra que las detenía. Al salir para Roatán, Wálker se figuraba que la devolución era cosa hecha; pero los ingleses tuvieron conocimiento de sus proyectos y demoraron la entrega para frustrarlos.

La toma del puerto de Trujillo, situado en el continente, fué obra de media hora y en la acción sólo hubo algunos heridos de parte de los asaltantes. Wálker recibió una herida ligera en la cara. Apenas había sido ocupada la ciudad, cuando un vapor de guerra británico, el *Icarus*, hizo su entrada en escena. El capitán Salmon, que lo mandaba, notificó á Wálker inmediatamente que el gobierno inglés tenía una hipoteca sobre las rentas de aduana del puerto, que garantizaba ciertos reclamos, y que se proponía proteger los intereses de su gobierno tomando posesión de la ciudad. Wálker replicó que había declarado á Trujillo puerto franco y que por lo tanto no podía reconocer reclamos sobre rentas que ya no existían. El capitán se negó á reconocer cambio alguno en el gobierno de Honduras y le intimó perentoriamente la rendición, prometiendo, en caso de obediencia, transportar á los prisioneros á los Estados Unidos, y amenazando con bombardear la ciudad en el caso contrario. Entretanto el general Alvarez se preparaba á atacarla por tierra con 700 hombres. Colocado así entre la espada y la pared, Wálker resolvió evacuar á Trujillo, cosa que hizo en la noche siguiente, retirándose á pie por la costa con sólo 70 hombres. Por la premura de la retirada tuvo que abandonar todos los bagajes pesados y los pertrechos, y cada hombre conservó sólo treinta cartuchos; las demás municiones fueron destruidas en Trujillo. Cuando los ingleses desembarcaron á la mañana siguiente, apenas llegaron á tiempo para proteger á los enfermos y heridos contra la ferocidad de los hondureños. El *Icarus* tomó inmediatamente á su bordo al general Alvarez con una fuerza considerable y se fué navegando por la costa en persecución de Wálker.

En la desembocadura del Río Negro tuvieron noticia de que Wálker estaba acampado en el pueblo de indios de Lemas, al cual se despacharon los botes del *Icarus*. Allí encontraron á los aventureros en situación de no poder resistir á tan abrumadoras desventajas; habían llevado desde Trujillo sólo dos barriles de galleta, y como carecían de mantas y gabanes, muchos de ellos estaban enfermos de fiebre por haber dormido sobre la tierra húmeda y malsana. Llegar á Nicaragua en estado tan lastimoso habría sido imposible, aunque hubiesen abrigado la esperanza de encontrar allí hos pitalaria acogida. Los indios, al través de cuyos territorios habrían tenido que pasar, eran feroces y se mostraban hostiles hacia todos los intrusos, y Olancho (Olancho, ancho para entrar, angosto para salir) se hallaba en el camino. A la intimación que le hizo el capitán Salmon para que se rindiese sin condiciones, Wálker contestó preguntando si había de entregarse á las fuerzas británicas ó á los hondureños. El capitán Salmon le aseguró por dos veces, clara y terminantemente, que se rendía á las fuerzas de Su Majestad Británica; por lo que los filibusteros depusieron las armas y se les condujo á bordo del *Icarus*. Al llegar á Trujillo el capitán Salmon entregó sus prisioneros á las autoridades hondureñas, á pesar de la protesta de éstos y de la petición que hicieron para ser juzgados por un tribunal inglés. Pero el capitán Salmon no era más que un comandante joven y bastante presuntuoso, que no se dignó discutir el caso, aunque se interesó personalmente por obtener el perdón de todos los filibusteros, á excepción del jefe y de uno de sus fieles secuaces, el capitán Rúdler. West, Dolan y otros veteranos que habían tomado parte en la última intentona, ó eran desco-

nocidos de los hondureños, ó no se les consideró bastante importantes para merecer un severo castigo.

El capitán Salmon se ofreció á interceder por Wálker, siempre que éste quisiera solicitar sus buenos oficios en calidad de ciudadano americano; pero Wálker, recordando con amargura los males que su madre patria había desencadenado contra él, dió las gracias á Salmon y se negó á degradarse renegando del país de su adopción, que lo había honrado. El 11 de septiembre se le hizo comparecer ante un consejo de guerra, y después de un breve interrogatorio se le condenó á morir pasado por las armas á la mañana siguiente. Oyó pronunciar la sentencia con serenidad y se le condujo de nuevo á la prisión para prepararse á morir. A las siete y media de la mañana del 12 de septiembre de 1860, fué llevado al sitio donde debía ser ejecutada la sentencia; marchó sin ligaduras, con paso firme y tranquilo; en la mano izquierda llevaba un crucifijo, en la derecha un sombrero. A su lado iba un sacerdote recitando las oraciones de los agonizantes, delante de él marchaban dos soldados con los sables desenvainados; otros tres lo seguían con bayoneta calada. Al entrar en el cuadro formado por la soldadesca en la plaza, rogó al sacerdote que pidiese perdón en su nombre á los que pudiera haber ofendido en su última expedición; y colocándose luego en el banquillo fatal, se dirigió á sus verdugos en español, porque á ninguno de sus compañeros fué permitido presenciar la ejecución. Dijo:

«Soy católico romano. La guerra que emprendí á instancias de algunos vecinos de Roatán era injusta. Pido al pueblo que me perdone. Re-

cibo la muerte con resignación. ¡Ojalá que sea para bien de la sociedad!»

Y aguardó el momento fatal, tan sereno como nunca lo había estado, ni en la paz ni en la guerra. El capitán del pelotón dió una voz breve y bajó la punta de la espada; á esta señal tres soldados avanzaron hasta colocarse á treinta pasos del condenado y dispararon sus fusiles. Todas las balas hiceron blanco, pero la víctima no estaba muerta aún; entonces se adelantó un cuarto soldado, y colocando la boca de su arma en la frente de Wálker, le saltó la tapa de los sesos. ¡Así murió el último de los filibusteros!

Capítulo XVIII

Carácter de Wálker.—Fidelidad de un soldado.—Una anécdota.—Postrimerías de los filibusteros.—Epitafio de Hénningsen. Finis.

Wálker fué el último y el más grande de los filibusteros americanos. No era un grande hombre y por ningún caso un hombre bueno; pero fué el más conspicuo y el mejor de los de su clase. La ambición constituye su pecado. En él se considera pecado porque fracasó. Ante un fallo como éste no cabe apelación. Para la ambición frustrada no hay defensa; la ambición triunfante no ha menester ninguna. Pero el juicio que ha formado el mundo de su carácter y de sus acciones ha sido por demás severo. No fué el monstruo de insaciable crueldad que han pintado sus enemigos Era un hombre de instrucción profunda aunque limitada, fértil en expedientes y de gran audacia, de mucha calma y templanza en las palabras y en los hechos, y justiciero sin misericordia cuando exigía obediencia á los hombres turbulentos que habían ligado su suerte á la suya. Le faltaba el conocimiento del mundo; nada podía inducirlo á renunciar al más ínfimo de sus derechos para conseguir mayores ventajas. Ha-

bría mantenido la dignidad de su posición, aun á costa de la misma. El abogado deprimió al legislador cuando intentó confiscar de hecho las tierras de Nicaragua por medio de una argucia ilegal; asimismo su designio de restablecer la esclavitud era tan impolítico como nimio, injusto y bárbaro. Esto fué indudablemente el resultado de una honrada creencia en esa «institución divina», á la vez que un deseo de dar una prueba de simpatía á sus amigos entusiastas de los Estados Unidos; pero esta medida no tuvo más consecuencia que poner una arma más en las manos de sus enemigos del extranjero, sin darle mayor fuerza en los Estados Unidos. Era un reto lanzado á sus poderosos adversarios británicos y un ultraje sangriento inferido á los estados libres de la América Central, que le enajenó las simpatías de todos los que esperaban ver nacer los bienes de la civilización de los males de la conquista. Juzgándolo como él quería ser juzgado, es decir, por sus actos de gobierno, Wálker era inadecuado para el oficio de libertador. No sería equitativo criticar la administración interna de un caudillo que llegó al poder por el filo de la espada, por más que no se pueda negar que mantuvo el orden y aplicó la justicia con más eficacia que cualquier otro gobernante de Nicaragua desde la emancipación del país. El doctor Schérzer, inteligente viajero alemán que escribió en momentos en que el triunfo de Wálker parecía asegurado, se regocija de todo corazón del nuevo y grandioso porvenir que se abría ante la América Central; aplaude calurosamente la administración de justicia de Wálker, sin disimular sus errores, y ve «levantarse en el cielo tropical la estrella matutina de la civilización».

Wálker era humanitario en la guerra, y tan sólo permitió que se ejercieran represalias contra

los costarricenses, después de que éstos abusaron desvergozadamente de su lenidad, haciendo repetidas matanzas de prisioneros y de no combatientes (*). Los cuentos que han circulado acerca de su crueldad para con sus gentes, proceden de aventureros despreciables, despedidos del servicio, y principalmente de desertores. Si hubiera sido el tirano frío y soberbio que pintan sus enemigos, la fidelidad sin límites de sus satélites no tendría humana explicación. Ni la ambición ni la temeridad pueden explicar la conducta de los que le siguieron á todas partes, sin estar ligados por un juramento de lealtad. «El soldado Charles Brogan» está en la lista de los que se rindieron al final de la campaña de Sonora; entre los pasajeros del *Vesta* figura «el soldado Brogan»; con el mismo título aparece en el registro del ejército y en las listas de los heridos durante toda la campaña de Nicaragua. Todavía en 1857, cuando la segunda invasión de este país que terminó sin gloria en San Juan del Norte, «el soldado Charles Brogan» encabeza la lista de los prisioneros. ¿Presenciaría acaso la valerosa muerte de su jefe en Trujillo? ¿Habría partido ya en aquel entonces de este mundo, librándose así del trágico espectáculo? Este cronista no lo sabe y la Historia ¡ay! ha relegado al olvido á hombres de mayor mérito que el pobre satélite del casi olvidado filibustero. ¡Gloria á ti, soldado Charles Brogan, á quien no movieron visiones de fama ni de fortuna para servir tan leal y largamente al malhadado caudillo de una causa de contrabando!

La verdad del caso es que la actitud de Wálker para con sus oficiales de alta graduación fué

(*) Se olvida el autor del fusilamiento de D. Mateo Mayorga y de muchos otros hechos no menos bárbaros.

siempre ceremoniosa y estudiada, tal como la requería imperiosamente su posición. El trato familiar con esta clase de voluntarios habría sido la muerte de la disciplina; pero á sus más humildes secuases mostró la ternura y las consideraciones de un amigo y supo granjearse su respeto compartiendo con ellos los peligros. «Lo he visto—escribe Hénningsen—levantarse de la cama donde yacía enfermo, hacer cuarenta millas á caballo para combatir á los costarricenses, derrotar una fuerza tres veces superior en número, y después de esto dar su caballo á un soldado herido y andar á pie sus cuarenta millas de regreso, sin que, como dicen los muchachos, «se le arrugase el cuello de la camisa». Los hombres que cumplían con su deber hablaron siempre bien de Wálker; pero, como es natural, la mayoría de los que sobrevivieron á estas campañas tan sangrientas, fueron los bribones y cobardes, que regresaron á su país para infamar á sus compañeros. Con todo, muy pocos lo acusaron de egoísmo, salvo en lo tocante á su ambición. No tenía ningún apego al dinero, y los soldados de fortuna se quejaban del mucho batallar y falta de saqueo.

En la índole de Wálker había cierta tendencia á la mordacidad, que de vez en cuando asoma en las páginas de su libro. A propósito de la tentativa que hizo Guardiola para encender los corazones de sus soldados, propinándoles aguardiente antes de un combate en que fueron ignominiosamente derrotados, dice: «Las damajuanas vacías que se juntaron en el camino después de la refriega, parecían enormes balas de cañón que hubiesen errado el blanco». Hay acierto y agudeza en la siguiente observación: «La mejor manera de curar un movimiento revolucionario en Centro América, es tratarlo como un divieso: déjesele madurar y luego métasele la lan-

ceta para que salga todo el pus». La pompa presuntuosa de sus amigos y enemigos del país era una diversión para quien juzgaba con tanta sagacidad á los hombres y poseía el don de pintar un carácter con una sola frase; por ejemplo, cuando de la costumbre centroamericana de tomar á todo el mundo para el servicio militar, dice que es «el hábito inveterado de echar mano á un hombre y de amarrarlo con un fusil en la mano para hacer un soldado». De Kínney escribe que «había adquirido el conocimiento y la experiencia de los hombres que puede dar el comercio de las mulas». A su enemigo Márcy apenas lo menciona para hacer una alusión desdeñosa á la pifia que cometió este hombre de estado al referirse á Nicaragua como si fuese uno de los países de la América del Sur; y del presidente Mora se despide con estas palabras de adecuada clemencia: «Quédese Mora en el destierro como está Ugolino en el infierno: alejado y en silencio».

El sentimiento del ridículo era en él demasiado fuerte para que se departiese nunca de la rígida sencillez de modales y traje que tan exagerado contraste formaba con los vestidos charros y pomposas maneras de sus amigos del país. Su uniforme se componía de una levita azul, pantalones de color obscuro y un sombrero de fieltro negro con la cinta roja del ejército democrático; sus armas eran una espada y pistolas puestas en el cinturón, y no las llevaba sino en el campo de batalla, donde por cierto no le servían de ornamento.

El carácter de Wálker se parece por muchos lados al de Hernán Cortés. Ambos fueron conquistadores desautorizados y servidos por voluntarios; los fieles y valientes los sirvieron bien; los bribones y cobardes les obedecían por miedo. Nin-

guno de los dos temió la fatiga corporal ni el peligro, ni fué parco en exigir á sus subordinados igual valor y resistencia. Cortés triunfó de sus enemigos en el campo de batalla; pero con dificultad pudo vencer las maquinaciones de sus enemigos en la corte de España. Si Wálker hubiera sido conquistador español, habría conquistado á México como lo hizo Cortés: y si éste hubiese sido filibustero californiano, habría podido conquistar á Nicaragua, pero de seguro hubiera sucumbido ante Márcy y Vánderbilt.

Wálker tenía incuestionablemente una fe ciega en su estrella, y nunca dudó de que estaba destinado á desempeñar el papel de Cortés en Centro América, hasta el momento en que en Trujillo sintió sus muñecas oprimidas por el hierro de las esposas. Sin temor ni duda había desafiado la muerte en cien batallas y escaramuzas, y cuando ésta respondió al fin á su llamamiento, es posible que le diera la bienvenida y que se mostrara sincero al emitir el deseo de que fuese para bien de la sociedad.

Así murió, á la edad de treinta y siete años, el hombre cuya fama había llenado los ámbitos de dos continentes y que más de una vez puso en peligro la paz del mundo, que sólo lo recuerda bajo el aspecto desfigurado y falso de un monstruo y de un forajido. El país que le dió la vida y muy poco más, excepto la injusticia, olvidó en medio del sangriento conflicto en que pronto se vió envuelto, la fama y el destino de los filibusteros. La vorágine de la guerra civil arrastró gran número de los hombres de ánimo turbulento que habían sobrevivido á las sangrientas luchas de Centro América, y en ella perecieron muchos de los más valientes y capaces, que habían recibido su primera lección de guerra en aquella terrible escuela.

Como la mayor parte habían nacido en el Sur, por lo general se unieron á las filas de los confederados. Al primer llamamiento á las armas, Hénningsen ofreció sus servicios á los estados separatistas y se le dió un regimiento de la división de Wise, de la Virginia del Norte. Frank Anderson lo acompañó con el grado de teniente coronel y prestó buenos servicios á la desgraciada causa. Era éste uno de los más antiguos veteranos de Wálker, que había servido en las dos expediciones de Nicaragua; en la primera batalla de Rivas recibió tres heridas y fué dejado por muerto en el campo de batalla, pero consiguió arrastrarse hasta un escondite antes de que sus compañeros fueran sacrificados, y así pudo escapar con vida para reunirse con los suyos.

Hénningsen sirvió durante toda la guerra; pero á pesar de la experiencia adquirida en muchos campos de batalla y de la notable habilidad con que desempeñó su cargo subalterno, nunca llegó á ocupar una posición distinguida en el ejército confederado. Era por naturaleza un jefe de guerilleros, como debía esperarse de un discípulo de la escuela de Zumalacarregui, Shamyl y Wálker, y la campaña científica de la Península no le dió oportunidad para desplegar sus talentos; pero había abrazado la causa del Sur honradamente convencido de su justicia y la defendió con lealtad hasta el último día. Cuando llegó este día y con él la ruina, volvió á la vida privada, sin tener una carrera, y vivió tranquilamente y quitado de ruidos hasta su muerte, ocurrida en junio de 1877. En sus últimos años se mostró partidario entusiasta de los patriotas que sostenían una guerra estéril por la libertad de Cuba. En una ocasión visitó la isla con motivo de un proyecto de insurrección, pero no vió allí ninguna

probabilidad de que pudiera realizarse el plan. Murió repentinamente. Había estado enfermo durante pocos días; un amigo fiel, el coronel Gregg, militar que había peleado contra él en la guerra civil, velaba á la cabecera de su cama; el enfermo dormía, en tanto que el cerebro incansable soñaba. ¿Quién pudiera decir las visiones retrospectivas de aquel hombre cuya carrera abortada iba á terminar para siempre? De pronto abrió los ojos, se sentó en la cama, y al señalar hacia un grabado que representaba las armas de «Cuba libre», hubo en sus ojos un destello del fuego de antaño á la vez que exclamaba: «¡Coronel, todavía daremos libertad á Cuba!» Su pasión dominante se tradujo en sus últimas palabras. Un momento después cayó muerto.

Hénningsen fué considerado como el genio militar de la campaña de Nicaragua por los detractores de Wálker, los cuales, sin embargo, no podían negar el éxito maravilloso obtenido por éste; pero el mismo Hénningsen repudió siempre la inmerecida fama y fué el primero en adjudicar á su jefe toda la gloria que pudiera haberse ganado en aquel campo sin provecho. Murió tal cual había vivido, es decir, como un hombre leal y sencillo. Fué un caballero andante que nació con un retardo de varios siglos. El coronel John T. Píckett, filósofo bondadoso que fué uno de los que en el vigor de los años siguieron la malhadada bandera de un filibustero, ha hecho grabar en la tumba de Hénningsen la siguiente leyenda tomada de *Gil Blas*: *Inveni pórtum. Spes et fortuna valete! Sat me lusistis...... Ludite nunc alios* (*).

(*) Llegué al puerto. ¡Adiós esperanza y fortuna, bastante os habéis burlado de mí! Burlaos de otro ahora.

Los filibusteros que habían sido arrastrados por el viento hacia los valles resplandecientes de Nicaragua desde todos los rincones de la tierra, una vez pasada la tormenta regresaron al mundo pacífico y prosaico. De los más notables, tan sólo unos pocos vivieron para contar la extraña página de su vida de aventuras. Rúdler, que acompañó á su jefe en todas sus campañas y fué sentenciado á cuatro años de presidio después de la rendición de Honduras, regresó para correr la suerte de los confederados; lo mismo hicieron Wheat, Hicks, Fayssoux, Hórnsby y muchos otros. En las vicisitudes de la vida norteamericana unos pocos, como Doubleday y Kewen, llegaron hasta hacerse ricos, cosa que constituye tal vez la más extraña de las anomalías en la carrera de un filibustero. Los dos O' Neils eran hombres de valor indomable; ambos murieron peleando: Calvin, el menor de los dos, á la edad de veintiún años, después de haber adquirido una reputación de heroísmo que sobresalía aún en aquel valeroso grupo. Con pesar nos despedimos de esta partida de aventureros extraordinarios, héroes homéricos por más de un motivo, al hacer mención de Hénry y Swingle, los dos ingeniosos artilleros; de von Nátzmer, el húsar prusiano; de Pineda, el nicaragüense de gran corazón, hijo de un país que no lo merecía; de Hórnsby, Rawle, Waters, y de los cincuenta y seis que fueron *inmortales* un día.

El muy ameno escritor cosmopolita Láurence Oliphant, estuvo en un tris de añadir el mérito de haber sido filibustero á sus demás aventuras. Se agregó á una expedición que se hizo á la mar en Nueva Orleans en diciembre de 1856 con rumbo á San Juan del Norte, destinada á reforzar á Wálker en Rivas; pero el vapor *Texas* llegó tarde á su

destino; Spéncer y los costarricenses habían cortado ya la vía del Tránsito (*).

Poco queda que añadir á la historia del filibusterismo, que puede clasificarse entre las industrias muertas ó las perdidas artes, según se le quiera considerar. A despecho de los vaticinios de los profetas, el licenciamiento de un millón de hombres, al término de la guerra civil americana, se efectuó sin tropiezo. Las potencias europeas respiraron entonces con más libertad, satisfechas de ver que el agresivo *yanki* no era tan codicioso como lo habían pintado. Maximiliano de México pudo dormir en paz y los que fueron sus súbditos ingobernables reanudaron sus fraternales querellas, sin ser molestados del extranjero, y á la postre se entregaron á la prosaica paz y á la prosperidad. El filibusterismo murió, porque en realidad ya no tenía razón de ser. *Extender el área* de una esclavitud abolida, era algo tan paradójico como quijotesco (**).

. . . .

Los filibusteros fueron una raza varonil, dotada de vicios y virtudes de generoso origen. Desempeñaron un papel de no poca importancia en el escenario del mundo, aunque á menudo se extraviaron y equivocaron en el desempeño de este papel. Eran soñadores americanos; si hubiesen sido griegos ó escandinavos ó hubieran tenido la libertad de vagar por el mundo como en tiempos de Cortés, Balboa y Pizarro, habrían vencido como éstos y la Historia se hubiera mostrado más deferente

---

(*) Continúa relatando el autor las peripecias de la evasión de uno de los filibusteros que formaron parte de la expedición de López á Cuba y que permaneció año y medio preso en la isla.

(**) El autor relata á continuación la tragedia del *Virginius*.

con ellos. Sea como fuere, y á pesar de sus pecados y fracasos, no merecen el más riguroso de los destinos: ¡el olvido!

FIN

APENDICE

CARTA

DEL PRESIDENTE DON JUAN RAFAEL MORA Á DON NAZARIO TOLEDO, MINISTRO DE COSTA RICA EN GUATEMALA

Puntarenas, 8 de mayo de 1856.

Señor don Nazario Toledo.

Guatemala.

Mi apreciado amigo:

Ya sabrá V. por los partes oficiales y demás documentos publicados el brillante principio de esta campaña, en que la marcha desde la provincia de Moracia hasta Rivas fué un no interrumpido triunfo.

Nuestra situación el 19 de abril era la siguiente: 1,700 hombres (1) y una lucida oficialidad; guarnición en Rivas—bien fortificada como cuartel general,—La Virgen y San Juan del Sur, y por consiguiente éramos dueños del Tránsito. Managua, Masaya, la isla de Ometepe y toda la costa de Chontales, prontas á alzarse, mandaban diariamente comisionados á Rivas, donde recibían de mí órdenes, armas y toda clase de auxilios. Martínez, con su ejército de 800 á 1,000 hombres, se acercaba á Granada. Wálker, dos veces derrotado, perdía su prestigio; la

(1) El 20 de abril apareció el primer caso de cólera en el ejército; por consiguiente, si este dato es exacto, como de seguro lo es, debemos calcular las pérdidas de la batalla de Rivas en 800 hombres entre muertos y heridos, tomando por base la cifra de 2,500, que fueron los que entraron á Nicaragua en 1856.

deserción había cundido en sus filas y varios de sus jefes se me presentaban, ya pidiendo salvoconducto, ya ofreciéndome sus servicios. León—aunque aferrado siempre en sus errores y con la mira de sostener su preponderancia sobre el partido legitimista, temeroso de los ataques del Salvador y Guatemala, ó bien receloso de nuestro triunfo, aunque cacareando en sus prensas como victorias las derrotas de Wálker,—no se movía en su auxilio. Si en tales momentos se hubiese presentado en Nicaragua cualquier fuerza aliada, todo habría concluido. Costa Rica sola habría continuado su marcha victoriosa y concluido el voto universal destruyendo en su guarida al filibusterismo. Wálker ha tenido la astucia de propalar que ha recibido un auxilio de 750 hombres, pero esto es falso. Después de la derrota del 11 concentró en Granada cuanta gente tuvo en el río de San Juan, inclusa la guarnición del fuerte de San Carlos, y sólo contaba en todo con 800 hombres de pelea. No le atacamos, porque como teníamos en Rivas nuestro hospital, los almacenes y era, además, la llave del Tránsito y Wálker tenía la facilidad de llegar á dicha ciudad con toda su gente navegando cinco horas en vapor por la laguna, era pues imprudente dejarla desguarnecida, así como atacar á Granada con poca fuerza. Aguardaba para obrar refuerzos pedidos con anticipación y ya tenía aviso de haber salido tres buques armados para San Juan del Sur con gente, víveres, municiones, etc. Con la llegada del primero podía dejar 1,000 hombres guardando el Tránsito y marchar con el resto á Granada, procurando cortar á los filibusteros la retirada á los vapores. Los nicaragüenses alzados prometían incorporarse á nosotros al acercarnos, pero ni aun de esto necesitábamos. La campaña iba á terminar en diez ó doce días con el completo exterminio de Wálker. El 20 de abril se presentó el primer caso de cólera; el 21, á pesar de las precauciones tomadas y del sigilo guardado, comenzó el contagio á alarmar al ejército; desde ese día resolví la retirada contra mi deseo y contra el parecer de la mayoría de los jefes militares, que no habían calculado el peligro como yo. Ya puede V. figurarse mi angustia. A cada instante la plaga aumentaba en espantosa progresión; los buques anunciados no llegaban y no podíamos poner en salvo á los trescientos y tantos heridos que teníamos en el hospital de sangre, las municiones, los bagajes y despojos del enemigo, etc. Así pasamos cinco días, los más amargos de mi vida, hasta el 26 en que resolví dejar el mando y al efecto di mis órdenes al general Cañas y pasé á San Juan del Sur, para poder allí investigar las causas del retardo de los refuerzos, hacer lo posible para mejorar la organización de las fuerzas, y dado el caso del retardo, enmendarlo, preparar lo ne-

cesario y hacer más fácil, pronta y segura la retirada. Así fué. El 28 salió todo el ejército de San Juan del Sur, sin dejar atrás más que diez cajas de parque, que por falta de carretas no pudimos traernos; y dejamos también unos quince enfermos del cólera, que prefirieron morir á moverse; quedaron bajo la salvaguardia del cónsul de los Estados Unidos, al cuidado de un médico y con nota á Wálker en que se le ofrecía canje por éstos ó fusilar á los prisioneros en nuestro poder si no eran respetados.

Hasta Sapoá marchó el ejército en orden, á pesar del horrible estrago que en él hacía la peste. Allí, para prevenir dificultades, se mandó dispersar en grupos. Sólo así se han podido salvar nuestros soldados y el país. Según mi cálculo perderemos como 350 hombres, y se cortará el contagio á mi llegada al interior y entonces se sabrá exactamente el monto de nuestras pérdidas.

He presentado á V. el resultado fiel de esta tan brillante cuanto desgraciada campaña. Ahora voy á hacerle algunas reflexiones.

Cuando Costa Rica salvó sus fronteras, comprometiendo el honor de sus armas, la vida de sus hijos y la paz en que ha fundado siempre su creciente prosperidad, lo hizo por la más noble, por la más santa de las causas. No la movió un interés rastrero, no el ansia de gloria; pues si es cierto que en su marcha halló ya invadido el territorio, no contaba con ello al empuñar la espada. Su primer objeto era asegurar el bienestar de Centro América, y para obtener un pronto triunfo contó con las repúblicas sus hermanas.

Los compromisos contraídos por Guatemala eran de tal entidad, las seguridades ofrecidas por su comisionado D. Francisco Gavarrete eran tan francas y leales al parecer, que nos apresuramos, temiendo llegar tarde. Ni el honor costarricense podía permitir que se le adelantaran, ni cabía en su buena fe faltar á sus aliados en el momento de la lucha.

Con vergüenza y dolor he visto el engaño que ha sufrido esta noble República que me ha confiado sus destinos.

¿Cree V. que si Guatemala hubiera cumplido, que si al presentarme con un ejército por esta frontera hubiera ese gobierno hecho lo mismo por el lado de Honduras, hubiéramos sufrido esta desgracia causada por la estadía del ejército en Rivas? ¿Cree V. que León se hubiera sostenido, como lo ha hecho, causándonos mil males á pesar de su neutralidad?

En Liberia recibí nota de ese gobierno en la cual se me invita á no traspasar la frontera, dando por razón á tan miserable é intempestivo consejo las dificultades imprevistas que pudieran presentarse. Ya las sabía. Ese gobierno de farsa, en que el

maniquí de D. Patricio Rivas juega el primero y más degradante papel, había mandado comisionados á Guatemala y Salvador con el objeto de paralizar la justicia centroamericana, pretextando que Nicaragua es inofensiva, justa, feliz y que la Falange, que llaman *americana*, se compone de ciudadanos fieles, sin pretensión á usurpación alguna, y que por consiguiente nadie tiene derecho de imponer á Nicaragua la extrañación ó exterminio de tan virtuosa Falange.

¿Cómo puede ser posible que el gobierno de Guatemala se halle tan atrasado en ideas políticas, en derecho y sentido común que haya podido escuchar con paciencia las excusas de tan ridícula misión? Y aun concediendo al gobierno de León que tenga el derecho de perderse, ¿qué vale el tal derecho puesto en balanza con la integridad de las demás repúblicas centroamericanas, que corren hoy peligro inminente por su ignorancia y degradante maldad?

¡Muchas veces he repasado la nota á que se refiere, tan extraña é inesperada ha sido para mí!

Posteriormente, en Rivas, recibí carta particular de V. más extraña aún. Hay un párrafo que dice que ese gobierno le ha protestado que la suerte de Costa Rica le inspiraba compasión é interés, que haría en su favor cuanto pudiese, etc.

No necesita Costa Rica de la compasión de Guatemala; se basta á sí misma para su conservación y su defensa, lo cual sabrá probar. Ella está más bien en el caso de compadecer á quien no cumple tan sagrados compromisos, á quien por afectar una anticuada y ridícula diplomacia compromete una causa sagrada y común. Actualmente se venden en los Estados Unidos acciones sobre los territorios de Centro América que Wálker piensa conquistar. Veremos cuales de dichas acciones se hacen primero efectivas. Los terrenos de Costa Rica se podrán adjudicar cuando haya muerto el último de los naturales.

Ninguna noticia oficial he tenido de la marcha de las fuerzas guatemaltecas. Asegúrase, sin embargo, que están ya en tierras salvadoreñas, pero creo la expedición algo tardía y temo que pretexten nuestra retirada para efectuar la suya.

Sin embargo, es tiempo aún. La destrucción del filibusterismo está en los veneros que nutren esta hidra. Costa Rica puede cortar enteramente la navegación del río de San Juan del Norte, y el bloqueo de Realejo y San Juan del Sur completarían la obra. Así, ni de los estados del Atlántico de los Estados Unidos ni de California podrán nutrirse las filas de Wálker. Este pierde diariamente, en tiempos normales, de 8 á 10 hombres muertos de fiebre y de excesos; ahora con el cólera, que va á ser horroroso, unido á sus vicios, concluirán en dos ó tres

meses todos los soldados que tiene. El lucha, además, con varias dificultades Cortado el Tránsito, como realmente lo está, (*) no puede luchar con la compañía, y la clase de gente que lo acompaña no sufrirá largo tiempo sin paga en un país miserable siempre y que agotado ahora no presenta objeto á sus rapacidades. Supe en Liberia que los isleños de Ometepe, según me lo habían prometido, quemaron los depósitos de leña del servicio de los vapores del Tránsito. Martínez, unido á los nicaragüenses que aun tengan el valor de luchar, no dejará de darle mucho que hacer; mas, lo repito, su pérdida está en el bloqueo de los puertos, y si Guatemala comprendiera bien la situación y su interés, se haría cargo de cerrar las entradas de Realejo y San Juan del Sur, lo cual será muy costoso para Costa Rica, al paso que ésta puede cortar fácilmente la navegacion del río San Juan; pero después de lo que ha pasado nada espero ni creo de ese gobierno.

Lo dicho debe bastar para explicar á V. la nota que nuestro ministro le ha dirigido llamándole inmediatamente, orden que confirmo en privado, y le encargo efectúe el viaje sin demora, por tierra ó por mar, sin dar más explicación de él.

Quedo de V. atento,

JUAN R. MORA.

(*) Se refiere á la suspensión del servicio de los vapores.

La batalla de Rivas

DEL 11 DE ABRIL DE 1856 (*)

El llamamiento á las armas lanzado por D. Juan Rafael Mora para expulsar á Wálker y demás filibusteros de Nicaragua, me sorprendió en Puntarenas donde prestaba servicio como capitán de infantería, aunque á la sazón me hallaba gozando de licencia temporal.

En 1851, á la edad de veintiún años, ingresé en el servicio activo de las armas con el grado de subteniente y el empleo de secretario de la comandancia de la plaza de Guanacaste, de la cual mi padre, D. Rudesindo Guardia, era gobernador y comandante. Mi primo carnal, Joaquín Lizano, que después sirvió altos puestos públicos y ejerció interinamente la presidencia de la República, era entonces secretario de la gobernación.

Desde niño tuve afición á la carrera de las armas. Tanto en mi familia paterna como en la de mi madre hubo militares distinguidos. Mi padre fué coronel; mi abuelo, D. Víctor de la Guardia, llegó á obtener los entorchados de brigadier en la provincia de Panamá en tiempos del gobierno español; y en 1823, habiéndose trasladado á Costa Rica, la junta de gobierno lo nombró coronel del batallón provincial, que fué el grado más alto que se confirió en aquella época. Estimulado por estos antecedentes, me dediqué con empeño al estudio de la ordenanza y de la táctica y ascendí á teniente y después á capitán, no sin dificultad, porque antiguamente no se prodigaban como

(*) La presente relación de la batalla de Rivas ha sido dictada por el general D. Víctor Guardia, á solicitud de los editores de este libro.

ahora los grados militares, cuando menos á los que éramos llamados *veteranos* por haber hecho del servicio militar una carrera. El comandante general D. José Joaquín Mora había establecido una disciplina muy severa en los cuarteles y formó un cuerpo de 25 ó 30 sargentos instructores muy competentes, que prestaron importantes servicios, especialmente durante la guerra.

A principios de marzo de 1856 llegaron á Puntarenas las primeras tropas del interior y recibí orden de trasladarme con ellas al Guanacaste. Hicimos el viaje en bongos hasta El Bebedero; de allí seguimos á Bagaces y después á Liberia, donde se hallaba el general Cañas disciplinando algunas milicias guanacastecas. En esta ciudad se concentró todo el ejército, compuesto de unos 2,500 hombres, al mando del general D. José Joaquín Mora, y se le dió la debida organización. Don José María Cañas, que había sido nombrado jefe de estado mayor y que desde los primeros días me mostró gran simpatía, me propuso para el mando de un batallón; pero los señores Moras no quisieron acceder á esto, por cuanto decían que yo no era amigo suyo. Entonces Cañas me nombró su primer ayudante, puesto para mí muy grato, porque este jefe ha sido uno de los hombres más afables y bondadosos que he conocido, á la vez que valiente, enérgico y excelente militar. Antes de la salida de las tropas hubo una gran revista en Liberia y yo fuí nombrado para mandarla, supongo que por influencias de Cañas.

Nuestro ejército presentaba un aspecto admirable. Estaba formado en su totalidad por voluntarios, todos jóvenes y robustos, porque hubo de sobra donde escoger entre los millares de hombres que se presentaron al llamamiento del presidente. Los que no fueron elegidos regresaron á sus casas profundamente disgustados, tal era el entusiasmo que despertaba en todas las clases sociales aquella guerra tan justa. Entre los oficiales se contaban casi todos los jóvenes de las principales familias del país; algunos se habían alistado en calidad de soldados, entre ellos D. Próspero Fernández, más tarde general y presidente de la República.

Como ejemplo del entusiasmo que reinaba por la guerra, puedo citar el caso de mi hermano Faustino Guardia, que sólo tenía entonces dieciocho años. Se hallaba en Alajuela con mi madre cuando salió el ejército, y á pesar de sus repetidas solicitudes para que se le incorporase en las filas, no lo consiguió, entre otras cosas por la oposición de mi madre, que alegaba con justicia que ya tenía dos hijos en camino de la frontera, mi hermano Tomás y yo. Faustino, que era de espíritu muy inquieto y sumamente valeroso, no pudo consolarse de la negativa que se le opuso y se escapó de Alajuela en una mula cerril. Llegó

á Puntarenas, ciudad de que era gobernador mi padre, y después de recibir allí la merecida reprimenda, se me apareció un día en Liberia con lo encapillado y sin un real. Con el producto de la venta de un reloj y un doble sueldo que debí á la generosidad de Cañas, pude comprarle lo necesario y fué incorporado, con el grado de subteniente, al cuerpo de caballería que mandaba el sargento mayor veterano Julián Arias.

Habiendo llegado noticias al cuartel general de que fuerzas de Wálker se hallaban en territorio de Costa Rica, marchó de Liberia una columna de 500 hombres á las órdenes de D. José Joaquín Mora, en dirección á la frontera de Nicaragua. El 20 de marzo en la tarde salí con el general Cañas y un batallón y fuimos á dormir á Los Ahogados, á cuatro leguas de Liberia. Allí nos llevó en la noche un capitán nicaragüense, llamado Felipe Ibarra, la noticia de la victoria de Santa Rosa. Excuso decir la alegría que nos produjo, porque los filibusteros pasaban por invencibles. Al día siguiente continuamos la marcha y en el lugar llamado El Pelón nos juntamos con la vanguardia vencedora. Traía unos veinte prisioneros, la mayor parte europeos. Don José J. Mora, que era hombre compasivo, aseguró á estos infelices, en presencia mía y de otros oficiales, que no serían pasados por las armas. De El Pelón regresamos todos á Liberia. Llegados á esta ciudad, D. Juan Rafael Mora sometió á los prisioneros á un consejo de guerra, que estuvo reunido dos días. Mientras duraban las discusiones, uno de ellos, que era italiano, me reconoció como uno de los oficiales que habían oído las palabras del general y me suplicó que intercediera con el presidente. Yo creí de mi deber hacerlo; me presenté en el cuartel general, y llegando á presencia de D Juan Rafael le referí lo ocurrido en el El Pelón. Me contestó muy exaltado que si yo pretendía favorecer á los filibusteros; que éstos eran hombres considerados como fuera de la ley en todos los países del mundo; que era necesario escarmentarlos, etc. Por mi parte contesté que la palabra de un general también era ley en todas partes; pero el resultado fué que salí con las cajas destempladas. El consejo de guerra dictó sentencia de muerte contra los prisioneros, que fué ejecutada en Liberia. En mi calidad de jefe de día me tocó el penoso deber de llevar las tropas á presenciar la ejecución. Por fin salimos para la frontera y nos concentramos todos en Sapoá, donde se pasaron algunos trabajos por la escasez de víveres, que había que traer desde Liberia en unas pocas mulas que iban y venían constantemente. La carne no faltaba, pero un plátano llegó á valer hasta dos reales.

Estando en Sapoá tuvimos aviso de que desde la bahía de Potrero Grande habían visto pasar un vapor navegando al sur

con un barco de vela á remolque, y se temió que pudiera ser una nueva expedición de Wálker dirigida contra nuestras costas. Inmediatamente se dispuso que el general Cañas regresase á Liberia con el batallón que mandaba el sargento mayor D. Juan Francisco Corrales. Yo me encontraba en un lugar llamado Las Animas, situado como á una hora de Sapoá á caballo, y me incorporé al batallón cuando por allí pasó á las seis de la tarde. Anduvimos toda la noche sin parar, y al día siguiente entramos á Liberia á las diez de la mañana, después de una terrible jornada de veinte leguas, que el batallón soportó valientemente, sin una protesta ni un murmullo, con la disciplina y sumisión de una tropa encanecida en el servicio de las armas.

En Liberia permanecimos poco tiempo, hasta que se supo que el vapor pertenecía á la compañía del Tránsito y que el buque que llevaba á remolque iba cargado de carbón. Regresamos entonces á Sapoá, de donde había partido ya el ejército, y continuamos hacia Rivas. El 10 de abril en la tarde acampamos á una jornada corta de esta ciudad. Estábamos preparando el rancho cuando recibió Cañas un correo del cuartel general con la orden urgente de apresurar su llegada, porque se temía un ataque de Wálker de un momento á otro. En el acto se puso el batallón en marcha sin comer y á las nueve de la noche entramos á Rivas. En una casa situada frente á la que ocupaba el presidente Mora y el estado mayor general, fuimos alojados los ayudantes de Cañas. Rendidos de cansancio nos metimos inmediatamente en la cama sin pasar bocado.

A la mañana siguiente, después de bañarme y endosar un uniforme limpio, me dispuse á salir en busca de una taza de café que me pedía el cuerpo con urgencia. En el momento en que asomé á la calle vi que llegaba un hombre á todo correr á la casa del frente que, como he dicho ya, era la que ocupaba el estado mayor general. Después supe que este hombre era un rivense, que si mi memoria no me es infiel se llamaba Padilla. Comprendiendo que algo sucedía, me acerqué á las gradas de la casa del frente. Oí entonces que aquel hombre decía con voz alterada que hallándose en el solar de su casa había visto á los filibusteros en las Cuatro Esquinas. Uno de los oficiales presentes, D. Luciano Peralta, le contestó con zumba que de seguro su mujer debía hallarse de parto cuando estaba tan asustado. Corrido y mohino el hombre por esta respuesta intempestiva, dió la vuelta y bajó las gradas; pero en aquel mismo instante exclamó señalando hacia el este: «No me quieren creer; véanlos, ahí vienen». Varios jefes y oficiales salieron á la puerta y todos pudimos divisar en dirección de la iglesia y como á unas cuatrocientas varas de distancia, una tropa que entraba en

columna cerrada y á paso de carga. ¡El enemigo nos había sorprendido!

Hubo entonces en el cuartel general la confusión inevitable en estos casos. El general Cañas llegó pocos momentos después á caballo á pedir órdenes; yo le pregunté que si debía seguirlo y él me mandó que lo aguardase allí. Un capitán Marín, artillero, conocido con el apodo de Burro Marín, recibió la orden de contener al enemigo con un cañoncito de cuatro libras que estaba cerca. La casa ocupada por el presidente Mora se hallaba en una esquina, á doscientas varas al oeste de la plaza. Marín, acompañado de unos pocos hombres, avanzó hasta llegar á corta distancia de la plaza; pero ya los filibusteros eran dueños de ésta, del Mesón de Guerra y del Cabildo. Casi todos los artilleros fueron muertos, el mismo Marín herido y el cañoncito cayó en poder de los yankis; pero este movimiento contuvo su avance y salvó al estado mayor general que pudo haber sido hecho prisionero si el enemigo hubiera avanzado hasta la siguiente esquina.

Los yankis metieron el cañoncito por una de las puertas del Mesón. De allí lo empujaban hacia la calle con la puntería baja y desde dentro lo disparaban con un cordel; luego lo volvían á meter para cargarlo, arrastrándolo con unas cuerdas que amarraron de la cureña. Don José Joaquín Mora me ordenó entonces que con media compañía, ó sean cuarenta y cinco hombres, fuese á recuperar el cañón. Salí á la calle con mi gente, que mandé abrir en dos filas, recomendando á los soldados que fuesen amparándose á las ventanas, que por ser voladas ofrecían algún abrigo, y que no quitasen los ojos del cañón, porque como lo disparaban en la forma que he dicho, la metralla iba unas veces á la izquierda, otras á la derecha; pero lo que más daño nos hacía era el fuego de los rifles desde el Mesón y el Cabildo. Necesariamente tuve que pasar repetidas veces de un lado de la calle al otro durante el trayecto, para esquivar la metralla ó animar á los soldados que se agolpaban en las ventanas. De los aleros nos caían sin cesar pedazos de tejas rotas, porque íbamos materialmente bajo una lluvia de balas y de metralla. Así anduvimos cien varas. En la esquina noroeste del Mesón y á unas cincuenta varas próximamente del sitio donde se hallaba la pequeña pieza de artillería, nos salió de pronto al encuentro un grupo de filibusteros. Mandé entonces unir las filas y cargué contra ellos, obligándolos á refugiarse en el Mesón. Tan sólo uno hizo frente y fué acribillado á bayonetazos. Yo le quité el rifle, que conservé durante algunos años como recuerdo de aquel día sangriento.

El destacamento que acabábamos de poner en fuga había

salido del Mesón á posesionarse de un fortín, resto de una antigua línea de defensas y situado en la esquina nordeste de la manzana en que estaba la casa ocupada por el cuartel general Considerando que con los pocos hombres que me quedaban era locura intentar apoderarme del cañón, y por otra parte el inmenso peligro que habría en permitir que una posición de tal importancia cayera en poder del enemigo, hice entrar al fortín los trece hombres que me quedaban. ¡Treintaidós habían caído en el camino! Este fortín estaba levantado sobre las paredes de una casa á medio construir, calle de por medio con el Mesón, y cuyas puertas y ventanas, menos una, estaban obstruídas con adobes. En el acto mandé aviso al cuartel general, por dentro de los solares, de haber ocupado el fortín y pedí órdenes al mismo tiempo. Se me contestó que lo conservase á todo trance y me mandaron un refuerzo de 10 ó 12 hombres al mando del oficial D. Rafael Bolandi, que fué herido al entrar al fortín desde el techo del Mesón, donde se habían situado muchos tiradores yankis. Procedí entonces á cerrar con adobes la única ventana que no lo estaba. En esta faena me mataron varios hombres.

Desde la parte alta del fortín abrimos el fuego sobre el enemigo, que se refugió en el Cabildo y el Mesón. Uno de los soldados me facilitó una carabina Minié, arma de las más perfectas de aquella época, que tiraba una bala cónica de onza y media, la cual producía un ruido muy semejante al maullido de un gato (*). Con esta carabina hice varios disparos sin resultado á un jefe yanki que llevaba lujoso uniforme y sombrero con penacho. Este jefe se asomaba de vez en cuando al corredor del Cabildo, blandiendo la espada y animando á su gente, pero se metía de prisa dentro del edificio al oír el desagradable sonido de las balas de mi carabina. Con un filibustero grande, gordo y de camisa roja tuve mejor acierto. Frente á la entrada del Cabildo que miraba al sur, había un descanso de mampostería, con gradas á oriente y poniente. El filibustero se había echado de barriga sobre las que bajaban hacia el este y desde allí nos disparaba, apoyando su rifle sobre el descanso y ocultándose después de cada tiro. Habiendo observado su maniobra, puse cuidadosamente la puntería al descanso y aguardé. A poco surgió la mancha roja de la camisa á ciento cincuenta

(*) «Bréwester también había logrado despejar el lado de la plaza por donde había entrado, y con la compañía del capitán Anderson al frente llevaba adelante su columna hacia las casas ocupadas por los costarricenses. Sin embargo, unos cuantos enemigos armados con fusiles de precisión habían tomado posesión de la torre al frente de los rifleros, y tanto los molestaron que finalmente tuvieron que ponerse á cubierto». WÁLKER, *Historia de la guerra de Nicaragua*.—N. del E.

varas y largué el tiro. No volvió á asomar el yanki; pero al día siguiente, cuando ya no me acordaba del asunto, pasé por frente del Cabildo y de pronto me estremecí al ver tendido en las gradas á un hombrazo de camisa colorada, y de prisa me desvié de aquel sitio.

Insistiendo el estado mayor en recuperar el cañón, mandó con una guerrilla al valiente capitán veterano Vicente Valverde, que avanzó con mucho denuedo hasta el fortín. En este momento observé que se preparaban á hacer una descarga cerrada del Cabildo y grité á los de la guerrilla que se echaran al suelo, cosa que hicieron los oficiales Macedonio Esquivel y un Mayorga, de Cartago, así como algunos soldados; pero Valverde era sordo y sin duda no me oyó. Se quedó suspenso y mirando á un lado y otro, como buscando la explicación de alguna cosa. Sonó la descarga y Valverde cayó muerto sobre un montón de cadáveres. En otro ataque que se hizo con igual objeto, fueron heridos en el mismo sitio los capitanes D. Joaquín Fernández y D. Miguel Granados, pero yo no los vi caer. Fernández tuvo la presencia de ánimo de fingirse muerto, porque los filibusteros tiraban sobre los heridos. Granados estuvo agitándose y lo ultimaron desde el Mesón.

El sargento mayor D. Juan Francisco Corrales estaba acuartelado con su batallón, compuesto casi todo de gente de Alajuela, en una casa situada diagonalmente con la esquina sudoeste del Mesón. La entrada de los filibusteros lo sorprendió á medio vestir, y tomando su espada se echó á la calle con un pantalón blanco y en mangas de camisa. Estuvo peleando allí largo rato á pecho descubierto con admirable arrojo y perdió mucha gente en su empeño de desalojar al enemigo del Mesón. Más tarde atravesó la calle y vino al fortín por dentro de los solares á preguntarme si le podía dar algunos hombres. Le contesté que era imposible porque tenía muy pocos, pero le indiqué una puerta entre dos solares, por donde podría llegar al cuartel general. Al cabo de una hora próximamente lo vi volver con unos veinte soldados por mitad del solar. Le grité de lo alto del fortín que se guareciera del fuego que hacían desde el tejado del Mesón, pero en ese mismo instante cayó. Un sargento salvadoreño llamado Cipriano, que lo acompañaba, se precipitó á auxiliarlo, preguntándole dónde estaba herido. «Me han matado—le contestó Corrales;—pero no importa, porque muero con honra». La muerte de este jefe fué muy sentida. Era un caballero muy valeroso, simpático y de muy buena presencia. Después se dijo, no sé por qué, que lo había matado un alemán que lo conocía muy bien y había sido jardinero de los Moras antes de ingresar en las filas de Wálker.

En un momento del combate que no puedo precisar, vi venir por la parte norte de la ciudad á mi querido amigo el capitán Carlos Alvarado montado en una mula. Cuando iba á llegar á la esquina le grité que tuviese cuidado con los enemigos del Mesón. Carlos no se detuvo, sin embargo, y dobló la esquina hacia el oeste, en dirección del cuartel general. Luego me dijeron que lo habían herido al llegar allí; pero su hermano D. Rafael Alvarado, que vino después al fortín, me dió la triste noticia de su muerte.

Más tarde presencié el acto heroico de Juan Santamaría. Lo vi desprenderse del cuartel de Corrales con una tea, atravesar la calle y aplicarla al alero de la esquina sudoeste del Mesón. Regresó sano y salvo. A poco lo vi salir de nuevo y hacer lo mismo; pero esta vez, al retirarse, cayó hacia media calle. Yo conocía á Juan Santamaría como á mis manos. Siendo niño viví largo tiempo en Alajuela. Santamaría era tambor en el cuartel y ya desde entonces se le daba el mote de *El Erizo.* Cien veces me bañé con él y otros granujas en los ríos que corren en las cercanías de aquella ciudad. Su acción heroica la presenciamos muchos y no sé cómo ha podido decir el doctor Montúfar en su libro *Wálker en Centro América*, que «puede asegurarse que en los días posteriores á la acción de Rivas no se hablaba de él, aunque se repetían los actos de heroísmo de otros combatientes». Fué todo lo contrario. Tanto en los días inmediatos á la batalla, como en la retirada del ejército, el nombre del héroe alajuelense estaba en todas las bocas. Esto yo lo afirmo y lo certifico, y me hago la ilusión de creer que alguna fe merece la palabra de un viejo militar de setenta y ocho años, que ama la verdad por cima de todas las cosas. En tiempos de la administración de D. J. J. Rodríguez, cuando se erigió la estatua de Santamaría, se hizo una información de testigos presenciales del hecho. En ella no figura mi declaración porque la persona encargada de seguirla creyó indigno de su grandeza venir á mi casa á recibirla. El no aparecer el nombre de *El Erizo* en los partes oficiales no prueba nada. Basta leer esos documentos, concisos y vagos, para convencerse de que en ellos faltan muchas cosas. Por otra parte, hubo tal derroche de heroísmo el 11 de abril de 1856 en Rivas, que se habrían necesitado muchas páginas para consignar todas las acciones dignas de pasar á la posteridad.

Dentro de la casa me mataron seis ó siete hombres por los pequeños espacios que mediaban entre los adobes y que nos servían de aspilleras. Combatíamos contra los del Mesón con calle de por medio, es decir, á la distancia de unas ocho varas, y era tan buena la puntería de los yankis, que se necesitaba ver-

daderamente un valor temerario para acercarse á las ventanas. Recuerdo á un pobre soldado santacruceño, que por nada en el mundo quería arrimarse á la aspillera. Dediquélo entonces á traer agua de un pozo que había en el solar de la casa, porque nos moríamos de sed. Iba allí el hombre á cada rato con una pequeña caja de lata suspendida de un cordel, bajo una lluvia de balas que le tiraban del tejado del Mesón, y nos la traía llena de agua. No me explico cómo no lo mataron veinte veces en esta tarea peligrosísima. Pero bien dicen que no hay corazón traidor á su dueño. El infeliz se resolvió al fin á disparar su fusil por una aspillera y allí quedó muerto. También me mataron al teniente Juan Ureña, que situé con un piquete en una cocina separada de la casa, para hostilizar á los del tejado del Mesón. Se vino por el solar hacia el fortín y cayó en el trayecto.

Llegada la noche oímos á un herido que se quejaba en la calle. Un joven cabo me dijo de pronto: «Capitán, conozco esa voz. Es la de D. Joaquín Fernández. Yo me crié en su casa». Guiado por las quejas reconocí que el herido se hallaba frente á una de las ventanas y dispuse que se quitaran los adobes que la cerraban para socorrerlo; pero no hubo nadie que quisiese obedecer la orden. Entonces yo mismo los fuí quitando con muchas precauciones. Después, ayudado por mi gran estatura, saqué rápidamente una pierna á la calle, agarré al herido y me dejé caer bruscamente con él dentro de la casa, lo que le arrancó un grito de dolor, á la vez que nos hicieron algunos disparos. Era en efecto mi amigo Joaquín Fernández. «Gracias á Dios—me dijo—que ya estoy entre los míos». En seguida pidió agua y después de beberla me contó que durante todo el día había e tado oyendo mis órdenes, pero que estaba tan ronco que no reconoció mi voz. Me refirió también que de tal manera lo había atormentado la sed, que tuvo que calmarla bebiendo sus propios orines. Lo hice trasladar al cuartel general para que lo curasen.

En la madrugada hubo un fuego violento, motivado por la retirada de los filibusteros á la iglesia. El silencio que reinó después me hizo sospechar que habían abandonado el Mesón, y á eso de las cinco de la mañana mandé pedir permiso al cuartel general para registrar el edificio. Me contestaron que no debía moverme de mi posición por ningún motivo. Poco después supimos la fuga de Wálker y sus filibusteros. Pasada la excitación de la batalla. el estómago, reclamando sus derechos, me hizo recordar que desde la antevíspera en la mañana no le había echado nada; pero no se encontraba ni una taza de café. A eso de las once del día tuve una impresión gratísima. Se me

presentó de pronto un individuo llamado Luz Calderón con una mula cargada de quesos, rosquillas y tamales dulces que me enviaban desde la hacienda de Catalina, perteneciente á mi tío D. Rafael Barroeta. Excuso decir la entusiasta bienvenida que le di.

El espectáculo que presentaban las calles de Rivas el 12 de abril de 1856 era aterrador. Por todas partes había montones de cadáveres. Los heridos eran cosa de trescientos, y los muertos más todavía. La calle entre la esquina del fortín y la casa del estado mayor general, parecía un desmonte. Allí cayeron los capitanes Vicente Valverde, Carlos Alvarado y Miguel Granados, el teniente Ramón Portugués y si mal no recuerdo Florencio Quirós En el solar de la casa que yo ocupaba yacían el sargento mayor Juan Francisco Corrales y el teniente Juan Ureña. En verdad, la alegría del triunfo no compensaba la pérdida de tantos valientes y abnegados hijos de Costa Rica.

Para honra de nuestras armas debo decir que no hubo un solo desertor ni un solo prisionero. El único hombre que desapareció fué un músico de la banda militar de la plaza de Heredia, conocido con el apodo de *El Cuáquero*. Este individuo era un original que tenía la chifladura de gastarse todo su dinero en ropas; parece que tenía hasta un frac. Cuando llegó el ejército á Rivas alquiló un cuarto en el Mesón de Guerra, alojandose en él con su lujoso equipaje Estaba todavía en la cama cuando entraron los filibusteros, y como no se le volvió á ver nunca y su cadáver no fué hallado, se supone que se quemó en el incendio del Mesón.

En los momentos de la sorpresa la mayor parte de los soldados estaban dispersos por la ciudad desayunándose, pero inmediatamente acudieron todos á sus diferentes cuarteles. Calculo que en la batalla tomaron parte unos 1,500 hombres cuando más; porque en San Juan del Sur estaba un batallón y otro en La Virgen, que llegó en la tarde con D. Juan Alfaro Ruiz. El del coronel Ocaña no entró en combate, porque fué puesto de reserva para proteger la retirada en caso de necesidad. Entre las recompensas otorgadas por la orden general del día 12 de abril, tuve la satisfacción de leer mi ascenso al grado de sargento mayor.

Esta relación no es la de la batalla de Rivas del 11 de abril de 1856, sino tan sólo la de los incidentes que yo pude ver de ese combate memorable, uno de los más sangrientos y encarnizados que se han librado en el suelo de la América Central. En él se prodigó el heroísmo, pero también hubo gran lujo de inexperiencia, cosa muy natural tratándose de un ejérci-

to bisoño. Las tentativas para recuperar el cañón perdido por Marín fueron una insensatez, apenas comparable á las cargas de caballería contra casas aspilleradas. Esto último yo no o presencié, pero me fué referido por mi hermano Faustino, que tomó parte en ellas. Al principio se pensó en perseguir á Wálker, y fué mucha lástima que así no se hiciera, porque el famoso filibustero iba deshecho y escarmentado, y creo que si le hubiésemos dado alcance en Nandaime, donde se detuvo para esperar á los rezagados, habría terminado la guerra. En la mañana del 12 se formó una columna de 800 hombres al mando de Cañas para perseguirlo. Esta columna estaba dividida en cuatro secciones de 200 soldados, que debíamos mandar D. Santiago Millet, D. Indalecio Sáenz, otro jefe cuyo nombre no recuerdo y yo; pero luego se abandonó el proyecto.

A eso del mediodía del 12 recibí orden del general Cañas para ir á capturar á un filibustero portugués muy peligroso, que según se decía estaba escondido en la hacienda de San José, situada como á legua y media de Rivas. Partí con dos oficiales, uno de ellos era Román Rivas, nicaragüense. Llegados á la hacienda no encontramos más que á una vieja, que se negó á hablar hasta que la atemoricé con amenazas. Entonces me confesó temblando que el portugués estaba oculto en un ranchito y que tenía un revólver y un rifle. De lejos nos mostró el rancho y echó á correr. Nos acercamos, y entrando de sopetón puse mi revólver en el pecho del filibustero que estaba echado en una hamaca y herido en un brazo. Mis ayudantes se apoderaron de sus armas y de una valija donde estaban los papeles que quería coger el estado mayor. Después monté al portugués, que era hombre fornido y mal encarado, en una yegua de la hacienda, que ensillamos con una albarda, y me lo llevé á Rivas.

Al echar pie á tierra en mi alojamiento recibí orden de Cañas para presentarme inmediatamente á su despacho. Lo encontré rodeado de jefes y oficiales, escribiendo en una mesa y, contra su costumbre, de muy mal humor. Me mandó tomar asiento y cuando acabó de escribir me tendió un pliego cerrado junto con una orden dirigida al coronel Ocaña para que me diera cincuenta hombres; y después de mandar á dos dragones y á un corneta que me siguiesen, me dijo: «Tome V. el camino de La Virgen. Cuando llegue á Las Lajas abra este pliego y haga lo que en él se le ordena». A lo que respondí: «Sus órdenes serán cumplidas, mi general». Saludé y di media vuelta. Al salir oí que Cañas pronunció algunas frases de encomio para

mí. Después supe que varios oficiales se habían negado á desempeñar aquella misma comisión con 400 hombres.

Cuando llegué á Las Lajas abrí el pliego. En él se me ordenaba que siguiera hasta La Virgen con muchas precauciones, porque había noticias de que en ese puerto se hallaba Wálker; que en caso de que así fuera me replegara á Rivas sin empeñar combate. Continué mi camino y al llegar cerca de La Virgen despaché á uno de los dragones á la descubierta, el cual regresó diciendo que no había ningún enemigo en el puerto y que allí me aguardaban para festejarme, inclusive el agente de la compañía del Tránsito, que me hospedó en su casa. Al día siguiente Cañas me mandó el resto del batallón, unos 350 hombres, con orden que me llevó Faustino Guardia para que me quedase en La Virgen, por si Wálker intentaba desembarcar allí.

La terrible epidemia de cólera que estalló en Rivas á fines de abril vino á destruir el fruto de nuestra victoria, obligándonos á emprender la retirada. En ausencia de los generales Moras, D. José María Cañas tomó el mando del ejército y nunca como entonces mostró este ilustre jefe su grandeza de alma y la bondad de su corazón. Todos lo adorábamos y con justicia, porque fué un verdadero padre de los soldados en aquellos días aciagos. Tarea muy larga y muy triste sería la de referir los horrores de la epidemia y los sufrimientos del ejército. Muy pocos se libraron de la peste. A mí me atacó en El Ostional. Durmiendo estaba en una hamaca cuando sentí los primeros síntomas; por suerte, á mi lado reposaba el doctor D. Fermín Meza, único médico que nos había quedado. Lo desperté y acudí á su ciencia. «Si el ataque es agudo—me dijo el buen D. Fermín—sólo Dios te puede salvar; si es benigno tómate ésto, que te lo convertirá en disentería». Me hizo beber entonces la mitad del contenido de un frasquito, advirtiéndome que la dosis restante la guardaba para él. El resultado fué tal como me lo pronosticó, y en Liberia un médico francés, filibustero, llamado Lavallée, me curó la disentería y salvó á mi hermano Faustino del cólera.

Hallándonos en Sapoá de regreso, llegó una noche el barón prusiano von Bulow, hombrazo corpulento que tenía un apetito formidable, pidiendo qué comer. El general Cañas le dijo que sólo podía ofrecerle un jamón, una caja de galleta y otra de ginebra. «¡Nada mejor!» exclamó alegremente el prusiano, y sacando una navaja hizo el jamón en rebanadas; dió una pequeña parte á sus dos ayudantes, alemanes como él, y devoró el resto con gran satisfacción y no menor acompañamiento de ginebra. Cañas le preguntó si no tenía miedo al cólera, á lo que

replicó el barón con la boca llena: «La colera se cura con una purganta fuerte, fuerte, fuerte». A la mañana siguiente nos avisaron que estaba malísimo. No quisimos dejarlo abandonado y nos lo llevamos en una hamaca á Liberia. Después supe que había podido levantarse de la cama y que anduvo vagando por la población completamente desierta, envuelto en una bata, sin haber podido hallar quien lo auxiliase, porque todos los habitantes habían huído por temor al contagio, y fué voz pública que murió de necesidad. ¡Pobre barón Bulow, que puso su espada y su ciencia de ingeniero militar al servicio de nuestra causa!

Cuando llegamos á Liberia se dictó una orden general el 5 de mayo disolviendo el ejército. Cada oficial recibió una cuarta, cada soldado un escudo, y se nos dijo á todos que nos fuésemos á nuestras casas como pudiéramos.

¡Así fué licenciado aquel valiente ejército, el mejor de cuantos ha puesto Costa Rica sobre las armas!

VICTOR GUARDIA.

Mis recuerdos de la batalla de Rivas (*).

Por casualidad me tocó asistir al terrible y muy sangriento combate del 11 de abril de 1856 en Rivas. Al fraccionarse el ejército en Santa Clara fuí destinado á San Juan del Sur con un batallón que mandaba el coronel D. Salvador Mora, y ocupamos aquel puerto sin ninguna dificultad, porque la guarnición enemiga que en él estaba se retiró al tener noticia de nuestra próxima llegada.

Sabedor de que el coronel Mora se proponía hacer una visita á Rivas, le rogué que me llevara consigo, porque deseaba conocer la ciudad y ver á los parientes que allí tenía en el ejército. El jefe consintió y al siguiente día, 11 de abril, salimos á caballo de San Juan del Sur á las cinco de la mañana, con los ayudantes del coronel. Cuando llegamos á las cercanías de Rivas oímos los primeros tiros y unas mujeres que encontramos en el camino nos informaron del ataque de los filibusteros. El coronel mandó á uno de sus ayudantes que se adelantase para pedir instrucciones, y el oficial regresó poco después al sitio donde lo aguardábamos trayéndole la orden de que siguiese á Rivas y me llevara en su compañía, porque se necesitaban mis servicios.

A la entrada de la ciudad encontramos al general Cañas con unos ayudantes y algunas tropas. Al verme exclamó: «¡Adelante, Sáenz; hay muchos heridos!» El coronel se quedó hablando con Cañas y yo me metí por las calles de la población sin saber á donde dirigirme. Al pasar por frente de una casa oí que me llamaban á voces y me detuve. Era el presbítero D.

(*) Esta relación ha sido escrita por el coronel D. Andrés Sáenz, decano de la Facultad Médica y de los cirujanos militares de la República, á solicitud de los editores del presente libro.

Francisco Calvo; estaba en una puerta con estola y la caja de los santos olios en la mano. «¡No siga porque lo matan!» me gritó. Noté que se hallaba sumamente emocionado y me dijo que dentro de aquéllas casas había muchos heridos. Eché entonces pie á tierra dejando abandonado mi caballo que nunca volví á ver, y habiendo entrado á la casa atravesé toda la manzana de norte á sur por dentro de los solares, hasta llegar á un edificio situado calle de por medio con el Mesón de Guerra y al norte de éste. En una sala muy espaciosa, cuyas ventanas estaban atrincheradas, hallé una fuerza de los nuestros que combatía contra los filibusteros del Mesón. El fuego era terrible, las balas entraban por muchas partes y tuve que hacer la primera cura á los heridos echado de barriga para que no me matasen. Estuve después en otras casas de la misma manzana, en las cuales había también numerosos heridos. En la tarde pudimos trasladarlos á un edificio que llamaban la Casa de Maliaño, donde se improvisó un hospital. Para hacer frente á la enorme tarea de asistir á tantos heridos como había, sólo estábamos tres médicos: el cirujano mayor D. Carlos Hóffmann, el doctor nicaragüense Bastos y yo. Teníamos además un ayudante, Carlos Moya, que había hecho algunos estudios de medicina. El doctor Alvarado estaba en Liberia asistiendo á los heridos de Santa Rosa, y D. Fermín Meza se hallaba ausente con licencia, pero regresó á Rivas pocos días después de la batalla.

Hubo trescientos heridos ó más y muy cerca de quinientos muertos (*). Si un hospital de guerra es siempre una cosa terrible, en aquella época, en que aun no se conocían entre nosotros los anestésicos, era un espectáculo de que no se puede tener idea cabal sin haberlo visto. ¡Cuánta miseria y cuánto sufrimiento! Para colmo de males, la epidemia de cólera vino pronto á triplicar nuestra tarea ya tan pesada.

La misión del médico en el campo de batalla no le permite ver mucho de lo que en ella sucede. Así es que de la de Rivas poco es lo que puedo contar, como no sean sus resultados sangrientos; pero como esto no ha de agradar á los lectores, me limitaré á decir que hubo soldado que recibió hasta siete balazos.

En cuanto á la acción heroica de Juan Santamaría, que según parece se ha querido poner en duda, la tengo por absolutamente cierta, aunque no la presencié ni podía presenciarla desde el punto en que me hallaba; pero el hecho fué público y

(*) Este dato concuerda con el número de 1,700 hombres válidos, que según el presidente Mora teníamos en Nicaragua el 19 de abril de 1856. El ejército, que sumaba 2,500, tuvo 800 bajas en Rivas.

notorio y desde el día siguiente al del 11 de abril, oí hablar del soldado de Alajuela que había incendiado el Mesón. Por las señas que me dieron de Juan Santamaría, creo haberlo conocido en la travesía de Puntarenas al Bebedero, que hice con tropas de Alajuela mandadas por D. Juan Alfaro Ruiz. Tengo idea de que era un mulatito muy jovial, á quien embromaban mucho sus compañeros, y al cual curé en Bagaces de una ligera enfermedad.

ANDRÉS SÁENZ.

La batalla de Santa Rosa (*)

Poco después el coronel Schléssinger recibió la orden de marchar al departamento del Guanacaste. El nombramiento de Schléssinger como jefe de la fuerza invasora, era á todas luces desacertado y es probable que el general Wálker no lo habría hecho, á no ser por el deseo que tenía de desquitarse de la expulsión ignominiosa que aquél sufrió en Costa Rica. En primer lugar Schléssinger era alemán, ó para hablar en el lenguaje zumbón de los muchachos, un *Dutchman*; en segundo término era judío, y por último de índole caprichosa, violenta y despótica, que inspiraba más temor que afecto. A la vez que los oficiales envidiaban su rápido ascenso y la brillante oportunidad que se le ofrecía para distinguirse, los soldados lo odiaban mucho y ni la misma severidad de la disciplina militar lograba impedir del todo que sus expresiones de desprecio y aversión llegasen á oídos del jefe. Más de uno de los que vieron la expedición después de su salida de la bahía de La Virgen, observó que el mayor peligro á que Schléssinger estaba expuesto le vendría de un tiro disparado á retaguardia.

Además de estos inconvenientes derivados de sus condiciones personales y del cargo que desempeñaba, la fuerza de Schléssinger era una agrupación de hombres bisoños é indisciplinados, compuesta de los elementos más heterogéneos y contrarios y casi toda mal armada. Había una compañía de franceses, otra de alemanes, una de Nueva York y otra de Nueva Orleáns. Como se ve, para compensar la ausencia de disciplina no existían los lazos de compañerismo, ni era lícito esperar que

(*) WILLIAM V. WELLS, *Walker's Expedition to Nicaragua*, pág. 153 y siguientes.

la emulación viniese á suplir la falta de solidaridad entre hombres que no tenían laureles que defender ni un jefe á quien agradar. Por desgracia, en una empresa de este género tampoco se podía contar con el sentimiento de patriotismo, que á veces suple á todos los defectos é inconvenientes.

Con esta fuerza, formada por 207 hombres, el coronel Schléssinger salió de la bahía de La Virgen el 13 de marzo para el Guanacaste. Después del primer día de marcha por el camino del Tránsito, llegó á San Juan del Sur. En este lugar tomó dos guías que se fugaron inmediatamente después de haber cruzado la frontera de Costa Rica. Desde San Juan continuó marchando á razón de unas catorce millas diarias, por un país agreste, intrincado y montañoso. Los soldados iban por los angostos senderos de uno en fondo y padecieron mucho en varios lugares por la naturaleza pedregosa del terreno; sin embargo lo que más los atormentó fué el calor, porque Schléssinger tenía el extraño sistema de hacer alto durante las frescas noches de luna, y de marchar bajo el sol de los trópicos desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Esto motivó muchas protestas, que no tuvieron más efecto que hacer apresurar la marcha hasta el agotamiento casi total de los soldados, cosa que poco afectaba á Schléssinger que iba á caballo. Por supuesto, el descontento era cada vez mayor y el cuarto día se hizo más patente, cuando el coronel sometió al capitán Thorp de la compañía de Nueva Orleáns (compañía A) á un consejo de guerra y despojó de su lugar á esta compañía para dárselo á la francesa. El delito del capitán Thorp consistía en haber denunciado el proceder de Schléssinger, el cual mandó que se abandonase una parte del bagaje de la compañía para dar la mula que lo llevaba á un enfermo. El consejo de guerra absolvió á Thorp, pero sus soldados se resintieron profundamente, así como todos los demás americanos, por haber sido degradada la compañía de Nueva Orleáns de su puesto de honor en beneficio de los franceses y tan sólo por una pretendida falta de su capitán.

Con todo, no fué sino hasta el día siguiente cuando los observadores sagaces de la expedición comenzaron á dudar del valor del coronel. A las diez de la mañana se descubrieron dos ranchos situados á la entrada de un bosque, y aunque la tropa tenía necesidad urgente de agua, no se atrevió á avanzar hasta llegada la noche. Hizo entonces formar tres compañías á la orilla del mar, y habiendo mandado á la última que pusiera una rodilla en tierra sacó su pistola; pero antes de que diese la voz de cargar se averiguó que no había nadie en los ranchos. Pasó toda aquella noche en la playa y á la mañana siguiente entraron

las tropas á Salinas, lugar donde había carne y agua en abundancia, y Schléssinger aprovechó la oportunidad para darles un día de descanso. Al siguiente marchó temprano de nuevo y hacia el anochecer del martes 19 llegó á la hermosa hacienda de Santa Rosa, á unas doce millas de Liberia.

Razones pudo haber tenido Schléssinger para felicitarse de la excelente posición que le deparara la suerte. En la hacienda había una antigua y espaciosa casa española, sólidamente construida y situada en una altura á diez piés sobre el nivel del camino; por tres de sus costados tenía un fuerte muro de piedra que limitaba un terraplén sobre el cual estaba asentada la casa. Este muro de piedra hacía frente á todas las avenidas de la casa del lado del Pacífico, que era por donde pasaba el camino, á la vez que á retaguardia no hacía falta porque el terraplén llegaba hasta la selva espesa, que de allí iba ascendiendo en una distancia de tres ó cuatrocientas yardas, alzándose luego bruscamente á una gran altura, lo que hacía que la casa no pudiera ser atacada de ninguna manera por la retaguardia. A la derecha estaba una cocina que podía servir de puesto avanzado; al frente, en la parte opuesta al camino, se extendía un gran corral cercado de piedra, con un muro divisorio en el medio. Todas estas construcciones eran bastante fuertes para resistir durante algún tiempo los ataques de la pequeña artillería del país. Esta era la posición admirable en que se encontraba el coronel Schléssinger, y la fortuna, como si quisiera darle el golpe de gracia, la había provisto en abundancia de maíz y de zacate para los animales. Allí durmieron en paz los rendidos invasores, entregándose á sus ensueños de conquista, que debían fracasar al siguiente día de manera tan fatal (*).

En la mañana del 20 ocurrieron dos pequeños incidentes que sirvieron para afirmar el odio de la tropa contra su jefe y al propio tiempo para poner de relieve el caprichoso despotismo de la índole de Schléssinger. Un alemán fué encontrado dormido mientras se hallaba de avanzada, y aunque el castigo que señalan las leyes militares para este delito es la muerte, el coronel se conformó con darle una reprimenda; en cambio, un poco más tarde mandó someter á un consejo de guerra á un jovencito de la compañía de Nueva York y lo amenazó con fusilarlo, por cuanto éste había cogido una tortilla de maíz estando de centinela. Dijo al pobre muchacho: «Usted será fusilado; voy á hacer un ejemplo con V.»; y seguramente habría llevado á á efecto su amenaza, si varios americanos, desesperados ante la

(*) Tan fácil creían los filibusteros la conquista de Costa Rica, que en sus equipajes traían hasta guantes blancos para bailar en San José.

perspectiva de semejante ultraje, no hubiesen manifestado la resolución de oponerse á él, obligándolo así á dar contra orden.

A las diez de la mañana un grupo de naturales del país, compuesto de cinco hombres y cuatro mujeres, fué hecho prisionero; pero como no se pudo obtener de ellos ninguna noticia, se dejaron detenidos para que no pudieran llevar informes al enemigo. Por la mañana el capitán Creighton de la compañía de Nueva York había hablado con el coronel para que ordenase una inspección de armas. Igual insinuación se le había hecho el día anterior, y esto era tanto más necesario cuanto que se iban acercando al enemigo,por más que dadas las circunstancias peculiares del caso no era de vital importancia. Muchas de las armas eran de la peor calidad; varias habían sido cargadas en Granada, otras en La Virgen y salvo las que se dispararon en el camino para matar algún buey, todas tenían por lo menos una semana de haber sido cargadas. Las de la compañía alemana apenas si merecían haberlas traído y estaban además inutilizadas, porque las usaron para saltar riachuelos metiendo el cañón en el agua y mojando luego la carga y la llave al levantarlas. A muchas les faltaba la baqueta, y algunos de los extranjeros ignoraban á tal punto el manejo de las armas, que no sabían cual de las extremidades del cartucho era preciso romper con los dientes para cargar. Tomadas en consideración todas estas circunstancias, el coronel Schléssinger creyó que podía ser conveniente una inspección de armas y dió la orden de que se hiciera á las dos de la tarde, pero llegada esta hora la pospuso para las tres.

A las dos y cuarto una de las mujeres apresadas en la mañana se quejó de estar enferma, y el coronel, por un capricho de liberalidad, mandó soltar á todos los prisioneros, lo que fué una locura fatal, porque aun no habían transcurrido tres cuartos de hora, cuando llegó un centinela avanzado corriendo y gritando: «¡Vienen los grasientos!» (*) y el enemigo asomó por dos puntos á la vez. A la derecha se veía una pequeña columna en una posición elevada, cerca del costado de la casa; el grueso del ejército avanzaba por la llanura al frente. El centinela habría podido dar el alarma antes, lo que hubiera permitido á los soldados dispersos entrar en formación, pero su rifle no dió fuego. Así fué que tuvo que traer la noticia con los talones, que el enemigo le venía pisando.

El alarma metió la confusión en el campamento, donde ninguno parecía estar tan completamente desconcertado y sobrecogido de pánico como Schléssinger. Sus mejillas palidecieron,

---

(*) The greasers are coming!

las rodillas le temblaban y no podía serenarse lo bastante para dar la orden más sencilla; por lo que faltando toda dirección del cuartel general, los comandantes de compañías tuvieron que obrar por sí solos. Tan pronto como llegó el centinela fugitivo el teniente Higgins de la compañía de Nueva York mandó tocar el tambor; formada la compañía, el capitán Creighton la condujo á una posición dominante, pero arriesgada, en la esquina izquierda de la casa. Esta posición hacía frente á las dos columnas enemigas que se iban acercando y estaba por consiguiente expuesta al fuego de ambas. Viendo la situación en que se hallaba la compañía de Nueva York, el capitán Thorp formó la suya detrás de ella. Los franceses se situaron á la derecha, á retaguardia de Thorp y á corta distancia de su compañía. Los alemanes no se formaron en absoluto, y los cazadores, conforme á su táctica acostumbrada, se diseminaron por el campo para tirar siempre que hubiera una buena oportunidad.

La primera descarga que recibió la compañía C la hizo la columna que venía de la colina situada á la derecha de la casa; pero viendo el capitán Creighton y el teniente Higgins que los que la formaban traían cintas rojas en los sombreros, prohibieron á sus soldados que tirasen, creyendo que podían ser gentes de su mismo batallón que hubiesen llegado allí por error. Al mismo tiempo les llamó la atención el fuego que venía de la parte baja, donde el enemigo, que traía tres pequeñas piezas de artillería, se veía desplegarse hermosamente en la llanura, con toda la serenidad y toda la precisión de una tropa veterana.

En este momento fué cuando Schléssinger se dejó ver por última vez. Apareció un instante en la esquina de la casa, cerca de la compañía de Nueva York, y asomando inquieto por el ángulo de la pared gritó: «¡Ahí los tenéis, muchachos; ahí los tenéis!» En seguida se devolvió exclamando: «*¡Compagnie Française!*» y se metió por el bosque á todo correr. La compañía francesa oyó su exclamación y creyendo que deseaba efectuar un movimiento sobre el flanco del enemigo, salió corriendo tras él, seguida de los descarriados alemanes que dejaron caer las armas y se fugaron con las manos vacías.

Entretanto la columna que llevaba cintas rojas hizo otra descarga sobre la compañía C, que comenzó á recibir también el fuego de los de abajo. Con todo, la compañía de Nueva York se abstuvo de tirar contra los de la colina, á causa de la supuesta equivocación, y tampoco lo hizo sobre la otra columna porque aguardaba que estuviera más cerca; pero una tercera descarga de los de las divisas falsas vino á sacar á los nuestros de su error con la muerte de tres hombres. Entonces el teniente Higgins, que por el estado de excitación en que se hallaba

había permanecido al frente de la línea durante todo este movimiento, se retiró de allí y dió la orden de hacer fuego. Nunca fué obedecida con tanto gusto una voz de mando, y la descarga se hizo con tan buena voluntad, que los de la colina vacilaron echando pie atrás. Sin embargo, antes de que la compañía C pudiera cargar de nuevo sus rifles, los enemigos dieron de golpe sobre la entrada de la hacienda, donde los tuvo en jaque por un momento un sujeto llamado Párker, el cual murió allí de un balazo en el corazón; pero en el mismo instante y como para reponer esta pérdida, un excelente tirador de apellido Cárhart, que se había situado en la plazuela de la hacienda, echó por tierra á uno de los oficiales enemigos que había estado galopando activamente delante de su línea y que por tres veces descargó su rifle sobre las filas americanas.

El enemigo se había adueñado de todas las avenidas de la hacienda, y la compañía de Nueva York viéndose sola en el campo, porque la de Nueva Orleáns acababa de abandonarlo, se retiró bajo la protección del mayor O' Neill, que había llegado en aquel momento para pelear con ella, después de haber tratado inútilmente de impedir la fuga de Schléssinger y de inducirlo á que rehiciese su gente. La compañía de Nueva York entró en combate con 40 hombres y se retiró con 22, habiendo sido la única que hizo una descarga y la última que abandonó el campo.

Así pasó la batalla que se llama de Santa Rosa, por ser éste el nombre de la hacienda en que tuvo lugar, y puede decirse que es el más desgraciado de los combates relacionados con el nombre americano y de todos los que registra la historia de las armas en este continente.

Por malo que fuera el comportamiento de las tropas en esta ocasión, la culpa no recae toda sobre su falta de resistencia y de valor. Es indudable que los mismos que huyeron en esta ocasión se habían portado en distintas condiciones con la mayor entereza y valentía; pero es difícil que la tropa más aguerrida y orgullosa resista el efecto desmoralizador de la fuga de su jefe, ó que no considere esta circunstancia como una prueba de que está perdida sin remedio. Con un ejemplo tal el pánico era inevitable en cualquier tropa y mucho más tratándose de una chusma de reclutas bisoños, sin espíritu de compañerismo que los ligara, sin sentimiento patriótico que los animase, y mandados por oficiales de vida disoluta é irregular la mayor parte, que no les merecían respeto alguno y que por lo tanto carecían en absoluto de autoridad sobre ellos. Por otra parte, las tropas del enemigo, además de ser dos veces superiores en número y de tener la ventaja del ataque, estaban animadas por

los sentimientos más nobles que pueden inflamar el pecho del hombre é iban á las órdenes de Bosque y de Argüello, ambos cumplidos generales, que á más de tener una reputación militar bien sentada, gozaban del prestigio de haber vencido ya á los americanos en el sangriento y desastroso combate de Rivas. Pero hay más todavía, aquellas tropas eran la flor del ejército costarricense y estaban compuestas de hombres á los que un largo servicio había enseñado la más perfecta disciplina, y que profusamente mezclados con oficiales y soldados europeos, estaban preparados para dar pruebas de resistencia y de un espíritu militar imponderable. Se dice que maniobraron con la mayor celeridad y precisión, desplegándose, disparando y manejando sus cañones con la misma serenidad y el mismo orden que si hubiesen estado en la parada. Hicieron sus evoluciones al toque de la corneta, echándose á tierra para cargar y poniéndose de pie para hacer fuego; y lo que prueba la excelencia y gran superioridad de sus armas, es que tiraban una bala cónica que debía provenir de la carabina Minié ó de algún otro rifle de patente.

Documentos relativos á Juan Santamaría.

DECRETO VI (*)

El Senado y la Cámara de Representantes reunidos en Congreso,

Considerando el importante servicio prestado á la patria por el finado Juan Santamaría el 11 de abril de 1856 en Rivas, República de Nicaragua,

Decretan:

Artículo único.—Desde la publicación de este Decreto gozará la señora Manuela Gallego, (**) anciana pobre y legítima madre de Juan Santamaría, la pensión vitalicia de doce pesos mensuales.

A la Cámara de Senadores.—Dado en el Salón de Sesiones.—Palacio Nacional, San José, mayo veinte y tres de mil ochocientos sesenta y cinco.

Manuel A. Bonilla
Vicepresidente

Salvador Lara
Secretario

Manuel Sáenz
Secretario

(*) *Colección de Leyes de Costa Rica*, año 1865.

(**) Esta señora era conocida con los apellidos Gallego, Carvajal y Santamaría.

Sala de la Cámara de Senadores.—Palacio Nacional, San José, junio siete de mil ochocientos sesenta y cinco.

José María Montealegre
Presidente

Vicente Herrera
Secretario

Ramón Fernández
Secretario

Ejecútese.
Jesús Jiménez

El Secretario de Estado en el Despacho de Hacienda y Guerra,
Francisco Echeverría

GOBERNACIÓN (*)

Nº 112

Señor Secretario de Estado en el Despacho de Gobernación

S. D.

Archivos Nacionales.—San José, 12 de enero de 1900.

Tengo el honor de enviar á V. una copia autorizada del valioso documento original, hallado últimamente en esta oficina, en que á raíz de la campaña en 1856 se hace constar el hecho heroico del soldado costarricense Juan Santamaría. Hay en estos Archivos Nacionales un gran número de documentos que hasta ahora no se habían consignado en índices, por pertenecer á la Sección Administrativa, cuyo estudio y clasificación exige algunos años de trabajo.

La coincidencia también de haberse puesto, rubricado y legalizado el acuerdo de gobierno al pie del mismo escrito presentado por la señora madre de Juan Santamaría, ha contribuido á retardar su publicidad.

Es para mí motivo de particular satisfacción el revelar á la luz pública este documento, en que se atestigua de manera irrecusable un hecho histórico de la mayor importancia, y con tal objeto lo presento á V. hoy que ha llegado á mi conocimiento, al hacer el arreglo sistemático de documentos antiguos, que estamos practicando.

Soy de V. muy atento y fiel servidor,

Anastasio Alfaro.

(*) Los documentos que aquí se reproducen, corren impresos en *La Gaceta*, diario oficial de la República de Costa Rica, número 11, del 14 de enero de 1900.

Excelentísimo señor Presidente
de la República

Manuela Carvajal (a) Santamaría, mayor de sesenta años, de oficio mujeril y vecina de la ciudad de Alajuela, con el respeto debido y en forma legal ante V. E. expongo: que habiendo marchado mi hijo Juan Santamaría, llamado vulgarmente Erizo, en la primera expedición que fué á Nicaragua el año próximo pasado á combatir el filibusterismo, y en clase de cabo ó tambor y como soldado del ejército vencedor de Costa Rica, militó como uno de los más valientes, y por último, no habiendo habido en todas las filas otro que tuviese valor de incendiar el Mesón en donde se hallaba refugiado y parapetado el enemigo, causando gravísimas pérdidas en nuestras fuerzas, él fué el único que, despreciando el evidente peligro de su existencia, se decidió á perderla por desalojar al enemigo y economizar la pérdida de tanta gente; y en efecto, habiéndolo puesto en ejecución, sin que le arredrase ni le pudiese intimidar el torrente espantoso de las balas que le lanzaron los rifles filibusteros en defensa de su guarida, coronó felizmente la obra junto con el sacrificio de su vida, quedando sepultado bajo las ruinas del indicado Mesón como es público y notorio. Esta acción heroica de mi susodicho hijo es tanto más recomendable y meritoria, si se atiende á que ella fué un efecto de su valor y patriotismo únicamente, puesto que él no era más que un simple jornalero, que no tenía un puesto elevado, ni ningunos bienes que defender.

Yo, Excelentísimo Señor, siento, como es natural, la pérdida de un buen hijo, que como pobre trabajaba y se esforzaba por mi mantención, considerándome sin recursos de qué subsistir, en una edad avanzada y achacosa; sin embargo, cuando considero que mi referido hijo terminó su carrera en el campo del honor y fué sacrificado de su espontánea voluntad en las aras de la patria para contribuir como el que más á su libertad y defensa, me resigno con la voluntad de Dios, mayormente cuando observo que el Supremo Gobierno encargado de sostener el orden y defensa de la Nación que se le ha encomendado, sabe distinguir y premiar el mérito de los que le sirven y enjugar las lágrimas del desvalido.

Por tanto, Excelentísimo Señor, obligada de la necesidad imperiosa en que me hallo constituida, en una edad tan avanzada y achacosa, sin poder trabajar y sin recursos de qué subsistir, por haber perdido el único, que era mi mencionado hijo que cuidaba de mí, llamo la atención del Supremo Gobierno implorando una mirada compasiva sobre una infeliz y suplicando que

os sirváis concederme un monte pío, si lo consideráis justo, á más de la gracia que me convenga en conformidad del artículo 6º del decreto del Excelentísimo Congreso, Nº 18 del 26 de Octubre próximo pasado.

San José, 19 de Noviembre de 1857.

Excelentísimo Señor Presidente de la República.

No sé firmar y lo hace por mí el que suscribe.

Por la señora Manuela Santamaría,

(f) RAFAEL RAMOS

Sala del despacho de Hacienda y Guerra.—En el Palacio Nacional.—San José, noviembre veinticuatro de mil ochocientos cincuenta y siete.

Constando al Gobierno la realidad de los hechos de que hace referencia este memorial y los servicios y denuedo con que en la campaña del año próximo pasado se mostró el tambor Juan Santamaría, vecino de la ciudad de Alajuela, que murió en el combate del 11 de Abril; y siendo el expresado Santamaría hijo único de la señora Manuela Carvajal (a) Santamaría, el Gobierno le concede á ésta la pensión vitalicia de tres pesos mensuales que empezará á tener efecto desde el 1º del mes de diciembre próximo en adelante.—Comuníquese.—*(Hay una rúbrica)*.

Rubricado de mano de S. E.

JQ. BERNDO CALVO

Comunicado en la fecha al Intendente General, al Comandante y al Habilitado.

Es copia confrontada con su original que se halla en estos Archivos Nacionales.—Legajo de Expedientes Administrativos de la Secretaría de la Guerra, año de 1857.

San José, 12 de enero de 1900.

El Director,
ANASTASIO ALFARO.

Wílliam Wálker (*)

Por demás está decir que para los jóvenes de la presente generación el nombre de Wílliam Wálker no significa nada, no despierta ningún orgullo nacional ni de raza, ni sugiere sentimientos poéticos y aventureros Sin embargo, si el sujeto que llevó ese nombre común, ese nombre que hoy nada significa, hubiera podido llevar á cabo sus propósitos, habría resuelto en este continente el problema de la esclavitud, establecido un imperio en México y Centro América, y de paso nos habría metido en una guerra con toda Europa. Esto es cuanto hubiera hecho.

En los días del oro en San Francisco y entre «los del 49», Wílliam Wálker fué una de las figuras más famosas, pintorescas y populares. El tahur Oakhurst, el coronel duelista Starbottle, el cochero de diligencia Yuba Bill eran contemporáneos suyos. Bret Harte fué uno de sus más ardientes admiradores y Wálker es el héroe de dos de sus cuentos, apenas disfrazado con un nombre más llamativo. Cuando Wálker vino más tarde á la ciudad de Nueva York, Bróadway, desde la Batería hasta Mádison Square, fué adornado con banderas y arcos. «Por todo el camino había rosas, rosas y rosas»; los techos de las casas, cubiertos de gente, parecían inclinarse. En Nueva Orleáns, cuando se dejó ver por primera vez en un palco de la ópera, la representación se interrumpió durante diez minutos, mientras lo aclamaban los espectadores puestos de pie.

Esto sucedió hace menos de cincuenta años, y aun hay hombres que habiendo estado en su tierna juventud con «Wálker el de Nicaragua», figuran todavía en la vida pública activa de San Francisco y de Nueva York.

(*) Traducido de la revista neoyorquina *Collier's*, del 6 de octubre de 1906.

Wálker nació el año de 1824 en Náshville, Ténnessee. Fué el primogénito de un banquero escocés, hombre de índole profundamente religiosa y dedicado á un negocio tan ajeno cuanto es posible á la carrera de las armas. En verdad, pocos casos como el de Wálker confirman tan bien el hecho de que los grandes generales nacen y no se hacen. Su padre deseaba hacer de él un ministro de la iglesia presbiteriana y durante su niñez fué educado con este fin. Wálker prefirió estudiar medicina, y habiéndose graduado en la Universidad de Ténnessee, siguió unos cursos de esta ciencia en Edimburgo y viajó durante dos años por Europa, visitando muchos de los grandes hospitales.

Carrera juvenil de Wálker

Bien preparado ya para la práctica de la medicina y después de una breve permanencia en su ciudad natal y de otra no men s corta en Filadelfia, quitó para siempre el rótulo de su puerta y se fué á Nueva Orleáns á estudiar leyes. Al cabo de dos años fué recibido en el foro de Luisiana; pero ya fuese porque los clientes escaseaban, ó porque no pudiera soportar el formulismo de la ley, antes de un año dejó la abogacía, como antes abandonara la iglesia y la medicina, y se convirtió en uno de los redactores del *Créscent* de Nueva Orleáns. Un año más tarde, el mismo espíritu inquieto que se había rebelado contra las profesiones serias, lo condujo á los campos de oro de California y á San Francisco. Allí fué donde Wálker, á la edad de veintiocho años y en su calidad de editor del *San Francisco Hérald*, comenzó su nueva vida, que pronto debía terminar en desastre y gloria.

Hasta aquel momento y exceptuando su inquietud, nada indicaba en él al hombre por el cual millares de otros hombres, procedentes de las capitales del mundo entero, habrían de dar la existencia

La primera aventura de Wálker la inspiró indudablemente y fué una imitación de otra que por el tiempo de su llegada á San Francisco acababa de tener un fin desastroso: la expedición de Boulbón á México. El conde Gastón Raoul de Raousset—Boulbón era un joven noble francés y soldado aventurero, *chasseur d' Afrique*, duelista, periodista y soñador, que vino á California á buscar oro.

Boulbón era un joven de ideas amplias. En el rápido desarrollo de California vió una amenaza para México, y propuso al gobierno de este país la formación de una colonia francesa en el estado mexicano de Sonora, que pudiera servir de *barrera* entre ambas repúblicas. Sonora es aquella parte de México que colinda en el sur con nuestro estado de Arizona. El presidente

de México autorizó á Boulbón para que llevara adelante su intento, y en 1852 desembarcó en Guaymas, en el golfo de California, con 260 franceses bien armados. El pretexto ostensible de Boulbón para invadir en esta forma un territorio ajeno, era su contrato con el presidente, conforme al cual sus *emigrantes* estaban pagados para proteger á los demás extranjeros que trabajaban en la mina Restauradora, contra los ataques de los indios apaches del estado norteamericano de Arizona. Pero es indudable que detrás de Boulbón estaba el gobierno francés y que se proponía hacer en pequeña escala lo mismo que intentó más tarde Maximiliano, respaldado por un ejército francés y Luis Napoleón, para el establecimiento de un imperio en México bajo el protectorado de Francia. El filibustero y el emperador tuvieron el mismo fin. Ambos fueron fusilados contra el muro de una iglesia.

En 1852, dos años antes de la muerte de Boulbón, que fué la nota final de su segunda expedición filibustera á Sonora, escribió á un amigo de París: «Los europeos se preocupan del desarrollo de los Estados Unidos y con razón. Salvo que sean desmembrados ó que se establezca un poderoso rival cerca de ellos (v. gr. Francia en México), América será la dueña inevitable del mundo. Dentro de diez años Europa no se atreverá á disparar un tiro sin su permiso. En estos momentos cincuenta americanos se preparan para embarcarse con destino á México y tal vez van á la victoria. *Voilá les Etats-Unis*». Estos cincuenta americanos, que á los ojos de Boulbón amenazaban la paz de Europa, iban encabezados por el exmédico, exabogado y el exeditor William Wálker, de treinta y ocho años de edad. Wálker había intentado obtener del gobierno mexicano un contrato semejante al que había celebrado con Boulbón, pero fracasó. Con todo, salió sin este requisito, diciendo que iba á proteger de los asesinatos de los indios á las mujeres y á los niños en la frontera entre México y Arizona, así se lo pidiese ó no el gobierno mexicano.

WÁLKER INVADE Á MÉXICO

Mas no era para salvar mujeres y niños que Wálker ambicionaba conquistar el estado de Sonora. En la época de su intentona la gran cuestión de la esclavitud se agitaba con ardor, y si en los estados que estaban próximos á ser admitidos en la Unión se prohibía la esclavitud, era llegado el momento—cuando menos así lo pensaba este estadista de treinta y ocho años,—en que el Sur debía extender sus fronteras y hallar una salida para sus esclavos en nuevos territorios. Sonora colindaba con Arizona; conquistándola, sus límites podían ser extendidos fá-

cilmente hasta Tejas. Es indudable que el punto escogido por William Wálker para el objeto que se proponía era casi perfecto. Al considerar su breve carrera, debe tenerse presente que el origen de todos sus actos fué este ensueño de un imperio en que sería reconocida la esclavitud. Creía con tanta honradez, con tanto fanatismo en el derecho de tener esclavos, como su padre en la religión de los *covenanters* (*).

Algunos de sus hermanos blancos del Sur, tal vez con mó viles menos exaltados, suplieron fondos para la expedición, y en octubre de 1852 desembarcó Wálker con 45 hombres en el cabo de San Lucas, en la punta extrema de la Baja California. Es preciso recordar que la Baja California, á pesar de su nombre, no forma parte de nuestro territorio, sino que entonces era parte de México y lo es todavía. Con sus 45 secuaces invadió la ciudad de La Paz, hizo prisionero al gobernador y estableció una república de la que se hizo presidente. En una proclama declaró á los habitantes libres de la tiranía de México; éstos no deseaban ser libres, pero Wálker estaba resuelto á todo, y así les gustara ó no la cosa, al despertar una mañana se encontraron convertidos en ciudadanos de una república independiente.

Tan pronto como se supo en San Francisco lo ocurrido, sus amigos se apresuraron á favorecerlo y los aventureros de todas partes del mundo, enamorados del peligro, fueron enganchados como *emigrantes* y embarcados en la barca *Anita*.

Un mes más tarde, en noviembre de 1852, trescientos de éstos fueron á reunirse con Wálker. Eran una de esas gavillas de desalmados y de pícaros, semejante á las que robaban los lavaderos de oro, apedreaban los chinos ó tiraban sobre los *grasientos*. Cuando descubrieron que quien los mandaba era casi un muchacho, fraguaron una conspiración para volar el almacén de la pólvora, saquear el campamento y dirigirse al norte manteniéndose con el pillaje de los ranchos. Wálker tuvo conocimiento de su plan, sometió á los cabecillas á un consejo de guerra y los fusiló. Tratándose de una tropa tan completamente indisciplinada, el acto requería un valor personal á toda prueba, y esta era una cualidad que los hombres que lo acompañaban podían apreciar muy bien. Comprendieron que tenían un jefe capaz de combatir y de castigar. La mayoría no deseaba que fuera capaz de castigar; así fué que cuando Wálker les dijo que los que quisieran seguirlo á Sonora levantasen las manos, sólo los primeros 45 y alrededor de 40 de los últimos reclutas se quedaron con él. Con menos de cien hombres salió para reco-

(*) *Covenanters*, nombre que se dió á los escoceses que firmaron el pacto de la reforma religiosa.

rrer toda la península de la Baja California y seguir hasta Sonora rodeando el golfo.

Desde el primer día los filibusteros se vieron sumidos en el desastre. Los mexicanos, con aliados indios, hostilizaban los flancos y la retaguardia. Los que perecían en los encuentros casi diarios, iban á parar á manos de los indios y sus cuerpos eran mutilados; á los desertores y los rezagados los perseguían hasta rendirlos, torturándoles después; los heridos morían por falta de asistencia médica; los únicos instrumentos que poseían para extraer las puntas de las flechas eran baquetas de fusil aguzadas en punta; no tenían más alimento que el ganado que mataban de paso; el ejército iba descalzo, el ministerio en harapos, el presidente de Sonora tenía una bota en un pie y un zapato en el otro. Imposibilitado para seguir adelante, Wálker regresó hacia San Vicente donde había dejado las armas y municiones de los desertores y una guarnición de dieciocho hombres, de los cuales no halló á ninguno. Una docena de ellos había desertado y los mexicanos sorprendieron á los demás, lazándolos y torturándolos hasta la muerte.

La huída de México

A Wálker sólo le quedaban ya treintaicinco hombres y no era posible esperar refuerzos de San Francisco. Resolvió entonces abrirse paso por fuerza y á marchas forzadas hasta la frontera de California. Entre él y la salvación estaban los mexicanos guardando los desfiladeros y los indios escondidos en los flancos. A tres millas de la línea divisoria, en San Diego, el coronel Meléndez que mandaba las fuerzas mexicanas, envió un parlamentario para ofrecerles á todos un salvoconducto si se rendían, menos al jefe; pero aquellos hombres que durante un año habían combatido y pasado hambres por Wálker, no quisieron abandonarlo á tres millas de la patria.

Entonces Meléndez pidió al comandante de las tropas de los Estados Unidos que ordenara á Wálker que se rindiese. El mayor McKínstry, comandante de la guarnición americana de San Diego, se negó á hacerlo, porque no podía cruzar la línea fronteriza sin cometer una violación de territorio neutral. Añadió que en suelo mexicano no pondría embarazos ni ayudaría al presidente de Sonora; pero que si los filibusteros llegaban á territorio de los Estados Unidos, tendría cuidado de que ningún mexicano ni indio lo siguiese.

De acuerdo con esto formó su tropa en la línea divisoria y como árbitro imparcial aguardó el resultado. Ocultos detrás de las rocas y los cactos, los americanos veían más allá de la llanura cálida y resplandecieute el pabellón nacional y las alegres y

ondulantes banderolas de la caballería. Meléndez se dió cuenta de que era llegado el momento de dar el ataque final. Cuando cargó, Wálker, derrotado en apariencia, emprendió la fuga; pero antes había situado detrás de su fuerza una retaguardia de doce hombres. Al caer Meléndez en esta emboscada, los doce rifleros dejaron otros tantos caballos sin jinetes, y los mexicanos y los indios se dispersaron aterrados. Media hora después, la pequeña tropa extenuada y hambrienta que había salido para fundar un imperio de esclavos, pasó la frontera arrastrando los pies y se rindió á las fuerzas de los Estados Unidos.

Al hablar de esta expedición, James Jéffrey Roche dice en su libro *Byways of War*, que es de todos los publicados sobre Wálker el más seductor, interesante y completo: «Años después, los pastores de las tribus de indios errantes de Cucupa, solían encontrar esqueletos humanos en los vericuetos de la montaña, sin cruz, ni túmulo, ni epitafio, ni más señales de su procedencia que un occidado revólver de Colt, que proclamaba la nacionalidad y oficio del difunto, única reliquia de los pretendidos conquistadores del siglo XIX».

Bajo palabra de presentarse al General Wool, comandante del departamento del Pacífico, los filibusteros fueren enviados por barco de vela á San Francisco, en donde se juzgó á su jefe por violación de las leyes de neutralidad de los Estados Unidos. El tribunal lo absolvió.

La primera expedición de Wálker había sido un fracaso, pero le sirvió de admirable experiencia, porque el servicio activo es la más perfecta de las academias militares y la mejor preparación para la clase de guerra que deseaba emprender. No estuvo sin embargo exenta de gloria, porque sus compañeros, contrariamente á lo que sucede en estos casos, en vez de censurar en las tabernas á su jefe por el mal resultado, se mostraban dispuestos á reñir con cualquiera que dudase de su valor ó de su pericia. Cinco años después, muchos de estos mismos hombres, aunque eran diez ó veinte años mayores que él, lo siguieron á la muerte, sin discutir jamás su voluntad ni su derecho á mandar.

«WÁLKER EL DE NICARAGUA»

En aquella época había en Nicaragua la revolución de costumbre. Al sur, la hermana república de Costa Rica se preparaba á tomar cartas en el asunto; en el norte Honduras desembarcaba armas y soldados. No había ley ni gobierno; tan sólo una docena de partidos políticos, una docena de generales con mando y ningún hombre de puño.

Wálker, estudiando el mapa de los nuevos países por con-

quistar, en la redacción del *San Francisco Hérald*, puso el dedo sobre Nicaragua. En la confusión que allí reinaba vió la oportunidad de convertirse en un poder, y en su riqueza tropical y hermosura, en la pereza é incompetencia de sus habitantes, una Sonora más grande, más bella y más benévola. Por el lado del Pacífico podía reforzar su ejército con armas y hombres; por el mar Caribe y cuando llegase el momento, era fácil poblar su imperio con esclavos traídos de Nueva Orleáns.

Los dos partidos beligerantes en Nicaragua eran los legitimistas y democráticos. No es necesario saber porqué se hacían la guerra. Probablemente Wálker lo ignoraba, y no es improbable que ellos tampoco lo supiesen. Sea como fuere, Wálker hizo un contrato con el jefe de los demócratas para llevar á Nicaragua trescientos americanos, que debían recibir algunos centenares de acres de tierra, en calidad de «colonos sujetos al servicio militar»; pero los *colonos* que acompañaron á Wálker tenían idea muy clara de que no iban á Nicaragua á sembrar café ni á cosechar bananos.

En mayo de 1855, un año justo después de que Wálker y sus treintaicinco hombres se habían rendido á las tropas americanas en San Diego, se hizo á la vela en San Francisco con 50 nuevos reclutas y 7 veteranos de la primera expedición, en el bergantín *Vesta*, y cinco semanas más tarde, al cabo de un viaje aburrido y borrascoso, desembarcó en el Realejo. Allí lo fueron á encontrar representantes del director provisional de los demócratas, que recibieron calurosamente á los californianos.

La Falange Americana

Wálker recibió el grado de coronel; Achilles Kewen, que había estado peleando con López en Cuba, el de teniente coronel, y Timothy Crócker, que sirvió á las órdenes de Wálker en la expedición de Sonora, el de mayor. Se formó con los filibusteros un cuerpo independiente con el nombre de *La Falange Americana*, y como en aquellos momentos el enemigo dominaba la ruta que conducía al mar Caribe, la primera orden que recibió Wálker fué la de ir á desalojarlo.

De consiguiente, una semana después de su desembarco, Wálker salió en el *Vesta* para Brito con sus 57 americanos y 150 soldados nicaragüenses. De este punto marchó en dirección á Rivas, ciudad de 11,000 habitantes que tenía una guarnición enemiga de 1,200 hombres

El primer encuentro fué para él un fracaso completo y desastroso. Los nicaragüenses tomaron las de Villadiego y los americanos, rodeados por 600 legitimistas, después de haberse defendido durante tres horas en unas casuchas de adobes, car-

garon sobre el enemigo, escapándose por los bosques. Sus pérdidas fueron importantes y entre los muertos estaban los dos hombres en que Wálker tenía más confianza: Kewen y Crócker. Los legitimistas pusieron los cuerpos de los muertos y de los heridos que aun vivían sobre un montón de leña y los quemaron. Después de una penosa marcha nocturna, Wálker llegó al siguiente día á San Juan en la costa. En aquel momento, y á pesar de que las gentes de Wálker estaban deshechas, ensangrentadas y en plena fuga, dos *gringos* recogidos en la playa de San Juan, el tejano Hárry McLeod y el irlandés Péter Burns, solicitaron ingresar á las filas.

«Era alentador para los soldados—escribe Wálker—el ver que había otros hombres que no miraban su suerte como del todo desesperada, y este aumento, con todo y ser tan pequeño, dió fuerza moral y material á las filas».

Leyendo la Historia se podría creer á veces que lo primero que se requiere para obtener el triunfo, es una falta total de buen humor y una disposición para mirar siempre las cosas con la más completa seriedad. Wálker proyectaba conquistar y gobernar con 40 hombres un país de 250,000 almas, tan extenso como Massachussets, Vérmont, Rhode Island, New Hámpshire y Connécticut reunidos; y sin embargo, siete años después recuerda sin una sonrisa que dos individuos extraviados en una playa dieron á su ejército «fuerza moral y material». Y lo que pinta bien al hombre es que en los momentos mismos en que se regocijaba de este refuerzo, ordenó el fusilamiento de dos americanos que habían incendiado unas casas, para mantener la disciplina. Cuando se ve la frecuencia con que Wálker aplicaba la pena de muerte á sus pocos secuaces, es mayor la admiración que causa el hecho de que estos hombres, que eran tan independientes y estaban tan poco acostumbrados á la sujeción como los primeros que lo acompañaron, se sometieran á su voluntad. Esto sólo puede explicarse por las dotes personales de Wálker.

Entre estos forajidos audaces y temerarios, que despreciando á sus aliados creían y probaron que un americano con su rifle valía por una docena de nicaragüenses, Wálker era el único hombre que no echaba bravatas, no bebía, no jugaba ni siquiera blasfemaba; que nunca miró á una mujer y que en materia de dinero era escrupulosamente honrado y desprendido. Sus secuaces no ignoraban que en el combate se exponía á la muerte con la misma indiferencia que mandaba á fusilar á uno de ellos para mantener su autoridad.

SEVERA DISCIPLINA

Wálker castigaba con la muerte la traición, la cobardía, el saqueo y el ultraje á las mujeres; pero con sus heridos ó los del enemigo era tan blando como una hermana de caridad. A los valientes y capaces los recompensaba con ascensos y mayor paga. No tenía nada del demagogo y nunca hizo cosa alguna para congraciarse con sus satélites. Entre los oficiales de su estado mayor no había ningún favorito; comía solo y siempre se mantuvo apartado. Hablaba poco y cuando lo hacía era con mucha sencillez; pero se cuenta que en las raras ocasiones en que se encolerizaba, la mirada fija de sus ojos zarcos con reflejos de acero, brillaba de modo tan amenazador, que los presentes dirigían en el acto la vista al cañón de su revólver de Colt.

La impresión que nos causa Wálker es la de un joven silencioso con aspecto de estudiante, que creía religiosamente en su «estrella»; pero que tenía en todo aquello que no se relacionaba con él, una tendencia á la broma mordaz. Los dichos de sus soldados que consigna en su historia de la guerra, demuestran su afición á las humoradas de la escuela de Bret Harte. Así por ejemplo, cuando refiere que habiendo querido hacer tambor á un muchacho californiano, éste le contestó: «Gracias, mi coronel; pero todavía no he visto un solo cuadro de batalla, en que la primera cosa que en él aparece no sea un tamborcito muerto».

La vanidad personal, tan característica del soldado aventurero, era cosa enteramente ajena á la índole de Wálker. En un país donde un capitán se engalana como un mariscal de campo, Wálker llevaba los pantalones metidos dentro de las botas, una levita civil azul y el sombrero gacho de la época, sin más ornamento que la cinta roja de los demócratas. Su autoridad no se fundaba en galones ni botones y sólo para pelear se ponía la espada. Era delgado, de estatura más baja que la regular, de cara afeitada y de ojos zarcos de mirada penetrante. Es de creerse que los ojos eran el rasgo más saliente de su fisonomía, porque le valieron el apodo con que se le distinguió.

Sus secuaces lo llamaban *El hombre de los ojos zarcos que tiene buena estrella*; y más tarde, á la edad de treintaidós años, se le conoció con este apodo en todos los Estados Unidos.

Desde el principio Wálker se dió cuenta de que para mantenerse en Nicaragua debía permanecer en contacto con todos los reclutas que pudiesen venir de San Francisco y de Nueva York, y que para esto necesitaba dominar la línea del tránsito desde el mar Caribe hasta el Pacífico. En aquella época había tres rutas para llegar á los campos de oro de California: una era

doblando el cabo de Hornos en buque de vela, otra por el istmo de Panamá, y la última, que era la más corta, al través de Nicaragua. Mediante una concesión otorgada por el gobierno nicaragüense, la Compañía Accesoria del Tránsito obtuvo el derecho de transportar pasajeros por el istmo. El primer Cornelius Vánderbilt era presidente de esta compañía, la cual tenía una línea de vapores que navegaban en el Pacífico y en el Atlántico. Los pasajeros que iban de Nueva York á los campos de oro de California desembarcaban en Greytówn, en la costa occidental de Nicaragua, y seguían el viaje en vaporcitos de poco calado por el río de San Juan hasta el lago de Nicaragua. Allí tomaban unos vapores más grandes para atravesar el lago hasta la bahía de La Virgen. De este lugar hacían un trayecto de doce millas en diligencias ó en mulas hasta el puerto de San Juan del Sur, situado en la costa del Pacífico, donde se embarcaban para San Francisco.

Durante el año de la ocupación de Wálker, el término medio de los viajeros que pasaron por Nicaragua alcanzó á dos mil por mes.

Para dominar esta ruta fué que regresó inmediatamente á San Juan del Sur después de su primera derrota, apoderándose más tarde de la bahía de La Virgen; punto de descanso de los pasajeros que iban al este ó al oeste, mediante una hábil escaramuza en que batió al enemigo. En este combate Wálker peleó en la proporción de uno contra cinco, pero sus bajas sólo fueron tres nativos muertos y unos pocos americanos heridos. Los legitimistas tuvieron 60 muertos y 100 heridos. Esta proporción en las pérdidas prueba cuán eficaz era el fuego de los americanos con revólver y con rifle. Tan maravilloso era en verdad, que cuando hace algunos años visité las ciudades y lugares capturados por los filibusteros, encontré que aun se conservaba en ellos la tradición de la buena puntería de la Falange de Wálker.

Después del combate de La Virgen recibió 50 reclutas de California, refuerzo que fué muy bien acogido, porque su tropa llegó á 120 americanos y 300 nicaragüenses que mandaba un amigo del país, el general Valle, y dos cañones de bronce. Entonces decidió atacar de nuevo la ciudad de Rivas, situada cerca del lago, al norte de La Virgen; más arriba está Granada, donde los legitimistas habían establecido su cuartel general.

La toma de Granada

Temiendo un ataque de Wálker á Rivas, las tropas legitimistas fueron dirigidas apresuradamente al sur desde Granada, dejando á esta ciudad muy poco protegida. Esto lo supo Wál-

ker por cartas interceptadas y determinó caer sobre Granada. Salió de noche en uno de los vapores del lago, por la orilla de la costa y un poco antes de amanecer, con los fuegos cubiertos y las luces apagadas, desembarcó en un punto cercano á la ciudad. El día anterior los legitimistas habían obtenido una victoria, y ya lo hiciera la buena suerte ó la *estrella* de Wálker, Granada había estado celebrando la noche anterior el acontecimiento. El mucho bai'oteo y abundante bebida de aguardiente habían narcotizado á los habitantes. La guarnición dormía, los centinelas dormían, la ciudad dormía; pero cuando las campanas de los conventos tocaron á misa matutina, el aire fué agitado por agudos estampidos á que no estaban hechos los tímpanos de los legitimistas. No eran aquellas las fuertes explosiones de sus propios mosquetes ni las de los fusiles de cañón liso de los demócratas; eran sonidos breves y agudos como el chasquido de un látigo. Los centinelas que venían huyendo de sus puestos, revelaron la verdad aterradora: «¡Los filibusteros!». Siguiéndolos á galope venían Wálker y Valle y detrás de éstos los miembros de la terrible Falange, que ya los nativos habían aprendido á temer: los barbados gigantes de camisa colorada que en Rivas habían cargado á pie contra la artillería, armados de revólveres; los que en La Virgen, hallándose heridos, habían sacado de sus botas, relucientes cuchillos de monte lanzándolos como flechas; los que siempre tiraban con la misma certeza con que el halcón cae sobre la perdiz.

Hubo una corta resistencia en la plaza y después derrota completa. Siguiendo su costumbre, los demócratas nativos comenzaron en el acto el saqueo de la ciudad; pero Wálker atravesó con la espada al primero que encontró ocupado en esto, ordenando á los americanos que arrestaran á todos los que hallasen robando y devolviesen lo que ya habían cogido (*).

Ahora ya estaba en situación de imponer al enemigo las condiciones de la paz, y se convino en una entrevista entre los generales de los dos partidos políticos. Así fué que cuatro meses después del desembarco de Wálker y sus 56 satélites en Nicaragua, se pactó una suspensión de hostilidades y el partido por el

(*) A propósito de esta honradez de Wálker, tan cacareada por los autores norteamericanos, no parece por demás citar lo que dice Doubleday refiriéndose á las órdenes selladas que dió á la expedición de la *Susan*, dirigida en diciembre de 1858 contra el puerto de Omoa en Honduras. Helo aquí: «Estas órdenes eran extraordinarias en un sentido, cuando menos para mí, que en los últimos tiempos no había estado tan familiarizado como otros con la manera de conducir la guerra, los cuales no veían ninguna irregularidad en instrucciones que disponían la captura de los objetos de oro y plata de las iglesias y demás valores pertenecientes á los enemigos de la causa de los demócratas de Nicaragua». Doubleday, *The Filibuster War in Nicaragua*, pág. 203.

cual peleaban los americanos entró á ejercer el poder. Wálker fué hecho comandante en jefe de un ejército de 1,200 hombres con el salario de 6,000 dólares al año. A un individuo llamado Rivas se nombró presidente provisional.

Wálker tuvo entonces bajo sus órdenes una fuerza notable, una de las mejores que se conocen en la historia militar; porque aun cuando no habían trascurrido seis meses, la tropa que ahora mandaba era tan distinta de la Falange de los 58 aventureros que fué rechazada en Rivas, como los satélites de Falstaff del regimiento de hombres selectos que manda el coronel Róosevelt. En vez de aquellos forajidos indisciplinados que eran al principio la mayoría, las filas se iban nutriendo con la flor de los campamentos de mineros de California, con veteranos de la guerra de México, con jóvenes sudistas de abolengo y ánimo esforzado, y con soldados aventureros de todos los grandes ejércitos de Europa.

En la Guerra Civil que estalló poco después y más tarde en el ejército del jedive de Egipto, figuraron varios oficiales de Wálker, y durante años después no hubo guerra en la cual uno ó más hombres adiestrados por él en los campos de Nicaragua no se distinguieran. El general inglés Charles Fréderic Hénningsen dice en sus memorias que aunque tomó parte en varias de las más grandes batallas de la Guerra Civil, no vacilaría en oponer mil hombres de los de Wálker á cinco mil de los mejores soldados del Sur ó del Norte.

El mismo Hénningsen, que mandaba en esta guerra un regimiento compuesto en gran parte de hombres de Wálker, dice de ellos: «Muchas veces lo vi marchar con un brazo roto ó entablillado y servirse del otro para disparar su rifle ó su revólver. Los que caían con un muslo quebrado ó con heridas que les impedían andar se mataban. Esta clase de hombres no se encuentran en el comercio de la vida diaria y no espero volver á ver ningunos que se les parezcan. No hay ciencia militar que valga en determinadas circunstancias, contra adversarios que cargan armados de revólver y que no vacilan en atacar una batería de artillería pistola en mano».

Wálker electo presidente de Nicaragua

Uno de los que se graduaron en el ejército de Wálker fué el capitán Fred Tównsend Ward, natural de Salem, Massachusetts, quien después de la muerte de su jefe organizó y dirigió el Invencible Ejército que echó por tierra la rebelión Tai Ping; otro de ellos fué Joaquín Míller, el poeta minero y soldado, que hace apenas algunas semanas era todavía una figura pintoresca en el vestíbulo del hotel de Saratoga Springs.

Durante los cuatro meses que siguieron á su llegada, Wálker había sido el presidente sin título y como tal era reconocido y tenido por todos. A él fué, y no á Rivas, á quien la vecina República de Costa Rica declaró la guerra en febrero de 1856. Esta guerra duró tres meses con variable fortuna, hasta que los costarricenses tuvieron que retirarse al otro lado de la frontera.

En junio del mismo año Rivas convocó á elecciones generales para presidente, presentándose él mismo como candidato de los demócratas; otros dos candidatos del mismo partido se presentaron también, Salazar y Ferrer. Los legitimistas, reconociendo en su enemigo anterior el verdadero gobernante del país, escogieron á Wálker, quien fué electo por una mayoría abrumadora. Obtuvo 15,835 votos contra 867 dados á Rivas, 2,087 á Salazar y 4,447 á Ferrer.

Wálker llegó á ser entonces el gobernante de hecho y de derecho del país, y en ningún tiempo de su historia ha tenido Nicaragua un gobierno tan justo, tan sabio ni tan bueno como el suyo. Pero en el buen éxito de Wálker las naciones vecinas vieron una amenaza para su propia independencia; para las otras cuatro repúblicas de Centro América, la divisa *Cinco ó Ninguno* que ostentaba la estrella de cinco puntas color de sangre puesta en la bandera de los filibusteros, era un emblema siniestro, cuyo significado no podía ser más claro ni desagradable. En el acto Costa Rica en el sur, y Guatemala, El Salvador y Honduras en el norte, así como los descontentos de Nicaragua, declararon la guerra al invasor extranjero. De nuevo tuvo Wálker que salir al campo contra 21,000 aliados El número de sus fuerzas variaba; al ser electo presidente el núcleo de su ejército estaba formado por un magnífico cuerpo de 2,000 veteranos, que más tarde alcanzó á la cifra de 3,500; pero es dudoso que en ningún tiempo excediera de este número. Los registros del ejército y de los hospitales demuestran que durante todo el tiempo de la ocupación de Nicaragua, se alistaron 10,000 hombres bajo su bandera. De éstos murieron 5,000 durante la época de su dominación, víctimas de la fiebre ó del enemigo.

La descripción de las batallas contra los aliados sería interminable y fastidiosa. En todos los detalles se parecen mucho las unas á las otras: la larga y silenciosa marcha nocturna, la embestida al amanecer, el combate para tomar posiciones estratégicas, ya en los cuarteles, ya en la iglesia situada en la plaza, la lucha cuerpo á cuerpo para defender trincheras ó paredes de adobes. El éxito de estos combates variaba á veces, pero el resultado final no era nunca dudoso; y á no haber sido por la

intervención de extrañas influencias, cada una de las repúblicas de Centro América habría caído á su tiempo bajo la estrella de cinco puntas.

En Costa Rica hay una estatua de mármol que representa á esta república en figura de una joven que tiene puesto el pie sobre el cuello de Wálker. Es de esperarse que alguna noche cualquier americano amante de la verdad coloque un cartucho de dinamita al pie de esa estatua y se escape de prisa. Sin haber sido ayudada, ni Costa Rica ni otra república alguna de la América Central habría podido sacar á Wálker de su territorio. Su derrocamiento fué obra de sus mismos compatriotas, provocados por un acto del mismo Wálker.

Cuando éste fué electo presidente, halló que la Compañía Accesoria del Tránsito no había dado cumplimiento á las condiciones del contrato con el gobierno de Nicaragua. Conforme á su concesión la compañía convino en pagar á Nicaragua 10,000 dólares al año y el diez por ciento de su beneficio neto; pero esta compañía, cuya historia califica el ministro americano Squier de «infame carrera de engaño y fraude», llevaba sus libros de modo que no apareciera ningún beneficio. Dudando Wálker de que así fuera, envió á Nueva York una comisión para que investigara el asunto. Esta comisión descubrió el fraude y pidió el reembolso de 250,000 dólares. Habiéndose negado á pagar la compañía, Wálker puso embargo sobre sus vapores, muelles y almacenes, revocó la concesión y otorgó una nueva á dos de sus directores, Morgan y Gárrison, que trabajaban en San Francisco contra Vánderbilt. Al hacer esto, Wálker cometió un error fatal, por más que estaba legalmente en su derecho. Se creó un enemigo poderoso en la persona de Vánderbilt, privándose al propio tiempo de las únicas líneas de comunicación que tenía con los Estados Unidos; porque Vánderbilt, rabioso por la presunción del presidente filibustero, retiró sus vapores del océano, dejando á Wálker sin hombres ni pertrechos y tan aislado como si estuviera en una isla desierta.

Su posición era la de un hombre dueño de la parte central de un puente, cuyas extremidades hubieran sido destruidas.

La estrella de Wálker se eclipsa

Vánderbilt no se contentó con el retiro de sus vapores, sino que mediante el auxilio que dió á los costarricenses en dinero y hombres fomentó la guerra en Centro América. Desde Wáshington combatió á Wálker por medio del secretario de estado Márcy, que se prestó voluntariamente á servirle de instrumento.

Spéncer, Wébster y demás soldados aventureros empleados por Vánderbilt cerraron el camino del mar Caribe, y el barco de

INDICE

PAGINA

PAGINA

